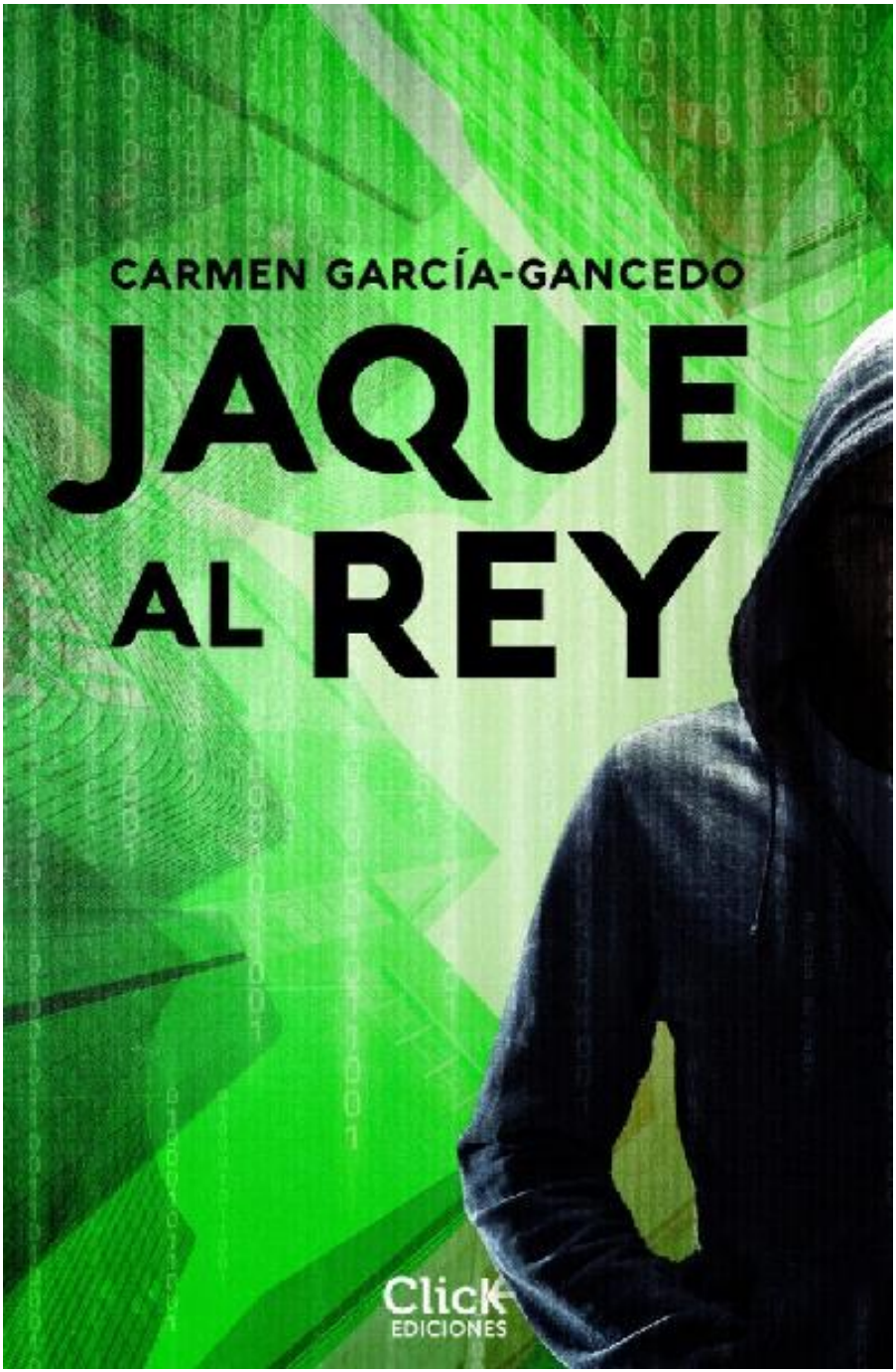
CARMEN GARCÍA-GANCEDO

JAQUE AL REY

Click EDICIONES

CARMEN GARCÍA-GANCEDO

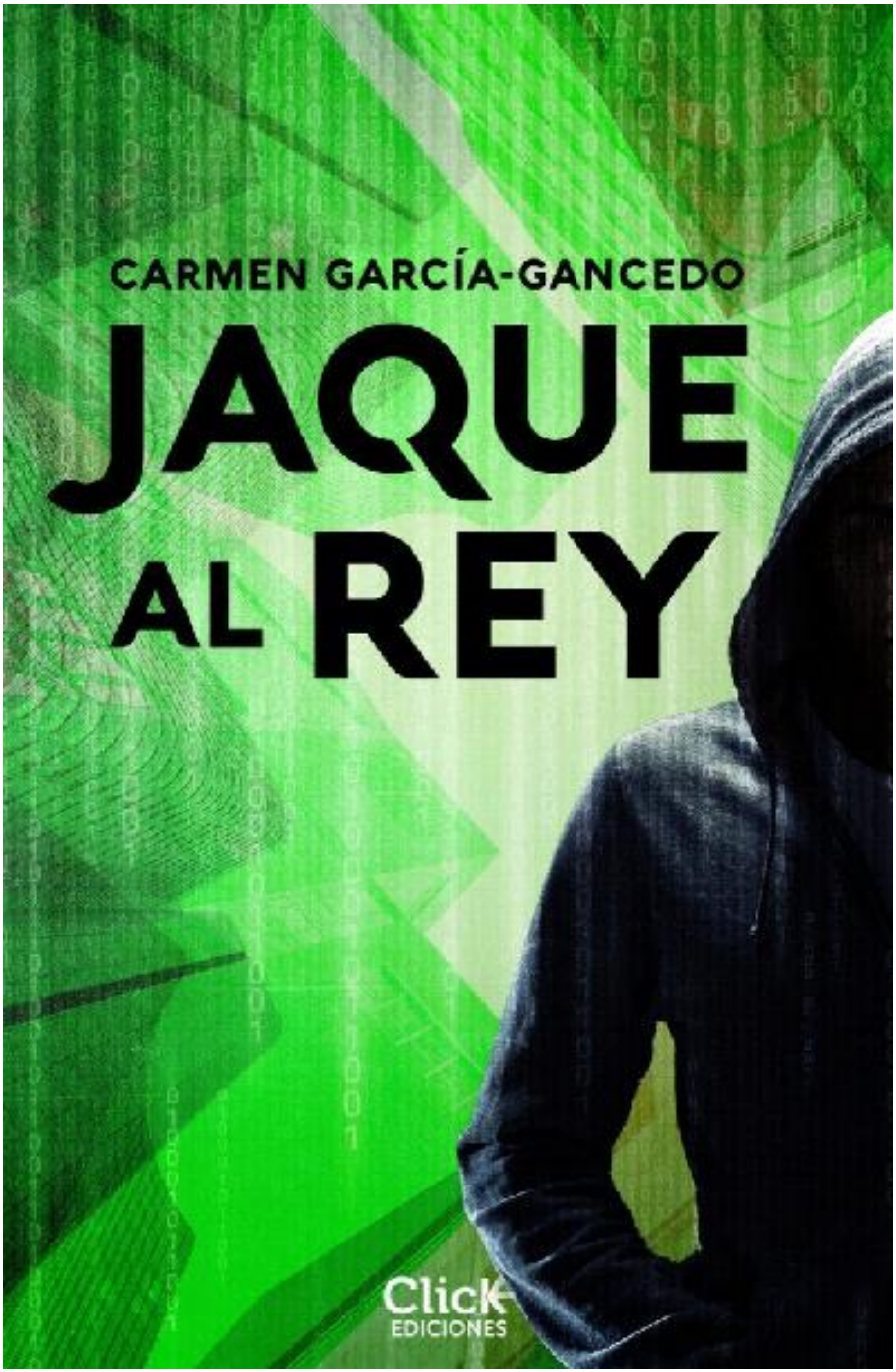
JAQUE AL REY



Click EDICIONES

CARMEN GARCÍA-GANCEDO

JAQUE AL REY



Click EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Primera parte. Lunes

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Segunda parte. Martes

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Tercera parte. Miércoles

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Cuarta parte. Jueves

Capítulo 1

Capítulo 2

Epílogo

Glosario

Agradecimientos

Biografía

Notas

Créditos

Click Ediciones

Visita Planetadelibros.com y descubre una

nueva forma de disfrutar de la lectura

▪

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos! Primeros capítulos Fragmentos
Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Jaque al rey

Carmen García-Gancedo

Para mis padres,

los primeros en creer en mí.

Esta novela no es mía, es nuestra.

Y para Alberto,

con quien la realidad supera la mejor de las ficciones.

Amanece en Madrid. El sol comienza a iluminar el skyline de la ciudad cubierto por un inmenso cielo azul y una ligera capa de contaminación que se aprecia a unos cuantos kilómetros de distancia. Es un lunes del mes de febrero y la ciudad se despierta, perezosa, después de un fin de semana de bullicio a pesar de las bajas temperaturas.

Los lunes son días de nuevas oportunidades, eso es lo que piensa Mario mientras conduce la furgoneta de reparto. Está nervioso, hoy es el primer día en su nuevo trabajo.

A las seis y media de la mañana, puntual, impecable, se ha presentado en la nave industrial de la empresa de mensajería. Allí espera instrucciones de su nuevo jefe. Solo lo ha visto una vez en la entrevista, pero parece un buen tipo.

—Tu primer destino en la ruta de hoy será sencillo —le dice con una sonrisa tranquila—. No está lejos de aquí y solo tienes que dejar un paquete. La siguiente parada tal vez se complique un poco más porque el lugar es difícil de localizar y…

Mario toma notas en la pequeña libreta que ha traído consigo, pues sabe que la memoria no es su punto fuerte. Hombre precavido vale por dos, piensa. Tiene que hacerlo bien. Tiene que hacerlo muy bien porque tiene dos hijas que alimentar y solo con el sueldo de su mujer no llegan a fin de mes. Un buen amigo le recomendó para este puesto después de varios meses en paro debido a un ERE en su antigua empresa. Mario nunca ha sido repartidor; de hecho, es la primera vez que conduce una furgoneta, pero es un hombre trabajador y de confianza, y se promete que a partir de ese día será el mejor en su nuevo empleo.

Después de un atasco de cuarenta y cinco minutos para recorrer un tramo de quince kilómetros, consigue llegar a su primer destino. Se encuentra en una de las torres más altas de la ciudad. Es la primera vez que se acerca al área de negocios de Madrid, donde se sitúan algunas de las empresas más importantes del país. Mira hacia arriba. Tiene que doblar mucho el cuello para vislumbrar la cúspide del enorme edificio que se eleva ante él. La furgoneta, con el emblema de la compañía de transporte, se encuentra a unos cuantos metros de la puerta, lo más cerca que ha conseguido aparcar. Por suerte, el paquete que tiene que entregar no es demasiado grande ni pesado y no le costará trabajo llevarlo.

Entra en la inmensa Torre de Cristal y, después de recibir la autorización de una elegante recepcionista, se coloca frente a los ascensores y aguarda a que uno de ellos esté disponible. Un grupo variopinto de personas se encuentra también a la espera: hombres trajeados con sus maletines de piel y estilosas mujeres que contrastan con jóvenes que visten ropa informal, zapatillas desgastadas y enormes auriculares. Además de trabajar en el mismo edificio, la mayoría de ellos tienen algo en común: están absortos en sus dispositivos móviles, ya sean smartphones, ebooks o alguna consola. Mario suspira. Nadie parece fijarse en él; de hecho, nadie parece fijarse en otra cosa que no sea una pantalla.

Las puertas metálicas se abren, y se sorprende al ver las hileras con más de cuarenta botones entre los que tiene que buscar, tan rápido como le sea posible, el número trece, el piso en el que comienzan los dominios de Intelligence Techno Consulting S. A., coloquialmente conocida como ITECO. Casi la torre entera es de su propiedad.

Al llegar a su destino contempla maravillado la decoración. Ante él se encuentra una estancia amplia con mucha luz, plantas y cuadros que adornan las blancas paredes y el logo de ITECO con sus conocidas letras naranjas. Se pregunta cómo será trabajar en esa flamante empresa y se imagina como uno de esos hombres trajeados que ha visto en el ascensor. Su vida sería tan distinta…

Mario revisa su libreta para comprobar las instrucciones que le ha dado su nuevo jefe. Se acerca a la recepción principal y un joven le recibe con una sonrisa.

—Buenos días. ¿En qué podemos ayudarle?

—Buenos días. Vengo a entregar este paquete.

—¿Me dice el remitente?

—Sí. «Impresión Premium» —responde Mario leyendo la etiqueta. El recepcionista toma nota.

—¡Ah, sí! Cierto. Son algunos de los materiales corporativos que ha encargado el departamento de Marketing. Tengo un correo electrónico con su aviso —comenta el recepcionista a su compañero antes de volver a dirigirse al repartidor—. Puedes dejarlo aquí mismo, gracias.

El joven firma el resguardo y Mario se despide de él, satisfecho por haber realizado con éxito la primera entrega del día. Eso sí, se le ha olvidado mirar por la ventana para observar las vistas, piensa mientras

baja en el ascensor.

Quizás la próxima vez.

* * *

Julio mira su smartwatch. Solo son las ocho y cuarto de la mañana. Aún le faltan unas cuantas horas para salir y muchas más para que llegue el próximo fin de semana. Julio es una persona optimista, o al menos eso quiere pensar, así que decide centrarse en las cosas divertidas de su trabajo.

—Tío, ¿lo abrimos? —le dice a su compañero de recepción, señalando la caja que le acaban de entregar.

—¿Tenemos autorización?

—Sí, tenemos un email del viernes al mediodía en el que desde Marketing nos dicen que, en cuanto recibamos los materiales, los coloquemos aquí en recepción para que los empleados se los puedan llevar.

—¿Ah, sí?

Julio asiente y a continuación explica:

—En el correo nos indican que es un obsequio para los trabajadores. Quizá sea por una de esas campañas publicitarias internas que realizan de vez en cuando. Ya sabes, para fomentar el espíritu, valores de la empresa y bla, bla…

—Pues venga, ábrelo. Por el tamaño supongo que serán lápices o bolígrafos —elucubra.

—O USB —afirma Julio al ver el contenido tras apartar la última solapa de cartón. Extrae uno de los lápices de memoria y ambos lo contemplan.

—La verdad es que están chulos. Con el logo de ITECO, sus colorines…, y ¡mira! Tienen un mensaje —dice dándole la vuelta al USB—: «Fotos de la fiesta de Navidad de ITECO».

—Es un buen detalle, ¿no?

—No sé si quiero ver estas fotos —se ríe Julio—. Iba cocido como una gamba.

—Seguro que había gente peor que tú.

Julio hace una mueca a su compañero. De la noche de la fiesta de Navidad solo recuerda algunos momentos al principio, un par de anécdotas bochornosas y la resaca del día siguiente. Eso sí que fue memorable.

—Ahí llega Patricia. Justo a tiempo para que podamos ir a desayunar.

—Sí, pero antes pondremos todo esto a la vista —responde Julio, que vuelca el contenido de la caja en un par de recipientes hondos.

Media hora más tarde, cuando ambos jóvenes vuelven de su descanso, no queda ni uno solo de los lápices de memoria recibidos. Miran a su compañera, que se encoge de hombros y sonríe.

—Ya sabéis lo que le gusta a la gente el merchandising gratuito. ¿Qué? ¿Vemos las fotos? —pregunta sacando uno de los pendrives del bolsillo.

* * *

Muy cerca de la Torre de Cristal, una persona observa la furgoneta de Mario, que se aleja hasta perderse de vista entre el denso tráfico.

Sonríe.

El mensajero, sin saberlo, acaba de aportar uno de los granitos de arena que propiciarán la caída de una de las empresas más importantes de la economía española, aunque probablemente nunca lo sabrá.

Avanza hacia las puertas de la torre saboreando la pequeña victoria de esa mañana. El plan está en marcha, y los días de ITECO, contados. En ocasiones los remordimientos le invaden; últimamente, el orgullo lo domina. ¿Cómo iba a ser de otra manera? Si al fin y al cabo el plan lo ha diseñado él y es perfecto: sin aristas, sin fisuras, meticulosamente pensado, infalible.

Una sentencia de muerte.

Primera parte

Lunes

Capítulo 1

Torre de Cristal, despacho del CEO. 08:15

Andrés Rodríguez del Álamo lleva cuarenta años levantándose a las cinco de la mañana. Una hora de ejercicio en el pequeño gimnasio que ha instalado en su garaje, un buen desayuno para cargarse de energía y, a las ocho y cuarto, puntual, se sienta en la confortable silla de su despacho. Cada día, antes de comenzar sus actividades, y como si fuera un pequeño ritual, mira con satisfacción a su alrededor. Se encuentra en la planta número cincuenta de la torre más alta del área de negocios de Madrid, la Torre de Cristal, desde donde puede ver prácticamente toda la ciudad e incluso intuir las montañas que conforman la sierra. Le encanta cuando no hay nubes, ni niebla, ni contaminación y la visibilidad es extraordinaria, como ese lunes de principios de mayo en el que se siente en la cima del mundo. Cima a la que ha llegado con esfuerzo, sudor y lágrimas, y que ha conquistado legítimamente, por supuesto. Por eso se ha ganado el derecho a estar allí, en esa mullida silla de cuero desde la que ha vivido mil batallas.

Andrés es el fundador y máximo ejecutivo de ITECO, el CEO [1] . Lleva cuatro décadas al frente de la empresa, desde los años ochenta, cuando solo era una startup, una pequeña consultora española con grandes aspiraciones. A sus espaldas, años de duro trabajo, dos quiebras y un divorcio. Ha vivido épocas de vacas gordas, crisis económicas y algunos, los menos, periodos de estabilidad. Ahora se encuentra en uno de ellos. Ahora le toca disfrutar, piensa. La jubilación está muy cerca, y él ya ha llegado a lo más alto de su carrera. Hay días en que se pregunta qué hará cuando se retire, si sobrevivirá a tanto tiempo de ocio, él, que se considera un adicto al trabajo. En otras ocasiones se siente cansado, tal vez algo desfasado en comparación con las nuevas generaciones, que llegan pisando fuerte, que nacen hablando idiomas y manejan con facilidad cualquier dispositivo electrónico. A veces se siente un dinosaurio tecnológico. ITECO comenzó casi a la vez que la informática doméstica, que el Spectrum, y ahora todo evoluciona tan deprisa que, por momentos, siente que ya es demasiado mayor para liderar una empresa de esas características.

Sacude la cabeza en un intento de apartar los pensamientos negativos y dirige la vista hacia la pared, en la que casi no hay hueco para tantos títulos, fotos con personajes emblemáticos y distintas portadas de revistas que muestran a ITECO como un referente en el sector. Andrés sonríe con orgullo y se prepara para un intenso día de trabajo.

Lo primero que hace cada lunes es revisar su agenda: reuniones, citas, eventos, tal vez algún viaje… Esta semana hay un tema que le preocupa especialmente y que tiene que solucionar sin más dilaciones: la operación Assetive.

Assetive es el buque insignia de la compañía. Se trata de un producto que, tras años de desarrollo, utiliza la inteligencia artificial y los últimos avances tecnológicos no solo para prevenir riesgos en entidades bancarias, tales como el fraude o el blanqueo de capitales, sino también para llevar una gestión y control integral de la clientela, pronosticar movimientos futuros y predecir riesgos a medio-largo plazo con una probabilidad de acierto de más del ochenta por ciento. Fue uno de los primeros productos desarrollados y registrados como software propio por ITECO, allá por el año 2005. A su éxito deben la salida a bolsa de la empresa y una mejora de la reputación que les ha consolidado como una de las compañías más valoradas del sector tecnológico. Después de años de trabajos y mejoras, y gracias a un plan de negocio visionario con el que predijeron dos décadas atrás algunas de las necesidades del futuro, Assetive se ha convertido en uno de los productos bancarios más codiciados del mercado. Ahora los ingenieros de ITECO continúan mejorando su preciado activo para que esté presente en cada oficina de cada sucursal bancaria, en forma de agente virtual, casi como un empleado más. Con este movimiento tendrán prácticamente asegurado el monopolio de las soluciones bancarias, pues ¿quién puede ofrecer algo mejor?

Hace unos meses, WILDCORP, una empresa norteamericana de soluciones tecnológicas, les ha ofrecido nada menos que quinientos millones de euros por el licenciamiento conjunto de Assetive en América los próximos cinco años. Este movimiento adelantaría la expansión de ITECO por el continente americano, asegurando una facturación de, al menos, cien millones al año para el próximo lustro. Cantidad nada desdeñable.

A falta de unos flecos, esa semana deberían firmar el contrato y cerrar la operación. Así que a Andrés le esperan unos días de interminables reuniones, estudio y revisión minuciosa de cada cláusula en busca de posibles cabos sueltos y zonas grises. Confía plenamente en sus equipos, cuenta con excelentes abogados, financieros y un

departamento de gestión de riesgos que funciona a la perfección. Pero, en grandes operaciones como la que se les presenta, le gusta bajar al ruedo y trabajar codo con codo con su gente, como uno más, igual que en los viejos tiempos, cuando era joven e ITECO era poco más que un sueño.

—Buenos días, don Andrés.

Rosa entra en el despacho de su jefe, como cada lunes desde hace casi cuarenta años. Para Rosa, Andrés Rodríguez del Álamo siempre será don Andrés, con ese tratamiento respetuoso que en la actualidad resulta anticuado. También se refiere a él como Andresiño cuando, en privado, conversa con los seres queridos de su Galicia natal. En cualquier caso, don Andrés/Andresiño es para ella poco menos que un ángel salvador. Se conocieron cuando ITECO tenía un nombre más castizo, Consultores Madrileños S. L., y estaba formada por apenas ocho personas faltas de experiencia, pero que derrochaban tanta pasión y ganas que parecía que iban a comerse el mundo.

Sus caminos se cruzaron, curiosamente, en un tren rumbo a Galicia. La fortuna quiso que, cuando Rosa se despedía de su amado Madrid con lágrimas en los ojos y apenas dieciocho años, les tocase el asiento contiguo.

—¿Necesitas un pañuelo? —le preguntó Andrés con una sonrisa educada—. No sé cuál es el motivo de tanto disgusto; en estas diez horas de viaje tal vez encontremos una solución.

Rosa miró con ojos como platos a aquel joven que debía de tener solo unos pocos años más que ella y que, sin embargo, parecía rodeado por un aura de seguridad y optimismo que era difícil ignorar. El chico la miraba con un gesto afable y le transmitió tanta confianza que, pensando que no tenía nada que perder, decidió contarle sus penas: tenía que abandonar la capital y volver a un pueblo remoto, a unos cuantos kilómetros de Vigo, porque había perdido su trabajo y no encontraba otro lo suficientemente bien remunerado para poder pagar la pensión. Abandonar Madrid significaba dar la espalda a una vida mejor, más moderna e independiente, y a sus aspiraciones de llegar a ser algo más que un ama de casa en un pequeño pueblo. Además, en la capital también dejaba a su querido Felipe, su príncipe madrileño, que trabajaba en una ferretería y al que, pese a doblar turnos, apenas le daba para pagar su propia manutención.

—Creo que podremos hacer algo al respecto —le dijo el joven Andrés —. Casualmente estoy buscando una… ayudante. Acabo de montar

una pequeña empresa tecnológica. De momento somos solo ocho personas, pero esperamos seguir creciendo.

Rosa le miraba sin dar crédito a sus palabras.

—¿Y qué tendría que hacer yo?

—Tu trabajo sería, básicamente, llevar la agenda, organizar pequeños eventos, conseguir citas con proveedores, realizar algunos trámites burocráticos sencillos… Tendrías que hacer un poco de todo.

—¿Como una chica de los recados?

—Más o menos —sonrió—, pero no te preocupes, te ayudaremos a aprender lo que haga falta. En este negocio todos comenzamos desde cero —suspiró perdiendo la vista en el paisaje—. ¿Te ves capaz?

Por qué habían confiado ciegamente el uno en el otro era algo que aún asombraba a Rosa a sus casi sesenta años. En cualquier otra circunstancia, esa proposición de un desconocido para hacer de chica de los recados habría sonado muy extraña, pero Rosa, tal vez ingenuamente, no dudó ni un instante y se agarró a la oferta de Andrés como a un clavo ardiendo. En alguna ocasión indagó los motivos del CEO para contratarla, y el hombre, con una sonrisa, siempre le respondía:

—No éramos tan distintos, Rosa. Tú tenías tu sueño: quedarte en Madrid, mejorar tu vida, formar una familia…, y yo tenía el mío: montar una empresa de éxito y labrar un buen futuro. Ambos estábamos dispuestos a pelear con uñas y dientes, a hacer lo que fuera por cumplir nuestros objetivos.

Así, la joven pudo volver a la ciudad y terminó siendo para Andrés no solo su mano derecha, sino una buena amiga y confidente. Le debía lealtad absoluta por haberle brindado la oportunidad de tener una vida y un trabajo mil veces mejor que cualquiera de sus aspiraciones en el pueblo. Andrés era el padrino de su hijo mayor, y Rosa había asistido a la boda del empresario y a los bautizos de sus cinco hijos.

Ahora que ambos peinan canas, comparten ese sentimiento de estar de vuelta de todo. Espíritu que contrasta con la energía y modernidad que desprende el gigante ITECO, en el que la media de edad de la plantilla no supera los treinta años.

—Estamos en la recta final, lo sabes, ¿verdad, Rosa? Puede que Assetive sea la última operación relevante que haga en la compañía antes de retirarme.

—Pero bueno, don Andrés, ¿a qué se debe tanta melancolía hoy? Debería estar de celebración, al igual que el resto de la compañía. ITECO está en los mejores rankings, y la operación Assetive no ha hecho más que subir la moral de los trabajadores. Se sienten orgullosos de pertenecer a su empresa y, cuando firmen ese contrato, creceremos como en los mejores tiempos.

—Nuestra empresa, Rosa. Tú has trabajado aquí tanto como yo.

La mujer sonríe y responde con alegría:

—Venga, dejémonos de caras largas y vamos a repasar la agenda de hoy, que está calentita, calentita…

—Me lo temía… —contesta Andrés con fingido pesar. Sonríe a su secretaria, que sabe que le encanta tener la agenda llena de eventos. Le hacen sentirse útil—. ¿Has podido convocar a los socios para la reunión de esta tarde?

—No. Lo he intentado varias veces, y parece que el correo electrónico no funciona. Tal vez yo sea un poco torpe…

—No te preocupes. Lo probaremos desde mi ordenador.

Andrés abre su bandeja de entrada, casi cien emails sin leer desde el día anterior. Debería sacar un hueco para poder revisarlos todos. Redacta un correo con una breve convocatoria para la reunión y pulsa el botón de enviar.

—Se queda en la bandeja de salida —dice Rosa—. ¿Lo ve? Es como si no tuviéramos conexión.

El hombre mira la pantalla extrañado. Revisa su bandeja de entrada y se da cuenta de que esa mañana no ha recibido ningún correo electrónico, cosa rara, teniendo en cuenta la ingente cantidad que le llega cada día.

—Sin embargo, podemos navegar por internet —confirma Andrés abriendo Google Chrome—. Me imagino que estarán haciendo pruebas o actualizaciones desde el departamento de IT [2] . La semana pasada se les reportó que los buzones de correo electrónico no estaban funcionando como deberían y seguramente lo estén arreglando. Voy a

llamar a Luis para que me lo confirme.

Ella sonríe tranquila.

Torre de Cristal, ascensor. 08:45

Elisa llega tarde a la oficina. Otra vez. No importa a qué hora ponga el despertador, es incapaz de presentarse a su hora. Le gusta desayunar tranquila y relajarse en la ducha antes de un nuevo día. Lleva ya tres años en la compañía y siente que es casi una vida. Allí está feliz. Le gustan sus compañeros, le gusta su trabajo.

Elisa es ingeniera informática, premio fin de carrera. Estudió un doble máster en ingeniería de software y ciberseguridad. Eso es lo que suele decir, aunque, en realidad, fueron dos másteres al mismo tiempo. Es un cerebrín, y la informática, su punto fuerte. Elisa es muy perfeccionista, y probablemente por eso es la mejor en lo suyo, la programación, su talento natural: líneas y líneas de código perfectas que cuando se ejecutan pueden hacer cosas sorprendentes. Trabajó casi cuatro años en una de las compañías de ciberseguridad más top de Londres hasta que ocurrió el incidente. El episodio que cambiaría su vida y por el que se prometió a sí misma que nunca más volvería a hackear. Por eso, tras completar un par de cursos de acreditación, que fueron coser y cantar, ahora se dedica al diseño UX: mejorar la experiencia de los usuarios que utilicen las aplicaciones desarrolladas por ITECO. Su labor consiste en hacerlas más atractivas, sencillas y accesibles para que incluso una persona mayor y ajena a las nuevas tecnologías sea capaz de usarlas sin dificultad.

Después del suceso que le hizo dejar Londres y los lenguajes de programación, el diseño UX e ITECO le dan toda la felicidad que necesita, o al menos eso piensa.

La empresa se encuentra apenas a unos veinte minutos a pie de su pequeño apartamento. Un agradable paseo para realizar en primavera, especialmente en un día de sol como ese. Tal vez se le presente algún plan por la tarde: quedar con una amiga para tomar una cervecita en una terraza o hacer un poco de ejercicio… Piensa en esto mientras sube en el ascensor hasta el piso veinte de la Torre de Cristal. Son las nueve menos cuarto. Solo quince minutos tarde, no está mal para ser lunes.

Camina hasta su puesto de trabajo y advierte cierto alboroto que le extraña. Aparentemente, todo está como cada día: personas en el office tomando café o rellenando sus botellas de agua, recién llegados, otros trabajando…, pero hay algo, algo inusual. Algo que se percibe en el ambiente, que no sabe a qué responde. Todavía.

—¡Buenos días! —saluda con una sonrisa a Santi y Carla, sus compañeros de trabajo y mejores amigos en ITECO—. ¿Qué estáis haciendo? —pregunta al ver a los dos jóvenes sentados frente al ordenador de Santi mientras miran la pantalla concentrados.

—Nada, en realidad no podemos hacer nada —responde el chico lanzando un suspiro de resignación.

—No funciona el correo, ni la red. Algo raro está pasando —explica Carla.

Elisa mira a su alrededor y se da cuenta de que otras personas también contemplan sus ordenadores con cara de preocupación, algunos incluso con enfado. En realidad, si se fija bien, nadie trabaja.

—¿Desde cuándo lleva así? —pregunta encendiendo su portátil.

—No está claro. Hay quien dice que desde ayer por la noche; otros, desde esta mañana.

—¿Y los que trabajan desde casa?

—A los que teletrabajan les pasa algo parecido. Es como si hubiera algún tipo de fallo en los sistemas de la compañía.

—Esto no pinta bien —murmura Elisa.

Santi y Carla se miran. No parecen muy preocupados. ITECO es un gigante, y sus informáticos, los mejores del país. Sea lo que sea que esté sucediendo, lo solucionarán más pronto que tarde.

—¿Habéis probado a llamar a asistencia técnica? —pregunta.

—Sí, y está colapsado. Supongo que todo el mundo habrá tenido la misma idea.

—Quizá estén haciendo pruebas desde IT —sugiere Santi—. Ya sabes, actualizando el antivirus, esas cosas que hacen los informáticos.

Elisa sonríe.

—¿Un lunes por la mañana? Vaya día fueron a escoger, ¿no? Normalmente lo hacen a última hora de la tarde, cuando hay poca gente en la oficina, para que no afecte al trabajo de los demás.

—Igual querían darnos vacaciones —replica con sorna—. ¡Gracias, compañeros de IT por una mañana libre!

Elisa y Carla miran a su compañero divertidas y con la esperanza de que, en un rato, puedan volver a trabajar con normalidad. Mientras tanto, lo mejor será ponerse al día sobre el fin de semana.

Torre de Cristal, despacho del CEO. 08:47

—¿Luis? Estamos teniendo problemas con el correo…

—Lo sé, Andrés. —Luis responde al teléfono, y su voz, habitualmente serena, desprende cierto nerviosismo. Eso a Andrés le da mala espina. Rosa también está escuchando a través del manos libres con cara de preocupación.

—¿Qué está pasando? —pregunta el CEO con seriedad.

—Un ciberataque.

—¿Otra vez?

—Sí, iba a llamarte en cuanto tuviera más información.

—¿Lo tenéis controlado?

Se escucha un silencio al otro lado de la línea. Andrés y Rosa se miran expectantes.

—Andrés, será mejor que bajes a IT y lo veas tú mismo —responde Luis al fin.

ITECO está considerada una fortaleza digital. Se ha invertido una fortuna para tener el mejor equipo de IT del mercado con el fin de asegurarse de que la compañía cumpla con las medidas más sofisticadas para protegerse de los cibercriminales. Sus empleados reciben formación constante y son sancionados o premiados en función de su desempeño. Varios han sido los intentos de atacar a la

consultora: emails fraudulentos, llamadas telefónicas, suplantación de la personalidad o phishing…, pero ninguno ha causado grandes daños y, lo que es mejor, ninguno ha trascendido a la prensa. Es precisamente por esto por lo que la compañía representa un verdadero desafío para los cibercriminales, hackers de sombrero negro cuyos intentos de causar estragos han sido constantes, aunque, hasta el momento y por fortuna, infructuosos. Teniendo en cuenta que una parte del negocio de ITECO son servicios de ciberseguridad, ¿qué imagen darían a sus clientes si un hacker pudiera franquear su fortaleza digital?

—Ahora mismo voy.

Andrés sale de su despacho a paso ligero y saluda con naturalidad a los compañeros que se encuentra por el pasillo. No pueden notar que está intranquilo. Él, capitán del barco, tiene que representar calma y serenidad.

—Ahora nos vemos. Voy camino de una reunión y llego tarde —explica con una sonrisa fingida a quienes le interceptan rumbo al ascensor. Mira de reojo a su alrededor y presta atención a algunos comentarios que capta de refilón. Se da cuenta de que los empleados sufren el mismo problema con el correo electrónico. Será un pequeño ataque o una avería del sistema, quizá Luis esté siendo un poco alarmista, intenta convencerse. Sin embargo, a pesar de haber vivido situaciones similares y de todos sus años de experiencia, no puede evitar inquietarse. Además, esta es una semana importante para la compañía, nada debería alterar el cierre de la operación Assetive. Confía en que la incidencia, sea lo que sea, se solucione pronto.

En el ascensor busca el botón para bajar a la planta veinticinco, donde se encuentra el departamento de IT, y ve que ya está pulsado. La luz verde parpadea mientras se cierran las puertas. A su alrededor ve a varias personas con el portátil en los brazos.

—¿A ti también te ha pasado? —pregunta una joven a un hombre trajeado.

—Sí. Esta mañana tenía que enviar un email importante a un cliente y no he podido hacerlo. He tenido que mandarlo desde mi correo electrónico personal. Sé que no debería, pero… era cuestión de vida o muerte. Presentamos una oferta y se acababa el plazo.

—Pues espero que lo solucionen.

Cuando las puertas metálicas se abren, Andrés se encuentra con una

escena que ya ha vivido en otras ocasiones: el área de IT completamente abarrotada, decenas de personas haciendo cola con sus portátiles en la mano, los técnicos desbordados, y se está sembrando el caos. Los empleados, que no saben qué está ocurriendo, acuden al departamento de informática pensando que el problema está en su propio ordenador y buscan soluciones para continuar con su trabajo. Luis tendrá que actuar rápido si no quiere que la histeria colectiva se adueñe de la compañía.

—Andrés —Luis aparece a su lado y le saluda con rostro serio—, te estaba esperando. Vamos a mi despacho y te cuento.

El CEO asiente y ambos hombres se dirigen a la pequeña sala que Luis utiliza como despacho. Justo al lado de la puerta, un cartel con su nombre y puesto, «Chief Information Security Officer», también conocido por las siglas CISO, anuncia que es en esa oficina donde se puede encontrar al director de seguridad de la información de ITECO, la persona encargada, precisamente, de definir la estrategia de seguridad de la empresa e impedir que los ciberdelincuentes hagan de las suyas y les arruinen el negocio.

Luis se sienta en su silla y ofrece asiento a Andrés, que mira a su alrededor con curiosidad. Hacía mucho tiempo que no bajaba al despacho del CISO. Algunos aparatos electrónicos desmontados y varios cables y conectores se acumulan en un rincón en el suelo. Luis es un apasionado de la tecnología y la informática y, tal y como le ha confesado alguna vez, disfruta enormemente abriendo las tripas para averiguar el funcionamiento de cualquier aparato, buscar sus fallos si es que algo no anda bien o, simplemente, montando y desmontando. Le gusta el desafío de desarmar un aparato complejo con cientos de piezas para luego colocarlas todas en su lugar y que vuelva a funcionar, incluso, con alguna mejora. En los últimos años, las nuevas generaciones de ordenadores han dejado de ser un reto para él: se componen de apenas diez piezas y veinte tornillos, y por ello ha centrado su peculiar afición en aparatos de VHS, radios e incluso algún mueble de Ikea.

—¿Y bien? —Andrés le mira expectante.

—Esta vez no es como las anteriores —comienza a explicar con gravedad—. No es un pequeño intento de hacernos daño y que simplemente nos fastidia la mañana, como ha pasado en otras ocasiones. Por lo poco que hemos podido averiguar hasta ahora, parece que pretenden reventarnos bien.

—Explícate.

Luis se pasa una mano por el cabello castaño y dirige la mirada a la montaña de aparatos electrónicos que se apilan en una esquina, como si ellos pudieran dar la respuesta a las preguntas de Andrés.

—Aún no sé decirte nada concreto. Mis chicos están trabajando en ello. Por lo que hemos podido comprobar en estas horas, parece que tenemos un ransomware con cryptolocker.

El CEO guarda silencio unos segundos, intentando asimilar la información. El ransomware es un tipo de virus que causa estragos en muchas compañías. De hecho, según los últimos estudios, más del cincuenta por ciento de las empresas españolas sufrieron este tipo de agresión el año pasado.

—Llevábamos librándonos mucho tiempo —dice Andrés—. Y sabíamos que esto sucedería tarde o temprano. Es un riesgo que ya teníamos contemplado, y lo importante ahora es cómo lo gestionamos.

Luis asiente con la cabeza, sorprendido por la tranquilidad de su jefe. El hombre es una balsa de aceite. Le ha visto en negociaciones y en alguna situación peliaguda, y siempre ha sabido mantener perfecta calma, al menos en apariencia. Sin embargo, tiene la sensación de que Andrés todavía no es del todo consciente de la gravedad del asunto y de la dificultad que supondrán las próximas horas.

—Es cierto —le da la razón a su jefe.

—¿Sabemos cómo ha entrado? —pregunta, sacándole de sus pensamientos.

—Aún no. Pero sí sabemos que el software malicioso se ha instalado en varios ordenadores y no solo está cifrando nuestros ficheros, sino que ataca a nuestros servidores. Por eso la red de la compañía no funciona y nadie puede acceder a los archivos o enviar emails desde el correo corporativo.

—Pero supongo que solo habrá afectado a una parte —responde el CEO—. La red está dividida.

—Así debería ser…, sí. —A Luis le tiembla un poco la voz cuando responde, aunque, por suerte, parece que Andrés no repara en ello.

Efectivamente, la red debería estar dividida en zonas de seguridad, segmentos separados por cortafuegos que impiden que los

cibercriminales puedan pasar de un lado a otro. De esta forma, la brecha solo afectaría a una parcela de los archivos de la compañía, siendo mucho más sencillo contenerlo, y el impacto, mil veces menor. El problema es que, por lo poco que ha podido comprobar, inexplicablemente, parece que el virus se ha expandido por varios rincones de la red. Debe averiguar cuáles son y por qué, antes de contárselo a Andrés.

—¿Han pedido rescate?

—Eso es lo raro —responde Luis—. Suelen dejar un mensaje con una dirección de correo para que te comuniques con ellos y te digan cuánta pasta cuesta el código para descifrar los equipos, normalmente en bitcoins. Por el momento, no hemos visto nada, ni rastro de los atacantes. Quizá se pronuncien más adelante —termina encogiéndose de hombros.

—¿Y de qué cantidades podríamos estar hablando? ¿Cincuenta mil euros? ¿Cien mil?

—Pues depende. He visto casos de todo tipo; podrían ser unos pocos miles de euros, o tal vez mucho más, quién sabe. Espero que no tardemos en averiguarlo.

—Pagaremos —exclama Andrés con determinación.

—¿Cómo?

—Eso, que pagaremos lo que nos pidan, y a otra cosa, pero esto no puede trascender. —Luis le observa sorprendido—. Esta es la semana en la que tenemos que cerrar Assetive —prosigue—, y si el ciberataque se complica, podría llegar a frustrar la operación. ¡Imagínate que WILDCORP perdiera su confianza en nosotros! Sería un desastre.

—Andrés, sabes que los ciberataques son algo cada vez más habitual. No hay ninguna empresa que esté libre de este riesgo, ni siquiera WILDCORP.

—Lo sé, pero necesitamos que esta operación llegue a buen puerto. Es de vital importancia.

Luis sonríe y levanta las manos en señal de rendición. De pronto, el ambiente en la sala se vuelve algo más distendido.

—Ya estás rozando la jubilación, ¿eh? —bromea.

Tras más de veinte años trabajando juntos, Andrés y Luis tienen muy buena relación y de vez en cuando se permiten ciertas bromas y chascarrillos. Sin embargo, el director de IT, a diferencia de otros compañeros, evita tomarse demasiadas confianzas con sus superiores. El jefe es el jefe, por muy bien que te lleves con él. Algunas personas en ITECO le toman por una persona sumamente seria y aburrida. Para Luis, que detesta el peloteo y a la gente interesada, principios como el respeto y la lealtad van por encima de casi cualquier cosa.

Andrés suelta una carcajada.

—Sí, me queda nada, unos meses para retirarme, y quisiera salir de ITECO por la puerta grande, así que esperemos a que digan el precio del rescate y zanjaremos esta cuestión. Limpiaréis los equipos afectados y listo.

—Sabes que pagar no siempre significa que nos vayan a facilitar el código, ¿verdad? —responde Luis con un deje de aflicción por estropear tanto optimismo—. Date cuenta de que estamos tratando con criminales, delincuentes que saben manejar un ordenador. No podemos fiarnos.

—Tienes razón —admite Andrés—. Vamos a intentar ponernos en el mejor de los escenarios e ir pensando en un plan B por si la situación se complica. ¿Te parece? —El CISO asiente. Ese plan B probablemente sea necesario—. Además, crearemos un comité de crisis. Hay que informar a los socios y a ciertos departamentos para terminar de definir la estrategia.

—Perfecto. Entretanto, yo me reuniré con mi equipo para revisar el alcance del incidente de seguridad. Tenemos que comprobar qué parte de la red se ha visto afectada y cuál es la repercusión —añade Luis levantándose de su asiento.

—¡Ah!, Luis, una cosa más. —El aludido levanta las cejas—. Espero que antes de que me jubile… consiga verte con una corbata decente. —El CISO mira la corbata que lleva puesta ese día—. Esta parece sacada de la tapicería de un sofá —añade guiñándole un ojo y esbozando una sonrisa.

Antes de que Luis pueda replicar, unos golpecitos en la puerta de cristal del despacho les sobresaltan. Un joven asoma la cabeza con timidez y, sin atreverse a pasar, les dice:

—Perdón por interrumpir… Luis, será mejor que vengas y veas algo.

Capítulo 2

Torre de Cristal, planta de IT. 10:05

Los dos ejecutivos salen del despacho tras el joven y lo acompañan hasta una de las salas del departamento de IT. Unas veinte personas trabajan con frenesí, y el alboroto es tal que solo uno de los informáticos advierte su llegada, alza un brazo y llama su atención:

—Jefe, tenemos el mensaje de los hackers. Lo han enviado hace cinco minutos.

—¿Y qué dice? —pregunta Luis nervioso.

Víctor, que así se llama el técnico informático, se muerde el labio y señala su monitor.

—Puedes leerlo tú mismo.

En la pantalla, letras blancas, amarillas y azules contrastan con un fondo oscuro, y, en medio de lo que parecen decenas de líneas de código, puede leerse el mensaje que han dejado los atacantes. La esperada comunicación en base a la que decidirán el siguiente movimiento de la compañía. El aviso reza así:

/* Hola, ITECO.

Tu red ha sido hackeada y cifrada.

No hay software de desencriptación gratuito disponible.

En treinta minutos recibirás instrucciones. */

Luis observa perplejo para dirigir, a continuación, la vista a su equipo. Intenta encontrar respuestas, pero solo ve caras de desconcierto. Se miran unos a otros con preocupación. Ellos también están nerviosos.

Saben muy bien que un fallo de seguridad puede tener consecuencias muy graves para su departamento.

—¿Tenemos algún dato más? —pregunta Andrés en voz alta mirando a su alrededor—. ¿No hay rastro de un correo? ¿Un precio? ¡¿Algo?!

—Nada —responde Víctor—. Esto es todo lo que hemos recibido por el momento.

—Es muy extraño —añade Luis volviendo a leer el mensaje, como si en esas pocas líneas pudiera encontrar algún nuevo significado, algo que se le hubiera escapado de la anterior lectura. Como suponía, no hay nada—. Como te comentaba —le dice a Andrés—, habitualmente este tipo de mensajes terminan con un «Envíanos un email a… para saber la cantidad del rescate».

—Tal vez eso sea lo que nos digan en treinta minutos —elucubra el CEO.

—¿Y perder media hora? Me parece raro, sinceramente. El tiempo suele ser bastante preciado para los ciberdelincuentes.

Los hombres se miran con una enorme sensación de impotencia.

—Tendremos que esperar —dice Andrés con gravedad, sin perder la calma—. Mientras tanto, iremos convocando al comité, tal y como teníamos pensado.

—Esto me da mala espina, Andrés. Pero estoy de acuerdo en que no nos queda más remedio que aguardar a la siguiente comunicación —afirma Luis.

El CISO ve, a través de las paredes de cristal, una larga cola de personas que esperan, inútilmente, a que alguien les arregle su portátil. Tienen que despejar la planta cuanto antes. Eso dará un respiro a sus chicos, y así podrán dedicar todos sus esfuerzos a analizar cómo está afectando el ransomware a la compañía.

—¡Jefe! —Se oye una vocecilla al fondo de la sala, intentando captar la atención de Luis—. Me temo que no tenemos buenas noticias. —El aludido, localizando a la dueña de la voz, le hace un movimiento con la cabeza para indicarle que continúe hablando—. Parece que el virus se ha extendido más de lo que pensábamos. Está encriptando toda la red y, por lo que estamos viendo, ha afectado incluso a las copias de seguridad que tenemos en la nube. —Luis arquea las cejas y nota que una gota de sudor frío aparece en su frente. Por un momento siente

que se marea—. Eso significa…

—Sé lo que significa —responde con un hilo de voz y sin atreverse a mirar a Andrés, quien, por supuesto, ha oído la conversación.

«Me van a despedir», piensa de repente. Si lo que dice la chica es cierto, gran parte de los datos de la compañía se están viendo comprometidos, y muchos se perderán. Y no solo eso, también sus copias de seguridad. Perderán no solo información de clientes y proyectos, sino años de trabajo. Nota que Andrés, a su lado, se tensa y respira profundamente.

—Pero ¿no estaba la red dividida? ¿No tenemos cortafuegos? ¿Por qué estamos incumpliendo una medida de seguridad tan básica?

El CEO lanza una pregunta sencilla, cuya respuesta es complicada. Luis no tiene ni idea. Él, personalmente, se encargó de tomar esa medida hace años con la finalidad de mejorar el tráfico general de la red y, de paso, aumentar la seguridad. Además, ITECO ha pasado auditorías externas de ciberseguridad con buena nota. ¿Cómo es posible que nadie detectase una alteración tan significativa? Con cierto apuro, se lo explica a su jefe.

Andrés, que se caracteriza por ser una persona práctica, intenta tranquilizar a Luis. Sabe que es un trabajador responsable y de los mejores en su campo. Nunca le ha fallado, y necesita tener su confianza al cien por cien.

—Resolveremos eso más tarde —le dice con tono conciliador—. Ahora tenemos que hacer todo lo posible por recuperar los datos. Luis, ¿crees que pagando nos darán el código?

—Aunque no tenemos garantías, podemos intentarlo —responde y traga saliva. Tiene que averiguar qué ha pasado con la maldita red.

Andrés mira a su alrededor mientras pasa la mano por su cabellera plateada. Es un tic que tiene cuando está nervioso y que, afortunadamente, muy poca gente conoce. Espera que los ciberdelincuentes pongan un precio al código, y sea la cantidad que sea, pagarán. Luego ya pensarán cómo vestir la decisión a los clientes y a la prensa para salir del paso con la cabeza bien alta. Hay algo que le preocupa: ¿y si no les dan el código? Observa al equipo de IT, los chicos de Luis. Se les ve tan jóvenes, tan llenos de energía, como cuando él empezó. Tienen por delante un arduo trabajo, y espera que estén a la altura.

—¿Crees que tu equipo podría encontrar alguna vulnerabilidad para romper el cifrado? —pregunta de pronto a Luis, que parece meditarlo unos instantes—. Tienes a los mejores perfiles de España… —le apremia.

—Tal vez —responde dubitativo—. Pero con los recursos de los que disponemos quizá tardemos días, semanas…

—Bien, pues pensemos en ese plan B.

Dando la espalda al CISO para ocultar el ligero temblor de sus manos a causa de la tensión, Andrés marca el teléfono de Rosa y piensa con resignación que los años no pasan en balde. Convocarán el comité de inmediato. Tienen veinte minutos hasta que los ciberdelincuentes envíen su siguiente mensaje con las instrucciones, y tienen que estar preparados.

—Sí, don Andrés. —Escucha a la mujer al otro lado de la línea.

—Rosa, tenemos que convocar un comité de crisis de inmediato. Estamos sufriendo un ciberataque, y parece que se están complicando un poco las cosas. —La mujer contiene una exclamación, sabe que a Andrés no le gusta el drama, y no será ella quien contribuya a crear tensión—. Por favor, llama a los socios y diles que bajen de inmediato a la sala de reuniones de la planta veinticinco. Explícales que es una emergencia y que pospongan o cancelen los compromisos que tuvieran esta mañana, sin importar lo que sea. Avisa también a los directores de los departamentos de legal, recursos humanos y marketing; necesitaremos su ayuda.

—Perfecto. En menos de diez minutos los tendrá a todos abajo.

—Tendrán que ser cinco, Rosa. No tenemos mucho tiempo.

—A la orden —responde con disposición—. Cinco entonces, don Andrés.

Torre de Cristal, planta de Business Design. 10:15

—Son más de las diez de la mañana y esto sigue sin funcionar. —Santi da una vuelta sobre sí mismo en la silla. Revuelve con un palito de madera el café que acaba de traer de la máquina.

—Santi, te va a explotar el corazón con tanto café —le reprende Carla—. ¿Cuántos te has tomado ya? ¿Cuatro?

—Tres —responde el aludido.

—El del desayuno también cuenta —le aclara Elisa con una mueca divertida.

El chico pone los ojos en blanco.

—Cuatro entonces —contesta a regañadientes—. ¡Es que la vida del soltero es muy dura!

—¡Pero si ayer fue domingo! Y el domingo es el día del Señor —bromea Carla—. ¿Qué haces yendo de farra?

—No fue farra exactamente —reconoce Santi—. Fue una cita.

Por el rostro de Carla pasa un sutil y casi imperceptible gesto de dolor. Hace algo más de un año que la chica confesó a su compañero lo que sentía por él. Sin embargo, Santi, a pesar de que nunca le dijo que él no sintiera lo mismo, decidió que no era buena idea tener un affaire con su compañera de trabajo y que, por tanto, mejor se quedaban como estaban, como amigos. Aunque nunca más han vuelto a hablar del tema y cada uno continúa su vida con aparente normalidad, Elisa conoce el tormento por el que está pasando Carla, que, al trabajar al lado de Santi a diario, le resulta imposible olvidarse de él.

—¿Teníais algo pendiente para hoy? —pregunta Elisa para cambiar de tema.

Santi es el primero en contestar.

—Esperaba que Álvaro me dijera qué le ha parecido el prototipo de aplicación que terminé la semana pasada. He estado meses trabajando en ello y quisiera saber si tiene una buena valoración.

Carla asiente y le dirige una fugaz mirada de agradecimiento a Elisa, para luego observar con frustración su propia pantalla.

—Espero que no nos tengan así todo el día. Álvaro debería decirnos algo…

—Hablando de Álvaro, ¿alguien le ha visto? —pregunta Elisa.

—Estará con los peces gordos, como a él le gusta —responde Carla guiñándole un ojo—. Haciendo la rosca, as always.

Álvaro es el director del departamento de Business Design, al que pertenecen Elisa y sus compañeros, junto con otras cincuenta personas más. Es un hombre agradable y hace su trabajo con diligencia. Sin embargo, el poder le pierde, o al menos el ansia por alcanzarlo. Aunque aún no llega a los cuarenta años, su cargo bien podría ser desempeñado por alguien con una década más de experiencia. La sospecha de Elisa y de gran parte del equipo es que ha llegado ahí a base de peloteo y cenas, y por las virtudes de un apellido de rancio abolengo. Hay que reconocer que Álvaro no es un fuera de serie, como ocurre en la mayoría de los casos con los jefes de otros departamentos de ITECO, quizá por su prematuro puesto de liderazgo. En ocasiones salta a la vista que el cargo le queda grande, sin embargo, sus subordinados reconocen los enormes, y a veces un tanto patéticos, esfuerzos por dar la talla. En el fondo es un buen tipo y lo aprecian.

—Espero que cuando aparezca nos traiga noticias.

—Creo que no va a hacer falta —responde Carla muy seria levantando la vista de su teléfono móvil—. Salimos en el periódico, ¡mirad!

—¿Y eso? ¿Puedes leerlo en voz alta? —la apremia Elisa con inquietud.

—El titular reza: «ITECO sufre un grave ataque que secuestra sus sistemas».

—¡¿Cómo?! —exclama Santi.

—«Hola, ITECO. Tu red ha sido hackeada y cifrada» — continúa Carla la lectura del artículo—. «Este es el mensaje que ha aparecido en algunos de los ordenadores afectados de la compañía, que aún sigue a la espera de conocer el precio del código de desencriptación. Todavía no se sabe qué medidas decidirá tomar la consultora ni cuál será el alcance del ciberataque, sin embargo…».

—Hay que apagar los ordenadores —murmura Elisa. A continuación, tomando conciencia de la situación, lo repite en voz más alta—. Hay que apagar los ordenadores o ponerlos en modo avión. ¡Vamos! Si realmente hemos sido atacados, es lo primero que debemos hacer.

Santi y Carla hacen lo propio y avisan a todos los compañeros que tienen alrededor. En unos minutos logran correr la voz y consiguen que toda su planta esté desconectada de internet y de la red, pero sí conectados a sus teléfonos móviles para leer las noticias sobre la consultora.

—¿Esto es una reminiscencia de tu época en ciberseguridad? —pregunta Santi, guiñándole un ojo cuando vuelven a sus puestos.

Elisa responde quitándole importancia.

—Nociones básicas, Santi.

—¡Es verdad! Nunca nos has contado nada sobre tu… vida pasada —afirma Carla, terminando la frase con un tono misterioso.

La chica se encoge de hombros.

—No hay mucho que contar en realidad. ¿Dónde has leído ese artículo? —comenta para cambiar el rumbo de la conversación.

—Ahora mismo está en todos los periódicos: El Confidencial, El Mundo, El País… Me ha saltado la alerta y acabo de hacer una búsqueda rápida.

Elisa mira a sus compañeros con inquietud.

—Chicos, espero que puedan solucionar esto pronto. De lo contrario, ITECO va a tener graves problemas, y nosotros tendremos que poner bonito nuestro currículum.

Torre de Cristal, sala de juntas de la planta de IT. 10:18

—Ya sabemos por qué necesitaban media hora —afirma Luis enfadado, apartando la mirada de la pantalla de la sala de juntas de la planta veinticinco, en la que aparece, con letras enormes, el titular sobre el ciberataque a ITECO.

El rostro de Andrés permanece impasible mientras lee el artículo. Cuando termina, levanta la vista irritado. Le apetece dar un golpe en la mesa e insultar a esos malnacidos que están tratando de dañar su empresa y su reputación, pero ¿qué clase de ejemplo estaría dando a sus subordinados? No, él no es de esos jefes que gritan y pierden el control a la primera de cambio. Hace falta mucho, mucho más para hacerle perder los papeles.

—No podemos consentir esto —afirma con voz grave—. Esos ciberdelincuentes nos han tomado la delantera y han avisado a la

prensa. Ahora nuestros clientes y competidores están al tanto y tendrán un ojo puesto en cómo gestionamos la incidencia. Nos jugamos mucho.

—Cierto —confirma Luis—. Igual de importante es cómo manejaremos la situación de cara a nuestros empleados. Voy a empezar por despejar esta planta.

Andrés asiente. El CISO abandona la sala con decisión y se sitúa en medio de la multitud que hay en su departamento. El artículo ha corrido como la pólvora, y los empleados se han enterado por la prensa antes que por la propia compañía. Es un fallo grave, y él lo sabe. Da unas palmadas y levanta la voz para hacerse oír.

—¡Escuchadme, por favor! Probablemente habréis leído en el periódico que nos han hackeado. Os confirmo que es cierto. Aún estamos trabajando para conocer el alcance de la incidencia, por eso necesito a todo mi equipo volcado al doscientos por cien conmigo para poder solucionar esta situación. Así que os tengo que pedir que volváis a vuestras respectivas áreas e indiquéis a todo el que veáis que apague el ordenador o trabaje en modo avión. Nada de conectarse a la red wifi de ITECO, ni con el ordenador ni con los teléfonos móviles. La compañía os irá informando de los próximos pasos, y, por supuesto, os ayudaremos con vuestros portátiles en cuanto la situación se haya calmado un poco. Cosa que, espero, sea pronto. Muchas gracias.

Con el corazón aún palpitante, Luis ve cómo los trabajadores, con rostros intranquilos, van abandonando la estancia y se cruzan con los socios y directores que vienen al comité de crisis. Consulta su reloj, faltan seis minutos para el siguiente mensaje de los hackers. Sabe que serán puntuales. Siempre lo son.

—Luis, ¿qué está pasando? —pregunta Roberto Fuentes, el primero de los socios en llegar—. ¿Es verdad lo que dice la prensa?

—Me temo que sí, Roberto —responde compungido.

—Lo solucionaremos —dice el hombre dándole una palmada en la espalda para infundir ánimo—. Hemos salido adelante en muchas crisis a lo largo de todos estos años. Esta vez no será diferente, estoy seguro.

Luis le agradece la confianza. Roberto es uno de los primeros socios de ITECO; llevan trabajando juntos veinte años, desde que el informático entró en la compañía. Dirige el área de banca, que es el departamento con más facturación de la empresa. Es un gran hombre de negocios,

afable y siempre dispuesto a colaborar. Luis sabe que estará de su lado, y también que no todos serán igual de comprensivos y que en los próximos días su trabajo será revisado con lupa, y todos sus movimientos, cuestionados. Por un momento siente un escalofrío al preguntarse si al final de la semana seguirá conservando su empleo o si tendrá que irse por la puerta trasera de la compañía tecnológica mejor valorada del país. No nos pongamos en lo peor, piensa. Ahora es el momento de dar su do de pecho y dejar a ITECO en la mejor situación posible. Demostrará que Andrés ha hecho bien en contratarle y que es un hombre digno de su confianza. Intenta infundirse ánimo antes de entrar en la sala de juntas, lo va a necesitar.

Torre de Cristal, sala de juntas de la planta de IT. Comité de crisis. 10:28

Ocho personas forman el comité de crisis convocado en el área de IT. Presidido por Andrés, a su derecha se encuentran los otros dos socios de la compañía: Roberto Fuentes y Alfonso del Valle, quien dirige el área de industria. Ellos tres son el corazón de ITECO, siendo Andrés el más veterano y fundador. Por un momento, cuando mira a sus dos eternos compañeros, Andrés teme no estar a la altura de las circunstancias, pues qué van a saber ellos, a sus sesenta y tantos, sobre la actualidad en temas de piratas informáticos y virus si son hombres de negocios que, de un tiempo a esta parte, se han dedicado a eso, a traer clientes, a hacer relaciones sociales y a tomar alguna que otra decisión estratégica o de imagen, eso sí, siempre asesorados. Reconoce que Roberto y Alfonso llevan viviendo la buena vida desde hace algunos años. Ya no son los que eran cuando formaron la empresa cuatro décadas atrás, y la parte técnica, como era de esperar, ha quedado en el olvido. ¡Dios sabe cuándo fue la última vez que alguno de ellos picó código! El CEO es consciente de que, después del esfuerzo económico y personal que ambos han realizado durante años, no les puede exigir más, aunque piensa que tal vez debería haber convocado también a los directores de otras áreas, más jóvenes, con más energía y recursos. De todas formas, es posible que quizás eso hiciera que sus compañeros pudieran sentirse desplazados y, dada la situación, lo que menos le interesa en este momento es verse envuelto en una lucha de egos.

Mira a su izquierda, adonde Luis está sentado. Observa su postura, muy rígida; está nervioso, y no es para menos, pero confía en él.

Siempre ha demostrado ser un excelente profesional, aunque no puede evitar sentirse extrañado por el tema de la red. A la derecha de Luis se sienta Rocío, la directora del departamento legal. Aparentemente está tranquila, lo cual contribuye a crear cierta serenidad en el ambiente. Rocío es una negociadora nata, además de tener un excelente perfil técnico, dos cualidades fundamentales para ser un gran abogado. Confía en que su departamento velará por los intereses de la empresa y defenderá a ITECO a capa y espada, como siempre. A su lado se encuentra Alejandra, en la cabeza del departamento de Marketing. Con un estilo demasiado moderno para el gusto de Andrés, pantalones rotos, blusas chillonas y deportivas, Alejandra desentona en el grupo; sin embargo, hasta la fecha ha realizado un maravilloso trabajo con la imagen corporativa de la consultora. El último en llegar es Ignacio, el director de Recursos Humanos. Ignacio es quien menos tiempo lleva en ITECO; esta será su oportunidad para demostrar su valía, piensa Andrés. En la sala también está Víctor, el joven que les avisó de la noticia y que ahora está proyectando la pantalla en la que aparecerá el próximo mensaje.

—Faltan treinta segundos —informa el chico.

Todos contienen la respiración y miran al enorme televisor en el que aparece la comunicación que los hackers han dejado hace veintinueve minutos y medio.

Tic, tac, tic, tac…

Andrés mira impaciente. ¿Cuánto dinero pedirán? ¿Podrá pagarlo? No tiene ni idea. Quizás pidan una cantidad irrisoria. Intenta darse ánimo rememorando anécdotas sobre otras empresas que, por el orgullo de no pagar una pequeña suma, terminaron en la ruina intentando recuperar los archivos por su cuenta. Pero no, él no caerá en eso. El problema sería que les pidiesen una cifra astronómica, desorbitada, piensa; entonces quizá deberían plantearse vender un activo o endeudarse. Aunque eso no suena muy bien, ya lo han hecho en otras ocasiones y han salido adelante. Además, con los beneficios de la operación Assetive podrían cubrir el roto, si es que llegan a concluirla, claro. Sea como sea, se tranquiliza el CEO, comprarán ese código.

—¡Aquí está!

Todos en la sala leen el contenido de la pantalla en silencio. Durante unos segundos solo se oyen respiraciones entrecortadas.

/* Hola, ITECO.

No hay software de desencriptación a la venta.

Tienes 72 h para intentar romper el cifrado y liberar los archivos.

Pero no será fácil. Cada 24 h atacaremos tus sistemas, y al final…

Al final no quedará nada.

Recuerda, 72 h.

Empieza la partida */

Andrés tiene el corazón en un puño. Maldita sea, no hay rescate. ¿Qué clase de ataque es este? Ninguno de los presentes en la sala se atreve a romper el silencio. El grupo observa el mensaje e intenta, inútilmente, buscar respuestas. De pronto, la imagen cambia y, en lugar del fondo negro y letras blancas, aparece un fondo azul con dos cronómetros. Son dos cuentas atrás, una de setenta y dos horas y otra de veinticuatro.

—Parece que los hackers están marcando sus próximos hitos —proclama Luis con un hilo de voz—. Veinticuatro horas para el próximo ataque. Setenta y dos para que todo acabe.

Andrés va a abrir la boca para hacer un comentario. Un alboroto proveniente del exterior de la sala le interrumpe. El CISO se levanta del asiento rápidamente y abre la puerta para averiguar qué está sucediendo en su área.

—¿Qué está pasando? —pregunta alarmado a las personas que están más próximas.

—Estábamos trabajando y ¡de pronto se han bloqueado todos los ordenadores y han aparecido dos cronómetros! —informa un joven nervioso.

Luis se acerca y observa la pantalla del chico. Efectivamente, ahí están los cronómetros, los dichosos cronómetros, iguales a los que acaban de aparecer en la pantalla de la sala de juntas. Levanta la mirada y confirma, con desolación, que hasta donde alcanza su vista todos los monitores muestran lo mismo. Lo terrible es que está seguro de que los cronómetros no aparecen solo en el departamento de IT, sino en

toda la empresa. No quiere ni imaginarse el alboroto que se debe de estar formando en el resto de las plantas. Vuelve a centrarse en el ordenador que tiene delante y mueve el ratón. El cronómetro desaparece.

—Se bloquea a los diez segundos —le informa una chica que ha aparecido a su lado por sorpresa—. Aparentemente, los equipos funcionan, salvo que los dejes inactivos diez segundos, entonces aparecen estos relojitos.

Luis asiente agradecido por la explicación. Los cronómetros son un inconveniente, una incomodidad, pero al menos no les impedirán trabajar. Eso sí, tendrá que pedir a alguno de sus chicos que busque la forma de desactivarlos.

—Por favor, Enrique —le dice al técnico que está a su lado—, comprueba si esto, como imagino, está ocurriendo en todas las plantas. Verifica si los cronómetros son los mismos y si el tiempo de inactividad para que se activen también es igual. ¡Ah! Y después pide a todo el mundo que apague el ordenador.

Enrique, contento por tener un cometido, promete informarle lo antes posible. Luis, por su parte, entra de nuevo en la sala de juntas y explica lo ocurrido. A continuación le hace un gesto a Víctor para que abandone la estancia.

—A partir de aquí seguimos nosotros, gracias —le dice.

El chico se despide con timidez y cierra la puerta con sigilo.

Los presentes se miran unos a otros preguntándose quién va a ser el primero en hablar. Andrés carraspea y, solo ligeramente más entero que hace unos instantes, cuando leyó el mensaje, toma la palabra.

—Señores, os necesito a todos bien despiertos, ya que de ahora en adelante puede que cada uno de nuestros actos, de nuestras decisiones, sea el movimiento que decida si nuestra empresa sale o no airosa de esta situación. —Los presentes asienten, sintiendo sobre sus hombros el peso de una enorme responsabilidad—. Estamos ante una situación muy contingente e inusual.

—Es cierto —corrobora Luis—. Además, en todos mis años de profesión, jamás me he encontrado con unos piratas que no pidan rescate. Aunque lo habitual es dinero, a veces quieren otras cosas; información, por ejemplo. O algún secreto de la compañía o de un cliente, algo jugoso. —Se encoge de hombros.

—¿Tenéis algún plan? —pregunta Roberto.

—Teníamos —responde Andrés con fastidio—. Pagar.

—¡¿Pagar?! —exclama Alfonso—. ¿Desde cuándo cedemos a chantajes de delincuentes?

—Desde que esta semana tenemos que cerrar con éxito la operación Assetive —replica Andrés con firmeza—. Alfonso, si ponemos en un lado de la balanza unos cuantos miles de euros como precio del rescate y en el otro la operación más importante de los últimos años, ¿qué crees que pesa más? —El socio mira a Andrés con el ceño fruncido y le da la razón con cierta reticencia—. En cualquier caso —continúa el CEO—, la opción del pago ya no existe, así que tendremos que pensar en otra cosa, y rápido. El escenario es más grave de lo que intuimos inicialmente.

Luis, que está escuchando la conversación, toma aire, nervioso, consciente de que tiene que dar la talla ante su jefe y el resto de los miembros del comité. Sabe que, debido a su cargo, está en el punto de mira y que no puede venirse abajo. Por eso se levanta e interviene con la voz más firme que es capaz de entonar:

—Quisiera contaros el plan de acción que tengo en mente —anuncia, coge un rotulador y se vuelve hacia la pizarra. Andrés le mira con aprobación, y esto le infunde ánimo—. Esta situación supone tener muchos fuegos encendidos, muchos frentes abiertos. Tenemos que empezar a identificarlos y extinguirlos uno a uno. En primer lugar, tenemos que evitar que los ordenadores continúen infectándose, así que hay que dar una orden inmediata de apagado a toda la compañía. Uno de mis chicos está empezando a correr la voz; sin embargo, creo que lo mejor será hablar con los directores y que ellos lo transmitan a sus equipos. Andrés, se me ocurre que podrías llamar a Rosa. Ella podría ayudarnos con el boca a boca.

Andrés, conforme, marca el número de su ayudante; después de un tono, oyen su voz a través del manos libres.

—¿Sí?

—Hola, Rosa. Soy Andrés. Estamos en pleno comité de crisis y necesitamos tu ayuda.

—Por supuesto. ¿Qué puedo hacer?

—Hola, Rosa —saluda Luis—. Necesitamos que reúnas rápidamente a

tu equipo de secretarias y llaméis a todos y cada uno de los directores de las áreas, y que las personas a su cargo apaguen sus ordenadores ipso facto. Decidles que hemos sido hackeados, aunque seguramente ya lo sabrán.

—De acuerdo, ahora mismo me pongo a ello.

A continuación, el CEO expone el tema que lleva rondando por su cabeza desde hace un buen rato:

—Luis, hay que ver lo de la red. Cuando puedas.

El CISO siente que se le encoge el estómago mientras apunta esta segunda tarea en la pizarra. Tarea que le resultaría imposible olvidar.

—¿Qué pasa con la red? —pregunta Alfonso.

—Debería de estar segmentada —contesta Luis.

—Por favor —interrumpe Rocío—, para los que somos profanos en la materia, ¿lo podéis explicar en cristiano? —Sonríe educada. Alejandra e Ignacio la miran agradecidos.

—Una red segmentada es una red dividida. Así, un hipotético virus solo podría infectar pequeñas parcelas —explica Luis—. Como un bosque que tiene cortafuegos para evitar que un incendio se propague.

Los directores asienten ante la explicación.

—Pero ¿eso no es una medida de seguridad básica de la compañía? —pregunta Alfonso en tono inquisitivo.

—Sí —contesta Luis intentando mantener la calma—. Y en teoría, la medida está correctamente implementada. No sé qué ha podido pasar… Lo averiguaremos, y os diré algo lo antes posible.

Luis observa que Andrés y Alfonso parecen satisfechos con su respuesta, al menos por el momento. Un poco más calmado, escribe en la pizarra el siguiente y tercer objetivo.

—Tenemos que empezar a valorar los daños del ataque —explica.

—¿Y cómo piensas hacer eso? —pregunta Roberto.

El CISO, que lleva varias horas pensando en ello, le contesta:

—En primer lugar, hay que averiguar qué partes de la red y de los

servidores de la nube han sido afectados. Tendremos que llamar a nuestros partners de Microsoft Azure y AWS, para que nos ayuden con las comprobaciones. Si nuestras copias de seguridad están muy comprometidas, vamos a tener un problema. Por eso necesitamos saber qué archivos se han salvado para poder valorar cuál es el verdadero daño que han causado a la compañía.

—Eso podría llevar días —comenta Andrés preocupado—. Además, no sabemos si el virus continúa propagándose, lo que me parece bastante probable.

—Por eso hay que empezar ya —afirma Luis con rotundidad—. Lo más seguro es que los clientes empiecen a hacernos preguntas, y tenemos que preparar las respuestas. Aunque de este capítulo hablaremos más adelante —termina mirando a Rocío, que asiente lentamente.

—¿Y cómo vamos a romper el algoritmo de cifrado? —pregunta Alfonso.

—¿Podemos conseguirlo en veinticuatro horas? —añade Roberto.

—Sinceramente, no lo creo —dice Luis—. Es prácticamente imposible encontrar una vulnerabilidad en tan poco tiempo.

—Deduzco que en setenta y dos tampoco —añade Rocío, la abogada, arqueando las cejas.

Luis niega con la cabeza y observa los rostros preocupados de los allí presentes. Un ambiente lúgubre invade la estancia. Si no pueden romper el algoritmo de cifrado, ¿cómo se supone que van a salir de esta? Sospecha que esa es la pregunta en la que todos piensan, pero que nadie se atreve a pronunciar en voz alta. No quiere dar falsas esperanzas. Eso sí, si ITECO muere, morirá luchando, así que afirma:

—Sé que la situación es complicada, pero vamos a intentarlo con todas nuestras fuerzas y todos nuestros recursos. Mi equipo se pondrá a trabajar día y noche. Agotaremos hasta el último minuto si es necesario.

—Podemos contactar con el equipo de ciberseguridad del seguro —sugiere Rocío—. Llamaré a mis abogados para que se pongan en contacto con ellos.

—Quizá también deberíamos avisar al Instituto Nacional de Ciberseguridad por si pudiesen ayudarnos de alguna forma o tuvieran

información útil —añade Roberto—. Tal vez no solo nosotros hemos sido atacados.

—Bien pensado —dice Luis—. También tendremos que poner una denuncia en la policía.

—Y comunicárselo a la Agencia de Protección de Datos —continúa la abogada, pensativa—. Nosotros nos encargamos de eso, Luis.

—Desde Recursos Humanos podemos hacer una búsqueda de hackers a través de nuestros cazatalentos. Tenemos algunos currículums de la conferencia Rooted del mes pasado. —Ignacio, el director de Recursos Humanos, dirige su mirada al CISO—. Luis, nos esperan setenta y dos horas muy duras, y tus chicos necesitarán refuerzos; en algún momento tendrán que descansar. Habrá que hacer turnos. Buscaremos a los mejores informáticos freelance y los tendrás aquí hoy mismo.

—Gracias, Ignacio. Será de gran ayuda.

Andrés observa, sentado en su silla, cómo el plan está tomando forma. Por desgracia, el ciberataque se está complicando mucho más de lo que esperaba y ahora empieza a temer no solo por la operación Assetive, sino por el daño que los cibercriminales le puedan causar a ITECO. Parece una película de ciencia ficción: los cronómetros, la amenaza de las nuevas brechas, las setenta y dos horas… ¿Quién estará detrás de todo esto?

—También podemos lanzar un comunicado a nuestros clientes. —La voz de Alejandra le saca de sus pensamientos—. Algo sencillo. Un pequeño texto que informe de que la compañía ha sido atacada y que estamos trabajando para que en unas horas todo vuelva a la normalidad. Mejor que reciban noticias por nuestra parte en lugar de que saquen conclusiones de la información que sale en la prensa.

—Me parece perfecto —afirma Roberto.

—Recuerda que tendréis que hacerlo desde equipos que no estén conectados a la red de ITECO —le advierte Luis.

—Hablaré con mi gente, descuida.

—No sé cómo lo veis… —Con cierto nerviosismo, Ignacio se ajusta las gafas—. Creo que los trabajadores deberían irse a casa. Parece que en el día de hoy las cosas no van a volver a la normalidad, y tener a casi tres mil personas inquietas en nuestras instalaciones no nos va a ayudar en nada.

—Tienes razón. Bien pensado, Ignacio —responde Andrés y asiente. Ignacio le sonríe agradecido por el apoyo—. Diremos a los directores que estén localizables por si algo sucediese.

—Y… ¿qué pasa con los proyectos? —pregunta Alfonso—. Tenemos que asegurarnos de que el cifrado de nuestra red no afecte a los servicios que están en curso y que todo pueda seguir funcionando con normalidad.

—El comunicado —le recuerda Alejandra.

—Creo que Alfonso no se refiere a eso. —Sonríe Rocío tranquila—. El comunicado calmará a nuestros clientes unas horas, pero si el ataque afecta a los servicios que prestamos, van a empezar a llamar para saber qué está pasando en realidad. En el mejor de los casos habrá un incumplimiento de unas horas. En el peor, ITECO se irá al garete y querrán saber qué va a pasar con los servicios y, sobre todo, con su dinero.

—Tumbar una compañía como esta en tres días es…, ¡es imposible! —exclama Roberto—. Jamás haremos caso al mensaje. ITECO no va a hundirse de la noche a la mañana como si nada.

—Hay que ponerse en el peor de los escenarios —contesta la abogada con semblante serio, siendo plenamente consciente de que ese es su papel.

—Y en la piel de nuestros clientes —añade Andrés—. Espero que nunca tengamos que llegar a esa situación y que seamos capaces de resolverlo. Sin embargo, no podemos olvidarnos del mensaje de los ciberdelincuentes y de los próximos golpes que prometen.

—Parece que nos están echando un pulso —afirma Roberto—. Y eso de «comienza la partida» no me gusta nada.

Andrés asiente preocupado.

—Quizá nuestros temidos piratas informáticos sean unos críos en un garaje —añade Alfonso con desdén—. A lo mejor ni siquiera hay ataque mañana, quién sabe.

—Sea quien sea, no debemos subestimarlo —replica el CISO—. Quizá sea un grupo articulado y bien organizado. No podemos caer en el error de confiarnos.

—Luis tiene razón —asiente Rocío, ignorando deliberadamente a

Alfonso, que pone los ojos en blanco—: todo esto es demasiado retorcido. Parece que alguien se ha tomado la molestia de encriptar no solo nuestra red, sino también las copias de seguridad que hay en la nube, y preparar toda esta parafernalia de la cuenta atrás.

—Bueno, no nos pongamos en lo peor. —Roberto intenta traer un poco de calma al grupo—. Todavía tenemos tres días para solucionarlo.

—En cualquier caso, creo que sería bueno ir estudiando los posibles escenarios desde el punto de vista legal —sugiere la abogada—. Quizá podamos empezar por los contratos más relevantes: ¿qué pasa si hay un incumplimiento?, ¿estábamos cumpliendo con las medidas de seguridad que nos pedían los clientes? —Hace una pausa, pensativa—. Porque esa es otra: ¿cómo han podido entrar en nuestros sistemas? ¿No se supone que ITECO es considerada una fortaleza digital?

—Ese es otro de los puntos que tenemos que revisar. —Luis lo apunta en la pizarra—. El equipo de IT tiene que comprobar todas las medidas de seguridad y dónde se ha producido la brecha.

Rocío, con gesto serio, continúa:

—Mi equipo se pondrá a trabajar. Necesitaremos refuerzos para tener una foto clara de las consecuencias legales para la compañía en tan poco tiempo. Pediremos a nuestros despachos externos que envíen a sus abogados. Hay mucho que estudiar. Y si se han perdido datos personales…, lo llevamos claro.

Andrés es incapaz de disimular la preocupación en su rostro: todo pinta bastante negro para la compañía, y lo sabe. Por muy bien parada que salga ITECO, las consecuencias legales no serán peccata minuta y, probablemente, le costarán una fortuna. Sin embargo, sabe que la mejor opción es continuar con el plan que está trazando su equipo.

—Sería conveniente reunirnos antes de comer para ver cuáles son los avances —propone—. En la próxima reunión convocaremos también a la directora del Departamento Financiero. Creo que nos va a hacer falta…

Dado que nadie parece tener nada más que comentar, Luis recapitula.

—Bien, las tareas son las siguientes: por mi parte y la de IT, estudiaremos los daños sufridos, designaré a un equipo para que trabaje en el algoritmo de cifrado y en examinar qué ocurre con la red. Hablaremos con los proveedores de seguridad e intentaremos

averiguar cómo han entrado los hackers en nuestros sistemas. Rocío y su equipo llamarán al seguro y comenzarán a estudiar las repercusiones a nivel legal. Alejandra y el equipo de Marketing prepararán un comunicado para los clientes. Ignacio y el equipo de Recursos Humanos se encargarán de enviar a los trabajadores a casa y de conseguir perfiles técnicos de refuerzo. —Mira a los aludidos—. Creo que no me dejo nada.

Observa unos leves asentimientos.

—Muy bien, señores —termina Andrés, satisfecho con el trabajo del equipo—. Se levanta la sesión. ¡A trabajar!

Capítulo 3

Paseo de la Castellana. 09:15

Diego no se conecta al mundo hasta bien entrada la mañana, pero le gusta madrugar. Esas primeras horas del día son sagradas para él: unas flexiones, un buen desayuno, con zumo y tostadas, una larga ducha y un paseo de cuarenta minutos hasta el trabajo. Sin whatsapps, sin noticias, ni siquiera un programa de radio. Lo necesita para empezar bien la jornada.

A las nueve y cuarto sale de su portal y siente que la brisa fresca de la mañana le acaricia el rostro. Respiraría a pleno pulmón si no fuera porque Madrid, a esas horas, es una nube de humo, sobre todo al bajar José Abascal para poner rumbo a la Castellana. Ese día el sol reluce. Tal vez pueda salir a hacer deporte si no termina demasiado tarde en el despacho, piensa. Le gusta ir a correr cuando anochece, y mayo es el mes perfecto para ello: los días son cada vez más largos y la temperatura va subiendo. Se ajusta las gafas de sol y, con la americana en la mano y el maletín colgado del hombro, avanza por la larguísima calle. Piensa en el fin de semana: no estuvo del todo mal. Tal vez vuelva a llamar a la chica con la que salió el sábado. Fue una buena noche, buena compañía y mejor final, aunque la chica, Paula, no le terminó de emocionar. Desde hace una buena temporada ninguna le emociona. Será porque los últimos meses los ha pasado con la cabeza metida entre contratos y legislación, o porque de un tiempo a esta parte siente que vive demasiado deprisa.

Diego es abogado. Igual que lo es su padre y lo fue su abuelo. Hay quien dice que lleva el derecho en la sangre. Le hubiera gustado opositar y llegar a ser un buen juez, pero es muy consciente de sus limitaciones. Sabe que no habría tenido disciplina para alcanzar semejante meta, así que se conformó con ser abogado. Aunque lo de «conformarse» no se lo dice a su padre, quien luce su toga con orgullo desmedido.

Su carrera de abogado no es lo que esperaba y, pese a que Diego tiene un buen puesto de asociado en uno de los mejores despachos de la capital, siente que cada vez está un poco más lejos del lado más

humano del derecho que un día le llevó a querer seguir el camino que marcaron sus predecesores. Quizá se equivocó de rama, debería de haber sido penalista y librar mil batallas en los juzgados defendiendo a sus clientes, o especializarse en derecho laboral y dedicarse a proteger los derechos de los trabajadores; seguramente, el derecho de extranjería también le habría gustado. Sin embargo, Diego se dejó aconsejar por su padre, Adolfo, pensando que compartiría con él el mismo deseo de ayudar a los más necesitados. Y así fue hasta que, poco a poco, en la última década, el pequeño bufete de Adolfo empezó a crecer al igual que su ambición. Con el talonario de sus clientes como único filtro, comenzó a admitir todo tipo de casos. El porqué de este cambio es algo que Diego desconoce.

Con vistas a ampliar su bufete en un futuro no muy lejano, convenció a su hijo para que se dedicase al derecho mercantil. Por eso, Diego está en el departamento Corporate M&A. Su trabajo consiste en revisar contratos de cifras astronómicas y participar en enrevesadas operaciones de fusiones y adquisiciones de grandes empresas, como la que terminaron de cerrar el pasado viernes. Fueron meses de intenso trabajo, las dos últimas semanas contrarreloj y durmiendo solo unas pocas horas al día. La operación más grande y compleja que ha visto en sus ocho años de abogado.

—Por este momento merece la pena el esfuerzo, chico —le había dicho su jefe en voz baja mientras veían que su cliente, accionista mayoritario de una importante petrolera, firmaba orgulloso la absorción de nada menos que veinticinco sociedades repartidas por todo el mundo.

Diego se había limitado a asentir, preguntándose, una vez más, si estaba en el lugar adecuado, si no había dejado sus principios aparcados y vendido su alma por un puñado de euros y un sueño que no era el suyo. La cuestión es que su trabajo es muy técnico y… está muy bien pagado. Con el bonus que van a darle por esa operación, como mínimo, se costeará unas vacaciones de dos semanas en cualquier lugar del globo. Tal vez Bali o Japón. Sonríe al imaginarse delante de uno de esos templos con tejado rojo que tantas veces ha visto por televisión… ¿Con quién iría? Su vida social de un tiempo a esta parte ha sido prácticamente inexistente, y su compañero de viaje tendría que aceptar que, probablemente, tuviese que trabajar una vez estuvieran en el hotel. Así son las vacaciones para él.

¿Qué gana con esto? Un trabajo que no le entusiasma y que le absorbe de tal forma que no puede tener vida personal. ¿Cómo ha acabado así? A veces se siente decepcionado por ser tan cobarde y haber dejado de

perseguir sus sueños, por no contradecir a su padre, por el desahogo de un buen sueldo y por haberse acomodado.

Hay días en los que el desánimo inunda su alma, y ese lunes es uno de ellos.

Sacude la cabeza para apartar estos pensamientos y dejar de meditar sobre lo patético de su existencia. Le va bien, se dice una vez más. Va a cumplir 31 años, y tiene un piso en el centro de Madrid cuya hipoteca paga religiosamente cada mes, un trabajo que hasta ahora le ha proporcionado un buen tren de vida y que es libre de dejar cuando quiera, y…, bueno, aún es joven, ¿verdad?

Cada cierto tiempo se replantea su vida y su carrera profesional y piensa en tomar una decisión, un cambio radical. ¿Cómo se sentiría si cada día fuera a trabajar en algo que realmente le apasiona? Si sintiera que, al menos, ayuda a otras personas a resolver sus problemas, por mundanos que sean. Reflexiona a menudo sobre esto, pero nunca se atreve a dar el salto y termina volviendo a entrar en un círculo vicioso en el que se deja arrastrar de nuevo por la rutina y la comodidad de un futuro bien asegurado.

Suspira con resignación cuando llega al edificio situado en la calle Serrano, donde se encuentra Ros y Olavarría Asociados. Es un inmueble antiguo de piedra con relieves alrededor de las ventanas, rodeado de tiendas de lujo. Una ubicación elegida meticulosamente. Al entrar se embriaga con el olor a madera. Piensa en todo lo que deben de haber vivido esas paredes antes de que los socios Ros y Olavarría decidieran instalar allí sus oficinas.

—¡Buenos días, Diego! —saluda alegre el portero.

Diego piensa que debe de ser casi tan viejo como el edificio. Todos allí le conocen y le tienen un cariño especial. Le responde con una sonrisa:

—Buenos días, Marcelo.

—¿Viste al Madrid el sábado? ¡Ganamos cuatro a cero!

—Lo vi de refilón en un bar. El sábado necesitaba salir y despejarme.

El hombre asiente comprensivo.

—Habéis tenido unas semanas muy duras, por eso hoy entras más tarde, ¿verdad? Espero que mejore la cosa y os dejen respirar un poco.

—Yo también… —responde con sinceridad y cierta amargura mal disimulada en la voz—. Pasa buen día, Marcelo —se despide y sube la escalera de madera.

Cuando llega a la segunda planta son más de las diez. Respira hondo, hace una mueca y practica la sonrisa con la que entrará al despacho. Por mucho que se replantee las cosas, no es tan tonto para poner en riesgo su empleo dando la sensación a sus jefes de que es un amargado. Saca la tarjeta electrónica de la cartera, curioso contraste de modernidad con lo viejo del edificio, y abre la pesada puerta de roble.

—¿Hoy se te han pegado las sábanas? —le dice una de las chicas de recepción guiñándole un ojo con coquetería.

—Una pequeña recompensa por las horas de sueño que me han robado las últimas semanas —responde él con una sonrisa, sintiéndose observado mientras se dirige a la oficina que comparte con sus compañeros de departamento.

El despacho es bastante bonito. Techos altos, mucha luz, suelo de parqué antiguo brillante y paredes blancas, decorado con exquisito gusto.

—Tío, tío, ¡¿lo has visto?! —le aborda Josemi nervioso en cuanto le ve llegar. Josemi es el becario del departamento mercantil, está de pie con su teléfono en la mano y no para de moverse inquieto por la sala.

—No. ¿Qué tengo que ver?

—Es verdad —exclama con tono dramático mirando su reloj—, acabas de terminar tu tiempo de desconexión del mundo. Bienvenido al siglo veintiuno. Un día, Jaime te va a echar la peta, lo sabes.

—Mientras siga haciendo miles de horas y no se me pasen plazos ni emails importantes, Jaime no tendrá nada que decir —afirma Diego con seguridad.

Probablemente un par de años atrás no se habría atrevido a hacer tal afirmación, sin embargo, ahora es consciente de que es francamente bueno en su trabajo y que se ha vuelto indispensable para sus jefes.

—Mira el teléfono, vamos —insiste Josemi. Diego sonríe, conocedor de que sus pequeñas excentricidades, como no ver el móvil hasta que llega al despacho, pasan cada vez menos desapercibidas.

—Cuéntame. ¿Qué pasa? —responde sacando su iPhone y su ordenador del maletín.

—Han hackeado ITECO.

—¡¿Qué?! —exclama sorprendido—. ¿Dónde has visto eso?

—Está en todos los periódicos. Las personas del siglo veintiuno leemos la prensa en el móvil. Ya sé que tú pareces sacado de otra época…

Josemi le muestra la noticia que acaba de salir en El Confidencial y observa a su compañero, que lee con seriedad. ITECO es uno de sus mejores clientes. De hecho, les han prestado soporte en varias cuestiones mercantiles relacionadas con la operación Assetive que están a punto de concluir. Se supone que esta semana los abogados in house terminarán de cerrar el contrato después de meses de mucho trabajo y reuniones.

—¿No tenemos más información? ¿Han hablado Jaime o Pablo con ellos?

—Que yo sepa, no. Están reunidos ahora mismo en el despacho de Jaime, pero no sé si estarán hablando de eso.

Jaime Olavarría es el socio del departamento mercantil y uno de los fundadores del despacho. Conoció a su compañera, Antonia Ros, cuando ambos trabajaban en una de las Big Four. Cansados de un ritmo de trabajo frenético y de ser solo un número para su empresa, decidieron correr el riesgo de ponerse por su cuenta, fundaron Ros y Olavarría Asociados y, la verdad, les ha ido bien. Comenzaron trabajando mano a mano en un local sin calefacción en Alonso Cano, en el año 2000, y ahora, veintiún años más tarde, cuentan con cincuenta abogados bajo su dirección, varias sedes, y el despacho aparece en Chambers and Partners, el directorio legal más importante de Europa, con sus departamentos de Corporate M&A y Derecho de la Competencia.

Por otra parte, hace ya unos quince años que Pablo Álvarez, asociado sénior y responsable directo de Diego, trabaja para Jaime. Pablo había entrado por enchufe, pese a lo reticente que solía ser Jaime con este tipo de asuntos, debido a la insistencia de su mujer. Pablo era hijo de una de sus mejores amigas, y no le quedó más remedio que tomarlo a su cargo, eso sí, tras un periodo de prueba que el chico superó con un tremendo e inesperado éxito. No solo habían congeniado de maravilla, sino que Pablo se había convertido para Jaime en el hijo que nunca había tenido.

Diego consulta su reloj con impaciencia mientras revisa los correos. Desconoce hasta qué punto un ciberataque puede desbaratar a un gigante como ITECO. Teniendo en cuenta que es una compañía tecnológica, sabe que contarán con su propio equipo de hackers. Conoce de buena tinta que tienen un buen departamento de IT, pues uno de sus amigos trabaja en esa área. Coincidieron justo cuando él estuvo de in-plant en la compañía. Sus jefes le enviaron allí unos meses después de haber entrado en el despacho para revisar una serie de contratos mercantiles. Diego siente un gran cariño por ITECO y guarda muy buen recuerdo de su experiencia allí.

A las once y cuarto de la mañana, Jaime y Pablo salen de su reunión y entran en el despacho que comparten Diego, Josemi y sus dos compañeras, Susana y María.

—Hoy te toca ponerte la corbata —le anuncia Pablo a Diego con una sonrisa. Jaime asiente a su lado. Parecen el punto y la i, es lo que piensa cada vez que los ve juntos: Pablo, tan alto y tan fuerte, y Jaime, que cada vez resulta más bajito a su lado.

—Nos vamos a ITECO —dice este—. Un taxi nos recogerá en veinte minutos.

—¿Es por el ciberataque?

—Sí. Acabamos de hablar con Rocío y nos ha dicho que es muy importante que a las doce estemos allí.

—¿Os ha dicho algo más? ¿Algún detalle?

—Nada que no cuenten los periódicos, aunque sospecho que se está guardando información. Quizá prefiera que hablemos en persona —responde el socio.

—Pues no hay tiempo que perder —afirma Diego levantándose de la silla para buscar su corbata.

—Te esperamos en la puerta.

El joven abogado guarda sus cosas en el maletín y empieza a colocarse la corbata. Al menos el día se presenta con un poco de emoción, piensa.

—¿Necesitas ayuda con el nudo? —pregunta Susana.

—Susana —interviene Josemi—, límpiate un poco, que se te cae la

baba.

—¡Vete a la mierda! —se queja ella.

—Las tienes a todas locas, tío, no sé cómo lo haces —dice el becario, que se acerca a la mesa de Diego.

El abogado mira a Josemi y niega sonriente con la cabeza. Reconoce que siempre ha tenido suerte en asuntos de faldas.

—Te daré una masterclass —bromea—, pero prométeme que tendrás listo el informe que te pedí ayer para mi vuelta.

—¡Cuenta con ello, jefe! Ojalá pudiera ir contigo… Me encantaría entrar en ITECO. Nunca he estado en las torres. Las vistas deben de ser impresionantes.

—Lo son —confirma Diego pensando en los atardeceres de Madrid que ha visto desde esa torre. En alguna ocasión incluso ha subido a las últimas plantas para contemplar el espectáculo—. Si se da la oportunidad, le pediré a Pablo que te deje venir —le promete guiñándole un ojo.

El becario sonríe animado. Josemi le cae bien. Le hacía falta un colega en un pool lleno de mujeres, puesto que Jaime y Pablo cuentan con sus propios despachos. Josemi le provoca cierta ternura. Es un tipo muy alto y regordete con cara de bonachón, a veces un poco apalominado. En ocasiones le recuerda a él mismo hace unos años, cuando hacía sus primeros pinitos de becario en el despacho. En esa época, hacer un informe era un mundo y coger el teléfono daba miedo. Sonríe y piensa que el chico es todo un personaje. Cuando se quiere dar cuenta, se lo encuentra ligando, o más bien intentando ligar, con poco éxito, con las becarias de otros departamentos.

Media hora más tarde, tres hombres trajeados suben a un taxi, sin saber que los días siguientes serán, como mínimo, difíciles de olvidar.

Torre de Cristal. 11:45

Nada más entrar en las instalaciones de ITECO, Diego mira a su alrededor con curiosidad. Para estar en medio de un ciberataque, piensa que los empleados están bastante tranquilos. De hecho, hay

más calma de la habitual. Esperaba encontrarse una situación de caos.

—¿Pensabas que la gente iba a estar como loca corriendo de un sitio a otro? —le pregunta Jaime leyendo sus pensamientos.

—Esperaba un poco más de alteración, sí. En plan apocalipsis. Aún no me creo que una empresa como ITECO esté paralizada —dice en voz baja.

—Y eso que aún se desconoce la magnitud de la agresión —responde el socio.

—Si nos han hecho venir hasta aquí, será porque hay algo gordo —afirma Pablo con convicción—. Algo que no han querido decirnos por teléfono.

—Bueno, ITECO es una fortaleza digital, o al menos eso dicen.

Pablo mira a Diego con una ligera sonrisa.

—También decían que el Titanic era insumergible, y ya sabes lo que ocurrió —replica en voz baja. Jaime pone los ojos en blanco.

—Vamos a intentar no adelantar acontecimientos —aconseja el socio— y no ponernos alarmistas cuando hablemos con Rocío, sea lo que sea lo que nos cuente, ¿estamos?

Los abogados asienten. Diego sonríe para sí. Sabe que el comentario de su jefe va especialmente dirigido a Pablo, que, pese a sus años de experiencia, es una persona muy expresiva y le cuesta mucho trabajo mantener cara de póker delante de sus clientes, sobre todo cuando las noticias no son buenas.

Los tres abogados suben en el ascensor. La asesoría jurídica se encuentra en el piso veintiuno de la torre. Cuando se abren las puertas, Pablo ahoga una exclamación y trata de contener los comentarios que se le pasan por la mente: el departamento legal, habitualmente tranquilo y silencioso, está lleno de gente, casi hasta duplicar su aforo.

—¿Querías caos? —Sonríe Jaime—. Empieza la fiesta, vamos.

Los hombres se adentran en la sala expectantes. A los cuarenta abogados que forman la plantilla de la compañía se suman, por lo menos, otros treinta que, como ellos, provienen de despachos externos. Todos hablan entre sí. Entre tanta gente trajeada, Diego

piensa que la escena bien podría ser un cóctel de Navidad… o un evento de gala. Si algo hay que reconocer a los abogados, hombres y mujeres, suele ser su elegancia: ellas, con relucientes zapatos de tacón y sobrios pero estilosos vestidos; los hombres, con impecables trajes, algunos hechos a medida.

Diego identifica varias caras y suspira. Nada le apetece menos que encontrarse con ciertos compañeros de profesión alardeando de sus últimas operaciones, de todas las horas que trabajan, fines de semana incluidos, y haciendo la pelota sin parar.

«Qué pereza», resopla. Se arma de paciencia y busca un lugar donde pasar desapercibido. No le apetece entablar conversación.

—Muchas gracias por venir tan rápido —les saluda Rocío nada más verlos—. Faltan un par de personas por llegar, y comenzaremos la reunión.

Diego, en un rincón de la sala, encuentra a los que fueron sus compañeros durante los meses que pasó en la consultora. Últimamente solo los ha visto de forma esporádica, cuando se ha pasado por ITECO. Es un equipo de gente joven, y le caen bien. Se acerca a ellos sonriente.

—¡Hombre! Dichosos los ojos —le saluda Martín con una efusiva palmada—. Qué ha pasado con esas cañas que al final nunca nos tomamos…

—La vida de despacho, tío.

—Que no es vida, ¿no?

—Exacto.

—¡Diego! —Oye a su espalda—. ¡Cómo me alegro de verte! —Es Carolina quien habla.

Carolina es un bombón, un espectáculo andante. Se acerca a darle dos besos, y el abogado se impregna de la dulce fragancia que desprende la chica. De pronto le invade el recuerdo del fugaz romance que mantuvieron cuando él estuvo trabajando en la compañía. Breve y apasionado. Un buen recuerdo; sí, señor.

—¿Qué tal estás? —le pregunta con cariño.

—Aquí, aguantando a esta gente. —Sonríe ella con unos dientes

increíblemente blancos.

—Con lo bien que te tratamos, Carol…, no te puedes quejar. —Pedro aparece a su lado y da un fuerte apretón de manos a Diego.

—Bueno, y ¿qué os ha pasado? Salís en todos los periódicos. Os dejo solos unos meses y…

—¡Y mira la que liamos! —ríe Martín.

—Pues no te creas que sabemos mucho más de lo que sale en la prensa —responde Pedro con seriedad—. Rocío nos ha pedido avisar al seguro y llamaros a todos vosotros. Supongo que ahora nos contará. De todas formas, estamos tranquilos. Confiamos en nuestro equipo de IT, son los mejores.

—Además, ¡ITECO es indestructible! —afirma Martín. Sus compañeros asienten. El abogado les contempla asombrado, pensando en la fe inquebrantable que tienen en su empresa.

Diego ve que Jaime y Pablo, que hablan con sus colegas de otros despachos, están en su salsa. Seguramente, todos en el sector estén enterados de la operación que terminaron de cerrar la semana pasada y que, si no ha aparecido ya, no tardará en salir en Expansión. Desde donde está, el joven abogado puede intuir el orgullo mal disimulado con el que el socio trata de restar importancia a sus hazañas.

—¡Por favor, escuchadme! —Rocío levanta la voz para hacerse oír entre el numeroso grupo—. Acercaos, así no tendré que hablar muy alto. —Los más de sesenta abogados se colocan a su alrededor. Las puertas de cristal de la enorme asesoría jurídica se encuentran cerradas a cal y canto, y la abogada les recuerda el deber de confidencialidad al que están sometidos—. Bien, como sabréis por la prensa, hemos sufrido un ciberataque. Parece que se trata de un tipo de virus denominado ransomware que ha cifrado no solo nuestra red interna, sino, probablemente, nuestros servidores espejo. La gente de IT está trabajando para averiguar hasta dónde llega el daño exactamente. —El grupo de abogados mira a la directora con cara de perplejidad. Solo hay un par de caras de preocupación, entre las que se encuentra la de Martín.

—No sé por qué Rocío está empleando esa jerga, sabe que los abogados, por lo general, somos lo menos tecnológico que hay —le susurra a Diego—. Probablemente, la mayoría de estos señores no se esté enterando de nada, ni tenga idea de qué es un servidor espejo…

—Yo solo he entendido la palabra «virus» —comenta Pedro al otro lado de Diego—. ¿Qué queréis? Me dedico a impuestos —se justifica encogiéndose de hombros ante la sonrisa de sus compañeros.

Uno de los abogados externos levanta la mano y le pide aclaraciones a Rocío; los demás asienten respaldando a su compañero.

—Tenéis razón —se disculpa la abogada—: he utilizado los términos que ha empleado nuestro CISO. Algunos de vosotros os dedicáis a las nuevas tecnologías. No es el caso de la mayoría… —añade casi para sí—. La cuestión es que un virus ha logrado entrar en la compañía, aún no se sabe cómo, y parte de nuestra red y su copia de seguridad han sido cifradas. Esto significa que hemos perdido el acceso a todos los archivos afectados por el virus que teníamos ahí guardados.

—¿Eso incluye nuestra base de datos? Todos nuestros contratos, archivos, nuestros modelos…

—Es bastante probable —reconoce Rocío con rostro serio. Oye un murmullo que se acrecienta en la zona donde se sitúa su equipo de abogados—. Tal y como están las cosas, os aseguro que haber perdido nuestros modelos de contratos es el menor de los problemas. —Sonríe con amargura—. Estos cibercriminales quieren cargarse la compañía. Por lo visto, cuando infectan con un ransomware, suelen pedir un dinero de rescate por el código de desencriptación; sin embargo, el mensaje que hemos recibido es claro: no hay código, y nos dan setenta y dos horas para romper el cifrado. Lo cual es una tarea francamente complicada y en la que nuestros compañeros de IT van a dejarse la piel. Además, se han pedido refuerzos.

—Rocío —se oye a alguien al fondo de la sala—, perdona. Hay algo que no entiendo: si ya está todo encriptado, ¿por qué nos dan setenta y dos horas para romper el algoritmo?

—Parece que en ese intervalo nos van a volver a atacar. Cada veinticuatro horas, exactamente. —La abogada consulta su reloj casi en un acto reflejo, sin saber que, a partir de ese día, ese gesto se convertirá en un tic para muchas personas en la compañía.

—Pero ¿qué más van a encriptar?

—Tienen muchas otras formas de atacar, de hacernos daño —contesta Martín, quien, sin ser experto, es bastante aficionado a las nuevas tecnologías.

La directora asiente.

—No sabemos nada más. Se ha pedido a toda la compañía que apague los equipos y que nadie se conecte a internet, pero es imposible predecir qué va a ocurrir dentro de —mira de nuevo su reloj— veintidós horas.

—¡Andrés no permitirá que hundan ITECO! —afirma alguien que es coreado con otros mensajes de apoyo.

—Eso es lo que se está intentando —indica Rocío tratando de apaciguar los ánimos—. De todas formas, nosotros también debemos aportar nuestro granito de arena a la causa. En calidad de abogados, debemos proteger a la empresa en cualquiera de los posibles escenarios que se den a partir de ahora.

La directora mira las caras que tiene frente a sí, algunas perplejas, otras preocupadas; también ve ánimo de trabajar para ayudar a salvar la compañía. Sabe que ahora todos son conscientes de la gravedad del asunto. En juego están los puestos de trabajo de su equipo y una facturación importante al mes, en el caso de los despachos. Los abogados hablan entre ellos, intentando entender la situación, buscando respuestas, pero ¿qué respuestas van a encontrar si ni siquiera conocen todas las preguntas?

—¿Y ahora? —Se oye a uno de los miembros más veteranos del departamento.

—Ahora nos esperan unos días de intenso trabajo. Por eso he pedido a nuestros asesores externos que vinieran a nuestras instalaciones —mira con una sonrisa de agradecimiento a los abogados de los despachos, que tan rápidamente han acudido a su llamada—, porque vamos a necesitar refuerzos. Es posible que en estos tres días la situación cambie drásticamente. Quizá pasemos de estar de brazos cruzados a ser el punto de referencia para dar una respuesta rápida a ITECO sobre la situación en la que estamos de cara a nuestros clientes. Tampoco hay que perder de vista que esta semana se supone que cerramos el contrato y la operación Assetive, y, tal y como están las cosas, no sé bien qué va a pasar.

—Rocío —pregunta Martín—, ¿cómo vamos a revisar contratos si no podemos trabajar con nuestros ordenadores?

—Pues… a la antigua usanza. —Sonríe—. Trabajaremos mano a mano con los compañeros de negocio y con el equipo de archivo. Probablemente hoy no habrá mucho movimiento, puesto que, si hubiera un incumplimiento de un día, lo más seguro es que dé lugar a

unas penalizaciones que ya están pactadas por contrato.

—El problema está en que los clientes se den cuenta de que lo que no cumplimos son las medidas de seguridad —responde Martín.

—Lo sé, Martín. Pero en teoría deberíamos cumplir. Precisamente eso es lo que vende ITECO: nadie cumple como nosotros.

—Y si es así, ¿cómo es posible que haya entrado el virus? —pregunta otro de los abogados.

—Aún no lo sabemos.

—¿Y qué pasa con los clientes? ¿Alguien les ha dicho algo?

—Marketing está preparando un comunicado.

—Pues ya llegan tarde —comenta un abogado muy joven que se encuentra a la derecha de Rocío.

—¿Por qué? —pregunta Rocío con tono de alarma al ver la cara del chico, que mira perplejo su smartphone.

—Salimos en Twitter. —Levanta la pantalla de su teléfono móvil—. He buscado «ITECO» y alguien ha colgado la foto de una pantalla con los cronómetros de la cuenta atrás que comenzaron a aparecer en los ordenadores. En el hilo de Twitter no dicen nada bueno sobre la compañía.

Rocío frunce el ceño. Lo que faltaba. Espera que los de Marketing ya se hayan dado cuenta; no obstante, lo mejor será llamar a Alejandra para que hagan una búsqueda, y a Ignacio para que identifique si son empleados de ITECO quienes están subiendo esa información. El día va a ser muy largo…, piensa.

—Os recuerdo a todos —dice seriamente a los abogados—, a riesgo de resultar repetitiva, vuestro deber de confidencialidad para con la empresa. Por favor, si alguna información trasciende a la prensa, a las redes, o algún rumor comienza a circular por la compañía, que no salga del departamento legal ni de sus asesores, solo nos faltaría eso. Sé que puedo confiar en vosotros. —No quiere amenazarlos, pero debe advertirles. Un error, un dato indebido que salga de su departamento, podría tener graves consecuencias—. Por otra parte —añade—, os agradecería a los abogados externos que podamos contar con vuestro apoyo estos días. Necesitamos más manos y ojos para revisar los contratos y analizar las consecuencias jurídicas del incidente. La

cuestión es que, por practicidad, tendríais que quedaros en nuestras instalaciones. Ahora hablaremos de vuestros fees. —Los abogados asienten conformes. Aunque esto altere el día o, incluso, la semana de muchos de ellos, un dinero extra tampoco viene mal.

—Esto parece de película —susurra Diego colocándose al lado de Pablo—. Con cronómetros y todo.

—Están bien jodidos —le responde Pablo—. No quisiera vernos en su pellejo. Además, va a haber mucho trabajo por delante.

—Si os parece bien, yo me quedo —comenta Diego—. Probablemente me toque revisar alguno de los contratos que vi cuando estuve trabajando aquí, y os podré mantener al día si hay alguna novedad relacionada con Assetive.

—Te lo agradezco —contesta Jaime—. Lo siento, porque pensaba que esta semana podría ser algo más tranquila en comparación con las anteriores…

—No te preocupes. Recordaré viejos tiempos.

Pablo le hace un guiño cómplice, conocedor de la historia con Carolina, a lo que Diego responde con un gesto quitándole importancia. Eso es agua pasada, piensa; lo que ocurre es que ese día necesita pensar, alejarse un poco de su rutina, y parece que ITECO le está brindando la oportunidad perfecta.

—Además —continúa Diego con una sonrisa enigmática—, no todos los días se vive un ciberataque de primera mano… Me pregunto quién estará detrás.

—¿Ha salido alguna noticia sobre otras compañías que hayan sido hackeadas hoy? —pregunta Pablo a Rocío al pasar a su lado—. A veces los ciberataques se dirigen contra varias empresas simultáneamente.

—No, que yo haya visto —responde Rocío—. Pero es una buena pregunta. Deberíamos realizar una búsqueda.

Rocío hace llamar a los responsables de los despachos externos para que se reúnan con ella en una sala. El grupo se disgrega.

—Irán a hablar de dineros —comenta Martín a Diego—. Ven, te hago un sitio en mi mesa para que pongas tus cosas. Aunque estaremos un poco apretados, será más ameno que si estás solo en un rincón,

abandonado con el resto de externos —dice en tono melodramático.

—Te lo agradezco. Así me sentiré querido —contesta con una carcajada.

Quince minutos más tarde, Jaime y Pablo salen de la reunión.

—Te dejamos aquí —le informa Jaime—. Probablemente te necesiten al menos hasta el miércoles, o incluso toda la semana. Depende de los acontecimientos. Llámanos de vez en cuando para ver cómo van las cosas y si surge algo.

—Y si te ves desbordado por la situación o hay demasiado trabajo, vendré a echarte un cable… o mandaré a Josemi —añade Pablo guiñándole un ojo.

Diego sonríe al recordar que al becario le encantaría visitar ITECO.

—Gracias. Os llamaré cuando termine el día.

Cuando sus compañeros se van, mira el bolígrafo y el folio en blanco que tiene delante. Siente que esos días serán como retroceder en el tiempo a una era analógica, sin ordenadores. Le vendrá bien. Martín le sonríe, aunque en su rostro afable se refleja la preocupación. Probablemente, él sea más consciente de la gravedad del asunto.

—Lo de los cronómetros me da muy mal rollo, tío —le dice—. Es la crónica de una muerte anunciada… Y ¿qué ganan ellos?

—Yo creo que es una lucha de egos: los hackers contra la megacorporación —elucubra Pedro, que arrastra su silla al lado de sus compañeros—. ¿Ataques cada veinticuatro horas? ¿Qué más nos van a hacer?

Diego escucha cavilar a los dos chicos mientras busca entre sus contactos de WhatsApp. La historia del ciberataque le parece interesante y, ya que está allí, ¿por qué no investigar un poco? ¿A quién no le interesa que ITECO continúe liderando el sector de la consultoría informática?

Por fin encuentra el contacto que busca, y escribe: «Estoy en ITECO. ¿Nos vemos?». Su contacto solo necesita diez minutos para responder: «Dame media hora. Ascensores, planta 20».

Capítulo 4

Torre de Cristal, planta de Business Design. 12:10

Elisa y sus compañeros permanecen sentados en sus puestos de trabajo con los ordenadores apagados. Algunas personas del departamento han decidido bajar a la cafetería o dar un paseo; otros, como ellos, esperan a que su jefe aparezca con alguna indicación. Álvaro debería estar a punto de llegar con información e instrucciones. Elisa está nerviosa. Por lo que ha podido leer en internet, la situación no tiene buena pinta, y eso le preocupa. Sabe que ITECO cuenta con uno de los mejores equipos de IT del país y que ningún hacker ha conseguido hacerles daño hasta el momento. Se pregunta qué ha ocurrido para que los cibercriminales hayan podido traspasar las barreras de la consultora. Mientras espera, rastrea todos los periódicos y las redes sociales desde su móvil. Los medios de prensa dicen prácticamente lo mismo. En las redes sociales, la cosa cambia. Solo es necesario buscar un par de hashtags relacionados con ciberataques y con la compañía para obtener información que, en opinión de Elisa, no debería ser publicada. Se sorprende por la inconsciencia de la gente. Algunas cuentas parecen estar narrando los acontecimientos minuto a minuto. ¿Cómo es posible que los empleados se enteren antes de lo que ocurre por las redes sociales que por sus propios jefes? La gestión de la incidencia en una empresa tan grande es de suma complejidad, piensa.

Parece ser que las oficinas que ITECO tiene en otras comunidades autónomas también han sido hackeadas, y las imágenes de los cronómetros inundan la red de Twitter. Demasiada parafernalia para un ciberataque al uso, se dice después de leer el último mensaje de los ciberdelincuentes, que, cómo no, también ha sido publicado. Lo más extraño es que no hay código de desencriptación, algo nunca visto en este tipo de actos. Su cerebro empieza a atar cabos. Quizás podría… No. Sacude la cabeza. No es su problema. Ahora se dedica al diseño UX y no quiere saber nada sobre delincuentes informáticos. ITECO se las arreglará. ¿Acaso no son líderes en ciberseguridad?

A las doce y cuarto de la mañana, Álvaro, el director del departamento de Business Design, aparece en la oficina y reúne a su

equipo. Los compañeros se congregan a su alrededor con interés.

—Acabo de reunirme con Andrés, Luis y los socios —comienza empleando un tono dramático.

Santi, de forma disimulada, susurra a sus compañeras:

—Y con el rey y el papa, que tenían mucho interés en hablar conmigo.

—Y con el presidente del gobierno… —añade Carla con una sonrisa—. Uf, qué ínfulas se da este hombre.

—Chisss —protesta Elisa, tratando de escuchar lo que les quiere decir.

—Me han contado que hemos sufrido un ciberataque —sigue hablando el jefe.

Durante los diez minutos siguientes, Álvaro explica a sus subordinados lo que, en realidad, acaban de leer en la prensa. Nada nuevo, suspira Elisa, sin poder evitar que su cerebro funcione a toda velocidad. Es plenamente consciente de que ni es su trabajo ni Álvaro el interlocutor adecuado, pero hay tantas preguntas que quisiera formularle… Continúa escuchando con atención:

—Así que, por lo pronto, hoy os vais a casa —termina el hombre.

Un pequeño alboroto se forma en la oficina. Sensación agridulce: alegría por poder disfrutar de un inesperado día de vacaciones primaverales, y preocupación por no saber en qué condiciones quedará la empresa tras esas setenta y dos horas.

—Mañana os quiero a todos aquí. Confiemos en que en este tiempo la gente de IT pueda solucionar el problema.

Elisa mira a Álvaro con incredulidad y se muerde la lengua. Duda mucho que en solo unas horas puedan resolver la incidencia, sobre todo, si dentro de otras veinticuatro van a sufrir un nuevo ataque. Se imagina que en el departamento de IT debe reinar el caos, y no puede evitar preguntarse qué tipo de estrategia estarán siguiendo. Por un momento cree sentir la adrenalina y la tensión de su antiguo trabajo y recuerda cuánto le gustaba. De pronto, también recuerda por qué lo dejó. Esboza una triste sonrisa.

Santi y Carla ya están recogiendo sus cosas.

—¿Nos tomamos algo? —sugiere Santi—. ¿Una cañita al sol para

aliviar las penas?

Carla mira por el inmenso ventanal de la torre.

—¡Mirad! Todo el mundo abandona ITECO. Es increíble.

El chico también se vuelve hacia la ventana.

—Soy el primero que se alegra por tener un día de vacaciones, aunque espero que esto se solucione pronto. —Hace una pausa, pensativo—. Aunque ya sabéis cuál es mi lema, chicas. Carpe diem, ¡disfrutemos mientras podamos!

Elisa sonríe al pensar en Santi. Es, sin duda, el alma del pequeño grupo de diseñadores. Siempre alegre y sonriente, con buena cara, y la mayoría de las veces trama algo. A lo largo de los últimos años, Elisa ha hecho buena amistad con sus compañeros, han compartido muchas horas de trabajo y divertidos momentos fuera de la oficina. Les gusta quedar de vez en cuando y charlar, junto a una buena cena, sobre el trabajo, la vida y lo que surja. Eso sí, Elisa es muy reservada y, pese a la insistencia de sus amigos, solo les ha dado algunas pinceladas sobre su pasado. Un pasado del que no se siente orgullosa.

—¿No os parece que la gente está demasiado tranquila? —pregunta Carla.

—Supongo que será porque piensan que ITECO es inexpugnable. Una fortaleza —responde Elisa—. ¿Acaso no lo pensáis vosotros también?

—Sí. Tienes razón. Parece imposible pensar que unos pocos tarados puedan hundir a un gigante. Es igual que David contra Goliat… —contesta.

Elisa arquea una ceja.

—Pero recuerdas quién ganaba en esa historia, ¿no?

Antes de que su amiga tenga tiempo a replicar, Santi interrumpe:

—Creo que deberíamos confiar en la profesionalidad de esta empresa. Seguro que lo tienen todo controlado.

—Eso espero —responde Elisa, y piensa en lo difícil que es tener bajo control una situación como esta.

Es cierto que el ambiente que se respira en ITECO es tranquilo. Demasiado, teniendo en cuenta el amenazador mensaje de los hackers.

En las próximas horas comprobarán si realmente hay motivos para el nerviosismo o si todo quedará en una incidencia de seguridad un poco más compleja de lo habitual. Están en buenas manos. Lo mejor será intentar pensar en otra cosa, así que comenta:

—Santi, ¿por qué no vamos a ese bar de Castellana del que siempre nos hablas?

—¡Claro! Me encanta ese sitio.

—¿No será al que llevas a todas tus citas? —pregunta Carla con cierto rencor.

—No. Ese es un sitio secreto —responde el chico con sencillez.

Elisa está ya acostumbrada a los puñales que de vez en cuando sobrevuelan entre sus amigos; más bien, unidireccionalmente, de Carla a Santi. Pueden llegar en cualquier momento, incluso simplemente con la sugerencia de visitar un nuevo bar. Mientras recoge sus cosas, se pregunta si algún día se reconciliarán.

De camino al ascensor, un chico vestido con deportivas y una colorida camisa con formas geométricas saluda a Santi. Contrasta con su acompañante, otro joven ataviado con unos pantalones de traje gris oscuro y una camisa blanca impoluta.

—¡Hey, tío!

—¡Hombre, Juanito! —exclama el aludido acercándose para darle una amistosa palmada en la espalda—. ¿Cómo estás? Mal momento, ¿no?

—Fatal —responde devolviéndole el saludo—. He salido ahora cinco minutos para tomarme un café con mi colega y volveré al tajo. Llevamos desde las cinco de la mañana aquí, tío.

—Juan es de IT —explica Santi a sus compañeras.

—¿Tú también eres de IT? —le pregunta Carla a su acompañante con una sonrisa coqueta. Elisa la mira divertida. Tan pronto discute con Santi como intenta ligar con cualquier consultor o bicho viviente con el que se encuentre.

—No. Yo soy… del departamento legal —responde—, más o menos.

—No me suena haberte visto por aquí. ¿Vienes mucho o…?

—¿Habéis podido averiguar cómo ha entrado el ransomware? —

pregunta Elisa a Juan sin poder contenerse, interrumpiendo la conversación de su amiga, que la mira con rencor. El abogado le sonríe agradecido, pues la situación empezaba a parecerse a una conversación de bar y, la verdad, es lo último que le apetece.

Juan arquea las cejas, sorprendido ante la pregunta directa de la desconocida.

—No puedo contaros nada. Secreto profesional.

—Vaaamos, Juanito —le anima Santi—. Que soy yo. Y estas, mis compañeras de máxima confianza… Todos somos de ITECO.

El chico pone los ojos en blanco.

—Está bien… De todas formas, todo se está publicando al minuto en la prensa o en redes… Creemos que ha sido un phishing.

—Me lo imaginaba —susurra Elisa.

—¿Un qué? —pregunta el abogado.

—Un phishing —repite Elisa—. Hay muchos tipos. Básicamente, entras en una página web o abres un email creyendo que es legítimo; sin embargo, alguien lo ha alterado para robarte tus datos o para que te descargues, sin saberlo, un fichero infectado con un virus —explica.

—¿Para eso no hay que meterse en la Deep Web o algo así? —pregunta de nuevo el chico de traje.

Juan suelta una carcajada.

—Madre mía. Diego, tronco, ¡tienes menos idea de informática que mi abuela!

Elisa sonríe divertida y le explica:

—La Deep Web es otra cosa…, no tiene nada que ver.

—De todas formas —continúa Juan—, hasta que no encontremos cuál ha sido el paciente cero, es decir, el primer ordenador infectado, no sabremos al cien por cien el origen de la incidencia.

—Será un pobre becario que entró en una página que no debía —ironiza Santi.

—Bueno, en realidad, le puede pasar a cualquiera. Pero si se trata de

una página web fraudulenta, lo raro es que el dominio no hubiese sido detectado como malicioso por nuestros proveedores de seguridad, ¿no?

—Eres demasiado sabionda, ¿no…, Elisa? —responde el de IT con una sonrisa tras leer su tarjeta de identificación. La lleva colgada en el cuello.

Ella se encoge de hombros y se apresura a responder antes de que sus amigos la delaten.

—Leo mucho en los foros.

Juan la mira con incredulidad.

—Muy bien. Te llamaremos si nos encontramos con problemas en IT. Tal vez tú sepas a qué… foro podemos recurrir para encontrar alguna vulnerabilidad en el código —replica guiñándole un ojo.

Elisa se sonroja. Debería haberse quedado callada.

—¿Una vulnerabilidad? —pregunta Carla.

—Sí —responde Juan—. Es la única forma de romper el cifrado.

—¿Veis cuánto sabe? Ya os decía yo que estamos en buenas manos —comenta Santi—. Que te sea leve, tío. Nosotros nos piramos.

—Va a ser cierto lo que dicen de las ratas… —guiña un ojo—. Abandonáis el barco a la primera de cambio, ¿eh?

—Cumplimos órdenes —responde con una carcajada y haciendo un gesto de despedida con los dedos.

Los tres amigos se despiden de las chicas y se dirigen al ascensor. Cuando ellas atraviesan las enormes puertas de cristal del edificio, se encuentran con una luz cegadora y una temperatura maravillosa.

—No recuerdo la última vez que estuve un lunes en la calle a las doce y media de la mañana. —Carla se pone las gafas de sol.

—¡Busquemos una buena terraza!

Torre de Cristal, planta de Business Design. 12:40

Las plantas del edificio que pertenecen a la compañía poco a poco se van vaciando. Diego sigue a su amigo Juan hasta el office, donde se encuentran las máquinas expendedoras. En el piso número veinte casi no queda nadie y pueden elegir mesa para tomar un rápido café.

—¿Y qué tal te va? —pregunta Juan—. Últimamente nunca vienes a los partidos de fútbol.

—Lo sé… La vida de despacho, que uno no tiene vida —dice Diego con amargura.

—Pero ¿te has cambiado de curro?

—No, me han ascendido. Ahora estás hablando con un asociado, chaval.

Juan suelta una carcajada.

—Espero que te compense.

—Yo también —responde el abogado con sinceridad—, aunque a veces tengo mis dudas.

—¿Ya has pasado tu crisis sobre si cambiarte de trabajo?

Diego hace un gesto negativo. La última vez que se vieron fue en una de esas ocasiones en las que, con algunas cervezas de más, decidió airear sus problemas delante de sus amigos.

—Sigo igual de atascado —comenta encogiéndose de hombros—. Bueno, ¿y tú qué? ¿La vida te trata bien?

—Hasta el día de hoy, maravilloso —asiente Juan—. ITECO cuida mucho a sus empleados. A mí especialmente, que ya llevo cinco años aquí. Es un buen trabajo, buen horario, nos pagan bien, y es el mejor departamento de IT de España. Solo que…

—¿Qué?

—Si con esto del ciberataque nos vamos a la mierda, me va a costar mucho encontrar un curro como este, tío. Además, no estamos hablando de un cambio voluntario o de un despido por reducción de plantilla. Si no arreglamos esta brecha, nos vamos todos a la calle por incompetentes.

—Juan, muchas empresas son ciberatacadas. Cada poco salen noticias en la prensa. Supongo que es algo que en los departamentos de IT está a la orden del día.

—Sí, pero ITECO es otro rollo. Vendemos que somos invulnerables. ¿Tú sabes qué es eso? Que invertimos kilos y kilos de pasta en tener la mejor ciberseguridad del país, revisamos meticulosamente las medidas de seguridad y los proyectos, y la gente con la que trabajo es…, buff, la mermelada, unos putos cracks. Es otro nivel.

Juan también es de otro nivel, piensa Diego. Le conoce desde hace varios años, de los partidos de fútbol de los viernes, a los que solía ir, y de las cervezas de después. Por lo que ha oído a sus amigos comunes, porque Juan no es mucho de alardear, es un auténtico genio de la informática y la tecnología. Superó con facilidad las pruebas del proceso de selección de ITECO, que se caracterizan por su alto nivel de exigencia, y ahora, pese a su juventud, su desparpajo y sus características camisas estridentes, dirige un pequeño equipo en el departamento.

—El caso —continúa Juan, rescatando a Diego de sus pensamientos— es que esto no es un simple ciberataque.

—Eso es lo que piensa todo el mundo, ¿no?

—Sí, pero voy más allá. Mi teoría es que alguien se está midiendo con nosotros.

—Pero hace unos minutos, cuando vimos a tu amigo, has dicho que esto viene porque un becario entró en una web que no debía, o algo así.

—Bueno, eso aún no lo sabemos con seguridad. Además —continúa Juan—, dudo que se haya producido por casualidad. Está claro que alguien lo tiene que haber preparado: está la movida de romper el cifrado, los relojes, las nuevas oleadas de ataques, esas setenta y dos malditas horas… En fin, ese no suele ser el modus operandi de un hacker. Suelen ser más…

—¿Impersonales? ¿Prácticos?

—Exacto —responde Juan—. Sin tantos adornos, tío. Te meten un ransomware, te piden pasta y fuera. Si no les pagas, consiguen que estés unos cuantos meses desinfectando equipos uno a uno y que salgas en la prensa, con lo que su fama y el temor a las agresiones se acrecienta. Nuestro caso… es otro rollo.

Diego guarda silencio unos instantes.

—¿Hay forma de pillarles?

—Es muy jodido. Estamos intentando encontrar alguna vulnerabilidad para romper el cifrado, pero tengo serias dudas de que podamos conseguir algo en el tiempo que nos dan.

—¿Sabes que esta semana íbamos a cerrar la operación Assetive? —comenta el abogado.

—Algo he oído, aunque no sabía cuándo era —responde Juan despreocupado.

Diego sabe que le está contando a Juan información confidencial, pero también que el chico es de confianza y que antes hay que dar si quieres recibir algo a cambio…

—Mi despacho ha estado dando soporte al departamento legal.

—Os llevaréis un buen pico, ¿no? He oído que está en juego mucha pasta.

—Una limosnilla, sí.

—Buenas vacaciones te vas a pegar —dice Juan divertido, recordando las anécdotas de viajes de su amigo, que ha recorrido medio mundo en los últimos años.

—Esa es la idea también —responde Diego con una carcajada—. Algo bueno debía tener tantas horas de curro.

—Espero que te acuerdes de mí cuando estés en Maldivas con una churri y yo en el paro…

—Lo de la churri lo veo complicado… —Sonríe con amargura. Diego se percata de que el rostro de Juan se vuelve repentinamente serio y se apura a responder—. Bueno, solo no estoy tan mal, tío; tampoco pongas esa cara.

—No, no. No es por eso. Es que estaba pensando… ¿No te parece una casualidad muy curiosa que nos ataquen justo cuando estamos a punto de cerrar un contrato por millones de pavos? ¿Cuántos eran? ¿Trescientos kilos?

«¡Bingo!», piensa Diego. Su comentario sobre Assetive ha provocado el efecto deseado.

—Más, cerca de quinientos —responde—. Si te soy sincero, fue lo primero que pensé cuando leí la noticia esta mañana. Si por culpa del ataque, la operación no se cierra, será un puñal directo al corazón de la compañía.

—Y a la jubilación de Andrés —dice Juan—. Ya me jodería. Más de cuarenta años trabajando, y unos meses antes de retirarte vienen unos tíos y se cargan tu imperio.

—No quisiera estar en su pellejo, sinceramente.

—¿Quién más sabe lo de Assetive?

Diego hace memoria.

—Bueno, la noticia de la operación apareció en su momento en Expansión, pero la fecha de cierre, que es esta semana, en teoría solo lo sabemos el equipo de trabajo de ITECO y WILDCORP, que es nuestro partner americano. No se suele dar mucho bombo a estas cosas, porque el cierre de un contrato puede ser rápido o demorarse lo indecible.

—La involucración de WILDCORP abriría un nuevo abanico de posibilidades —elucubra Juan—. Tal vez sean unos ciberdelincuentes americanos, o yo qué sé. Investigaré sobre ello, si puedo. Quizá pregunte a algunos contactos…

—Yo te ayudaré —afirma Diego.

Su amigo suelta una carcajada.

—¿Tú? ¡Pero si pensabas que un phishing es entrar en la Deep Web! Serás un maestro de leyes, pero de IT, amigo, no tienes ni idea.

Diego se encoge de hombros con media sonrisa.

—Quizá no todo sea IT en esta ecuación… Tal vez haga falta una visión distinta a la de vuestras mentes cuadriculadas, llenas de números y códigos ininteligibles —se jacta.

—¿Y este arranque desinteresado por colaborar?

—Bueno, tal vez necesite un poco de tiempo fuera del despacho —reconoce—. Algo distinto de mi día a día. Necesito pensar… Y quizá resulte divertido trabajar contigo, aunque sea en la sombra.

—Tus jefes te matan si te descubren hurgando por aquí.

—En primer lugar, mis jefes no tienen por qué enterarse, y en segundo, apoyarán mi proactividad, porque una parte muy importante de la facturación del despacho este año depende de ITECO.

Juan mira a su amigo sonriente.

—Tío, esto no va a ser una película, ni es Mr. Robot. Es imposible que cacemos a los ciberdelincuentes; te das cuenta, ¿no? Tal vez sean unos tíos en un garaje en China o en Rusia y, cuando terminen de reventarnos, nunca más volveremos a saber de ellos. Puede que estén actuando por el placer de competir y que crean que van a ganar. Se lo están tomando como una partida, como un juego.

—Tú mismo has dicho que te parece mucha casualidad lo de Assetive —rebate Diego.

—Sí, sí, pero tampoco te montes películas —responde—. Ningún momento es bueno para que hackeen tu empresa. Siempre hay algo: si no es un contrato, es un evento o una presentación.

—Tronco, eres un mar de contradicciones. —Juan se encoge de hombros y da un último sorbo a su café—. Sea como sea, si me entero de algo, te lo cuento.

—¿Y te vas a enterar revisando contratos? —se burla el informático. Diego hace un chasquido con la lengua a modo de respuesta—. En fin, si encuentras algo en tu investigación, me lo cuentas, no vaya a ser… —Sonríe y mira su reloj. Debe volver al trabajo.

Torre de Cristal, sala de juntas de la planta de IT. Comité de crisis. 13:25

Va a dar comienzo la segunda reunión del comité de crisis. Andrés está animado: la actividad y sentir que está haciendo algo para solucionar el problema le dan energía. Por momentos está convencido de que solucionarán esta incidencia, por imposible que parezca, y que, al día siguiente o a los dos días, todo volverá a la normalidad, podrá centrar de nuevo sus pensamientos en el cierre de Assetive y en su jubilación. Un último esfuerzo, se anima.

—Gracias por venir, Inés —dice Andrés a la directora del departamento financiero, que se acaba de incorporar al comité—. Creo

que nos vendrá muy bien tu opinión, y es importante que vayas conociendo la evolución de la situación para estudiar las consecuencias económicas para la compañía.

Los miembros del comité toman asiento y dan la bienvenida a Inés.

—Lo que necesitéis, Andrés —le responde con seguridad—. Para eso estamos.

Luis cierra la puerta de la sala para preservar la confidencialidad de la reunión y, al ver que ya están todos en sus sillas, toma la palabra.

—Bien. Si os parece, haremos un repaso de los puntos que hemos comentado esta mañana. En primer lugar, el apagado de equipos y desalojo de la torre: Andrés, ¿has vuelto a hablar con Rosa?

—Sí. Han llamado a todos los directores y se les ha explicado la situación. La mayoría de ellos ya ha hablado con sus equipos y dado la orden de localizar a los compañeros que están en las instalaciones de los clientes, para que también apaguen sus ordenadores —afirma el CEO—. Les han pedido que manden a su gente a casa, como recomendó Ignacio, y que ellos estén localizables por si tuviesen que volver en algún momento, o por si fuera necesario realizar alguna gestión de cara a los clientes.

—Perfecto.

—Se formó bastante alboroto, la verdad —añade Alfonso, que también estuvo presente mientras Rosa y sus compañeras realizaban la gestión de las llamadas—. No tengo claro que les hayamos dado un mensaje tranquilizador, dadas las circunstancias.

—Es que, de momento, no hay mensaje tranquilizador que dar, ni a nuestra gente ni a los clientes —replica Andrés con seriedad—. No más allá de que IT trabajará sin descanso hasta solucionar la incidencia. Eso es todo lo que podemos decir. Creo que lo mejor es ser transparentes.

Alfonso no parece conforme, está a punto de volver a intervenir. Luis le interrumpe a sabiendas de que el socio es una persona beligerante. Demasiado, en su opinión. Alguien así no suele hacer más que entorpecer las reuniones, y por eso hay que darle la menor cancha posible.

—Por nuestra parte —empieza Luis—, mis chicos están divididos en varios equipos: tenemos un grupo revisando las medidas de seguridad

una a una. Hemos rescatado los informes de la auditoría de hace cuatro meses y los de los años anteriores. Para los que no lo sepáis, una consultora externa viene a auditarnos al final de cada año, y en enero se cierran los informes.

—¿Y cómo fue este año? —pregunta Rocío.

—Pasamos con muy buena nota —responde el CISO—. Por eso necesitamos saber qué es lo que ha fallado. Esperemos que mis chicos puedan decirnos algo entre esta tarde y mañana por la mañana.

—Tal vez podamos pedir responsabilidades a los auditores. Quizá dejaron algo sin revisar y por ahí se han colado los hackers… —sugiere Alfonso.

—Sí —responde la abogada—, pero, para eso, primero tenemos que saber dónde está el fallo y poder demostrar que la culpa es suya. No es tan sencillo…

Dejando el tema de los auditores a un lado, Luis continúa con su actualización.

—Otro grupo de IT, el más numeroso, trabaja para encontrar una vulnerabilidad que nos permita romper el cifrado y, por último, un tercero se está dedicando a averiguar el alcance de la encriptación. También nos dirán algo pronto. Además, algunas personas están hablando con los partners, Incibe, etc., tal y como quedamos esta mañana.

Andrés se muestra conforme.

—Nosotros hemos hecho varias llamadas —comenta Ignacio ajustándose las gafas de pasta—. Hemos localizado varios perfiles informáticos muy interesantes que están dispuestos a trabajar para nosotros estos días y a hacer guardias. Les hemos citado en ITECO a las cuatro de la tarde. Así, Luis, tú y tu equipo tendréis tiempo para darles las instrucciones y explicaciones pertinentes antes de que haya un relevo de turnos. Podrás mandar a tus chicos a casa esta noche, o al menos a parte de ellos.

—¡Pero esto es una situación de crisis! —exclama Alfonso contrariado—. No pueden irse a casa. ¡Nadie se va a casa!

—Claro que pueden —le responde Ignacio con voz suave y muy seria, ante la atenta mirada de los demás.

Andrés arquea una ceja. Conoce a Alfonso desde hace años y sabe que no es fácil enfrentarse a él. Es una persona que impone mucho, agresiva; con los años, más. Incluso su tono de voz ha dejado fuera de combate a muchos altos ejecutivos. Quizá Ignacio no se haya dado cuenta, o puede que detrás de esas gafas y esa apariencia enclenque haya un tipo duro. Ahora lo averiguarán. El hombre vuelve a ajustarse las lentes e, ignorando el tono del socio, prosigue con voz firme:

—La gente de IT está sometida a mucha presión y tiene por delante un trabajo muy exigente. Si queremos que lo hagan bien, tienen que estar descansados. No podemos tener a cincuenta personas sin dormir tres días y esperar de ellos que rompan el algoritmo y nos salven como si fuera pan comido. Pondremos relevos. Al menos para que puedan descansar unas pocas horas.

—¿Y quién los va a pagar? ¿Tú? —replica Alfonso.

Ignacio frunce el ceño. La tensión en la sala se puede cortar con un cuchillo.

—Si es necesario, sí. Cargad los costes al departamento de Recursos Humanos si así lo consideráis. Las cosas, si se hacen, se hacen bien. Pensaba que ese era el estilo de esta compañía.

El CEO asiente. Alfonso pone los ojos en blanco antes de contestar:

—Tú mismo.

—Gracias, Ignacio, por tu consideración con mi equipo —reconoce Luis a su compañero—. Estoy de acuerdo en que, al menos unas horas, tienen que descansar. No sabemos cuánto va a durar esto… Bien, el siguiente punto era…

—Mi comunicado —interviene Alejandra—. Ya lo tenemos preparado. Hemos redactado algo muy sencillo, en la línea de lo que habíamos hablado: «Estamos trabajando en ello. Solucionaremos la incidencia lo antes posible. Todo volverá a la normalidad…». Un mensaje tranquilizador, pero realista; atendiendo las circunstancias, vamos. Mi compañero Fernando se encargará de enviarlo —consulta su reloj— en media hora aproximadamente. El mensaje irá dirigido a todos nuestros clientes. También hemos preparado una comunicación para los Client Managers y directores, para que sepan en qué línea contestar a los clientes en el caso de que les hagan más preguntas o les llamen.

—Estupendo, Alejandra, gracias —responde Luis, que piensa, contento, en la efectividad del equipo que forma el comité—. ¿Rocío?

—Por nuestra parte, todo según lo previsto también —dice con tranquilidad la letrada—. Nuestros abogados externos han venido a ayudarnos. Estudiaremos las consecuencias legales para aquellos servicios que se puedan ver afectados por la encriptación de nuestra red. Probablemente habrá penalizaciones, aunque durante las primeras veinticuatro horas esperamos que no se dé ningún incumplimiento grave. Por otra parte, he pensado que sería buena idea alinearnos con vosotros —se dirige a Luis—para asegurarnos de que cumplimos con las medidas de seguridad de los contratos, que, entiendo, deberían estar reflejadas en los informes de auditoría.

El CISO asiente.

—Así es. Pediré a alguien de mi equipo que se coordine con el tuyo.

—Gracias. Además… —prosigue Rocío— hay dos temas adicionales que me preocupan: en primer lugar, ¿habéis visto todo lo que se ha colgado en las redes sociales? En Twitter, especialmente.

—Sí —responde Alejandra—, esa es otra cuestión que quería comentar yo también. El equipo de redes está trabajando en ello. Hay que identificar las cuentas y ver qué información se está publicando exactamente y quiénes son los autores.

—La foto de los cronómetros está por todas partes —dice Rocío. Las dos mujeres se miran preocupadas.

—¿Qué tipo de gente realiza estas publicaciones? —pregunta Ignacio.

—Pues de todo —contesta Alejandra—. Empezando, aunque parezca increíble, por los propios empleados de la compañía, antiguos empleados descontentos que buscan su pequeña venganza o, simplemente, frikis que disfrutan viendo cómo unos piratas informáticos tratan de ponernos en jaque.

—¿Podríais identificar a los empleados? —pregunta Andrés.

—Tal vez sí —responde el director de Recursos Humanos, y a continuación sigue con Alejandra—. A medida que vayáis teniendo sus nombres, nicknames o lo que sea, pasadme una lista, por favor. Cotejaremos con la plantilla e iremos contactando con ellos desde el departamento para pedirles que borren sus publicaciones.

—¿No se va a tomar ninguna medida disciplinaria contra ellos? —interviene de nuevo Alfonso.

Andrés lo medita unos segundos.

—Creo que no es el momento de pensar en eso ahora —responde—. Debemos concentrarnos en resolver la incidencia. Apuntad los nombres de esa gente y después valoraremos qué hacer.

Los miembros del comité parecen conformes, a excepción de Alfonso. Andrés es un hombre que no se deja llevar por las emociones con facilidad. Sabe que no es buena idea tomar medidas disciplinarias en un momento como este. Se considera una persona razonable y, en su opinión, sin haber evaluado los daños, no puede imponer una sanción justa.

—Y hay otra cosa —comenta Rocío—. Es posible que, pasadas veinticuatro horas, en especial, si la cosa se agrava, los clientes nos empiecen a preguntar por el Plan de Continuidad de Negocio. Ese maravilloso plan que en todos nuestros contratos decimos que tenemos y no sé hasta qué punto es cierto… o es un plan fantasma.

—Tener, lo tenemos —responde Luis—. El problema es que esto se está convirtiendo en un caso tan raro que nuestro plan no lo contempla. No podíamos haber anticipado un incidente tan particular. ¿Cuatro brechas en cuatro días? Ni siquiera Nostradamus podría haberlo previsto.

—¿No tenemos nada que nos cubra de ciberataques… en general? Alguna medida, algo —pregunta Roberto con cierta desesperación en su voz.

—Sí, pero, como te digo, de un ciberataque al uso. Si simplemente nos hubiesen pedido un rescate, ahora estaríamos desinfectando equipos. Nos llevaría un tiempo, aunque, mal que bien, la actividad podría continuar con relativa normalidad en unos días. El problema es que, en esta ocasión, sabemos que en veinticuatro horas nos van a volver a atacar, y no sabemos cómo. Además, tenemos el plazo de las setenta y dos horas para conseguir romper el cifrado.

—¿Qué pasaría si no lo conseguimos? —pregunta Inés—. ¿Qué nos van a hacer?

Luis suspira. No quiere trasladar sus peores presagios al grupo, aunque tampoco puede mentirles ni ocultarles información.

—La verdadera pregunta, Inés —responde con gesto sombrío—, es en qué condiciones va a estar nuestra empresa dentro de tres días, después de la crisis.

Los miembros del comité se revuelven en sus asientos con inquietud mal disimulada. Luis continúa:

—No podremos tener teorías más sólidas hasta que veamos qué dirección toma el ataque de mañana y, en especial, su magnitud, pero me temo que las consecuencias de otras tres embestidas como la de hoy, en un intervalo tan corto de tiempo, pueden ser devastadoras. Resulta impensable que, en cuestión de horas, el gigante español de la consultoría informática pueda ser derribado.

—Vamos a ir partido a partido —afirma Andrés para relajar el ambiente—. Nuestros equipos ya están trabajando, y estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para parar esto.

—Tienes razón —añade Alejandra con firmeza—. No nos pongamos en lo peor ni nos dejemos llevar por el desánimo. Formamos parte de una gran compañía y lucharemos por ella.

—Nos volveremos a reunir esta tarde —señala Andrés dando por concluida la sesión y agradeciendo el comentario de Alejandra—. Si alguien tiene alguna novedad, nos pondremos en contacto antes.

El equipo asiente y se levantan para volver cada uno a su departamento. La tarde va a ser larga.

Paseo de la Castellana. 13:00

Las terrazas de la Castellana se encuentran llenas. En Madrid, vayas donde vayas, siempre hay gente disfrutando de una cerveza y una tapa. A escasos minutos de que empiece la hora de comer, los ejecutivos de la zona aprovechan para tomarse un pequeño descanso al sol en ese día primaveral. Así, el ambiente multicolor de los fines de semana ahora se viste de tonos negros, grises y azules adornados con corbatas y zapatos alegres de tacón.

—Vaya ambientazo —dice Carla—, y nosotros nos lo perdemos todos los días.

—Ojo —responde Santi—, no vaya a ser que a partir del jueves puedas venir aquí a diario porque no tengamos trabajo…

—Pues a ver cómo me pago las cañas, con lo que me cuesta llegar a

fin de mes.

—¿Recortando el presupuesto para comprar ropa, quizás? —bromea Santi ante la mirada fulminante que le devuelve la chica.

Un rato más tarde, y después de un debate sobre qué ocurrirá si se van a la calle, los tres amigos se encuentran confortablemente sentados, con una cerveza fría y unas aceitunas, en una pequeña mesa de un bar cerca del Santiago Bernabéu. Han tenido que recorrer un buen trecho de la Castellana para encontrar una terraza donde aún no estuviesen los manteles puestos y no les cobrasen cinco euros por la caña.

—¿Qué crees que va a pasar, Elisa? Eres la que más sabe y la que menos ha hablado hasta el momento —pregunta Santi dando un sorbo a su cerveza.

La aludida levanta la vista del plato de aceitunas que acaba de traer el camarero y piensa unos instantes antes de contestar.

—Es difícil de decir. Necesitaría más información para poder valorarlo. Lo que está claro es que no es un ciberataque cualquiera, es como si alguien estuviera desafiando a ITECO.

—Esa es la teoría que circula por la compañía…

—De todas formas, mañana, si nos vuelven a atacar, en cierta forma el hacker levantará algunas de sus cartas.

—Qué agonía —dice su compañera—. ¿Y si son más fuertes que nosotros?

Elisa se encoge de hombros.

—En unos días lo averiguaremos.

—¿Por qué nunca nos cuentas nada de tu trabajo anterior? —pregunta Santi.

—Sí que os he contado —se defiende intentando recordar las cuatro pinceladas sobre su vida que alguna vez pudo mencionar de pasada.

—No. Solo nos has dicho que trabajabas en una empresa de ciberseguridad en Londres; no sabemos qué hacías ni qué cargo tenías…, nada.

—Ni siquiera tienes LinkedIn —añade Carla.

—Es verdad. Y tendrás que reconocer que eso es muy raro —apoya Santi con media sonrisa—. No hay prácticamente nada sobre ti en internet.

—¿Me habéis buscado? —pregunta con una carcajada—. ¡Sois unos stalkeadores!

—Reconozco que un poco. Al principio. Como no hablabas mucho… Siempre he sido un poco vieja del visillo, qué le vamos a hacer —admite el chico con una sonrisa.

—Mi antiguo puesto no tiene nada que ver con lo que hago ahora, por lo que no me pareció imprescindible conservar mi currículum digital. Y sobre que no haya nada de mí en internet… es solo ser precavida. Deberíais hacer lo mismo y pedir que no se indexen vuestros datos. —Se encoge de hombros.

Santi y Carla se lanzan una mirada cómplice, quizá la primera en mucho tiempo. No van a darse por vencidos tan fácilmente, y es el momento ideal.

—Vamos, cuéntanoslo. Es solo un trabajo. Ya nos conocemos desde hace tres años y…

—No sé a qué viene tanta intriga. Era un trabajo normal —responde a sabiendas de que no les está diciendo toda la verdad.

—¿Dónde trabajabas?

—En una agencia de ciberseguridad, pero eso ya lo sabíais. Trabajábamos para la Europol —añade.

Sus compañeros se miran con asombro.

—¿Y qué hacías allí?

—Perseguir a los malos, básicamente. A los Black Hats.

—Hackers de sombrero negro —murmura Santi como si acabasen de nombrar a lord Voldemort.

Elisa pone los ojos en blanco y trata de contener una sonrisa.

—Mi trabajo consistía en intentar localizar el origen de las agresiones informáticas y quién andaba detrás. Generalmente suelen ser grupos articulados, porque la mayoría de los ataques son demasiado complejos para que los realice una sola persona —explica.

—¿Y cómo lo hacíais? —pregunta Carla.

—Perseguir a alguien a través de la red es algo sumamente complicado. Hay mil formas de esconder tu identidad ahí. Internet es mucho más que el navegador de Google que todos utilizamos y la Deep o Dark Web es un agujero negro de cosas terribles.

—¿Pillaste a muchos Black Hats? —interrumpe Santi.

—A alguno. —Sonríe—. Es muy difícil, pero ellos también son humanos y cometen errores. Un cabo suelto, una vulnerabilidad, puede ser su perdición. Y ahí es donde entrábamos nosotros.

—Así que eres una hacker… —afirma Carla mirando a su amiga como si la viera por primera vez.

—Una White Hat —dice Santi por analogía. Su amiga asiente con la cabeza—. Quién lo diría, con lo pequeña e inocente que pareces en ITECO diseñando aplicaciones para que puedan utilizarlas niños y ancianitas…

—No te dejes guiar por las apariencias —responde Elisa apartando su pelo castaño claro de la frente.

Durante los siguientes quince minutos la chica responde con paciencia a las preguntas de sus amigos. Por una parte, se quita un pequeño peso de encima al contarles algo sobre su antigua vida en Londres. Se imagina escuchándose a sí misma, como acaban de hacer Carla y Santi, y piensa que, si no fuera por todo lo que sabe, por las cosas que vivió, su antiguo trabajo parece de película: perseguir criminales desde una cómoda silla en una sala llena de pantallas suena muy interesante, lleno de emoción, excesivamente techie y bien pagado, aunque eso último no se lo ha dicho. Tampoco les ha contado la parte negativa: la presión, las noches sin dormir y… aquello que ocurrió. El motivo por el que decidió dejarlo todo y volver a la tranquilidad y la calidez de Madrid, la razón por la que ha desterrado el hacking de su vida, pese a ser una de sus grandes pasiones. Hace casi cuatro años que no ha vuelto a hacerlo, ni siquiera ha hackeado la red wifi del vecino. Lo echa de menos, pero piensa que es mejor así.

—Entonces ¿podrías hackear, por ejemplo, mi teléfono móvil? —pregunta Santi sosteniendo su smartphone en la mano.

—Claro —responde—. Los teléfonos móviles son particularmente vulnerables. Si estuvieses conectado a la red wifi de esta cafetería y yo tuviera un ordenador, probablemente podría hacerlo. Aunque no

estuvieses conectado, con toda la información que hay sobre ti en internet, no me resultaría difícil hacerte un perfilado y enviarte un virus a través de un enlace falso o un archivo adjunto, ya que me juego lo que quieras a que, como la mayoría de la gente, no tienes instalado ningún tipo de protección en tu teléfono.

—Esto que acabas de decir ¿no se parece a lo que ha ocurrido en ITECO? —pregunta el chico.

—Salvando las distancias. ITECO debería estar preparada para prevenir ese tipo de incidentes, sin embargo, un usuario normal lo más probable es que ignore que alguien pueda hackear su móvil con cierta facilidad.

—¿Y qué te puede pasar si lo hacen? —interrumpe Carla.

—Si yo quisiera hackear tu móvil, y si consigo que el virus se instale en tu teléfono, podría activar un sistema de control remoto y hacer que se oculte de tu listado de aplicaciones, de forma que tú ni siquiera te darías cuenta de que hay algo inusual. Entretanto, yo, desde mi ordenador, tendría acceso a un panel de control donde podría ver, a golpe de clic, todos los contenidos de tu móvil. Incluso podría realizar llamadas, utilizar la cámara, grabar o, dependiendo del tipo de virus y de tu dispositivo, hacer un vídeo de monitorización de todos tus movimientos con el teléfono.

—Dios mío…

—Suena a ciencia ficción.

Elisa mira a sus amigos y añade:

—De todas formas, no te preocupes, Santi: las horas que pasas en Instagram quedarán en secreto entre tú y yo —bromea guiñándole un ojo para quitar hierro a la conversación.

—Sí, en Instagram… —Ríe Carla—. Y ¿es algo que haces habitualmente? Hackear, digo.

—No. Ya os digo que lo dejé. Todo eso se quedó en Londres…

—¿Por qué…? —comienza a preguntar su amiga.

—Prefiero no hablar más de esto —dice con melancolía.

Sus compañeros se dan por vencidos en ese momento. Ya les ha

contado bastante e intuyen que algo debió ocurrir para abandonar esa vida que tanto le gustaba. Lo mejor será que lo cuente cuando esté preparada.

—Solo una cosa más —añade Santi— y ya dejamos este tema, te lo prometo. ¿Te has planteado ayudar a la gente de ITECO?

Elisa le mira con seriedad y esboza una sonrisa triste.

—Os acabo de decir que lo he dejado.

—Pero la supervivencia de la empresa está en juego. Nuestro trabajo…, los puestos de muchas personas, porque, seguramente habrá despidos —añade Carla.

—ITECO tiene un buen equipo de IT. Estoy segura de que lograrán contener la situación. El CISO es un crack y tiene a los mejores hackers de España. No sé qué podría aportar yo…

—Dudo que alguno de ellos tenga experiencia persiguiendo cibercriminales.

—Eso no lo sabemos.

—Dinos que lo pensarás… —le ruega Santi—. Además, Luis es muy majete, o eso dice Juan. Estoy seguro de que te encantaría trabajar con él.

Elisa dedica una mueca a sus amigos. Reconoce que se siente tentada a colaborar, pero se hizo una promesa. Después de cuatro años, ¿será capaz de romperla tan fácilmente?

—No os prometo nada.

Santi y Carla se miran victoriosos.

—¡Vamos a pedir otra cerveza!

Capítulo 5

Torre de Cristal, asesoría jurídica. 15:10

Cuando Rocío pide un voluntario para bajar al área de IT y revisar el cumplimiento de todas las medidas de seguridad, Diego no duda ni un momento en levantar la mano y ofrecerse como candidato.

—¿En serio quieres hacer eso? —le susurra Martín—. No se me ocurre nada más aburrido, y ¡no estarás con nosotros! A Carol le partirás el corazón —bromea.

—Tengo que ser útil, tío —responde Diego en voz baja—. Luego, mis jefes me pedirán cuentas, y no puedo decirles que he estado aquí de charleta contigo todo el día.

Martín pone los ojos en blanco.

—Y luego te quejas de que el trabajo te absorbe; te lo estás ganando a pulso…

Diego hace caso omiso al comentario de su compañero. En realidad, la revisión de las medidas de seguridad de los contratos no es algo que le apetezca especialmente, ni lo hace por ganarse el favor de sus jefes, aunque sabe que se apuntará unos puntos extra. Simplemente, es su oportunidad para alejarse de la asesoría jurídica y tener el cambio de aires que tanto necesita. Un par de días para estar tranquilo y pensar, aunque sea revisando unas aburridas medidas de seguridad. Además, adentrarse en la planta veinticinco le permitirá conocer de primera mano qué está pasando con el ciberataque, cuestión que le resulta muy interesante. Quizá hasta pueda hacer sus propias averiguaciones, como le dijo a Juan. Va a salir ganando en cualquier caso, reflexiona.

Este es el pensamiento que tiene en la cabeza hasta que, ya instalado en IT, su compañero asignado le pone delante los enormes manuales de medidas de seguridad de la compañía. Tendrá que cotejarlos con las que aparecen en las decenas de contratos que lleva en el maletín.

—Y estos son los informes de dos mil veinte, dos mil diecinueve y dos

mil dieciocho. ¿Por dónde quieres empezar?

Diego intenta disimular la pereza que le da tener que leer esos enormes tomos. Se nota que al chico le entusiasma tanto la tarea como a él, y también que no tiene ninguna gana de socializar. Parece muy joven, piensa Diego; probablemente será un becario al que le han endosado el trabajo que nadie quiere hacer.

—Si descubrimos algún fallo, ¡nos coronamos! —le dice el abogado en un intento por animarle.

El chico resopla y responde con aburrimiento:

—¿Tu trabajo siempre es así? ¿Revisar documentos eternos y encontrar fallos?

—Podría decirse que esa es una parte, sí —contesta Diego. Piensa que nadie le había dado una descripción tan breve y certera de su trabajo.

—¡Pues qué mierda, tronco! Aquí no vamos a encontrar nada. Lo sabes tan bien como yo.

Diego no puede quitarle la razón al chico. Se da cuenta de que desentona totalmente en ese ambiente. Se ha quitado la corbata y la americana; aun así, salta a la vista el contraste con el estilo informal que llevan en ese departamento: camisetas de dibujos, camisas de cuadros, deportivas… Se pregunta cómo sería ir así vestido al despacho. ¡No me dejarían entrar!, piensa con una sonrisa. Ni los viernes se puede ir tan informal. ¿Qué imagen daría a los clientes?

Los informes de medidas de seguridad y auditoría le esperan. Los mira con un esfuerzo por esconder su aburrimiento.

—¿Qué haces aquí? —Oye una voz a su espalda, casi un susurro.

—¡Juan!

—¿Te has confundido de planta o qué?

—Me han enviado a revisar unos informes sobre medidas de seguridad. Alguien tiene que verificar que cumplimos lo que marcan los contratos con nuestros clientes —responde Diego y se levanta de la silla—. Además, quizá encuentre algo que al resto le haya pasado desapercibido…

Los dos amigos se apartan un poco de la mesa para alejarse del

becario, que parece no quitarles ojo, y de sus finos oídos.

—No pensé que fueras tan en serio. Has conseguido colarte en IT en un abrir y cerrar de ojos.

—Ha sido casualidad —reconoce el abogado—. Salió la oportunidad de bajar a esta planta y me ofrecí voluntario, aunque eso implique tener que revisar unos manuales con una pinta de divertidos… Como imaginarás, no hubo más candidatos.

—Pues mucho ánimo, campeón —responde Juan con sorna y una ligera carcajada—. Estos informes han sido revisados por el equipo, por Luis y hasta por una empresa de auditoría. ¿De verdad crees que puedes encontrar tú solo la brecha?

Diego tuerce el gesto.

—Quién sabe, tal vez escuche alguna cosa de interés por aquí.

—Y si no, meditarás, ¿no?

—Efectivamente —se ríe Diego—, ese es mi plan.

Juan, extrañado, se despide de su amigo con una palmada de ánimo en la espalda. Piensa que es imposible que encuentre nada. Más que meditar, Diego tendrá que hacer esfuerzos por no quedarse dormido. Además, Esteban, el becario asignado, con su inquietante aspecto de adolescente gótico, tampoco es la alegría de la huerta.

El abogado vuelve a su sitio, saca de su maletín algunos de los contratos que le ha dado Rocío y escoge el primero de los manuales. Se da ánimos. Esto es lo más parecido a una investigación de un caso de derecho penal que se ha encontrado en su carrera. Tiene setenta y dos horas, tal vez menos, para descubrir alguna pista. Recuerda la cara de Juan al despedirse; le ha mirado con cierta… ¿pena? De pronto, un pensamiento le invade: «Vamos, Diego, eres abogado. No tienes ni idea de informática. ¿Qué esperas encontrar?».

Cierra los ojos por un instante intentando apartar los pensamientos negativos de su cabeza: «Precisamente porque soy abogado podré ver lo que a estos técnicos se les escapa», se anima. Abre el manual por la primera página y consulta su reloj. Tendrá que ser muy rápido: hay poco tiempo y muchas hojas.

Y si no, siempre le quedará esa tarea pendiente: pensar sobre su carrera profesional, su vida y, quién sabe, quizá tomar por fin una

decisión.

Apartamento de Elisa. 15:30

Una vez en casa, Elisa se pregunta si ha hecho bien en contar a sus amigos cómo era su vida en Londres. Aunque no les ha dado información relevante ni muchos detalles, no puede evitar sentir que ha hablado de más y se arrepiente. Espera que no le vuelvan a preguntar. Quiere olvidar esos años, o al menos una parte muy importante sobre ellos, aunque hay cosas que sabe que no se borrarán jamás. Se acurruca en el sofá de su pequeño apartamento, donde se siente protegida. Esa casa le encanta. Tiene un pequeño saloncito, una habitación, cocina y baño, todo liliputiense. Fue el primer piso que visitó al llegar a Madrid y casi pudo sentir que le estaba esperando. Las paredes en tonos amarillos y anaranjados y los muebles de colores son alegría en estado puro, justo lo que necesitaba para comenzar una nueva vida. Lo mejor es la gran ventana del salón, que da a una minúscula terracita en la que caben una silla y una mesita plegable. A Elisa le encanta desayunar ahí en verano. Piensa en ello y en la vida tranquila y feliz que lleva en Madrid. En la comodidad del sofá y la calidez de su hogar, se queda dormida.

Un par de horas más tarde camina por la calle de Fuencarral. Resulta curioso el bullicio que hay todos los días, no importa que sea fin de semana o lunes. Siempre está llena de gente que visita tiendas o se sienta en las cafeterías. Esa tarde, ella es una más. Pese a la preocupación sobre el futuro de ITECO, se alegra de disfrutar de ese día de descanso.

—¡Heyyy!

Elisa la ve en una de las mesas de las terrazas que hay al principio de la calle. Alba sigue igual de extravagante que la última vez que se encontraron.

—¡Cómo me alegro de verte! —exclama la chica dándole un abrazo.

—¿Has cambiado el rosa por el rojo? —pregunta Elisa refiriéndose a su tono de pelo.

—No me ha quedado más remedio. El pelo rosa no gusta demasiado en las entrevistas de trabajo, ya sabes. Creo que no está del todo mal el cambio, ¿eh? —afirma atusándose la melena.

Elisa piensa que el nuevo tono de pelo le sienta muy bien. Sonríe recordando la gama de colores que ha lucido hasta el momento: azul, naranja, verde… Alba y Elisa se conocen desde la universidad. Esos sí que fueron buenos tiempos. Las dos eran inseparables, estilos totalmente distintos, pero, sin duda, las mejores. Además, coincidieron una época en CiberCrimm, hasta que, después del incidente, Elisa decidió marcharse. Todo cambió, incluso su relación con Alba, que también dejó la agencia unos meses después, según ella, porque quería un cambio de aires, cosa que no sorprendió a Elisa, teniendo en cuenta lo excéntrica que siempre ha sido su amiga. La chica siente que no ha hecho muchos esfuerzos por ver a Alba desde que ella llegó a Madrid. Ha tratado de desconectar de ese mundo, de todo lo que componía su vida como hacker y le trae recuerdos dolorosos. Hoy…, hoy le ha venido muy bien su repentina llamada. Alba ha aparecido como por arte de magia, justo el día en el que más necesitaba hablar.

—¿Y bien? ¿Qué novedades me traes sobre ITECO? —pregunta—. La prensa os pone verdes, y Twitter ni os cuento. Vuestro CEO debe de estar llevándose las manos a la cabeza.

—Pues, si te soy sincera, sé poco más que lo que se cuenta en los medios. Parece que nos han metido un ransomware, se ha cifrado todo y nos van a volver a atacar cada veinticuatro horas si el equipo de IT no consigue romper el cifrado.

—Y tú y yo sabemos que es imposible que lo logren en tan poco tiempo, ¿verdad? —afirma Alba dando un sorbo a su cerveza. Elisa asiente.

—Lo tienen muy difícil, es cierto —confirma—, pero no les queda otra alternativa. El problema es que esos Black Hats parecen decididos a cargarse la empresa. Sospecho que, de no pararles, de ITECO no van a quedar ni los cimientos.

—¿Vas a hacer algo? —pregunta Alba directamente.

—¿Yo?

—Vamos —sonríe con picardía—, lo estás deseando, reconócelo.

—Sabes que he dejado el hacking después de lo que pasó. Ya conoces la historia. No quiero ser un riesgo para nadie.

—Elisa —dice Alba con seriedad—, vamos, supéralo ya. Pensaba que había quedado claro que no todo fue culpa tuya.

—Pues yo creo que sí, Alba. Fui la responsable de… Da igual —corta—. No quiero rememorar la historia otra vez.

Elisa tuerce la boca y deja la mirada perdida en un punto indeterminado al final de la calle. Se concentra para no llorar, como cada vez que recuerda el tema. Nadie, ni su familia, ni sus amigos, ni los mejores psicólogos, han conseguido quitarle el sentimiento de culpa que lleva a sus espaldas como la mochila más pesada.

—Hablemos de otra cosa, por favor —dice al fin.

—¿De tu apasionante trabajo, por ejemplo? —Alba vuelve a la carga, burlona—. No me extraña que te hayas borrado de LinkedIn. Pasar de la ciberseguridad a…

—El diseño UX no está tan mal… —responde. Su amiga niega con la cabeza.

—Te conozco, y sé que te sientes entre la espada y la pared. Una parte de ti desea ayudar a ITECO.

Elisa suspira.

—Hace mucho que no tiro código, solo cosas básicas. Quizá ni recuerde cómo se hace.

—Pues ya va siendo hora de que eso cambie. ¡No seas tonta! No te digo que vuelvas a dedicarte a la ciberseguridad, ni que trabajes para la policía, solo te recomiendo que uses ese don que todo el mundo dice que tienes para salvarle el culo a la mejor compañía tecnológica del país.

Elisa sonríe de medio lado y afirma.

—Reconozco que este caso es interesante: el mensaje que han dejado, los cronómetros…, todo parafernalia. Me pregunto quién estará detrás. Los hackers no suelen actuar así. Buscan tener el menor contacto posible con la víctima. Quieren la pasta y marcharse sin dejar rastro. Sin embargo, quien haya atacado ITECO quiere gloria. Está jugando con los directivos y con el equipo de IT en una carrera absurda, contrarreloj, en la que intentan romper un cifrado imposible.

—¿Y tú vas a dejar que os ganen la partida? —le pincha Alba una vez

más.

—Bueno, ITECO está contratando a los mejores hackers del país como refuerzo —replica Elisa—. No me necesitan.

—Tómatelo como una oportunidad para que te reconcilies con tu pasado. Además, yo estaré por ahí.

—¿Tú?

—Como lo oyes. Tú misma lo acabas de decir: están contratando a los mejores hackers del país —repite guiñándole un ojo—. Me han llamado esta mañana para hacer algún turno estos días. El personal de ITECO no puede estar presente veinticuatro horas los siete días de la semana. Me vendrá bien un dinero extra, y así podré estar enterada de lo que se cuece.

—Eso está genial, Alba.

—Piénsalo, volveríamos a trabajar juntas, como en los viejos tiempos. Aunque solo sean cuatro días.

—No sé…

—Yo creo que son todo ventajas: vuelves a sentir la adrenalina, dejas con el culo al aire a esos hackers, ayudas a la empresa que tanto te gusta y a su pobre CISO, y, de paso, nos tomamos un café en esas oficinas tan chulas.

—No quisiera verme en la piel del CISO… —murmura Elisa pensativa. A pesar de que solo ha visto a Luis en alguna ocasión por los pasillos o hablando con Álvaro, le despierta cierta simpatía.

—Pues ayúdale. No seas egoísta. ¡Pobre señor! —le anima Alba—. Vuestro CISO es un cacho de pan. Un hacker de sombrero impoluto.

—¿Le has investigado?

—Lo he intentado, pero es bueno. De todas formas, sabes que en este mundillo todos nos conocemos. Vuestro CISO no hará nada fuera de la ley para pillar a los malos, y ya sabes, compañera, que el que quiere peces…

—Ya…, claro. ¿Y voy a ir yo a decirle lo que tiene que hacer?

—Dale alguna pista, sabrás cómo hacerlo.

Elisa se queda callada unos instantes, pensando en las palabras de su amiga. Sabe bien que las líneas entre el bien y el mal en internet a veces son difusas, y eso la asusta. ¿Podrá fiarse de sí misma esta vez?

—¿Tienes alguna idea de quién puede estar detrás de esto? —le pregunta.

Alba niega.

—Negativo, pero te diré si oigo algo…, y tú me informarás de tus movimientos en el equipo de Luis.

—No he dicho que vaya a hacerlo.

Alba mira a Elisa con seriedad.

—Ambas sabemos que lo harás. Venga, un pique entre hackers y una megaempresa. Te mueres de ganas.

Se quedan en silencio mientras observan el pequeño parquecito de columpios al lado de la terraza.

—¿Has vuelto a saber algo sobre… él? —pregunta Elisa de repente, conteniendo la respiración.

—No —responde Alba seria. Su amiga asiente despacio—. Esa es la parte más dura de la decisión de volver a Madrid, ¿verdad? —añade.

—Exacto. A veces… le echo de menos. No lo puedo remediar.

Alba apoya una mano en el hombro de Elisa.

—Céntrate en solucionar lo de ITECO, yo estaré a tu lado. Vuelve a ser la que eras. Una versión mejorada si quieres. Todo lo demás ya lo arreglaremos. Y el jueves, cuando todo esto termine, cenamos en mi casa.

—¡Hecho!

Torre de Cristal, despacho del CEO. 17:54

Andrés está sentado en la silla de su despacho. Contempla las vistas desde el enorme ventanal. Madrid continúa con su ajetreada existencia

como si nada ocurriese. Como si a nadie le importase que una de las compañías más grandes del país estuviese en la cuerda floja, a un paso de desmoronarse. Excepto a los periodistas y a los tuiteros, piensa el CEO molesto: a esos parece que sí les importa. En las últimas horas, los comentarios en las redes se han reducido ligeramente, por lo que sospecha que Ignacio y Alejandra están haciendo una buena labor. Sus equipos trabajan a destajo, y él, pese a que está contento en su papel de director, no puede evitar sentirse viejo y desfasado. Aunque quisiera, no podría sentarse con sus programadores, porque, simplemente, sería un estorbo. Qué final tan triste, suspira. Él, que durante muchos años estuvo a la última en informática y programación, toda una eminencia en el sector, ahora se siente un dinosaurio. Las labores comerciales y más tarde la dirección provocaron que tuviera que dejar a un lado la parte técnica, que ya duerme en el olvido.

Lleva disimulando que se siente en un carrusel de emociones desde que esa mañana se enteró del ciberataque, en especial, desde que han descubierto que no se trata de una agresión al uso, sino de una estrategia retorcida para desafiar al gigante tecnológico. Se pregunta qué ocurrirá si no logran resistir los próximos tres días. ¿Qué va a pasar con sus empleados? Seguramente habrá muchos despidos, y casi veinte mil familias dependen de él. Siente que tiene una responsabilidad con esa gente. ¿Qué quedará después de que esos piratas destrocen su amada empresa? Por momentos la ira se apodera de él. Lleva toda la vida trabajando, dejándose la piel, luchando por sus sueños, para que ahora vengan unos indeseables a desbaratarlo todo en menos de tres días.

Unos golpecitos en la puerta interrumpen sus pensamientos. Al volverse, ve a Rosa seguida de Alejandra.

—¿Don Andrés?

—Tenemos un problema —afirma la directora de Marketing detrás de la secretaria.

Andrés les invita a pasar haciendo un gesto con la mano. A la mujer le siguen Luis y Roberto, que también saludan. El CEO mira sus caras largas con preocupación.

—¿Qué pasa ahora?

—No se ha enviado la comunicación a los clientes y, teniendo en cuenta la hora que es y el tiempo que ha pasado, están como locos —

explica Alejandra compungida.

—Hemos empezado a recibir llamadas —continúa Roberto—. Nuestros clientes, especialmente los grandes, necesitan información. Información que no les ha llegado.

Andrés se pasa una mano por el cabello plateado y les pregunta:

—Pero… ¿por qué no se ha enviado la comunicación? ¿No estaba preparada?

Los tres recién llegados se miran entre ellos.

—Será mejor empezar desde el principio —dice Luis dirigiendo la vista a su compañera.

Ella toma aire. Parece nerviosa, y no es para menos; esa comunicación era muy importante para mantener los ánimos calmados y dar a la empresa un poco más de margen de actuación con la clientela.

—Tal y como os comenté en la reunión del mediodía, habíamos preparado el mensaje y estaba previsto que se enviase a las dos, aproximadamente. Mis chicos la estaban repasando, y mi compañero Fernando era el encargado de realizar el envío. —Alejandra hace una pausa—. Pues bien, le dije que no podía conectarse a la red de la empresa para mandarlo y no se le ocurre mejor cosa que hacerlo desde la cafetería de aquí al lado, el Buen Café —termina negando con la cabeza.

Andrés mira a Luis como si le hubiera caído un jarro de agua fría.

—Y la red no era segura, ¿verdad? —dice el CEO—. Deduzco que alguien ha interceptado la comunicación.

—Exacto —responde Luis—. La red wifi del Buen Café es pública, como la de cualquier cafetería. Esto significa que no tiene contraseña de acceso, y si existe, cualquiera la puede pedir, y eso incluye a cualquiera que quiera robar información.

—Pero digo yo que no será tan sencillo —responde Alejandra—. Reconozco que ir allí no ha sido la mejor de las ideas…

—En una cafetería es bastante fácil que, si alguien se lo propone, te robe tus datos —afirma Andrés, soltando un suspiro y pensando que esto es lo que les faltaba.

—Si estás dentro de la red wifi, lo único que te separa de los datos de otros usuarios es la encriptación de la conexión —le explica Luis—. Las redes wifi públicas raramente están encriptadas, y muchos servicios o páginas webs tampoco, así que espiar es muy sencillo. Cualquiera con un poquito de interés y un software tipo sniffer podría hacerlo.

—Pero estás hablando de espionaje —responde Roberto frotándose la barbilla—. Lo que han hecho es impedir el envío de la comunicación.

—Esta gente son profesionales —apunta Luis—. ¿O acaso lo dudas teniendo en cuenta lo que hemos visto hasta ahora? La cuestión más importante para mí es ¿cómo sabían que Fernando enviaría esa comunicación y desde dónde?

—Es imposible que lo supieran —murmura Alejandra. El temor de que sus compañeros tengan sospechas sobre ella se acrecienta.

Se hace un silencio en la sala que solo Andrés se atreve a interrumpir.

—Apúntatelo en tu lista de cosas que hay que averiguar, Luis —sugiere—. Y que yo me aclare: ¿se ha enviado o no se ha enviado el mensaje al final?

—Se ha enviado —responde Alejandra—. Solo que con unas cuantas horas de retraso.

—Por la tarde empezamos a recibir llamadas de clientes que nos preguntaban qué estaba ocurriendo en la compañía —informa Roberto —. Y ahí nos dimos cuenta de que no habían recibido nada.

—Así que yo misma lo envié de nuevo para evitar más problemas.

—Nuestros clientes no están muy contentos, como es de esperar. Les parece inaudito que tengan que enterarse de lo que sucede en ITECO por los periódicos, en lugar de ser nosotros quienes se lo contemos de primera mano. Se sienten víctimas del ataque y relegados a un segundo puesto de protagonismo.

—¡Nos han atacado a nosotros! Faltaría más. —Alejandra frunce el ceño.

—Pero sin ellos no somos nada —replica Andrés—. Hemos llegado tarde, y tenemos que reconocerlo.

—Esta es una situación nueva para todos —añade Luis intentando

calmar los ánimos—. Los clientes deberían intentar ser más comprensivos; al fin y al cabo, ninguna empresa está libre de ser ciberatacada. Hoy somos nosotros, mañana serán los de la torre de enfrente. Son los delitos del siglo veintiuno, y hay que acostumbrarse.

—Tienes razón —responde Andrés—. Hay que encontrar una solución a este desastre y apaciguar a los clientes. Los más grandes son los que nos van a dar más problemas. Van a empezar a cerrarnos las puertas, si es que no lo han hecho ya, y perderemos mucho dinero.

—¡Eso no tiene ningún sentido! —exclama Roberto—. Los consultores de ITECO que trabajan en las oficinas de los clientes se conectan a su red wifi.

—Sí, aunque podrían conectarse en remoto a nuestra red —responde Andrés.

—Ya se les ha dado instrucciones de que no lo hagan, y desde IT se les ha bloqueado el acceso. Los clientes tienen miedo, es normal, pero un poquito de comprensión… —dice Luis enfadado.

—Eso va a estar difícil —añade Roberto con una sonrisa torcida.

Andrés mira a sus compañeros al mismo tiempo que intenta pensar en una solución.

Alejandra se aclara la garganta y toma la palabra.

—Después de hablar con Luis para informarle de la incidencia en la cafetería, acordamos modificar la comunicación para transmitir mayor tranquilidad en relación con nuestros consultores, explicando que, en ningún caso, se conecten a la red VPN de ITECO, que solo trabajen si están completamente seguros y que estamos haciendo pruebas con los antivirus.

—¿Los equipos de esa gente están infectados?

—No deberían; al menos, no la mayoría —responde Luis—. El ransomware solo afecta a equipos conectados a nuestra red y, por suerte, parece que hemos conseguido que se apague un gran número antes de que el virus se expanda a la totalidad de los ordenadores.

El CEO se queda pensativo en su silla.

—Pues poco más podemos hacer que avisar a los directores y Client Managers para que hablen con los clientes y les transmitan confianza.

Es posible que se paralicen muchos de los servicios —se dirige a Roberto, quien asiente con gravedad.

—Me temo que esto va a tener un impacto económico muy significativo en las cuentas de este año —afirma el socio con seriedad.

Aunque ninguno de los cuatro pronuncia una palabra, todos tienen el mismo pensamiento: ¿llegarán a fin de año? ¿En qué condiciones?

—Bien. Por favor, informad a Inés y a Rocío. Tienen que estar al tanto de los servicios que se paralicen, para que puedan estudiar el impacto económico y las consecuencias legales. También necesitamos saber si los clientes nos pueden reclamar daños adicionales y de qué cantidades podríamos estar hablando.

Alejandra y Roberto asienten y abandonan la sala. Luis le pide a Andrés cinco minutos más de su tiempo. Cierra la puerta y se sienta frente a él.

—Andrés, hay algo que me preocupa considerablemente y quisiera comentarlo contigo. —El CEO, intrigado, le invita a hablar. ¿Qué más puede ocurrir?, piensa—. Habéis pasado todos por alto un comentario que he hecho en la reunión y que creo que es importante: quizá solo sean imaginaciones mías, pero me ha parecido muy extraño que la comunicación a los clientes fuera interceptada.

—¿Qué sugieres, Luis?

—Simplemente que nos hagamos algunas preguntas: ¿cómo sabían los hackers que el correo se iba a enviar desde el Buen Café? ¿Realmente crees que fue casualidad? ¿Había uno en esa cafetería y en todas las colindantes espiando por si acaso alguien de nuestra plantilla decidía enviar algo? Me resulta poco verosímil.

—Creo que no era una posibilidad tan remota que la comunicación se enviase desde allí. Todos en ITECO vamos al Buen Café. Hacen los mejores bocadillos…

—Sí, pero vamos a desayunar, no a enviar comunicados importantes —contesta el CISO haciendo un esfuerzo por no poner los ojos en blanco—. La comunicación podría haber sido enviada por cualquiera desde cualquier sitio. Incluso desde un teléfono personal con datos particulares.

—¿Estás diciendo que crees que alguien sabía que Fernando iba a enviar esa comunicación y desde dónde? ¿O que el propio Fernando

puede tener algo que ver?

Luis asiente, por fin.

—Si no es así, sinceramente, no encuentro una explicación plausible sobre cómo pudieron interceptar ese envío.

Los dos hombres se miran con gravedad.

—Hay que preguntarle a Alejandra y a los miembros del comité quién más sabía que Fernando sería el encargado de mandar ese correo, y averiguar si alguien pudo seguirle hasta la cafetería.

—Sí, Andrés, aunque yo sería muy cauteloso con las preguntas que hacemos y a quién. Hay que evitar levantar sospechas. Ten en cuenta que solo dos grupos de personas conocíamos esta acción: los que estábamos reunidos esta mañana y los miembros del equipo de Alejandra que lo sabían.

—Por eso te digo, ¡hay que preguntar!

—¿Y si alguien del comité se ha ido de la lengua?

Andrés niega abatido.

—Quiero pensar que no. Son personas de mi máxima confianza. Pondría la mano en el fuego por todos y cada uno de ellos.

Luis se alegra de que el CEO tenga tanta confianza en su equipo, de que sea de los que defiende a su personal en lugar de buscar culpables.

—Entonces tiene que ser alguien del departamento de Marketing —contesta—, o incluso el propio Fernando, como te he dicho. Se supone que lo que se habla en el comité no debe trascender. No más allá de las instrucciones concretas que se den a los equipos.

—Intentemos averiguar si es alguien de Marketing. Aunque también te digo que me cuesta creer que uno de nuestros propios empleados esté detrás de esto, sea o no del comité. Hay que ser un desalmado para querer dejar sin trabajo a tanta gente y ponernos en este brete. Es morder la mano que te da de comer.

—No estoy acusando a nadie en particular —se defiende Luis—. Es solo una teoría, una corazonada, más bien. Solo digo que seamos cautos a partir de ahora. Que extrememos las medidas de confidencialidad que podamos tomar y tengamos mucho ojo sobre

quién sabe qué —argumenta.

—Me parece bien lo que dices —responde Andrés con preocupación—. Aunque confío en que todo sea pura casualidad.

Capítulo 6

Apartamento de Luis. 00:30

A las doce y media de la noche, Luis abre la puerta de su casa con sigilo. Probablemente todas sus chicas estén ya dormidas. Otro día que llega a casa a las tantas, se lamenta. Martina tenía un importante examen de matemáticas y Laura entregaba un trabajo para la universidad. Ni siquiera ha tenido tiempo de llamar para preguntarles cómo les ha ido. Seguramente, mejor que a él, piensa. Está agotado. Ha vuelto a casa solo porque sabe que no aguantará tres días sin dormir y sospecha que en las próximas veinticuatro horas la situación va a ir cuesta abajo y sin frenos. En ITECO se ha quedado el equipo de guardia, dirigido por su mano derecha, a quien relevará a la mañana siguiente. Sus chicos han trabajado a destajo. Sin embargo, aun con el personal de refuerzo enviado por Ignacio, en todo este tiempo no han conseguido nada. Cero. Solo varios intentos frustrados que no resuelven el problema. Deja la chaqueta en el perchero y ve una lucecita en el salón.

—No tenías por qué esperarme despierta —le dice a su mujer, que se encuentra leyendo un libro en el sofá. Tiene aspecto cansado, y dos grandes ojeras asoman tras sus enormes gafas. Recuerda que ese día tenía guardia en el hospital. La abraza.

—Si no te espero despierta, es imposible verte el pelo. ¿Has cenado?

—He tomado algo en el trabajo, pero, ahora que lo dices, tengo un poco de hambre.

Luis se sienta en la mesa de la cocina. Alicia calienta un pedazo de tortilla en el microondas y sirve dos copas de vino.

—Dormirás mejor —le dice, y le acerca una de ellas—. Cuéntame qué ha pasado. Hoy la prensa se ha cebado con vosotros.

El hombre suspira cansado, y entre bocado y bocado le explica los acontecimientos de la jornada: el incidente, los mensajes de los ciberdelincuentes, los cronómetros, la comunicación fallida y sus

sospechas de que alguien filtra la información.

—¿Tú crees que un empleado de la empresa haría eso? —pregunta ella.

—Me cuesta creerlo, pero también estoy convencido de que no es pura casualidad que esa comunicación haya sido interceptada y bloqueada.

—Quizá no te sirva de mucho mi consejo. Cuando un paciente enferma, no se trata solo de darle una medicación para que se cure, hay que estudiar de dónde procede la enfermedad si queremos acertar de pleno con el diagnóstico. Hacerte preguntas para encontrar el foco, saber cuál es el origen y atacar directamente, ¿sabes?

—Jamás pensé que hubiese similitud entre tu profesión y la mía, aunque visto así… —dice Luis.

—Tu empresa está afectada por un virus. Debes curarla como si fueras un médico de ordenadores. —Alicia le sonríe. Su marido piensa que no hay nadie en el mundo capaz de levantarle el ánimo como ella.

—Y hay otra cosa —añade el CISO con preocupación—. Creo que es culpa mía que los ordenadores de media empresa estén infectados y que se hayan encriptado tantos archivos.

Alicia arquea las cejas y pregunta:

—¿Por qué piensas eso?

—La red debería estar segmentada. Es una medida de seguridad básica que impide que el virus se expanda, y ¿sabes quién es el último responsable de que las medidas de seguridad de la empresa estén correctamente implementadas? El menda —responde con amargura.

—Luis, eres una persona supermetódica. Estoy segura de que ese fallo en la red no es solo culpa tuya. Además —dice con firmeza—, aunque así fuera, todos cometemos errores, somos humanos.

—¿Qué pasará si me quedo sin trabajo?

—No te van a despedir por esto.

—No lo sabemos, Alicia. Es un fallo muy grave —replica.

—Llevas ¿cuánto? ¿Veinte años trabajando con Andrés? No te va a echar a la calle así como así. Y en el hipotético caso de que así fuera, viviremos con mi sueldo hasta que encuentres otra cosa. No te

preocupes por eso, y no pienses en ello ahora. Es algo que aún no sabes si va a ocurrir —sentencia dando un sorbo a su rioja.

—No puedo evitar preocuparme. Pienso en las niñas, en su futuro. Laura ya está en la universidad, y a Martina le quedan un par de años…

—Por el amor de Dios, Luis —le corta su mujer—, no seas dramático. Pensaremos en ello cuando ocurra, si es que llega a suceder. Además, con tu currículum y tus años de experiencia, dudo que tengas problemas para encontrar otro trabajo. Ahora céntrate en hacer todo lo posible para salvar a ITECO. No pienses en nada más, y no seas pájaro de mal agüero, hazme el favor.

—Tienes razón —responde con un beso—. Seguro que mañana lo veo todo de forma más optimista —comenta sin mucho convencimiento.

Luis está tan cansado que se queda dormido nada más apoyar la cabeza en la almohada, pensando en que ojalá, cuando se despierte, descubra que todo ha sido un mal sueño.

Apartamento de Diego. 00:35

Al final no ha podido salir a correr. En lugar de eso, Diego llega a casa a las doce y media de la noche, después de horas revisando informes soporíferos. Aunque no ha tenido que aguantar a una panda de abogados pedantes, piensa no sin cierta satisfacción. No se explica cómo, pero últimamente todos sus días terminan de forma muy parecida: llegando tarde del trabajo y demasiado cansado para ver una serie o una película. «Parece que me he olvidado de vivir», se lamenta.

De todas formas, admite estar intrigado por el caso de ITECO. Los ciberataques le parecen ciencia ficción. En IT le han contado el revuelo que se formó cuando, de repente, comenzaron a aparecer los cronómetros en las pantallas. Le hubiera gustado verlo.

En algo menos de doce horas, la compañía sufrirá un segundo ataque. Se pregunta qué pasará. No se le ocurre qué más pueden hacer los hackers para hundir al gigante tecnológico, teniendo en cuenta que ya han cifrado la mayor parte de sus archivos, que son uno de sus activos más valiosos. Lo bueno es que está en el lugar adecuado para enterarse de cualquier acontecimiento de primera mano. Espera que al

día siguiente le dejen quedarse en la planta veinticinco y no tenga que volver a la asesoría jurídica, así podrá dar un paso más, hacer preguntas, hacerse amigo de los compañeros de IT. Juan podría ayudarle, solo así conseguirá información relevante, aunque sea solo para saciar su curiosidad. Además, sabe que es muy probable que no encuentre nada en los informes de auditoría, ya que fueron revisados por el propio CISO y por expertos independientes, que, por descontado, saben mucho más que él. Está seguro de que la compañía cumple con todas las medidas de seguridad y que no serían tan tontos para comprometerse en un contrato a algo que no esté escrito en esos documentos.

Decide llamar a su padre para contarle sus andanzas en ITECO. Sabe que a esas horas estará trabajando, así que es muy probable que le coja el teléfono. Se lo imagina en su despacho, que siempre está lleno de papeles y expedientes que se amontonan en carpetas colocadas de cualquier manera. Adolfo fuma como un loco, especialmente mientras trabaja. Un día le va a dar algo, piensa Diego, que busca su número en el móvil.

—¿Diga? —responde una voz grave.

—Hola, papá.

—¿Cómo estás, hijo? ¿Qué tal en el despacho? He leído que la semana pasada cerrasteis una operación importante, ¿no?

—Sí, pero ahora estoy en algo mucho mejor. Verás, ITECO ha sido ciberatacada y… —Después de diez minutos de explicaciones se hace el silencio.

—No vas a ganar nada con eso —responde el hombre con un suspiro. El chico casi puede visualizar cómo niega con la cabeza al otro lado de la línea—. Haz el favor de centrarte en tu rama, en M&A, que es lo que da dinero. Por mucho que te guste jugar a los detectives, lo más probable es que ese ataque lo haya hecho alguien anónimo sin más. Y tú estás perdiendo el tiempo mientras tus compañeros de despacho se quedan con los mejores casos y los demás externos ganan visibilidad de cara al cliente.

—ITECO es uno de nuestros mejores clientes, papá. Esta semana estaba previsto que se cerrase la operación Assetive, en la que, como te dije, he participado —contesta dolido ante el desinterés de su padre —. Además, tengo un presentimiento…

—Tú verás, Diego. Piensa en qué clase de abogado quieres ser… Yo

me centraría en cosas importantes, no en perder el tiempo en la planta de IT con los becarios. Que envíen a un junior a revisar esos informes; tu hora tiene mucho más valor.

—Yo… —Por un momento, el chico se plantea contarle a su padre lo que, en realidad, le ocurre: que está cansado, que siente que pierde su vida y su juventud, que necesita tiempo y encontrar un trabajo que realmente le apasione, con el que sienta que hace algo bueno. No le dice nada. ¿Para qué? Lo ha intentado otras veces y la cosa no ha acabado bien. No sabe ni por qué le ha llamado, así que se despide—. Ya hablaremos cuando todo esto se solucione.

Un rato más tarde prepara un sándwich y se sienta en el sofá, agotado. Piensa en la conversación con su padre mientras mastica lentamente. El hombre tiene razón en una cosa: debe pensar en qué clase de abogado quiere ser. Necesita un descanso. Necesita vacaciones. Esa misma semana hablará con Jaime y le pedirá unos cuantos días. No se irá a Bali, ni a Tailandia. Se irá a la casa que sus padres tienen en el pueblo, allí podrá reflexionar y dar paseos por la playa. Sí, eso es lo que necesita: el aire del mar y pensar.

Con una sonrisa, se imagina en la orilla del mar, y con el sándwich a medio comer, se queda dormido.

Apartamento de Elisa. 00:40

Elisa ha tomado una decisión. La conversación con Alba le ha abierto los ojos y ha reconocido que siente que debería ofrecer su ayuda a los compañeros de IT y al CISO, por principios… o porque tiene que reconocer que la idea de participar en el duelo entre los hackers e ITECO la seduce. Al día siguiente hablará con Luis, o ¿debería preguntarle antes a Álvaro? Tal vez no; conociendo a Álvaro, seguramente no le deje ni acercarse a IT. ¿Y Luis? ¿Cómo explicarle que quizá podría ser de ayuda? Y ¿cómo aceptarán en IT que una desconocida del departamento de UX pretenda hacer averiguaciones sobre el ataque? Creerán que es una principiante. Solo de pensar en eso se pone nerviosa. ¿Se está arrepintiendo? Quizá es mejor quedarse en su zona de confort.

No, ya lo tenía decidido, se repite.

Elisa es espectacular detrás de una pantalla, con sus códigos y sus programas, pero el trato con la gente…, eso a veces le cuesta más. Siempre ha pensado que ese es el precio que tiene que pagar por el talento natural que Dios le ha dado. En el colegio envidiaba a las otras chicas, capaces de relacionarse entre ellas y con los demás con una facilidad sorprendente. Le hubiera gustado ser más popular, poder ligarse a cualquier chico y tener una agenda repleta de amigos. Sin embargo, pasaba los recreos leyendo un libro o con una o dos amigas igual de introvertidas que ella. Nada emocionante.

Su vida fue anodina hasta que descubrió las puertas que pueden abrirse desde un simple ordenador con conexión a internet. Todavía recuerda el día en que sus padres trajeron a casa el, por aquel entonces, novedoso módem, a finales de los noventa. Ese pequeño aparatito que cambió su existencia, cuando conectarse a internet era todo un proceso: primero había que asegurarse de que nadie en la familia estuviese hablando por teléfono, y avisabas con un grito de que ibas a conectarte a internet. ¿Te imaginas que ahora cada vez que nos conectamos hubiera que avisar? Es impensable, reflexiona con una sonrisa. Después hacías clic en un botón que decía «Conectar» en una ventana gris de Windows 98 y empezaba el concierto: unos pitidos, como si alguien estuviese marcando un número de teléfono, después ruido, muy similar al sonido de la radio cuando no encuentra la emisora, y un silencio final que indicaba que ya podías navegar por internet a la increíble velocidad de cincuenta y seis kbps [1] . Más tarde descubrió que todo ese proceso se llamaba handshake [2] , refiriéndose así al comienzo de una conversación telefónica entre dos módems. ¿Máquinas que hablan entre sí? Aquello le entusiasmó, y por eso no solo decidió aprender todo lo posible, sino que se dio cuenta de que se le daba extraordinariamente bien.

Con trece años, poco después de que sus padres instalasen internet en casa, consiguió entrar en la red del colegio. La idea de conocer las notas de fin de curso antes de lo esperado le pareció un motivo suficientemente bueno para intentarlo, y ¡lo consiguió! Entrar, salir y nadie se entera. Fue cuando descubrió que en eso consiste el hacking y que hay hackers buenos y malos, según el color de su sombrero. Ella quería ser de los buenos, por supuesto, aunque hay que reconocer que en sus años de juventud cometió alguna que otra ilegalidad. Pese a que muchos lo ignoren, el hacking es como un superpoder. Elisa lo compararía con el poder de la invisibilidad: te metes en el ordenador o en el smartphone de alguien, ves todas sus conversaciones, qué está haciendo, conoces sus secretos más íntimos y te vas sin dejar rastro. Y poder hacer eso con cualquiera es muy tentador. Eso sí, Elisa jamás cuenta sus pecados.

Después de este paseo por el pasado, decide que ya se preocupará de los asuntos de ITECO al día siguiente. Ahora debe descansar. Elige una serie cualquiera para poner de fondo mientras se queda dormida. No lo logra sin un sonido ambiente. Le ocurre desde hace algunos años, desde que sucedió aquello.

Apartamento de Andrés. 01:00

Andrés llega a casa a altas horas de la noche. Deja las llaves en el mueble del recibidor y cuelga su chaqueta en el perchero. Un perchero carísimo de madera de ébano que eligió su exmujer y que le ha dejado como recuerdo de su fallido matrimonio. A Andrés siempre le gustaron las cosas sencillas, mientras que Dolores, Lola, era la ostentación en persona. No había discreción alguna en ella, desde su forma de vestir y sus joyas hasta el modo de comportarse. Fue precisamente esto lo que le enamoró y lo que les condujo al divorcio unos cuantos años más tarde. La conoció en una cena de negocios. Ella iba acompañando a uno de los asistentes. La casualidad quiso que la mujer se sentase en el asiento contiguo. Esa noche, Andrés, cansado de una vida en la que todo era trabajo, se rio como nunca y comenzó a nacer en él el pensamiento de que, a sus cuarenta años, aún era joven. Unos meses de flirteo más tarde, el ejecutivo le pedía matrimonio a Lola, quince años menor. Empezó así una época que Andrés recuerda como una segunda adolescencia, solo que… con dinero. Mucho dinero y una boda por todo lo alto seguida de fiestas, lujo y viajes increíbles. Aquello duró hasta que sus cuentas personales comenzaron a resentirse y la relación a desgastarse, lo que coincidió con el nacimiento de su cuarto hijo, a quien llamaron Jairo.

Jairo fue un intento de arreglar una historia en la que, tras veinte años, el amor se había terminado. Es un niño adorable que ahora tiene siete años. Andrés le quiere con locura, aunque no puede evitar preguntarse si es un error más en su lista de errores. Siente que está demasiado cansado y viejo para educarlo con la energía y disciplina que tuvo con sus tres primeros vástagos, y lamenta que al niño le haya tocado vivir en una familia rota. El divorcio de Lola fue rápido, apenas un año después de nacer Jairo. Todos sus amigos le dijeron que se veía venir. Aunque parezca triste, Andrés se consuela cuando revisa sus cuentas bancarias y piensa que Jairo irá a los mejores colegios. Últimamente se ha planteado que, en cuanto se jubile, le pedirá a Lola que le deje vivir con el niño. Tal vez esa sea una buena solución para

todos: el pequeño estará bien cuidado y atendido, mejor educado que con una madre que sigue viviendo en una juventud que trata de prolongar a base de bótox y horas de gimnasio.

El hombre suspira y se sienta en el sofá de cuero de su enorme salón. La casa es inmensa. Demasiado grande para una sola persona. Cuando Jairo llegue, todo cambiará. Sonríe pensando en que la alegría volverá a inundar el piso. Quizá cambie la decoración y la haga más acogedora para un niño de siete años. Jugará con él, le ayudará con los deberes… Solo hay un pequeño problema: ¿qué ocurrirá si ITECO se desmorona? Perderá muchísimo dinero, y su jubilación… está por ver.

Hace memoria sobre los acontecimientos de ese día. Menos mal que tiene a Luis. Pese a lo complicado de la situación, está haciendo un buen papel. Pero hay algo…, algo que no le gusta. ¿Y si tiene razón y hay un topo en el comité? ¿Y si este ataque es personal y no algo fortuito? Las próximas horas van a ser complicadas, y él tiene que estar muy atento. Al día siguiente peleará en primera línea. Tienen que averiguar de dónde procede y si es algo contra alguien de la compañía…

Un escalofrío le recorre la espalda. ¿Y si es algo contra él?

Hay quien dice que es imposible llegar a CEO de una empresa como ITECO de forma legal, sin saltarse las reglas, y mucho menos sin herir almas y egos. La realidad solo la conoce quien llega a sentarse en esos puestos de alta dirección y aquellos que le han acompañado en su camino. Andrés sabe que solo tres personas conocen sus pecados.

Dos de ellas están en el comité.

Segunda parte

Martes

Capítulo 1

Apartamento de Luis. 06:30

Madrid se despierta con otro día de primavera. El sol se cuela por las rendijas del dormitorio de Luis e ilumina el lado vacío de la cama. La noche anterior, debido al cansancio, se quedó dormido al instante, pero la tensión le ha pasado factura y, finalmente, solo ha podido conciliar el sueño unas pocas horas. Mira a su mujer mientras se abrocha los últimos botones de la camisa. Sigue tan guapa como el primer día, piensa al contemplar su melena de color castaño desparramada sobre la almohada. Algunos pequeños signos de la edad han comenzado a aparecer en la piel inmaculada de su rostro, inevitable cuando se está llegando a los cincuenta, pero qué cincuenta tan bien llevados.

Le gustaría poder quedarse allí con ella, un ratito más, hasta que la alarma del despertador anuncie sin piedad que es hora de empezar un nuevo día. Podría hacerlo, aunque lo mejor será que vuelva a ITECO cuanto antes, respirará más tranquilo. No hay llamadas perdidas ni mensajes en su teléfono móvil, por lo que supone que nada ha cambiado desde la noche anterior; sin embargo, una sensación de desasosiego parece haberse anclado en su pecho.

Se agacha para darle un suave beso a su mujer.

—¿Ya te vas? —pregunta ella con voz adormilada y los ojos todavía cerrados—. Es muy temprano, no son ni las siete.

—Lo sé. Pero no he podido dormir bien y creo que estaré más calmado cuando llegue a la oficina.

Alicia le abraza y le acaricia el pelo. El hombre fuerza una sonrisa.

—Da un beso a las niñas de mi parte. Intentaré llamarlas a lo largo del día. Nos vemos esta noche.

—¿Llegarás a tiempo para cenar?

—Haré lo que pueda, aunque… no lo creo.

—Está bien…

Luis cierra la puerta del dormitorio con lentitud y atraviesa la casa con el mayor sigilo posible. Pasa por delante de los cuartos de sus hijas, que duermen plácidamente, ajenas al lío en el que está metido su padre. Cierra la puerta del piso sin hacer ruido. No puede evitar preguntarse cuánto habrán cambiado las cosas cuando vuelva unas horas más tarde.

Es tan temprano que aún no hay ni atascos, por lo que Luis llega a ITECO en algo menos de quince minutos, todo un récord. El parking de la empresa está casi vacío. Muy cerca de su plaza contempla un impresionante BMW de color negro. Es el coche de Andrés, clásico y elegante como él, piensa. A juzgar por la matrícula, parece una compra reciente. Está seguro de que por dentro estará equipado con la última tecnología. Como no ve a nadie a su alrededor, decide echar un vistazo al interior del vehículo. Se asoma a la ventanilla. Efectivamente, parece un ordenador con ruedas. Muy típico de Andrés. Cuando todo esto termine, le pedirá a su jefe que le dé una vuelta, si es que no le ha despedido, claro.

En la planta veinticinco huele a café, y la oficina está en calma. Luis se acerca al equipo de guardia y los ve concentrados, aunque con caras somnolientas, delante de sus ordenadores. Son auténticos profesionales. Se enorgullece de poder contar con ellos en estas circunstancias. Algunos forman parte de su plantilla y llevan trabajando de doblete desde el día anterior; otros han sido llamados específicamente para esta ocasión. Se han presentado puntuales y deseosos de poder ayudar a ITECO en el que, con toda seguridad, es el ciberataque más letal que haya sufrido una empresa española. Ignacio, el director de Recursos Humanos, ha hecho un buen trabajo, piensa.

—¿Qué tal ha ido la noche? —pregunta acercándose a Víctor, que ha sido una de las personas que se ha ofrecido para hacer ese primer turno de guardia.

—Sin novedades, jefe. Todo tranquilo. Hemos seguido tus instrucciones y reforzado los antivirus, desconectado la red wifi de todas las plantas y limpiado algunos equipos. En IT seguimos trabajando con conexión a nuestra red independiente, y me atrevería a decir que los atacantes no pueden hacer nada contra nuestra estructura —informa con satisfacción.

Luis asiente.

—No tengo ni idea de cómo nos van a atacar. Esperemos que, con todas las medidas, podamos bloquear la siguiente embestida —comenta—. Mejor no confiarse. Por cierto, ¿tenemos algún avance con la ruptura del cifrado?

—No —responde Víctor—. Aunque el equipo ha hecho varios intentos, no han conseguido nada.

—Está bien. Hablaré con Andrés para plantear los próximos pasos.

—Podrías darle las gracias por el desayuno —dice el chico señalando las mesas repletas de café, bollería y tostadas— y por la cena de ayer. Es todo un detalle. Aunque creo que alguno de los compañeros va a pillar una indigestión. No veas cómo traga esta gente —comenta jocoso.

—Se lo diré. Andrés cuida muy bien a sus empleados, al menos mientras el barco siga a flote. Aunque le comentaré el peligro que hay con los atracones —responde con un gesto cómplice.

El CISO se da la vuelta con la intención de servirse un café antes de ir a su despacho cuando una chica se le acerca. Debe de ser externa, porque su cara no le suena.

—Luis —le dice con timidez—, no sé si te lo ha comentado Víctor: ya tenemos el paciente cero y la causa de entrada del ransomware.

El hombre arquea las cejas.

—¿Cómo te llamas? Cuéntame.

—Sara —responde la chica contenta, porque Luis, que es una eminencia en ciberseguridad, se interese por su nombre—. Ayer sospechábamos que el virus había entrado por un fichero .js ejecutado en Google Chrome, y hace unas horas lo acabamos de confirmar. Resulta que un becario quiso entrar en la página web de la universidad porque quería ver la nota de un examen y esta estaba modificada con un malware.

—¿La página de la universidad?

—Sí, al chaval le llegó un correo electrónico con un enlace para ver sus notas. Este enlace era falso, por supuesto. Al cargarlo en el navegador, se descargó el fichero y comenzó a cifrar los documentos.

—¿No se dio cuenta de que el link no era correcto? —pregunta molesto Luis.

—Lo abriría sin mirar, por los nervios de saber si había aprobado —sugiere la chica, encogiéndose de hombros—. Por lo visto, vio algo raro, se asustó y apagó el ordenador, aunque ya era demasiado tarde. Ayer noche, por remordimiento de conciencia, contactó con nosotros. Deberías haber escuchado al pobre chico, casi no podía explicarse de lo nervioso que estaba.

—Joder… —Luis frunce el ceño—. ¿Cómo se ha podido colar el virus de una forma tan tonta? —Suspira resignado.

—Obviamente, el correo que recibió el becario era falso. Le hicieron un phishing como la copa de un pino.

—Gracias, Sara. Me es muy útil todo esto que me cuentas. Luego volveré con más preguntas sobre este tema. —La chica asiente—. Y otra cosa —añade el CISO de pronto—: ¿habéis averiguado por qué la red no estaba segmentada?

—Sobre eso, nada todavía, y es raro, porque se supone que la medida estaba bien implementada. Al menos así se indica en los informes de auditoría, por lo que me han dicho.

—Me lo imaginaba —responde Luis.

Por un momento siente que la carga que lleva a la espalda se aligera. Si los informes recogían que la red estaba segmentada, significa que de alguna forma alguien ha desactivado esa medida de seguridad, pero ¿cómo? Y ¿cómo es posible que él no se hubiera dado cuenta? Tendrá que andarse con mil ojos. Sara le mira esperando instrucciones y él asiente.

—Mantenedme informado, por favor.

—Iba a contártelo ahora, jefe —se apresura a añadir Víctor, que aparece a su lado.

Luis ve la mirada fulminante de la chica, que pone los ojos en blanco. Sabe que Víctor se ha esforzado mucho por ascender dentro del equipo y que eso a veces no es bien visto por sus compañeros, sobre todo cuando sus métodos en ocasiones se basan en pasar por encima de otros. Supone que el chico tendría pensado contarle la información en un aparte o cuando tuviera algún dato adicional. Víctor es de los que esperan el momento perfecto. En cualquier caso, se alegra de que Sara

se le haya adelantado.

—Tranquilo, Víctor. Sé que me informarás si hay alguna novedad —le dice dándole una palmada en el hombro.

Luis se sirve un café y se dirige a su oficina. Tiene que pensar en cuál será la estrategia más apropiada para ese día. No puede presentarse en el despacho de Andrés sin ideas que proponer. El problema es que no sabe hasta qué punto puede diseñar un plan de actuación sin tener idea de qué van a hacer los cibercriminales ni en qué va a consistir el segundo ataque. Su equipo está trabajando en la búsqueda de una vulnerabilidad para romper el cifrado y en el refuerzo de medidas de seguridad, así que deberían tenerlo todo más o menos controlado, salvo que haya alguien que…

Un momento.

Hablando de control.

Una idea fugaz pasa por su cabeza.

Si averiguase quién interceptó la comunicación del día anterior, tal vez le serviría para tirar del hilo y llegar hasta los ciberdelincuentes. Tal vez esa persona sea la misma que ha enviado el email falso al pobre becario. Quizá su mujer tenga razón, quizá para resolver esta incidencia tiene que buscar el origen. Piensa en todo esto mientras da vueltas en su despacho con el café en una mano y un rotulador en la otra. El corazón le late muy deprisa.

Lleva casi quince minutos dando paseos frente al gran ventanal cuando, de pronto, algo llama su atención. Mira por la ventana. Tiene que parpadear para que no le parezca una alucinación.

Tienen un nuevo problema.

Torre de Cristal, despacho de Andrés. 08:00

Rosa entra en el despacho de Andrés con un café caliente y tostadas con tomate y aceite.

—¡Hay que empezar bien el día! —le dice intentando animarle.

El hombre sonríe agradecido. Lleva sin probar bocado desde anoche, cosa que su estómago le recuerda ante el delicioso olor del desayuno. Rosa mira a Andrés. Llevan tantos años trabajando juntos que puede imaginarse a la perfección cómo se siente solo con ver la expresión de su cara. Ese día le ve perdido y menguado en su silla, aunque intente disimularlo, con bastante éxito, para quien no le conoce tanto como ella. Tiene que ayudarle. Aún no sabe cómo; buscará la forma.

—Rosa, ¿querrías sentarte y compartir el desayuno conmigo?

—Por supuesto.

Andrés saca una taza con el logotipo de ITECO de un mueblecito y le sirve café.

—Dime, ¿cómo están Felipe y tus hijos? —pregunta el CEO.

—Muy bien, la verdad. Felipe, a punto de jubilarse. Dice que ya está muy cansado para continuar regentando la tienda y que es el momento de que alguien le suceda. Y nuestros hijos ya son adultos. Los años pasan, los hijos van para arriba, y nosotros… para el arrastre. ¿Qué tal están los tuyos?

—Los mayores, bien. El que más me preocupa es Jairo —confiesa—. Ahora vive con Lola y, aunque sus hermanos mayores también se vuelcan en él, es muy pequeño y yo ya soy un viejo de sesenta y seis años…

—¡No seas exagerado!

—No exagero. Quizá fui un irresponsable al decidir tener un hijo cuando la gente de mi edad lo que tiene son nietos. No sé en qué estaba pensando.

—En ese momento pensabas en arreglar tu matrimonio, Andrés. Y tu hijo es un regalo, un tesoro, y solo hay que ver tu sonrisa de orgullo cuando hablas de él.

—Eso es cierto, pero quizá debería haber luchado más. Tal vez, la separación de Lola no ha sido buena idea después de todo —responde apesadumbrado—. ¿No crees?

A Rosa le pilla por sorpresa ese repentino momento de confesiones, sobre todo teniendo en cuenta que ni siquiera son las ocho y media de la mañana.

—No me parece justo valorar tus decisiones sin tener toda la información —responde ella, como siempre, de forma diplomática—. Sin embargo, visto desde fuera, has hecho lo mejor. Quizá estéis más tranquilos cada uno por su lado y también sea lo mejor para el pequeño. Si el amor se acaba…

—Y nunca te gustó Lola —dice Andrés con malicia justo antes de dar un mordisco a su tostada.

—Eso es cierto —reconoce la mujer sin poder evitar que sus mejillas se coloreen—. Tal vez porque ella me resultaba demasiado… estridente. Sí, eso es. Estridente es la palabra. Colores demasiado chillones, un tono de voz muy alto, demasiadas joyas encima. Toda una exageración. Es una valoración personal, seguro que Lola tiene muchas otras cosas maravillosas —se apresura a añadir.

—Te agradezco tu sinceridad.

—Discúlpame, no quería ofenderte —responde Rosa pensando que ha hablado de más.

Debería haberse quedado callada, pero no ha podido contenerse. Sin embargo, su descripción de Lola se ha quedado corta. Esa mujer siempre le pareció insufrible. En veinte años de matrimonio jamás se ha preocupado por su Andresiño, y pone en duda la diligencia con que estará cuidando al pequeño Jairo. Ve el desánimo en el rostro de Andrés, por lo que añade:

—Te ha dado un hijo precioso. Tienes que cuidarle mucho. ¿Cuántos años tiene ya? ¿Siete?

—Sí. Cumplirá ocho dentro de un par de meses. Ya es todo un hombrecito —contesta el hombre con orgullo—. Siento no poder verle todo lo que me gustaría.

—Cuando te jubiles podrás pasar más tiempo con él.

—Eso tenía pensado… hasta el día de ayer, en que todo se fue al garete.

—Esto aún no ha terminado, Andrés. Aún te quedan algo más de cuarenta y ocho horas para encontrar una solución. Tú siempre has luchado hasta el final, esa es una de las claves de tu éxito. Esta vez no será diferente —le dice con convicción—. Además, ¿qué pueden hacer un grupo de hackers contra la empresa más potente del sector tecnológico?

—Eso es lo que me preocupa, Rosa, que nosotros tenemos mucho más que perder que ellos. —Guarda un momento de silencio—. ¿Crees que esto es algo personal contra ITECO? —pregunta—. ¿Que alguien quiere hundirnos específicamente a nosotros?

La mujer se encoge de hombros.

—No veo por qué debería ser así, ni tampoco quién podría querer hacernos tanto daño. La compañía da trabajo a muchísimas personas. Estamos muy bien considerados, no solo en el mercado, sino en relación con nuestros empleados. Salimos en los primeros puestos de los rankings de las mejores empresas para trabajar y, hasta donde yo sé, hemos llegado hasta aquí limpiamente. No sé qué es lo que te preocupa.

La vida de Andrés en ITECO habría sido muy diferente si esa buena mujer no hubiera estado a su lado, piensa.

Aún no han terminado el café cuando sienten unos golpecitos en la puerta. Luis llega con cara de preocupación y parece nervioso.

—Disculpad. ¿Puedo pasar? —pregunta el CISO.

—Adelante —responde Andrés.

La cara de abatimiento que Andresiño tenía hace unos minutos se transforma, de forma automática, en un gesto calmado y firme. El CEO tiene que ser fuerte, un clavo ardiendo al que sus empleados puedan agarrarse en momentos difíciles.

—¿Quieres un café? —pregunta Andrés.

El hombre realiza un movimiento negativo con la cabeza, no tiene el cuerpo para más cafeína.

—Andrés, no sé si has mirado por la ventana…

—Pues no —responde el CEO, desubicado ante el comentario—. Solo he visto que hace buen día…

—Asómate, por favor.

El CEO se vuelve en su silla para quedar delante del gran ventanal. Rosa también se levanta para ver qué está ocurriendo. Cuando miran hacia abajo, ambos abren los ojos como platos. Cientos de personas se dirigen a la torre. De hecho, pueden ver que se están formando

grandes colas en la puerta, como si fuera la entrada a un concierto multitudinario.

—Son nuestros trabajadores —explica Luis— y todos aquellos consultores a quienes los clientes han cerrado la puerta, que, como puedes ver, se cuentan por centenares.

—Dios mío… ¿Cuántas personas podrá haber ahí abajo? ¿Mil? ¿Dos mil?

—Teniendo en cuenta que habitualmente trabajan en esta torre unas dos mil personas, calculo que podamos llegar a duplicar o incluso triplicar el aforo —responde el CISO con gravedad.

—Pero ¿por qué han venido? ¿Han tenido todos la misma idea o…?

—O alguien ha dado la orden —contesta Luis mostrándoles la pantalla de su teléfono móvil.

Apartamento de Diego. 08:10

Joder, joder, joder…

Diego no empieza bien el día. Acaba de despertarse en el sillón con el traje del día anterior todavía puesto y los restos de sándwich y su plato en la alfombra. Anoche, debido al cansancio, se olvidó de adelantar la alarma del despertador. Debería estar en ITECO en menos de media hora, aunque sabe que eso es imposible: solo el trayecto hasta allí le llevará unos cuarenta y cinco minutos.

Esa mañana no habrá desayuno, ni tranquilo ni rápido, ni ejercicios matutinos, y mucho menos tiempo de desconexión. Se mete en la ducha a toda prisa. Haciendo un gran esfuerzo y con la camisa sin planchar, logra estar en la calle medianamente presentable en veinte minutos. Ahora tiene que valorar si coger un taxi o ir en metro. Lo medita en cinco segundos: irá en metro. Un taxi tardaría demasiado en atravesar José Abascal y el paseo de la Castellana, se lamenta al bajar las escaleras de la estación de Gregorio Marañón. Odia el metro por la mañana, siempre atestado de gente y con un calor sofocante. Además, tiene que revisar sus mensajes antes de lo previsto, lo que le pone de muy mal humor. El símbolo de Apple aparece mientras se ilumina la pantalla del smartphone del despacho. Unos segundos más tarde,

cuando el metro ha llegado a la siguiente estación, los mensajes de WhatsApp comienzan a aparecer. Pone los ojos en blanco mientras espera a que terminen de cargar. Setenta y cinco, y varios emails de clientes.

Genial.

Será mejor que empiece en orden: Pablo le pide que le llame cuanto antes; será lo primero que haga en cuanto salga del metro. En otro mensaje, Josemi le suplica que le lleve con él a las torres: le encantaría subir y bajar decenas de plantas en el ascensor. Eso y que la vida en el pool sin su compañía se le está haciendo muy cuesta arriba. Diego sonríe, intentará interceder por el muchacho.

Después abre, sin siquiera leerlos, en su teléfono personal unos cincuenta mensajes de varios grupos. Esos grupos de amigos con los que solía quedar para jugar al fútbol o al pádel en aquellos tiempos en los que su vida social iba más allá de Ros y Olavarría.

En otro mensaje, su madre le pide que vaya a comer con ellos el domingo. Le contesta diciendo que allí estará y varios signos de exclamación. Recuerda la conversación de anoche con su padre y suspira. No le apetece nada aguantar sus «recomendaciones» sobre lo que tiene que hacer con su vida, pero lleva sin pasar tiempo con su familia semanas y tiene ganas de ver a su madre y su hermana. Se anima recordando las comidas familiares llenas de anécdotas sobre los vecinos y otros comentarios por el estilo. Además, si no recuerda mal, su hermana acaba de empezar su primer trabajo en una agencia de marketing. De hecho…, ayer fue su primer día. Diego se lamenta por no haberle escrito. Se le olvidó por completo. Intenta reparar su error y, a pesar del ruido del metro, le envía un audio larguísimo deseándole suerte. Quizá puedan cenar otro día de la semana, cuando no tenga lío. Si es que eso llega a ocurrir.

Aún le queda un whatsapp por leer. Es de un número desconocido. En cuanto le da a «añadir contacto», enseguida reconoce la foto. Es Paula, la chica del fin de semana. Le pregunta cuándo volverán a verse. Nunca, piensa Diego, pero sabe que no le puede contestar eso porque él es, ante todo, un caballero, así que le responde que tiene mucho trabajo. La excusa siempre perfecta.

Hace mucho que no utiliza el metro entre semana, pero le da la sensación de que, a medida que se acerca a la parada de las torres, está cada vez más lleno. Cuando baja del vagón, también lo hacen la mayoría de los pasajeros y, ya en la calle, parecen tomar la misma

dirección. Le recuerda los días de partido en el Bernabéu. No sabía que tanta gente trabajase en las torres.

Cuando llega a las inmediaciones de ITECO, entiende por qué el metro estaba tan abarrotado y no da crédito a lo que ve: hay una inmensa cola en la entrada de la Torre de Cristal. Avanza muy lenta, y dos guardias de seguridad controlan el aforo para que nadie se quede atascado en las puertas giratorias de la entrada.

Decide llamar a su jefe mientras espera su turno para entrar.

—Hola, Pablo —saluda—. Ya estoy en ITECO, aunque hay tanta gente que no puedo pasar. No sé qué ocurre.

—Lo he leído en Twitter. Parece que han pedido a todos los empleados que acudan a las oficinas.

—Pues no han calculado muy bien el aforo, ¿no crees?

—Y no solo eso, no sé quién fue el lumbreras que tomó la decisión. La cuestión es que ahora tienen a una horda de trabajadores enfurecidos quejándose en las redes sociales, con razón, por la mala gestión de la compañía —explica su jefe.

Diego comprueba que el personal no está muy contento. Observa a unas cuantas personas con la vista fija en la pantalla de sus teléfonos móviles y reflexiona sobre lo fácil que es dejar un comentario negativo y que llegue a cientos de personas en cuestión de segundos. Twitter ha hecho que ahora cualquiera pueda ser periodista, sin filtro y sin necesidad de que se tengan que corroborar las fuentes. Una crítica por internet puede hacer daño, pero cientos podrían tener fuerza suficiente para arruinar a un gigante como ITECO.

—Espero que lo solucionen —comenta Diego con sinceridad.

—Si ITECO se va al traste, no nos va a quedar más remedio que enviarte de comercial para conseguir nuevos clientes —responde Pablo en tono de broma—. Eres el que mejor presencia tiene de todos nosotros.

—Ya, claro. Pero mejor enviad a Josemi, que si lo que cuenta es la actitud, él tiene más ganas de embaucar que nadie.

—En especial si son mujeres entre los veinte y los treinta y cinco. —Pablo suelta una carcajada—. En fin. Entonces ¿te tienen revisando las medidas de seguridad de los contratos? —pregunta.

—Sí, me he ofrecido voluntario. Me pareció que tenemos que marcar la diferencia con respecto a los demás despachos —responde pensando en lo bien que suenan sus palabras.

—¿Y qué hacen los demás?

—Pues poca cosa. Ayer, en realidad, no hubo demasiado movimiento en la asesoría, más allá de revisar algunos contratos y cláusulas de penalizaciones, por lo que me dijo Martín. Sobre las siete y media se fueron todos, y yo aguanté hasta las doce, más o menos.

—¿Había mucho ambiente en IT o qué?

—Un festival —responde el abogado con sorna—. Pero, aparte de lo de las medidas, mientras no haya un cambio brutal que afecte a los contratos o a la situación jurídica de la empresa, los abogados poco tenemos que hacer. No sé por qué se están gastando tanto dinero, si te soy sincero. Tal vez hoy la cosa cambie, no lo sé. A saber qué sorpresa tienen prevista los hackers.

—¿Y Assetive? ¿Sabemos algo?

—Nada. Lo cual deduzco que es positivo. Creo que ayer Rocío tuvo alguna reunión al respecto con gente del proyecto. Intentan que la vida continúe con cierta normalidad, pese a todo.

—Pero analógicamente. —Se ríe Pablo.

—Eso es. Se hace un poco raro ver a un gigante de la tecnología sin ordenadores, pero lo arreglarán. El área de IT está trabajando a destajo, y seguro que han estado al pie del cañón toda la noche.

—Mantennos informados. Y si necesitas cualquier cosa, llámame.

—De acuerdo. Solo una cosa: ¿crees que uno de estos días podría acompañarme Josemi? Tal vez sea bueno que vaya conociendo el mundo de la empresa.

Pablo suelta una carcajada.

—Te echa mucho de menos, ¿no?

—Eso parece…

—Veré lo que puedo hacer.

Diego cuelga el teléfono satisfecho y mira aburrido la longitud de la

cola. Si espera pacientemente, no llegará a tiempo para la siguiente actuación de los hackers. Revisa su maletín y sonríe victorioso al encontrar el pase que le dieron el día anterior. Con eso podrá entrar por delante de decenas de personas sin tarjeta y ganará tiempo. Por el cristal de la puerta ha visto que en recepción están desbordados con los registros de visita a todo el que pretende entrar sin acreditación. Van a estar así todo el día si la situación no cambia.

Cuando por fin sube en el ascensor, decide que primero irá a la asesoría jurídica y luego hará lo posible por volver al área de IT para continuar con el trabajo del día anterior.

Consulta su reloj. Tiene que darse prisa.

Apartamento de Elisa. 08:30

Elisa, sin dejar de pensar en el día siguiente, no ha podido pegar ojo en toda la noche. Decenas de interrogantes bombardean su cabeza: ¿y si Luis no acepta su ayuda y queda como una estúpida que encima se ha saltado a su propio jefe? Entonces, piensa, quizá lo mejor sería hablar en primer lugar con Álvaro, aunque anoche lo descartó porque lo más seguro es que no quiera que se exceda de sus funciones. Álvaro no es un jefe a quien le guste que un subordinado destaque, no vaya a ser que pueda llegar a hacerle sombra. Suspira resignada. Parar el ciberataque seguro que no es ni la mitad de complejo que tener que realizar todas esas gestiones personales. Solo quiere hacerse un hueco en IT y ver qué le están haciendo a la empresa. Ha dejado su portátil preparado en un maletín en la puerta de casa. Ese ordenador que le costó un dineral y con el que ha vivido cientos de batallas. El mismo que no enciende desde hace meses. Demasiados programas instalados. Demasiado tentador.

Mientras desayuna, revisa los whatsapps. En el grupo que tiene con Carla y Santi, reenvían un mensaje sobre ITECO. Parece ser que la junta directiva ha dado la orden, a todos y cada uno de sus trabajadores, de acudir a la Torre de Cristal. Le resulta extraño.

Para empezar, le parece raro que esa comunicación se realice reenviando whatsapps. Sus amigos insisten en que es lógico, porque no se pueden encender los ordenadores y no todo el mundo va a mirar su correo electrónico corporativo. Aun así, Elisa piensa que no es

normal que las comunicaciones empresariales se realicen con un mensaje que luego los trabajadores se reenvían entre sí.

Además, hay otra cuestión no menos importante: ¿entra toda esa gente en la torre? Las dependencias son amplias, pero ¿tanto?

Mejor será no seguir manteniendo la intriga. Ese día se pone ropa cómoda, aunque arreglada, y tras coger su ordenador se dirige al trabajo.

Un rato después divisa la enorme cola que hay al pie de la torre. Se imagina a los directivos en la planta cincuenta echándose las manos a la cabeza y, tal vez, la culpa unos a otros debido a la multitud que se arremolina en las inmediaciones del edificio. También piensa en Luis, el CISO. No quisiera estar en sus zapatos.

Llegar hasta su oficina no le resulta sencillo. La cola del ascensor es interminable, y una vez que por fin se abren las puertas en su planta, se sorprende de la cantidad de gente desconocida que se encuentra por los pasillos y el rellano. Decenas de personas con sus portátiles y mochilas ocupan todas las mesas libres y las salas, incluso se sientan en el suelo. Ve caras de incertidumbre, preocupación y algún que otro rostro indignado.

—No nos pueden tener así —escucha de refilón a una chica—. ¿Qué es lo que quieren? ¿Aparentar sensación de normalidad?

—Pues no lo van a conseguir —responde su compañero—. Las redes echan humo. Yo no cuelgo nada en Twitter porque me da miedo que me echen, pero ganas me dan.

Mientras se aleja, Elisa siente que no puede sino dar la razón a esos dos desconocidos. ¿Qué pretende la junta directiva de ITECO? ¿De verdad esto ha sido idea suya? No le extraña; sin embargo, ha visto tantos ciberataques y tantas formas diferentes de gestionarlos que no se sorprende.

Al llegar a la oficina de su departamento, ve a sus amigos sentados en el sitio de siempre. Puntuales pese a la catástrofe.

—¿Habéis visto la cantidad de gente que hay? —pregunta Elisa nada más llegar.

—Para no verlo —responde Santi—. No sé cómo tienen pensado que entre todo el mundo en la torre. Esos pobres van metiéndose donde pueden —dice en alusión a los empleados de ITECO que vagan por los

pasillos—. Los primeros en llegar al menos han podido ir a la cafetería; el resto se está distribuyendo como buenamente puede por el edificio.

—Es increíble. Esto está fuera de control. Vamos a duplicar el aforo —comenta Carla indignada.

—Seguro —contesta Santi—. Además, ¿habéis visto Twitter? Está que arde. Y, cómo no, con reportaje fotográfico incluido.

—Cuando esto acabe va a haber una cantidad de despidos… —murmura Carla.

—¿Y ese maletín, Elisa? —pregunta Santi señalando la funda negra que lleva colgada del hombro.

—Es mi ordenador. He decidido intentar echar una mano —responde nerviosa.

—¡¿Así que te hemos convencido?!

—Un poco. —Sonríe pensando también en la conversación con Alba —. Lo que me preocupa es que no sé cómo llegar hasta Luis. Creo que debería hablar con él directamente, pero no me conoce y no sé si debo decirle primero algo a Álvaro.

—Nosotros te ayudaremos —responde Santi—. Bueno, mi amigo Juan te ayudará —aclara con una sonrisa.

—¿Juan? ¿El chico que vimos ayer en el ascensor?

—¿El que iba acompañado por el abogado buenorro? —apunta Carla —. Ojalá le pueda ver otra vez —dice mirando de reojo a Santi.

—¡El mismo! —contesta este ignorando el último comentario—. Le mandaré un mensaje y, en cuanto tenga un momento, subimos a verle.

Media hora más tarde, los tres amigos suben, o más bien se abren paso, por la escalera de incendios. Parece que otras personas han tenido la misma idea que ellos y han decidido evitar el ascensor a toda costa, aunque eso suponga una sesión doble de steps. Cuando llegan al recibidor del área de IT, ven un cartel que indica que nadie puede estar en esa planta, salvo el propio personal de IT o personal autorizado. Juan no tarda en aparecer con una peculiar camisa colorida con estampado de formas geométricas.

—No es conveniente que estéis aquí —advierte a modo de saludo.

—Pero ¿quién te compra las camisas, tío? —responde Santi.

—Vamos, Santi, que tengo mucho trabajo. Últimamente parece que todos me utilizáis para pasear por mi planta y me va a caer una peta —se queja.

—¡Eh!, que solo hemos venido una vez, y te garantizo que es por algo importante —dice Santi. Juan arquea las cejas expectante—. Traemos refuerzos.

—¿Cómo?

Elisa intenta no parecer nerviosa cuando sus amigos la señalan. Por un momento se arrepiente de no haberse quedado en la sombra como la mayoría de los empleados de la compañía.

—Me gustaría ayudaros —le explica a Juan con timidez.

—Trabajó en una agencia de ciberseguridad persiguiendo a ciberdelincuentes —comenta Santi en un intento de ayudar a su amiga —. Lo dejó y ahora está en UX con nosotros.

—Pero es una hacker, ¿verdad? Una muy buena —añade Carla mirándola—. Podría hackear cualquier cosa, ayer nos lo estuvo contando.

La aludida asiente, aun pensando que no fue eso exactamente lo que les dijo. Juan sonríe. Aunque se le ve agobiado, parece un tipo afable. Elisa esperaba ver un rostro de incredulidad y cierto rechazo hacia ella; por el contrario, el chico simplemente parece intrigado.

—¿Qué agencia era?

—CiberCrimm.

—La conozco. Muy buen sitio —afirma algo impresionado—. Y ¿eres capaz de hackear cualquier cosa?

—Diría que prácticamente sí —responde con firmeza—. Aunque reconozco que hace un tiempo que no practico.

Juan se queda pensativo unos instantes. ITECO está pagando mucho dinero por refuerzos para IT, ¿cómo va a rehusar la ayuda de una compañera que se ofrece voluntaria? Así que le propone:

—Está bien, pero vas a tener que demostrarnos lo que sabes. Hablaré con Luis en cuanto pueda. Ármate de paciencia, compañera. Ahora está reunido, y dentro de unos cuarenta y cinco minutos será el segundo ataque, y, bueno, comenzará la fiesta, ya sabes.

Ella sonríe de medio lado.

—Lo entiendo. Esperaré lo que haga falta.

—Bien, acompáñame. Creo que podrás esperar en el office de nuestra planta. Si alguien te pregunta, di que has quedado conmigo.

—Gracias —responde Elisa con sinceridad, pensando que ha resultado mucho más fácil de lo que esperaba.

Santi y Juan se despiden con una palmada en la espalda. Irán hablando a lo largo del día y, cuando todo termine, quedarán para tomarse unas cervezas.

—Juan, ¿dónde está tu amigo el abogado? —pregunta Carla antes de irse. Elisa mira a su amiga, divertida. Santi lo hace con una expresión indescifrable.

—Pues está en esta planta, creo que acaba de llegar —responde captando los intereses, poco ocultos, de la chica—. Parece que a mi amigo el abogado le encantan las series de detectives y está revisando informes sin parar a ver si encuentra alguna pista. Si te asomas por ahí, le ves.

El grupo se acerca a las puertas de cristal y contemplan a Diego, que está concentrado revisando una montaña de documentos.

—Tal vez descubra algo —dice Carla.

—Vámonos, anda. Dejémosles trabajar… No quiero que el segundo ataque nos pille en esta planta —concluye Santi. Da media vuelta y se dirige a la salida.

Se despiden, deseándole suerte a su amiga, que se queda con Juan, y desaparecen tras las pesadas puertas de metal de la escalera de incendios.

Conseguido, piensa Elisa con satisfacción. Su próximo paso es hablar con Luis. ¿Podrá hacerlo antes de que los ciberdelincuentes actúen de nuevo?

Capítulo 2

Torre de Cristal, sala de juntas de la planta de IT. Comité de crisis. 09:30

Andrés mira, una a una, las caras de los miembros del comité, personas de su entera confianza. No cree que alguno de ellos haya sido capaz de convocar a todos los empleados en la torre sin su consentimiento, ¿verdad?, piensa mientras observa de nuevo la pantalla de su móvil, en la que aparece el texto reenviado por Luis hace unos instantes:

Estimado empleado:

Como consecuencia del ciberataque, la junta directiva de ITECO te pide que acudas mañana a las oficinas situadas en la Torre de Cristal. Tenemos que aparentar una sensación de normalidad que debe ser percibida también por nuestros clientes. Juntos pararemos esta amenaza. #CiberataqueITECO.

Hace un repaso mental: duda mucho de que alguna de las directoras haya decidido tomar una decisión como esa sin informarle; sobre todo, sin su visto bueno. Lo mismo ocurre con Ignacio: aunque es nuevo en la compañía, supone que es lo suficientemente listo para no saltarse los protocolos. Por otra parte, Luis ha estado demasiado ocupado con su equipo en IT, y le resulta poco probable que haya enviado una comunicación a todos los empleados; bastantes problemas tiene ya. Andrés mira de reojo a Alfonso: es la persona que suele sembrar discordia en el grupo, sin embargo, al igual que Roberto, es accionista de ITECO, por lo que a los dos les interesa que la compañía no se desmorone, y está claro que quien haya decidido enviar el mensaje lo hizo para desestabilizar y sembrar un caos aún mayor. Nadie en el comité querría algo así.

—¿A quién se le ocurre? —se queja Ignacio con un gesto de desolación

mirando primero su teléfono móvil y después al grupo. Sospecha que ese día tendrá mucho trabajo.

—¿Y quién en su sano juicio pensaría que triplicar el aforo de nuestras oficinas es normal? —comenta Roberto, negando con la cabeza—. Este mensaje es completamente absurdo.

Andrés toma aire. No quisiera que el equipo se sienta cuestionado cuando ni siquiera él cree que el autor de la comunicación esté en esa sala. Sin embargo, debe dejar la puerta abierta a cualquier posibilidad. Esa es su responsabilidad, así que les dice:

—Me imagino que ninguno de vosotros es responsable de la comunicación que ha hecho que todos los empleados se presenten esta mañana en la torre. Si así fuera, entiendo que esa persona lo hizo con la mejor de sus intenciones —utiliza el tono más serio a la par que afable del que es capaz, dualidad que le supone un esfuerzo—. No vamos a buscar culpables aquí —afirma—, vamos a buscar soluciones. ¿Estamos?

—En Marketing no hemos sido —dice Alejandra a la defensiva—. Lo comento porque sé que es lo que todos probablemente estéis pensando, y quisiera dejarlo bien claro. Nuestro departamento ha seguido las instrucciones del comité a rajatabla, ya bastante tuvimos con la interceptación de la comunicación de ayer… Además, ¿«Estimado empleado»? Eso jamás lo pondríamos, suena vulgar —afirma con desdén—. Lo mismo que lo del hashtag. ¡Como si tuviéramos poco trabajo! Lo que nos faltaba es incentivar a la gente a publicar en las redes sociales cómo están viviendo esta situación. Nos está costando mucho controlar a los que ya comentan y publican cosas por su cuenta.

—En Recursos Humanos tampoco hemos sido —comenta Ignacio escuetamente.

Los miembros del comité se miran entre ellos. No pueden negar que todas las sospechas apuntaban a Ignacio y Alejandra, cuyos departamentos son los más proclives a las comunicaciones al personal. Andrés cierra los ojos un momento con disgusto para luego mirar a Luis. Sea quien sea el autor del mensaje, no solo ha conseguido triplicar el aforo del edificio, sino sembrar dudas y recelos en el comité de crisis. Lo que faltaba.

—Tampoco es tan grave, ¿no? —interrumpe Alfonso para sorpresa de todos—. Ya está. Nuestros trabajadores están aquí y nada

solucionaremos echándonos las culpas. Lo siento por Ignacio, porque a su equipo le llevará unas cuantas horas avisar para que todo el mundo se vaya a su casa, nada más.

Luis también se extraña ante el comentario de Alfonso; sin embargo, dado que sabe que está en su punto de mira y que el socio es un hueso duro de roer, aprovecha para romper una lanza a su favor.

—Estoy de acuerdo —exclama con firmeza—. Deberíamos aparentar cierta normalidad ante nuestros clientes. Es nuestra red interna la que ha sido hackeada, y muchos de los servicios pueden continuar presentándose con normalidad. Traslademos ese mensaje.

—¿Y si esa comunicación la enviaron los hackers? —pregunta Inés desde el otro extremo de la mesa.

—Es una posibilidad que me encaja bastante, dadas las circunstancias —responde Luis.

—Yo también lo había pensado —dice Alfonso.

—Lo que deberíamos hacer es averiguar cuál fue el número originario del envío —sugiere Andrés—. ¿Te podrás encargar tú, Luis?

El CISO se esfuerza por ocultar su resignación. Claro que se encargará él, solo faltaba eso.

—Sí —responde, y piensa que no le queda más remedio.

En ese momento, Alfonso interviene sacándole de sus pensamientos.

—Pues yo creo que encontrar ese número no debería ser nuestra prioridad.

Luis mira con sorpresa al socio que acaba de hablar. Alfonso está siendo de lo más constructivo esa mañana. ¿Por qué estará intercediendo tanto en su favor? Varias teorías pasan por su cabeza; sin embargo, aunque le pica la curiosidad, siente que los intereses de Alfonso son, en este momento, la última de sus preocupaciones.

El CEO asiente. No quiere discutir cuando está tan cerca el siguiente golpe, así que zanja la conversación.

—De acuerdo. Luis, apúntatelo como una tarea pendiente.

El CISO lo escribe en la pizarra, en la que su lista de quehaceres es cada vez más larga. Consulta su reloj: apenas faltan unos minutos para

el siguiente ataque y todo se está complicando mucho más de lo previsto. Está nervioso. Ese día lleva una camisa oscura con la intención de disimular las marcas del sudor. Ha pedido a su equipo que extreme las medidas de seguridad en la red de la empresa, o lo que quede sin encriptar de ella, y que estén atentos a cualquier mínimo movimiento, cualquier anomalía, símbolo o número de más en un código.

—Comienza la cuenta atrás —anuncia Luis unos instantes más tarde, proyectando la pantalla en la que se puede ver el mensaje del día anterior.

—¿Cómo sabemos que dejarán otro mensaje? —pregunta Rocío.

—No lo sabemos, en realidad. Si te soy sincero, me pareció que los mensajes que recibimos ayer tenían un toque un tanto… personal. Así que doy por hecho que nuestro hacker va a tener ganas de hablar.

El grupo guarda silencio mientras espera unos minutos a que den las diez y media. Las puertas de la sala están abiertas y solo se escucha un ligero murmullo que proviene del equipo de IT, que mira sus pantallas con nerviosismo. Algunos de ellos aún siguen peleándose con los cronómetros que aparecen cuando no se mueve el ratón ni se teclea durante diez segundos. Esa mañana, todos los miembros de la plantilla y del personal adicional se encuentran en la planta veinticinco, esperando para enfrentarse a los hackers. Luis mira a su equipo, su pequeño ejército, con orgullo, y siente que se le eriza la piel.

Ganarán la batalla, no puede ser de otra forma.

Torre de Cristal. Planta de IT. 10:15

Diego está inquieto. No puede concentrarse en la revisión de documentos que tiene delante. Siente como si una bomba fuese a explotar en el departamento de IT y él estuviera en medio sin poder hacer nada. A su alrededor, la tensión se puede cortar con un cuchillo, incluso Juan está nervioso, y eso que, con sus camisas coloridas, parece que está en una fiesta hawaiana en lugar de en un ciberataque. Nota la cara de frustración del becario que tiene a su lado, que está igual de harto que él, de revisar esos informes inútiles e infinitos. Diego piensa que para el chico debe de ser aún más tedioso, ya que

tiene algunos conocimientos de informática y no le dejan estar delante de un ordenador salvando a la compañía. De todas formas, también él empezó de becario, dedicándose al archivo y las fotocopias mientras sus compañeros bregaban con los casos más interesantes. Fue una buena época, recuerda con una sonrisa.

Decide levantarse y estirar las piernas. Quizá un café le siente bien. No, un café no, ya está bastante nervioso. Un vaso de agua o una infusión le vendrán mejor, puede que así logre calmarse. Se levanta y, cuando llega al office, ve que está completamente vacío, excepto por una chica sentada en una mesa y que mira impaciente su reloj. Se alegra de ver una cara conocida. Llena un vaso y se acerca a ella.

—Hola —saluda—. Tú eres la de los foros, ¿verdad?

La chica le reconoce.

—Y tú, el de la Deep Web.

—El mismo. ¿Te importa que me siente un momento? —sugiere Diego. Ella le hace un gesto con la mano invitándole a coger una silla vacía —. Soy Diego.

—Elisa. Tú eres el abogado, ¿no?

—Me temo que sí.

—Pensaba que no tenías ni idea de informática.

—A ver, define «informática» —responde él tomando asiento—, porque si estamos hablando de Word, hago auténticas virguerías —comenta con fingida seriedad, lo que provoca una sonrisa en la chica.

Diego sonríe y la mira como si fuera la primera vez, fijándose ahora en sus ojos oscuros y en su tez pálida, adornada con algunas pecas. Intenta dejar de distraerse y le aclara por qué está en IT.

—Estoy revisando las medidas de seguridad de la compañía. Trabajé en varios contratos, y tengo que comprobar que ITECO cumple todo a lo que se comprometió.

—Apasionante…

—Sí, yo también lo pienso —responde con ironía—. De hecho, ni siquiera tengo claro que mi trabajo aquí vaya a ser útil. Esos informes fueron revisados por un montón de gente, auditores incluidos, antes

que yo.

—Quizá se les haya escapado algo —comenta Elisa con poca convicción.

—Quizá, pero no hablemos más de mí y de mi penoso trabajo. —Pone los ojos en blanco—. Tu turno: ¿qué hace una chica de la planta veinte, sea lo que sea a lo que os dedicáis ahí, en el área de IT? —pregunta con tono misterioso, escondiendo una sonrisa.

—En la planta veinte nos dedicamos al diseño de webs, aplicaciones… —explica Elisa divertida—. Trabajo en el área de Business Design.

—Ajá.

—Y estoy en IT porque me gustaría hablar con Luis. Quizá yo pueda ayudar en algo.

—¿Diseñando?

Ella no puede contener la risa.

—Digamos que tengo algunas nociones de programación.

—Nociones…, ya, claro. «Nociones» significa en tu idioma que eres una crack, ¿no? Ya me parecía sospechoso lo de los foros… —contesta.

Elisa sonríe misteriosamente y se aparta un mechón de pelo castaño rojizo antes de continuar con su explicación.

—Juan me dijo que esperase aquí, pero ya llevo más de media hora y no le he vuelto a ver. Tampoco Luis ha aparecido. —Hace una pausa—. En realidad, tú eres la única persona con la que he hablado. Así que mi misión no está siendo demasiado exitosa por el momento.

—Pues vaya suerte la tuya, venir a IT y encontrarte conmigo: la única persona que no tiene ni idea de informática.

—Excepto por el Word —responde fingiendo admiración.

—Exacto. —Diego la mira con simpatía y añade—: Luis sigue en el comité. Estaban reunidos cuando llegué esta mañana, y supongo que tienen para rato. Además, solo quedan —dice iluminando el reloj de su teléfono móvil— cuatro minutos.

—Cierto.

—¿Tú crees que ha sido intencionado? —le pregunta.

Elisa arquea las cejas con cierta sorpresa.

—Todos los ciberataques son intencionados —responde encogiéndose de hombros.

—Me refiero a si crees que ITECO era un objetivo concreto por alguna razón.

Ella mide sus palabras.

—No sé a ti, a mí me falta mucha información. Hay cosas extrañas. El modus operandi es bastante particular —comenta casi para sí—. Supongo que es muy pronto para tener respuestas claras.

—¿Y tú crees que podría encontrar algo… en los informes de auditoría? —pregunta el abogado con esperanza—. Antes has dicho que quizás se les haya escapado algo.

La chica suelta una carcajada.

—Veo que tienes un trabajo duro por delante.

—No te haces una idea —dice Diego suspirando—. Ojalá pudiera encontrar algo, aportar mi granito de arena, pero creo que ahí no hay nada, y no sé dónde más buscar.

—Reconozco que es difícil, improbable más bien, que se les haya escapado algo, aunque ya que debes hacer esa revisión, quizás… —reflexiona—. Creo que yo me fijaría más en lo que no hay, en qué cosas faltan.

Ambos se quedan pensativos unos segundos. Diego no sabe si ha entendido bien el comentario. Prefiere no preguntar, no vaya a ser que la chica piense que es tonto, y, aunque no sabe bien por qué, quiere causarle buena impresión.

—Son las diez y media —anuncia Elisa interrumpiendo los pensamientos del abogado mientras mira su smartwatch. Ambos se quedan en silencio un par de minutos.

—Continúa todo demasiado tranquilo, ¿no? —comenta Diego mirando a través de los cristales que rodean el office y desde los que se puede ver gran parte de la planta.

—Quizá Twitter diga algo —sugiere la chica.

—No tengo cuenta.

—¿No? Está muy bien para ver noticias.

Diego niega con la cabeza, se encoge de hombros y se apresura a añadir:

—Cumplo perfectamente el perfil de abogado analógico. Ni siquiera soy de los que presta demasiada atención al teléfono móvil. A veces hasta me lo dejo olvidado en casa.

—Eso sí que es raro. La mayoría de la gente no puede vivir sin su móvil. Aunque supongo que, en cierto modo, tienes la suerte de poder desconectar.

—Sí. Y si no fuera porque el despacho me obliga a tener el iPhone del trabajo encendido, nadie me podría localizar.

Elisa pone su teléfono móvil, que tiene una pantalla considerablemente grande, entre los dos para buscar las noticias.

—No hay nada. Ni artículos en prensa ni en las redes sociales, ni rastro del mensaje. Ningún empleado o exempleado de ITECO haciéndose fotos para comentar la desgracia.

—Qué raro, ¿no?

—Tal vez tengamos que esperar unos minutos.

—Esperaba algo como una detonación —comenta el chico.

—No suele haber detonaciones en los ciberataques. —Elisa se ríe.

—Lo decía en sentido figurado. Ayer no estuve aquí, pero creo que tuvo que ser increíble. De repente, el mensaje y todas las pantallas azules con los cronómetros. Debió de ser un caos.

—Sí… —responde ella con un sabor agridulce, ya que conoce bien ese tipo de escenarios.

Por un momento se queda mirando a Diego, que observa concentrado la pantalla del teléfono móvil. Elisa reconoce que Carla tiene razón: es bastante atractivo, con el pelo negro ondulado y los ojos verdes. Pero no es eso lo que le llama la atención, es una mirada que le trae recuerdos y a la vez no, es…

—Quizá se han rendido. O creen que ya han hecho suficiente daño —

continúa Diego sacando a la chica de sus ensoñaciones y levantando la vista justo en el momento en que ella la baja.

—¡Espera! Aquí está el mensaje.

Torre de Cristal, sala de juntas de la plata de IT. Comité de crisis. 10:30

/* Hola, ITECO.

Han pasado 24 h y aún no has podido romper el cifrado.

Atente a las consecuencias: un día, un ataque.

Quedan 48 h.

Andrés RDA, tú mueves.

Continúa la partida. */

Andrés se queda sin palabras. Los hackers no solo se dirigen a ITECO, sino a él, a Andrés RDA, Andrés Rodríguez del Álamo. ¿Por qué? ¿Por qué ese cambio? ¿Acaso tendrán algo contra él y por eso atacan su empresa? ¿Quién? y, sobre todo, ¿por qué?

Los miembros del comité no saben qué decir. Andrés toma aire. Pese al golpe que supone ver su nombre en la pantalla, tiene que intentar mantener la calma.

—Bien —comienza—. En este mensaje nos cuentan una cosa que sabemos y otra que no: sabemos que aún no hemos podido romper el cifrado, por lo que estamos a punto de recibir el segundo golpe, y si en veinticuatro horas seguimos así, esto se repetirá.

—Eso es obvio, pero ¿qué es lo que no sabemos? —pregunta Alfonso con desdén.

—¿Por qué aparezco en el mensaje?

—Quizá porque todo el mundo sabe que eres el CEO de ITECO —sugiere Rocío—. Eres la cabeza visible; de hecho, eres más que eso.

—Sí, todo el mundo vincula tu persona con la compañía, Andrés —interviene Alejandra—. Es como pensar en Facebook y Marc Zuckenberg, o en Zara y Amancio Ortega. Empresa y creador van de la mano.

—Ya —responde el CEO escuetamente.

—¿Qué te preocupa? —pregunta Luis, que sospecha que la cabeza de su jefe no para de barruntar teorías.

—¿Y si es algo personal contra mí? ¿Y si todo esto es culpa mía? —expone con verdadera preocupación.

A Andrés le cuesta formular estas preguntas. Tiene muchos reparos en trasladar sus debilidades al comité; sin embargo, si no confía en ellos, ¿en quién? Mira a Luis casi con desesperación, ante el silencio sepulcral de los presentes, y en un susurro le dice:

—Tenemos que parar esto como sea.

—Haré todo lo que esté en mi mano, lo sabes —responde el aludido, que intenta aparentar una seguridad en su voz que en realidad no siente.

El CISO procura respirar hondo y calmarse. «Vamos, Luis —piensa—. No pasa nada. El mensaje no dice nada que no sepamos. ¿Que nos van a volver a atacar o probablemente ya lo están haciendo? Sí, ya lo sabíamos. ¿Nombran a Andrés? Sí, pero, como dice Rocío, esa información la conoce todo el mundo. Todo sigue como estaba. Nada nuevo», se repite en un intento por convencerse.

—Quiero hablar con ellos —prorrumpe de pronto Andrés con seriedad. Los miembros del comité le miran sorprendidos.

—Pero ¿eso se puede hacer? —pregunta Inés a Luis.

—Bueno, han dejado una dirección de correo electrónico: uno, seis, cinco, uno, ocho, tres, arroba, sucdans punto com —responde el CISO.

—¿Y por qué iban a hacer eso? —pregunta Alfonso—. ¿Por si queremos enviarnos mensajitos de amor?

—Quizá por si se nos ocurre proponerles una oferta económica —sugiere Inés.

—Ya han dejado claro que no les interesa el dinero —interviene

Roberto—. Esto es más un duelo de poder: los hackers contra nosotros.

—Hay pocas cosas que el dinero no pueda comprar. Seguro que esos delincuentes tienen un precio. Casi todo el mundo lo tiene —responde Alfonso con amargura.

Andrés, que ha escuchado con interés las conversaciones de los miembros del comité, interrumpe:

—La cuestión es: Luis, ¿qué opinas sobre enviarles un mensaje?

—Pues… no conozco ningún caso en que se hayan mantenido conversaciones con los hackers, la verdad —responde—. Sin embargo, esta es una situación completamente inusual.

—Podemos intentarlo —propone Andrés—. No perdemos nada. Rocío, tus abogados podrían preparar un correo de esos que escribís con vuestros palabros jurídicos…

—Pero ¿de qué serviría? —contesta la aludida—. Creo que estas cosas tenemos que pensarlas muy bien. Ahora mismo, aunque no nos guste reconocerlo, son ellos quienes tienen la sartén por el mango. Un movimiento en falso y…

—¡¿Y qué?! —responde Alfonso exasperado—. ¿Se cargarán la compañía? ¡Pero si ya lo están haciendo!

—Yo estoy con Rocío. No nos dejemos llevar por las emociones —interviene Alejandra con calma.

—Ahora lo va a arreglar el departamento de Marketing —Alfonso suelta un bufido.

Alejandra frunce el ceño y replica:

—¿Hay algo que haya dicho que no te guste? —El tono desafiante de la chica aumenta la tensión entre los presentes en la sala—. Me contratasteis para velar por la imagen y el buen nombre de ITECO, y creo que hasta el momento nadie puede poner un pero a mi trabajo. Así que, si no os interesa mi opinión, me iré.

—Vamos a calmarnos —interrumpe Andrés, que intenta apaciguar los ánimos—. Así no vamos a solucionar nada.

Alfonso ahora desata su enfado contra el CEO. Con tono agresivo le dice:

—Necesitamos respuestas. Andrés, te recuerdo que yo también soy socio de esta empresa. También puedo perderlo todo, y permíteme que te lo diga: es tu nombre el que aparece en el mensaje, no el mío, ni el de Roberto. ¡El tuyo! Estoy seguro de que hay un porqué.

Andrés frunce el ceño. No puede consentir que alguien de los suyos le acuse de esa forma, y menos delante del comité.

—Bien —dice con un tono lento y frío—, cuando encuentres ese porqué, estaré encantado de que vengas y me pongas en evidencia delante de todos los compañeros —Hace un movimiento con la mano, señalando al grupo—. Hasta entonces, lo mejor será que te guardes tus conjeturas.

Luis se muerde el labio. Piensa que Alfonso, con su carácter, no hace más que entorpecer las reuniones. No solo no está aportando nada, sino que se dedica a echar por tierra las ideas de los demás. No es momento de buscar culpables, ni de elucubrar sobre por qué se nombra a Andrés en el mensaje, lo que hay que hacer es solucionar la crisis. Rocío mira al CISO, capta su exasperación y le hace un gesto con la cabeza en señal de apoyo.

—Un poco de tranquilidad —dice la abogada con suavidad, intentando relajar el ambiente—. Andrés es el CEO, es la cabeza visible, y por eso le nombran. Vamos a intentar no dar más vueltas a ese asunto.

—A mí me parece bien mandar ese mensaje. No perdemos nada —añade Roberto en un intento por avanzar—. Podríamos decirles que pongan un precio al código de desencriptación o enviarles la oferta nosotros mismos. ¿Qué pensáis?

—¿Nos vamos a rendir y vamos a empezar a negociar con delincuentes? —Alfonso vuelve a la carga.

—Quizá con una buena oferta se replanteen dejarnos en paz —replica Roberto—. Tú mismo has dicho que casi todo el mundo tiene un precio.

Andrés sonríe de medio lado. Mira a todos los miembros del comité y proclama:

—Hagamos una de las cosas que mejor se nos da en esta compañía: negociar.

—¿Y nuestra reputación? —interviene de nuevo Alfonso, que no está

de acuerdo con lo que se está fraguando en la reunión.

—Será cuestión de vestirla —responde Alejandra, esta vez con tono más suave—. Podemos decir que ITECO es tan solvente que, a pesar de estar a punto de romper el cifrado, no quiere perjudicar ni un segundo más a sus clientes. Algo así. Habría que darle una vuelta.

Andrés asiente con la cabeza mirando a su CISO y añade:

—Solo hay que enviarles un email, ¿no? ¡Pues pongámonos a ello!

Ahora todos tienen la vista fija en Luis. Él no está tan convencido de ese plan. Nunca ha tratado con delincuentes, no sabe en qué tono habría que redactar ese email ni la forma más apropiada de transmitir el mensaje. Ni siquiera está claro si contestarán o si solo servirá para empeorar la situación.

—¿Qué pasa con el segundo ataque? —pregunta Ignacio, que llevaba en silencio toda la conversación.

Los miembros del comité se miran entre ellos. Con la discusión sobre el envío del correo electrónico a los hackers, por un momento se les había olvidado.

—Son ya las once y cuarto —comenta Alejandra—. Y no hay noticias.

—Qué raro…

Un teléfono móvil comienza a sonar en la sala. Es el de Roberto.

—Disculpadme.

Descuelga y se pone la mano delante de la boca para intentar amortiguar el sonido de su voz. A juzgar por la expresión de sus compañeros, parece importante.

—¡¿Qué?! —exclama Roberto de pronto—. No puede ser… No te preocupes, Antonio… Lo sé, lo solucionaremos lo antes posible, lo…

Roberto continúa con la conversación varios minutos más y se disculpa con el tal Antonio, que parece gritarle al otro lado de la línea. Cuando cuelga, mira al grupo con desolación.

—Ya sabemos cuál es el segundo ataque.

Torre de Cristal, office de la planta de IT. 11:20

—¡Aquí está! La primera noticia —exclama Diego, nervioso, al ver la notificación del periódico en su teléfono móvil—. El titular dice: «Un grupo de hackers bloquea el software TPV fabricado por ITECO y deja a centenares de tiendas sin pago con tarjeta».

Elisa y Diego se miran en silencio unos segundos. Ella es la primera en hablar.

—Esto sí que es un golpe bajo —murmura.

—Lo sé. El software TPV es uno de los productos estrella de la compañía. Lo han vendido a muchos bancos —el abogado la mira con expresión grave—, y estos a su vez a cientos de comercios.

—¿Sabes en qué formato lo vendieron?

—Ni idea. Un compañero del departamento me contó que lo utilizan en la cadena de supermercados de Supercado, que tiene más de mil quinientas tiendas por todo el país.

—Entonces, en todos los establecimientos que utilicen datáfonos con nuestro software tendrán que pedir a sus clientes que saquen los billetes —dice Elisa—. ¿Quién paga en efectivo hoy en día? Aparte de ti, claro, que eres un dinosaurio de la tecnología —bromea.

Diego pone los ojos en blanco y trata de disimular una sonrisa.

—Tanta tecnología, tanta tecnología… Diré a mi favor que soy uno de los pocos que saben orientarse sin GPS. Respondiendo a tu pregunta, sí, poca gente paga en cash. Creo que solo los mayores de sesenta.

—ITECO va a perder millones en las próximas horas como no lo solucionen rápido —comenta Elisa con tristeza.

—Sí, millones en daños directos, pero no te olvides de los reputacionales —añade Diego—. En cuestión de minutos todo el país relacionará el fallo de los TPV con la agresión a ITECO.

—Cierto.

—¿Tiene arreglo? Es decir, ¿podrán reparar los TPV o su software o lo que sea? —pregunta el abogado.

—Quiero pensar que sí. Habría que ver qué es lo que han atacado exactamente.

Elisa y Diego continúan solos en el office. Desde donde están pueden ver, a través de las paredes de cristal, gran parte del área de IT. Han visto cómo el personal ha pasado de estar en relativa calma a que el pánico colectivo comience a invadir el departamento una vez más. Suenan varios teléfonos, los informáticos miran sus móviles y las pantallas de ordenador, tratando de averiguar dónde se ha producido la incidencia.

En algunas pantallas vuelven a aparecer los cronómetros. Faltan menos de cuarenta y ocho horas para el fin de los ataques, y una nueva cuenta atrás de veinticuatro ha comenzado.

—¿Sabes qué estoy pensando? —pregunta Diego de pronto—. A los abogados nos enseñan que no podemos poner cara de susto o cara de que el caso tiene muy mala pinta delante de nuestros clientes, aunque nos parezca que su situación es muy grave. Sinceramente, quisiera ver qué cara le estará poniendo Rocío a Andrés en estos momentos.

—Pues espero que la tenga bien ensayada —dice Elisa, que intenta disimular su preocupación—. Esto es muy grave. No sé si podremos recuperarnos de esta, y mucho menos de la suma de otras dos brechas más.

—Y para colmo, ITECO tiene en su torre a casi cuatro mil personas como indignadas sardinas en lata. ¿No te parece surrealista?

—Totalmente. Sobre todo, extraño. Nunca había visto algo así.

—En fin, tengo que volver a mis informes. —Diego se levanta de la silla—. Me encantaría quedarme aquí charlando contigo, pero será mejor que termine mi revisión. Mucha suerte en tu conversación con Luis. Estaré por aquí si me necesitas…, o en el departamento legal. Planta treinta y siete.

—Sabré encontrarte —dice Elisa sonriente.

—¿Me has hackeado y no me he enterado?

—Jamás lo sabrás —responde ella con una sonrisa misteriosa, levantando la mano en señal de despedida.

La chica vuelve a mirar a través de la pared de cristal y ve a Luis salir de la sala del comité. Indudablemente, tiene cara de haber visto a un

fantasma y corre hasta su equipo, supone que para pedir explicaciones. Suspira impaciente. Tiene que esperar el momento apropiado para dirigirse a él. Si se acercara ahora mismo, el CISO ni siquiera la escucharía. Se sirve un vaso de agua mientras piensa cómo abordarle. De pronto, una cara conocida aparece por la puerta del office.

—¡Alba!

—¿Quién era ese con el que estabas hablando? —pregunta su amiga con una sonrisa pícara.

—Un abogado al que acabo de conocer —responde Elisa encogiéndose de hombros.

Alba saca una café de la máquina y se sienta enfrente.

—Veo que me has hecho caso y todo te va muy bien: ya estás en IT, has hecho un amigo…

—Bueno, no todo me va tan bien. Aún no he podido hablar con Luis.

Elisa hace un gesto con la cabeza. Ambas observan a Luis, rodeado por los técnicos de IT, mientras mira preocupado distintas pantallas.

—Han descubierto cuál es el segundo ataque —comenta Alba.

—Lo sé. Lo acabo de leer en las noticias, y al ver a Luis salir corriendo de la sala del comité, me lo he imaginado.

—Parecen muy imaginativos, ¿no crees? Atacar el TPV de los supermercados para que la gente no pueda pagar con tarjeta es retorcido.

—No es lo peor que he visto. Pero sí es original.

Alba arquea las cejas y dibuja una media sonrisa.

—Ya no recordaba lo difícil de impresionar que eras. En CiberCrimm siempre mantenías la calma. Ocurriera lo que ocurriera. Quizá por eso te dieron a ti la beca en lugar de a mí…

—Alba, no me puedo creer que todavía me guardes rencor por eso. ¡Solo había una plaza! Y me la dieron. Punto. Fui la mejor en las pruebas —contesta poniendo los ojos en blanco.

—Vale, vale…, solo te estaba tomando el pelo.

Elisa hace un movimiento negativo con la cabeza. Alba siempre encuentra la oportunidad para recordarle cómo la dejó fuera del programa de becas de CiberCrimm y tuvo que esperar otro año para marcharse a Londres. Pero eso no fue culpa de Elisa. Las dos se presentaron y ella ganó. ¿Qué iba a hacer? ¿Renunciar? Era una buena oportunidad, y hubiera sido muy tonta de haberla dejado escapar. Aunque hay días que se pregunta cómo sería su vida de no haber pasado por CiberCrimm. ¿Seguiría dedicándose a la ciberseguridad? Tal vez hubiera acabado en ITECO igualmente, pero en el departamento de IT. Quizá todos los caminos le hubieran llevado a vivir este ciberataque, piensa soñadora. Sacude la cabeza, debe volver a la realidad.

—¿Por qué no estás con los demás? —pregunta a Alba.

—Debería. Te he visto aquí sentada y he decidido pasarme a saludar. No creo que Luis se entere si me ausento cinco minutos.

La chica observa el maletín que Elisa tiene en el suelo, apoyado en la pata de su silla.

—Veo que aún lo conservas —comenta.

—Sí. Quien me lo regaló tenía buen gusto. —Elisa le guiña un ojo—. Y me ha acompañado en muchas aventuras. Está un poco viejo, pero le tengo cariño.

—Te regalaré otro, aunque no tendrá mis restos de vómito.

La chica suelta una carcajada.

—No sé cómo sobreviviste a esa noche.

—¡Yo tampoco me lo explico! No he vuelvo a jugar al beerpong desde entonces. No vaya a ser…

Elisa recuerda aquella noche en Londres. Le parece que fue hace siglos. Unos cuantos compañeros de la agencia habían decidido tomarse unas cervezas después del trabajo, y la cosa se fue de las manos. Hubiera sido una noche para olvidar si no fuera porque ahí estaba él y porque ahí comenzó todo. Una mueca comienza a dibujarse en la comisura de sus labios. Alba la rescata del recuerdo antes de que se torne demasiado triste.

—¡Vuelve al presente, Elisa! Estamos aquí, en ITECO, a punto de pulir a unos hackers.

—Sí. Perdona. Me había distraído —le responde agradecida.

—Ya…, en tus recuerdos. En fin, tengo que volver al trabajo. Nos veremos por aquí. ¡Suerte si hablas con Luis!

Alba abandona el office dejando a Elisa sumida en sus pensamientos. Debe centrarse en el presente; mirar atrás no sirve de nada.

Capítulo 3

Torre de Cristal, sala de juntas de la planta de IT. Comité de crisis. 11:30

—No funcionan nuestros TPV —explica Roberto ante la atenta mirada de sus compañeros—. Estamos en la mierda. Acabo de colgar con el director del Banco Español, nuestro principal cliente en banca y…

—Y el banco más grande del país —completa Andrés apretando los labios.

—Y no está nada contento, como os podéis imaginar —continúa Roberto—. Me pregunta qué vamos a hacer para solucionar esto. —Mira a Luis.

El CISO toma aire. Siente que todas las miradas se dirigen a él y se le clavan como puñales. Sabe que de forma inconsciente le culpan porque, si hay un ciberataque, ¿qué sería lo que hizo mal? ¿Qué medida de seguridad no cumplió o no estaba bien implementada? En este momento piensa en que ojalá se hubiese quedado en un puesto de técnico medio. Quizá hubiera vivido mucho más tranquilo y tendría más probabilidades de conservar su trabajo después de esto. O no, porque ¿qué va a pasar con todo su equipo? Mira a través del cristal a «sus chicos», como él los llama. Conoce a muchos casi desde que terminaron la carrera. Conoce sus vidas, incluso a algunas de sus familias o parejas. Los ve trabajar a destajo. Es consciente de que darán el doscientos por cien por él y por la empresa. Incluso han sabido hacer extensible ese sentimiento a los informáticos recién llegados. No puede defraudarles.

—Bien —se aclara la garganta para intentar ganar aplomo—, el plan que os propongo es el siguiente: en cuanto terminemos esta sesión, me reuniré con mi equipo. Lo primero que tenemos que saber es dónde se ha producido la incidencia exactamente y cuál es su magnitud. Es decir, no es lo mismo que haya alcanzado a los TPV del Banco Español o a los de todos nuestros clientes de banca.

—¿Y cómo sabremos eso? —pregunta Inés.

—Lo sabremos, créeme. —Roberto se afloja la corbata, agobiado—. Probablemente los propios clientes empezarán a llamarnos como locos.

—O nos enteraremos por la prensa o las redes sociales —completa Alejandra, mirando instintivamente su smartphone.

—Nosotros también lo averiguaremos cuando analicemos los sistemas —indica Luis.

—De todas formas, es conveniente que aviséis a los Client Managers del área de banca. Tendremos que dar la cara cuando empecemos a recibir llamadas —afirma Andrés.

—Lo haré yo personalmente —se ofrece voluntario Roberto.

Los miembros del comité miran preocupados al socio, que ya se ha desprendido de la americana y la corbata y respira más fuerte de lo habitual. Roberto ha dejado atrás los sesenta años, y estos sobresaltos no son muy recomendables para su salud. Además, las dos o tres cajetillas de tabaco que fuma al día y la inmensa tripa, que parece a punto de reventar los botones de su camisa, que en algún momento fue hecha a medida, no ayudan.

—Yo te ayudaré, Roberto. —Alejandra se sienta a su lado y le ofrece un vaso de agua—. No te preocupes, lo haremos juntos.

Luis sonríe ante el ofrecimiento de su compañera. Lo último que necesitan en estos momentos es que a Roberto le dé un infarto. El socio tiene que tranquilizarse y sacar a relucir su don con los clientes. El hombre es un comercial nato, es capaz de vender hielo en el polo norte y cobrarlo a precio de oro. Y eso fue más o menos lo que pasó con el proyecto de los TPV. Roberto convenció al Banco Español de que no habría otra oportunidad como esa y que, si no cerraban ya el contrato, ITECO se iría a otro banco, al que le daría una enorme ventaja competitiva, ya que, les aseguró, no encontrarían en el mercado un software como el suyo. El cliente, por supuesto, aceptó, y cuando estuvo cerrado el acuerdo y firmado el suculento contrato, lo celebraron con una botella de champán en el despacho de Andrés.

El proyecto del software TPV fue uno de los grandes éxitos de la empresa en las últimas décadas, tanto por la imagen como por la generosa facturación conseguida.

—El siguiente aspecto importante —prosigue el CISO— es saber hasta qué punto el incidente con los TPV nos va a afectar económicamente,

es decir, cuánto dinero vamos a perder por cada hora que no estén en funcionamiento.

—Inés y yo trabajaremos mano a mano —indica Rocío—, aunque necesitaremos vuestra ayuda: tenemos que saber, en cuanto lo averigüéis, qué clientes se han visto afectados, para que podamos estudiar en qué medida se han incumplido los SLA [1] y qué responsabilidad y penalizaciones habíamos pactado con ellos contractualmente.

—¿Cuándo podremos saber hasta dónde alcanza el incumplimiento? —pregunta Alfonso—. Económicamente, quiero decir.

—La cifra exacta la tendremos en cuanto podamos arreglar la incidencia, ver de dónde viene y a quién ha afectado —responde Luis, que mira a sus compañeras—. Podríamos tardar unos cuantos días, quizá incluso semanas.

—Por favor, ¿podríais explicar todo esto para alguien de Marketing que no conoce más términos legales que las dos líneas de las campañas de publicidad? —interrumpe Alejandra con cierto apuro—. Me gustaría entender bien qué está pasando.

—Perdona, tienes toda la razón —se disculpa Rocío.

Al igual que la abogada no está acostumbrada a entender los términos técnicos que utiliza Luis en muchas ocasiones, reconoce que los vocablos legales no resultan sencillos para algunos de sus compañeros, así que explica:

—Voy a decirlo más fácil: cada vez que una persona vaya a hacer su compra en Supercado y no pueda pagar con tarjeta, Supercado reclamará al Banco Español, que es con quien ha contratado los TPV cuyo software es fabricado por ITECO. Si el fallo es culpa de ITECO, como parece, el banco tiene derecho a pedirnos una compensación, que se traduce en una serie de penalizaciones económicas pactadas por contrato, o una indemnización por daños y perjuicios, o las dos cosas. Cuanto más tiempo pase sin que lo arreglemos, más clientes de Supercado verán frustrada su compra, y por tanto, el súper más dinero reclamará al banco, y el banco a nosotros. Con lo cual, tenemos que ver, en primer lugar, si el motivo de que los TPV no funcionen es culpa nuestra o si ha sido un ataque al banco. ¿No es así, Luis?

—Sí —responde este—. Pero, a la luz de los antecedentes, me da la sensación de que la culpa va a ser nuestra.

—Yo opino lo mismo, por desgracia —dice la abogada—. En conclusión: necesitamos saber a quién no le funciona el TPV y por qué. A partir de ahí, en el departamento legal estudiaremos cuáles son las consecuencias jurídicas.

—Y en el departamento financiero, cuál será el impacto económico —completa Inés.

—Perfecto —concluye Andrés—. Pongámonos a trabajar. Nos reuniremos aquí en un rato para comentar los avances.

Luis observa a los miembros del comité abandonar la sala y contiene la respiración. Piensa que aún pasarán muchas horas en esa habitación con vistas a todo Madrid. También él sale de la estancia y se dirige a la enorme sala de cristal en la que se encuentra su equipo.

—¿Qué tenemos?

—Hola, jefe —responde Víctor—. Pues no muy buenas noticias. Han atacado los TPV y los han inutilizado.

—Eso lo sé, pero ¿sabemos a qué clientes concretamente?

—Creo… —balbucea el chico—, creo que solo al Banco Español.

Por un momento, Luis suspira aliviado. Es cierto que el Banco Español es el mayor de sus clientes de banca, y que Supercado tiene miles de TPV en todo el país, aunque sería mucho más grave si la incidencia hubiera afectado a toda la clientela de ITECO. Se da cuenta de que tiene la camisa empapada, aunque esa es la última de sus preocupaciones. Vuelve a dirigirse a Víctor y le pregunta:

—¿Sabemos qué es lo que han atacado?

—Aún no lo tenemos del todo claro…

—Todo apunta a que se han aprovechado de una de las actualizaciones que estaban ejecutándose anoche —interviene Juan, que aparece detrás de Luis.

—¡Eso es imposible! —exclama el CISO—. Tendrían que haber accedido al servidor donde está alojado el software TPV. —Observa que Juan asiente con gravedad y con un gesto inusualmente serio en él.

—Eso es, precisamente, lo que han hecho.

—¿No han dejado nada?

—Han borrado los logs, no han dejado rastro…

—No son tontos —añade Víctor—. Seguro que esto lo tenían preparado desde hace meses.

—¿Estáis seguros de que han atacado directamente al servidor? —repite el CISO.

Juan asiente y añade:

—Lo que está claro es que el código está modificado, jefe. Necesitamos tiempo para conocer el detalle.

—Llamad a Isabel —pide el CISO. Necesita hablar con la jefa de los desarrolladores del software TPV—. Tengo que hablar con ella cuanto antes.

—Está de camino, jefe —responde Víctor.

Luis asiente y se lleva una mano a la frente. «¿Cómo es posible?», piensa consternado.

—Disculpadme, tengo…, tengo que beber agua y… pensar. Ahora os digo algo… Dadme un momento.

Deja a Juan y a Víctor desconcertados, pero siente que necesita refrescarse o se desmayará.

Coge un vaso de cristal y lo coloca debajo del grifo con manos temblorosas. Aprovecha para rociarse la frente con agua fría. Siente que se está mareando. Necesita saber cómo se ha producido la incidencia exactamente, porque no es tan fácil penetrar en los servidores de ITECO para modificar ese software, salvo que…

A pesar de que preferiría desechar esa teoría que merodea por su cabeza, no puede, porque sabe que solo hay una forma de corromper el software: atacando al servidor.

Y que solo alguien de la compañía puede hacerlo.

Le despedirán.

Y puede que a su equipo también.

En cuanto termine el ciberataque, si no antes, estará fuera de la

empresa. De pronto piensa en sus hijas. Otro día que no las ha llamado, aunque ¿qué les diría? Es probable que ya lo sepan todo por la prensa. Pensarán, con razón, que su padre es un inútil. Además, siente que le está fallando a Andrés, su jefe, quien confió en él y le dio la oportunidad de encargarse de la ciberseguridad de la compañía. Que ocurra una brecha de ese calibre bajo su responsabilidad es un desastre.

Está tan sumido en sus cavilaciones que apenas repara en la chica que se encuentra a su espalda y se acerca a él con sigilo. Se da la vuelta y la mira. Se fija en que lleva la identificación de ITECO. Es una chica menuda y con grandes ojos castaños. No recuerda haberla visto antes. Por un momento teme que sea otra de esas personas que vienen a pedirle que les arregle el ordenador porque no les funciona el correo electrónico.

—Hola —dice ella con voz suave—. Soy Elisa.

Torre de Cristal. Office de la planta de IT. 12:15

Elisa sabe que esa va a ser su única oportunidad para poder hablar a solas con Luis, así que tiene que ser muy directa y clara con su mensaje.

—Perdona por asaltarte de repente —le dice armándose de valor y muerta de vergüenza—. Sé que este no es un buen momento… —carraspea—. Trabajé varios años para la agencia de ciberseguridad CiberCrimm y quisiera ayudaros. Quizá con mi experiencia en la agencia pueda aportar algo, o al menos sumar un par de manos.

En cuanto termina de hablar, Elisa espera insegura la respuesta del CISO. Luis pestañea dos veces; intenta discernir si esa chica es realidad o es fruto de su imaginación y de todas las cosas raras que le han ocurrido en los últimos días.

—Creo que esto me supera —le suelta con más sinceridad de la que corresponde mientras toma asiento en una silla cercana.

—Lo entiendo —responde ella comprensiva. No quiere ni imaginarse lo que debe de estar pasando ese hombre, así que intenta animarle—. Sé que no es nada fácil manejar este tipo de situaciones, pero aún queda tiempo, Luis. ITECO aún no se ha rendido, y mucho menos ha

perdido la partida. Podemos con ellos. —Elisa le mira fijamente a los ojos.

La chica confía al cien por cien en que puedan salvar al menos parte de la compañía. Tienen que exprimir hasta el último segundo de esos malditos cronómetros. Quizá hace unas horas tenía sus dudas acerca de trabajar con el equipo de IT. Ahora, delante del CISO, siente que es su deber hacer lo posible por la compañía, por su gente. Con la voz más firme que es capaz de entonar, le propone:

—Déjame intentar ayudaros. Tal vez pueda ser útil, aportar algo.

—¿Por qué te interesa tanto ayudarnos y por qué, si trabajaste en CiberCrimm, no estás en el departamento de ciberseguridad? —pregunta el hombre, algo más repuesto.

Elisa sabe que es una pregunta obvia y procura elegir sus palabras con cautela.

—Supongo que perseguir delincuentes, aunque sea a través de la red, no es un trabajo para todo el mundo. Por muy buen hacker que seas, hay que ser de una pasta especial, y yo descubrí que ese mundo no era para mí —explica con tristeza—. Así que decidí dar un giro a mi vida y llevo tres años trabajando en el departamento de Business Design de ITECO, donde estoy feliz. Esta empresa me ha dado la oportunidad de volver a Madrid y rehacer mi vida. Por eso creo que, si puedo utilizar mis conocimientos y experiencia, debo intentarlo.

Luis la mira conmovido. Elisa es muy joven; aun así, por sus palabras y su forma de expresarse, da la sensación de que ha vivido mucho. La observa y se da cuenta de que, aunque intenta aparentar serenidad, está nerviosa; sin embargo, lo que más le llama la atención en ella es la determinación que ve en sus ojos. Así y todo, Luis no puede evitar sentir cierto recelo, pues, al fin y al cabo, a ITECO le están lloviendo golpes que no se sabe muy bien de dónde vienen.

—Está bien —le dice al fin—. Te presentaré a un par de compañeros, y que ellos te asignen alguna tarea.

—Te lo agradezco mucho —responde ella con sinceridad y un suspiro de alivio.

—Solo una cosa más —añade el CISO, que piensa que quizá la chica sí pueda ser de utilidad—. ¿Alguna vez, en tu anterior trabajo, has tenido que negociar con ciberdelincuentes?

Elisa arquea las cejas sorprendida.

—¿Negociar? No se suele negociar con ellos… Normalmente quieren anonimato, poca charla o, mejor, ninguna.

—En el comité se está valorando la opción de contactar con ellos.

—No sé si es buena idea —murmura Elisa—. Creo que hay muchos riesgos, especialmente, teniendo en cuenta que este debe de ser el ciberataque más mediático de la historia.

El CISO sonríe con amargura.

—Pienso lo mismo. De todas formas, intenta hacer memoria por si has visto o conoces algún caso así; quizá luego puedas ayudarnos.

Elisa asiente con la cabeza. No esperaba desenterrar el baúl de los recuerdos tan pronto.

Ambos se quedan en silencio unos instantes. Luis es consciente de que todas las manos son pocas para ayudar en esta situación, aunque, por otra parte, le preocupa no tener ninguna referencia sobre esta chica.

Por un momento sospecha que se está volviendo paranoico. Lo mejor será confiar en su instinto y… preguntar al director de Recursos Humanos por ella en cuanto tenga oportunidad. Al menos es empleada de ITECO. Eso, o ha falsificado muy bien su tarjeta.

* * *

—Estos son Juan y Víctor —presenta Luis a Elisa un rato después—. Ellos se encargarán de ayudarte en lo que necesites. Juan ya es un veterano y mi mano derecha, y Víctor también lleva unos cuantos años con nosotros.

Los chicos sonríen cansados. Elisa los saluda con timidez.

—A Juan ya le conozco. —Hace un gesto de agradecimiento al chico.

—Veo que lo has conseguido —comenta este guiñándole un ojo—. Elisa estaba deseando venir a ayudar —le explica a Luis—. Es compañera de mi amigo Santi.

—Estupendo —responde el CISO con cierto alivio al darle Juan una referencia—. ¿La ponéis al día?

—Pues claro, jefe.

Elisa se percata de que el chico más joven, Víctor, no parece muy contento con su llegada. Lo entiende. Lo que les faltaba es tener que actualizar a una novata. La chica se propone hacer un esfuerzo por captar todo rápido y no tener que molestar a sus compañeros. Al menos, Juan está un poco menos crispado. Por lo que ha oído a Santi, es difícil verle enfadado.

—Por cierto, ¿quién es ese? —pregunta Luis señalando a Diego, que sigue enfrascado en sus informes.

—Un abogado medio loco —responde Víctor—. Piensa que va a encontrar algo revisando nuestros informes de medidas de seguridad.

—Creo que le ha enviado Rocío —añade Juan.

El CISO asiente con la cabeza.

—Estoy de acuerdo en revisarlo todo. Tenemos que ser muy transparentes.

—Por supuesto, jefe —contesta Juan, preocupado ante la vehemencia de Luis.

Su trabajo siempre ha sido impecable, y solo una vez al año, en la auditoría, les toca rendir cuentas. El chico observa que su jefe está cada vez más nervioso, y no es de extrañar. Atando cabos, después del incidente de los TPV, él también se ha dado cuenta de que solo existe una forma de atacar ese software, y si su intuición es cierta, están bien jodidos.

Torre de Cristal, despacho de Andrés. 13:10

En la planta cincuenta del edificio, Rosa mira a Andrés con preocupación a través del cristal de su despacho. Le ve discutir acalorado, y el sonido de su voz se oye a pesar de que las puertas están cerradas. Tiene un mal presentimiento. La mujer no ha pegado ojo desde el día anterior. Lo que le están haciendo a ITECO es terrible.

Están matando a la compañía lentamente. Primero, el ataque a la red, ahora la inutilización de los TPV. ¿Qué será lo siguiente? ¿Sobrevivirá la empresa a dos golpes más? ¿Sobrevivirá su Andresiño? Qué pena le da el hombre. Tantos años peleando por levantar esa empresa, y en cuestión de cuatro días pretenden tirar todo el imperio abajo. Eso no es lo que más le preocupa. Su mayor inquietud es qué va a ser de Andrés cuando todo esto termine. Aunque no quiere ser negativa, reconoce que la cosa no pinta bien. Si ITECO tiene que cerrar sus puertas, Andrés perderá muchísimo dinero. Desconoce hasta qué punto su patrimonio personal estará mezclado con el de la empresa, pero, desde luego, tendrá que retrasar su jubilación y verá truncados muchos de sus propósitos. Quizá incluso su plan de vivir con el pequeño Jairo. Pero ¿qué puede hacer ella?

El hombre cuelga el teléfono y se tapa la cara con las manos. Rosa piensa que quizá la mejor forma de ayudar a Andrés sea la de estar a su lado una vez más, contra viento y marea.

Abre con suavidad la puerta del despacho.

—Don Andrés, ¿todo bien? ¿Hay algo que pueda hacer?

El hombre levanta la vista y lanza un tremendo suspiro. El labio inferior le tiembla ligeramente.

—Todo lo que podía ir mal va mal, Rosa.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Acaba de llamarme Stephen Smith, el CEO de WILDCORP, ¿recuerdas? Nuestros partners para la operación Assetive, con la que íbamos a ganar quinientos millones y una entrada triunfal en el mercado de América Latina.

—Claro que me acuerdo. Se cerraba esta semana —responde Rosa.

—Tú lo has dicho: se cerraba —replica el CEO con amargura—. Resulta que ya no tienen tantas ganas de trabajar con nosotros. Han pasado la encriptación de la red por alto, pero lo de los TPV no les puede dejar indiferentes. Es una brecha de seguridad terrible en el área de banca. Área en la que íbamos a colaborar con ellos. Si han atacado el software TPV, ¿por qué no iban a atacar el software de Assetive?, me ha dicho.

—Entiendo…, ¡pero nadie está libre de un incidente de seguridad! Incluso Luis lo ha dicho. Hoy somos nosotros, mañana pueden ser

ellos.

—Tienes razón. La cuestión es que le ha tocado a ITECO, y, para colmo, parece que es culpa mía.

De pronto, una idea pasa por la cabeza de Rosa. Tal vez sea una idea descabellada, un desvarío de señora mayor; por la confianza que le une a su jefe, decide arriesgarse.

—Don Andrés, ¿quién más sabía que esta semana se cerraba el contrato de Assetive?

—En principio, solo nosotros y WILDCORP. ¿Por qué?

—¿Ha pensado que tal vez el ataque venga de un competidor que no quiere que cierre ese acuerdo? ¿O de otro partner que, en la operación, pretendía tener un rol más relevante? ¿No es casual que se produzca justamente esta semana tan importante?

Andrés medita el comentario unos segundos y mira a Rosa como si se le hubiese encendido una bombilla.

—Podría ser, Rosa. Muy bien pensado. Esa es, sin duda, una opción que no debemos descartar —responde—. Quizá debiéramos analizar a quién podría perjudicar en mayor medida que cerrásemos ese acuerdo. Aunque también es cierto que sería muy difícil demostrar quién es el culpable: dudo que dejen cabos sueltos, y no podemos acusar a un competidor, y mucho menos a un socio comercial sin pruebas —comenta el CEO paseando en círculos por la sala.

—Luis podrá decirle qué opciones tiene. Quizá haya alguna forma, no sé, de tirar del hilo. De buscar quién envió el mensaje para los empleados y ver si podría llevarnos a una de esas empresas —sugiere la mujer.

—Se lo diré en cuanto le vea.

—Pues no va a tardar mucho. Ahí lo tiene.

Luis toca la puerta de cristal con los nudillos. Se ha cambiado de camisa, aunque solo alguien con una gran capacidad para captar los detalles, como Rosa, se daría cuenta. En opinión de la mujer, la segunda persona más afectada de la empresa después de Andrés es él. Luis parece haber adelgazado tres kilos en solo veinticuatro horas, y unas ojeras poco habituales comienzan a reflejarse como bolsas grises debajo de sus ojos. El CISO siempre ha sido un trabajador ejemplar:

serio, educado y transparente. Alguien que ejecuta con rigor todas sus tareas y que cuida de su equipo. Andrés le valora mucho, y Rosa sabe que se protegerán el uno al otro. También sabe que los dos hombres ahora se encuentran sobrepasados por las circunstancias.

—Tengo noticias —anuncia el CISO con seriedad entrando en la sala—. La parte positiva es que solo ha afectado al Banco Español, no a todos nuestros clientes.

—¿Eso es positivo? Significa que nos han atacado a nosotros y no al banco, tal y como temíamos.

—Podría ser peor, creedme. —Se sienta en una silla enfrente de Andrés y sonríe a Rosa—. Lo que tenemos que estudiar es cómo lo han hecho. El servidor que contiene el código fuente del software está bajo unas medidas de seguridad muy estrictas y absolutamente confidenciales.

Rosa y Andrés se miran, recordando su última conversación.

—Luis, perdona mi ignorancia. ¿Crees que nuestros partners de la operación Assetive podrían tener información sobre ese software? —pregunta la mujer.

Luis arquea las cejas, extrañado por la pregunta.

—En teoría no deberían. El software TPV no tiene nada que ver con Assetive. Solo tienen en común que es un producto diseñado para los bancos, pero podemos preguntar a las personas que lideran el proyecto qué información han compartido con ellos exactamente. ¿Por qué lo preguntas?

—Acabo de hablar con el CEO de WILDCORP y no tienen claro que se vaya a firmar el contrato de Assetive —explica Andrés—. Nos han atacado dos veces en dos días, y eso les resulta inconcebible. Pone en jaque nuestro punto fuerte, que, en teoría, es la ciberseguridad de la empresa.

—Entiendo…

—¿Y si el ciberataque está causado por algún partner o un competidor de ITECO? —sugiere Rosa otra vez.

—Lo veo improbable —contesta Luis con sinceridad—. Salvo que, como decís, se hubiera filtrado información muy confidencial sobre el software TPV.

Luis se queda pensativo. Podría ser que, en el marco de un proyecto, se hubiese incumplido el acuerdo de confidencialidad y utilizado esa información para atacar a la empresa. Eso podría dar una explicación plausible, y alternativa a su sospecha, sobre cómo han podido atacar el software TPV. Por un momento, Luis respira algo más tranquilo. Sin embargo, le resulta muy extraño que justo esa información se hubiera compartido.

—En la reunión de esta tarde hablaremos sobre la comunicación con los ciberdelincuentes y nos pondrás al día de los avances, Luis —afirma Andrés sacándole de sus pensamientos—. Tenemos que pensar en soluciones.

—De eso quería hablarte yo también. Esta mañana, una chica del área de Business Design me ha dicho que quiere ayudarnos. Trabajó para CiberCrimm, que, como sabes, es una agencia muy reconocida en temas de ciberseguridad, y afirma que tiene experiencia con ciberdelitos.

—Y ¿eso es verdad?

—Tenía pensado contrastarlo con Ignacio. La chica me ha dado buena impresión, pero no quisiera meter en asuntos confidenciales a alguien que no ha pasado el filtro de Recursos Humanos. De momento, mis chicos le están contando algunas cosas generales.

—Perfecto —responde el CEO—. Habla con Ignacio y, cuando te dé su visto bueno, le pediremos su opinión acerca de los siguientes pasos.

Torre de Cristal, planta de IT. 13:45

Ha llegado el momento. No hay ocasión para dramatismos. Elisa saca el ordenador de su maletín y pulsa el botón de encender por primera vez en mucho tiempo. Siente un escalofrío al ver las primeras letras en la pantalla. Reconoce que lo echaba de menos. De pronto le invaden la emoción y una sensación de invulnerabilidad que conoce muy bien. La misma que le acompañaba en su época de hacker, hasta… aquel día.

Observa a sus nuevos compañeros, expectante. Juan y Víctor tardan más de una hora en contar a Elisa todo lo que ha ocurrido hasta el momento, mientras ella toma nota. Al contrario de lo que esperaba, los dos chicos, en especial Juan, están siendo muy amables con ella y

le explican todos y cada uno de los detalles que conocen. Lo que le sorprende es que casi toda la información ya está colgada en internet. Lleva desde el día anterior revisando los periódicos digitales y las redes sociales, y, uniendo los puntos, no se escapa casi un detalle.

—¿No es extraño? —pregunta—. Normalmente, los ciberataques no son tan transparentes en la prensa. Es decir, se cuentan cosas. Se da una noticia de entidad suficiente para que el lector tenga una idea aproximada de lo que ha pasado, pero esto…

—Lo sé —responde Juan—. Esto es un reporte minuto a minuto. Yo, si te soy sincero, pienso que tenemos un topo en la compañía.

—Estoy de acuerdo —afirma la chica. En su fuero interno, Elisa ya había pensado en esa posibilidad—. Por ejemplo, cómo iba a saber la prensa que hubo un fallo con la comunicación a los clientes incluso antes de que recibiesen el verdadero comunicado. Solo hay que analizar las horas de las publicaciones.

—Me imagino que sacarían información de lo que publica la gente en las redes sociales —contesta Juan.

—O quizá sea el abogado loco —sugiere Víctor con una sonrisa.

Juan y Elisa no pueden evitar sonreír y miran adonde se encuentra Diego, todavía enfrascado en los informes de auditoría.

—Creo que el abogado loco está demasiado concentrado en sus temas legales.

—En fin, ¿y ahora qué? —pregunta Elisa.

—Ahora estamos trabajando para averiguar cómo coño han podido atacar el software TPV —responde Juan.

—Atacando al servidor, ¿no? —dice ella—. Igual que han hecho con la red. Quizá también han encriptado el software o atacado alguno de los entornos.

Juan sonríe con suficiencia.

—¿Sabes por qué ITECO está considerada una fortaleza de la seguridad?

—Sorpréndeme.

—Porque quien diseñó las medidas de la compañía lo hizo con mucho

cuidado. El código fuente de nuestros activos se aloja en varios servidores de terceros. De esta forma, aunque ataquen a nuestros sistemas, como ocurrió ayer, los productos de la compañía siguen funcionando.

—Bueno, han atacado al servidor —precisa Elisa—. Es lo que te acabo de decir, no es tan ingenioso. Habrán reventado las medidas de AWS o Azure, que tiene tela, pero se puede hacer.

—La cuestión no es que sea ingenioso o no. La cuestión es que nadie sabe qué activo se aloja en cada servidor. Es información «megaconfidencial». Además, cambian cada año. ¿Cómo supieron dónde atacar?

—Ahora cobra mucho más sentido lo del topo —reflexiona Elisa.

—Claro.

—¿Y quién sabe qué hay en cada servidor?

—Luis —dice Víctor con cierta solemnidad—. Él es el jefe. La mano derecha de Andrés.

—Tiene que haber alguien más —afirma la chica—. Una empresa no confía información confidencial solo a un trabajador.

—Supongo que tendrá que saberlo el jefe de los desarrolladores de cada activo, para ejecutar las actualizaciones —añade Juan.

—¿Y cómo podemos saber quién conoce esta información?

—Estará escrito en algún lado, pero yo jamás lo he visto —responde —. Lo único que sé es que Luis lo sabe. De hecho, a algunos de nosotros nos ha dicho qué servidores teníamos que revisar para analizar la incidencia.

—Podemos preguntarle al abogado loco. —Elisa sonríe mirando a Diego—. Quizá en esos informes se diga algo.

—Es un buen punto del que partir —confirma Juan.

La chica permanece en silencio unos instantes. Una idea empieza a rondar por su cabeza. Ya sabe exactamente por dónde empezar.

Capítulo 4

Torre de Cristal, planta de banca de ITECO. 13:50

Andrés está inquieto. Nadie en el comité, a excepción de Alfonso, ha dado demasiada importancia al hecho de que en el último mensaje apareciera su nombre, y, aunque esto debería tranquilizarlo, él siente que no puede mirar hacia otro lado. Ve factible la teoría de Rosa: quizá un competidor o un socio comercial con malas intenciones puede estar detrás de la agresión. La gran pregunta que se hace el ejecutivo es: ¿a quién quieren hundir realmente? ¿A la empresa o a él mismo? No tenían por qué haberle mencionado en la comunicación, y, aunque no tiene mucha experiencia tratando con ciberdelincuentes, sabe que no suelen dejar nada al azar, que todas las palabras de ese mensaje están medidas y tienen un porqué.

Lleva especialmente intranquilo desde que esa mañana ha leído su nombre en la pantalla, pero sabe que es inútil lamentarse y cavilar sobre las intenciones de los hackers, así que decide activarse y salir de su despacho.

Su primera parada es la oficina de Roberto, donde el socio de banca y Alejandra trabajan en un nuevo comunicado y mensaje telefónico para los clientes. Tienen que intentar calmarles ante lo sucedido con los TPV. Llevan más de una hora y solo han podido hablar, de nuevo, con el representante del Banco Español, cuyo humor no ha cambiado desde esa mañana. Andrés aparece justo cuando están en medio de una conversación complicada y decide quedarse a escuchar.

—Roberto. —Se oye al director del Banco Español a través del manos libres—. Estamos perdiendo mucho dinero, además de nuestra reputación. Nuestros clientes querrán cambiarse de banco después de esto. ¿Cómo pensáis repararlo?

—Antonio —responde el socio simulando aplomo—, te repito que estamos trabajando en ello. Tenemos a un equipo de doscientas personas ocupándose de la incidencia. Cien por cien para vosotros. Sabéis que sois nuestro mayor cliente.

Alejandra mira a Roberto, a sabiendas de que lo que le está diciendo a Antonio no es del todo cierto, pero, de alguna forma, hay que apaciguar los ánimos.

—Quiero un observador.

—¡¿Qué?!

—Ya me has oído, que quiero enviar a un observador del banco para que revise cómo estáis gestionando la incidencia. Esto es vergonzoso, y lo sabéis.

Andrés ve que Alejandra frunce el ceño. Sabe lo que está pensando. El envío de un observador es una humillación. Significa que tienen confianza cero en cómo ITECO está gestionando el problema y que, hagan lo que hagan, volverá al banco con trapos sucios. Andrés no puede permitir tener un infiltrado que venga a verle las tripas a su empresa, en especial en este momento tan delicado, así que interviene:

—Hola, Antonio —saluda con tono amistoso—. Soy Andrés Rodríguez del Álamo. ¿Cómo estás? Seguro que me recuerdas. Acabo de incorporarme a la llamada.

—Hola, Andrés, ¿qué tal? —Se oye a través del manos libres en un tono menos jovial que el empleado por el CEO—. No sé si has llegado a tiempo para escuchar que les estaba diciendo a Roberto y a Alejandra que queremos enviar a un observador.

—Algo he oído, sí —responde—. Antonio, te voy a ser sincero, y como muestra de la confianza que tenemos, te contaré esto, que es información reservada y muy confidencial —dice Andrés con voz solemne ante la mirada expectante de sus compañeros—. Sospechamos que el ciberataque proviene de un competidor de ITECO. Alguien que no quiere que sigamos creciendo.

—Eso está claro, Andrés. Que es alguien que no quiere que sigáis creciendo creo que se deduce solo —le corta el hombre.

—Qué tío tan borde —murmura Alejandra con enfado.

—Lo que quiero decir, Antonio, si me dejas terminar, es que creo que puede llegar a ser peligroso para vosotros si nos enviáis a alguien.

—¡Eso es ridículo!

—No, no lo es. Pensamos, y esto te lo digo con total sinceridad, que

alguien ha estudiado nuestro perfil, nuestros proyectos, nuestros contratos presentes y futuros, y ha decidido desafiarnos. No sabemos dónde está ese alguien, pero, si venís aquí, si sois el único cliente que se pasea por nuestros pasillos, que te garantizo que lo seríais, ¿quién te asegura que el banco no será la próxima víctima de esos ciberdelincuentes? —Al otro lado de la línea no se escucha nada, por lo que Andrés mira victorioso a Alejandra y a Roberto. Le está convenciendo—. Y todos sabemos, Antonio —el CEO vuelve a la carga—, que una incidencia como esta le puede pasar a cualquiera. Incluso a nosotros, que tenemos la mejor política de ciberseguridad del país.

—Está bien, está bien —claudica el hombre al otro lado de la línea—, pero te recuerdo que podemos terminar el contrato si se prolonga el incumplimiento. Háblalo con tus abogados. Además, entenderás que os reclamemos hasta el último céntimo que perdamos.

Andrés traga saliva. Eso va a ser mucho dinero.

—Por supuesto —responde con voz tranquila—, haremos todo lo que esté en nuestras manos para que os sintáis cómodos y todo vuelva a ser como en los últimos años. Años en los que no habéis tenido ni un mínimo problema con nuestros servicios.

Y así, con ese último tanto anotado a favor de ITECO, Andrés se despide educadamente y cuelga el teléfono. Sonríe a sus compañeros para infundirles ánimo.

—Gracias, Andrés. Esta situación me estaba superando.

Roberto bebe agua y comienza a abanicarse con una libreta que encuentra en el despacho, pese a que el aire acondicionado está al máximo.

—Rober, tal vez sea mejor que te vayas a casa y descanses —sugiere Andrés con suavidad—. No queremos que, además de destrozar la empresa, consigan que uno de nosotros acabe en el hospital. No tienes buena cara.

El hombre niega con la cabeza.

—No quiero irme. Esta empresa es como un hijo para mí, lo sabes.

—Entonces, por tu hijo, debes cuidar tu salud —afirma Alejandra con rotundidad ante la mirada de descontento de Roberto.

—Andrés, ¿qué es lo que le has dicho a Antonio sobre los

competidores? ¿Eso es verdad? —pregunta el socio cambiando de tema—. ¿Crees que una de las empresas con las que trabajamos y/o competimos pagaría a unos hackers para hundirnos?

—Sinceramente, Roberto, ya me espero cualquier cosa. Y esto es solo una teoría que tenemos, porque ¿no os parece casual que nos ataquen la semana del cierre del contrato de Assetive?

—¿No se supone que esa fecha es confidencial? —pregunta Alejandra —. No tendría sentido. Pensaba que solo algunas personas de ITECO y WILDCORP sabían lo del cierre.

El CEO responde:

—¿Y si se filtró la información? Tuvo que ser eso. ¿Quién querría hacernos tanto daño? Tengo intención de hablar con Rocío para que se asegure de que sus abogados no se han ido de la lengua. También con el personal involucrado en el proyecto. Tenemos que enterarnos bien de qué se ha contado y qué no. Vosotros seguid con lo que estáis haciendo, y Roberto, por favor, después vete a casa.

Torre de Cristal, planta de IT. 13:55

Son casi las dos del mediodía cuando Diego recibe una llamada de Pablo. Maldice al ver su nombre en la pantalla. Normalmente no le importa recibir llamadas de su jefe, pero esa mañana, después de tantas horas revisando informes, y apenas transcurrido un rato desde su última charla, no tiene nada jugoso que contarle. No ha hecho ningún descubrimiento, y teme que le vuelvan a enviar a la asesoría jurídica o, lo que es peor, al despacho, y entonces sí que será imposible enterarse de los pormenores sobre el ciberataque. Después de la conversación con Elisa ha continuado muy animado con su trabajo, pero, a medida que pasaba el tiempo, su energía y su ánimo han ido decayendo para transformarse en una montaña rusa que sube y baja.

«Es ridículo lo que estoy haciendo —piensa—. ¿A quién quiero engañar? ¿Qué voy a averiguar yo? La chica podrá hacer algo. Juan podrá hacer algo. Incluso tal vez el becario gótico. Pero ¿un abogado cazando a unos ciberdelincuentes?».

—Hola, Pablo. —Diego contesta al teléfono.

—¿Sabes algo sobre Assetive? —pregunta su jefe a modo de saludo.

—Nada. ¿Por?

—El cierre del contrato está paralizado y, por lo que nos ha dicho Rocío, es incluso probable que se caiga la operación.

—¿¡Qué!?¿Por el ciberataque?

—Claro. El asunto de los datáfonos ha sido demasiado para WILDCORP.

Adiós bonus, piensa Diego.

—Rocío no me ha dicho nada…

—A nosotros nos acaba de llamar —le explica Pablo—. Diego… —añade tras unos segundos de silencio—, sabes que siempre nos fiamos de tu buen criterio, aunque tal vez sea mejor que dejes de revisar esos informes y vuelvas a la asesoría jurídica, donde están valorando los contratos con los bancos.

Diego pone los ojos en blanco, a sabiendas de que su jefe no puede verle.

—Pero… alguien tendrá que revisar esto —contesta.

—Podemos enviar a Josemi. Creo que es un trabajo que podrá hacer perfectamente.

—Ya… —responde con decepción.

—¿Esperabas cazar tú solo a los hackers?

Aún sin mala intención, Pablo ha dado donde le duele. Aunque, es cierto, ¿qué esperaba? Pasar las páginas y encontrar…

Un momento.

Diego vuelve a pasar las páginas y… ahí está. O, mejor dicho, ahí no está.

De pronto recuerda la frase de Elisa: «Creo que yo me fijaría más en lo que no hay, en qué cosas faltan».

—¿Diego? ¿Estás ahí? No te lo digo en plan mal, tío, solo… —se escucha a Pablo a lo lejos.

—Creo que he encontrado algo —responde Diego resolutivo—. Dame una tarde más, por favor. Si resulta que lo que acabo de descubrir no conduce a ninguna parte, volveré a la asesoría o al despacho a revisar contratos, pero déjame terminar lo que empecé.

—Está bien. Espero que sea algo bueno. Tienes una tarde. Te llamo esta noche y me cuentas.

—¡Gracias!

—Y espero que me invites a comer como agradecimiento, porque a ver cómo le explicamos a Jaime y a Rocío que hay que facturar tu hora de trabajo de becario a precio de abogado. Aunque, con la que está cayendo…, igual ni nos van a poder pagar —reflexiona Pablo antes de colgar el teléfono.

Diego traga saliva. Sí, efectivamente, se puede buscar un problema con su jefe si no puede justificar el valor añadido a una sencilla revisión que podría hacer Josemi. Le debe una a Pablo. Quizá deba ir buscando un buen restaurante.

Torre de Cristal, planta de IT. 14:05

Desde su mesa, Elisa ve que Diego cuelga el teléfono, así que se dirige hacia él con paso decidido. Tiene un plan. Necesita información, y sabe que lo mejor es conseguirla gracias a un tercero independiente. Y ese tercero es el abogado, cómo no. Pese a que los chicos de IT se han mostrado muy receptivos, no termina de fiarse de que le estén contando todo. Tampoco le extraña; al fin y al cabo, ella es una desconocida, una intrusa. Por eso, y hasta que gane su confianza, Elisa necesita actuar por su cuenta, tirar de sus hilos, obtener sus fuentes. Como ha hecho siempre.

Diego le ha caído bien. Le inspira cierta simpatía y confianza; sin embargo, hay algo en él que le desconcierta. Se pregunta qué clase de intereses puede tener el abogado y por qué no está con los demás del gremio revisando contratos en la asesoría jurídica. ¿Querrá un buen bonus? ¿Se habrá aburrido de los contratos? De una forma u otra, lo averiguará tarde o temprano: sabe que no hay información que se le resista.

—Hola —saluda al tiempo que acerca una silla a la del chico y se

sienta a su lado.

—Creo que tenías razón —responde el abogado levantando la vista de la montaña de papeles.

—¿Ah sí? ¿En qué exactamente? —pregunta ella desconcertada.

Diego mira a su compañero, el becario gótico, que había oído la conversación con Pablo y ahora está escuchando con tanto disimulo que hasta se ha quitado uno de los auriculares para enterarse mejor.

—¿Qué te parece si vamos a buscar un bocadillo y me cuentas? —pregunta Elisa, que lo ha captado de refilón—. ¡Me muero de hambre!

Diego acepta la invitación, y ambos se dirigen a la mesa en la que están los sándwiches y refrescos encargados por Andrés. A pesar de que casi no quedan sabores para elegir, no es momento para ponerse tiquismiquis por un bocadillo.

—Y bien, ¿qué has encontrado? —pregunta ella sin más rodeos, dando un sorbo a una Coca-Cola.

—Pues exactamente lo que falta, tal y como tú has dicho.

—¿Cómo? —Elisa le mira sin entender. Con los nervios de esa mañana, le cuesta recordar con exactitud qué fue lo que le dijo al abogado.

—Mientras hablaba con mi jefe, me he dado cuenta de que en el informe del año dos mil veinte faltan las últimas páginas. ¿Cómo lo sabías?

—Espera, espera —responde la chica asimilando la información—. ¡No tenía ni idea de que faltasen páginas! ¿Cómo lo voy a saber?

—Eres una hacker.

Elisa pone los ojos en blanco y no puede evitar sonreír. Le responde:

—Pero esos informes están impresos, eso no se puede hackear.

—Pero tú me dijiste que buscara…

—Lo que falta, sí, pero me refería a alguna laguna en el estudio de los auditores o algo de ese estilo, no a una cosa tan literal como que falten páginas. En cualquier caso, me alegro de que haya dado resultado —dice sonriente ante la enorme casualidad de su

comentario.

—Tal vez no sea nada —explica Diego—, quizás un simple fallo de impresión, pero no puedo evitar preguntarme: ¿y si alguien las arrancó a propósito? Y ¿cuál era el contenido?

Elisa mira al abogado dubitativa.

—Puedo confiar en ti, ¿verdad?

—¡Pues claro! Además, recuerda que los abogados tenemos secreto profesional —responde con un guiño de ojo camelador.

Ella cruza los dedos para no equivocarse al confiar en Diego, se acerca y en voz baja le explica:

—Hay unas cuantas cosas en toda esta situación que no me cuadran. En especial, a partir del ataque de hoy…

—Soy todo oídos.

—Verás, el primer ataque, el de la encriptación de la red, es una incidencia que, al fin y al cabo, no es tan fácil de evitar. Cualquiera puede hacer un phishing para que un inocente descargue un archivo que después lo infecta todo, y, «casualmente», los hackers siempre saben a qué empleados atacar, quiénes son los más vulnerables.

—Bueno, tanto como «cualquiera puede hacer un phishing»…

—Ya me entiendes. Cualquiera con conocimientos de informática y malas intenciones. La cuestión es, y esto es lo que no deberías saber, que el software TPV está alojado en unos servidores que solo Luis conoce. Luis y, probablemente, una o dos personas más, o tres, no lo sé, en todo caso, un círculo muy muy reducido. Y atacaron precisamente a uno de esos servidores, justo el del TPV…

—¿Cómo sabían qué servidor atacar? —termina Diego, captando lo que quiere decir la chica.

—Exacto. Saben muy bien lo que hacen. Demasiado.

—Tan bien que parece que fuera alguien de la propia compañía —murmura el chico.

Elisa asiente, contenta por la rapidez del abogado.

—La ubicación de los activos, es decir, de los productos de software

que desarrolla ITECO en los servidores, cambia cada año. Esto es una medida de seguridad superclasificada para evitar, precisamente, lo que nos está pasando ahora.

Diego medita un momento mientras da un mordisco a su bocadillo.

—Los informes de auditoría que estoy investigando son confidenciales, si bien juraría que no he visto nada sobre eso. Me acordaría. De todas formas, volveré a mirar, aunque… ¿Y si lo de los servidores está en las páginas que faltan?

—Eso podría ser una opción. Una muy buena… —responde Elisa pensativa—. En cualquier caso, sería conveniente averiguar quién tiene acceso a esa información.

—¿Y hacer una lista de sospechosos? ¿Le has preguntado a Juan?

—Juan sabe que el tema de los servidores lo conocen Luis y los jefes de los desarrolladores, nada más. Estoy segura de que tiene que haber más implicados.

Los dos sonríen esperanzados.

—Quizá nos sirva para tirar del hilo y averiguar quién está detrás de todo esto.

—Esa es la idea.

—Además —continúa Diego—, si alguien de la compañía estuviese involucrado, ¿no debería ser más fácil pillarle? Es decir, más fácil que a un americano desconocido en un garaje o un tío en un sitio remoto de China.

Elisa se encoge de hombros y contesta:

—No te sabría decir. Visto así, sí que es más probable dar con él, pero no pierdas de vista que un golpe de esta magnitud no pudo ser organizado por una sola persona.

Elisa observa a Diego. Desentona bastante con el entorno: lleva un traje confeccionado a medida, buenos zapatos y una camisa que está impoluta, aunque un poco arrugada. En ITECO el ambiente es algo más informal y es habitual encontrarse a algunos consultores combinando traje con deportivas, que, por muy sexy que a su amiga Carla le parezca, es de todo menos elegante.

—¿Tengo algo? ¿Me he manchado? —pregunta Diego mirando su camisa.

—No. Solo pensaba que tienes mucha pinta de abogado. —Ella sonríe mientras caminan hacia su mesa.

Él pone los ojos en blanco.

—Es por este traje… Por el contrario, tú no tienes pinta de hacker —dice—. No te he visto hackear nada. Igual eres una infiltrada, como en esos programas de televisión.

Elisa le lanza una sonrisa misteriosa.

—Esa es la idea, pasar desapercibida.

—Y así colarte en el ordenador de todo quisqui, ¿no?

—Veo que lo pillas. De todas formas, hay cosas que no se pueden hackear, y eso es, precisamente, lo más difícil de averiguar —responde de pronto con voz enigmática.

—¿A qué te refieres?

—A información que solo se puede obtener de forma analógica, preguntando. Por ejemplo, ¿por qué te estás esforzando tanto con esto? ¿Por qué no vuelves a tu despacho o a la asesoría jurídica? —suelta a bocajarro.

—Vas directa, ¿eh? —Diego se encoge de hombros y, tras pensarlo unos instantes, responde con un vómito de sinceridad—. Quizá me equivoqué. Quizá con casi treinta y un años estoy descubriendo que me he metido en una clase de vida que no es la que realmente quiero, y ahora me resulta muy difícil salir.

—¿Estás hablando de tu trabajo? —pregunta Elisa, que no se esperaba esa respuesta.

—Exacto. Mi trabajo, que absorbe la mayor parte de mi tiempo, y, la verdad, siento que ni me aporta a mí ni yo aporto nada más a la sociedad que hacer que unos hombres o empresas ricas lo sean todavía más. —Se encoge de hombros—. Y el ciberataque significa salir de ello, aunque sea solo durante tres días.

—Pero luego volverás.

—Es más que probable —se lamenta—. Hasta entonces… podrás

contar con mi espada y con mi escudo.

—Buena referencia a El señor de los anillos —dice la chica.

Diego le guiña un ojo y se dirige de nuevo a su mesa. Elisa se queda pensando en lo que le acaba de contar. Le entiende como solo puede hacerlo alguien que sabe lo que es amar su trabajo, tener una vocación. Podría contárselo. Podría contarle lo que vivió, podría contarle muchas cosas, pero no es el momento.

Antes de darse la vuelta, un fugaz e inesperado pensamiento rebota contra su subconsciente: «Aunque no es el momento…, quizá sí es la persona».

Sacude la cabeza, inquieta. Debe volver al trabajo.

Torre de Cristal, sala de juntas de la planta de IT. Comité de crisis. 14:15

Internet está que arde con las noticias. Las imágenes de las colas en Supercado invaden los tablones de las redes sociales. Incluso ha salido un pequeño reportaje en el telediario. Pese a que se ha dado un contundente mensaje de que la empresa trabaja para solucionar la incidencia, no ha calado demasiado ni en los medios ni en los clientes.

—Luis, ¿cuánto tiempo calculas que vamos a tardar en arreglar esto? —pregunta Andrés en el comité del mediodía.

—Unas horas, aunque confío en que en el día de hoy lo solucionemos. Eso siempre y cuando no haya ningún incidente de por medio que nos complique la tarea… —añade en alusión a los contratiempos relativos al envío de la comunicación a los clientes y el desalojo de la torre. Espera no encontrarse con imprevistos adicionales.

—Bien. Si conseguimos salir de esta, ya habremos ganado la primera batalla —responde el CEO, intentando que sus palabras animen al resto del equipo.

—¿Cómo va la ruptura del cifrado? —pregunta Inés—. ¿Habéis podido avanzar?

—Lento. Muy lento. Entre otras cosas, porque he tenido que dedicar

medio equipo a solucionar la incidencia de los TPV —responde Luis—. Lo creáis o no, mis chicos y todo el personal de refuerzo trabaja a destajo, pero tenemos varios frentes abiertos: un equipo continúa viendo qué parte de la red y de las copias de seguridad se encuentran comprometidas. Otro trabaja en la búsqueda de vulnerabilidades, y, por otra parte, tenemos a los que están solucionando el tema de los TPV. Las cosas llevan tiempo, y nos están dando muy poco. Además —añade con gravedad—, hay algo que me gustaría comentaros, y esa es la razón por la que Isabel está aquí.

Isabel, la jefa de los desarrolladores del software TPV, se encuentra sentada en una silla al fondo de la sala. Es una chica gordita, con grandes gafas redondas y gesto habitualmente afable, pero esa mañana se ha tornado en una mueca de preocupación y desasosiego. Permanece muy rígida y entrelaza los dedos de las manos con fuerza para evitar que tiemblen descontroladas. Luis la mira con lástima.

Pese a que el ambiente en el comité no es particularmente hostil, salvo por las intervenciones esporádicas de Alfonso, Isabel está metida en un buen brete. Continúa el silencio entre los presentes y, ante un movimiento de cabeza de Andrés instándole a seguir, Luis continúa con sus actualizaciones.

—Hay algo que me preocupa mucho y que tiene que ver con los TPV. Para los que no lo sabéis —dice mirando a los directores—, atacar los activos de ITECO no es tan sencillo, porque los alojamos en servidores que contratamos a terceros. Solo el jefe de los desarrolladores de cada activo, Andrés, Roberto, Alfonso y yo, sabemos cuáles son esos servidores y qué contiene cada uno. Además, y esta es la clave, el código de los activos cambia de ubicación cada año. Es una tarea pesada, pero es lo más seguro. —Hace una pausa—. Es una medida que se diseñó hace años para reforzar la seguridad de la compañía. La cuestión es que acabamos de saber cómo se ha producido la incidencia: no solo han averiguado dónde estaba alojado el software TPV, sino que los ciberdelincuentes sabían que hoy íbamos a lanzar una actualización.

—¡¿Cómo es posible?! —exclama Alfonso.

Antes de que el socio pueda continuar con sus exaltaciones, Andrés, tan sorprendido como él, le hace un gesto con la mano para que el CISO siga con su explicación.

—Básicamente —se dirige de nuevo a los directores—, se han metido en el entorno de producción del software TPV y han modificado el

código justo antes de que se actualizase.

—Y esa versión fraudulenta es la que se ha cargado en el entorno del cliente y la razón por la que no funcionan los TPV, ¿correcto? —pregunta Roberto.

—Exacto. Además, han borrado los logs, se han ido sin dejar rastro —dice suspirando el CISO.

El silencio se hace en la sala. Algunos reflexionan sobre lo que les acaba de contar Luis, intentando entender bien la situación; otros, como es el caso de Alfonso, le dan vueltas a cómo han podido acceder a esos servidores.

—La cuestión es —comenta Alfonso con evidente crispación— que quien nos atacó sabía exactamente dónde estaba el entorno de prueba del software TPV, que, en este caso, se alojaba en unos servidores de AWS. Y además sabía que hoy se iba a lanzar una actualización. ¿Casualidad? No lo creo. Más bien pienso que esto acota mucho las posibilidades. —Termina fijándose en Isabel, que se revuelve en su silla.

Los presentes se miran con preocupación. Esa nueva información podría señalar a varios de ellos como culpables. Andrés observa a Alfonso y a Roberto, tan perplejos como él. ¿Y si uno de ellos es el responsable del ataque? ¿Y si le han traicionado revelando información confidencial? Aunque, probablemente, sus socios estén pensando lo mismo sobre él.

—Isabel —continúa Alfonso—, tú sabías dónde estaba alojado el software y eres la encargada de ejecutar las actualizaciones, si no me equivoco. —La mujer asiente nerviosa—. ¿Estás segura de que no le has contado a nadie, ni por casualidad, esa información?

Ella frunce el ceño.

—Estoy segura, Alfonso. Segurísima. Se me confió esa información confidencial y he cumplido perfectamente con el acuerdo que firmé en su momento. Os doy mi palabra.

—Pues si no eres tú… —replica el hombre con poca confianza y dirigiendo la vista a Andrés, Luis y Roberto—, el círculo se reduce a pocas personas.

—Entre las que te incluyes —se defiende Roberto.

—Vamos a calmarnos —interviene Andrés antes de que la sangre llegue al río—. Esta mañana os decía que no es el momento de buscar culpables entre nosotros, y, tal y como están las cosas, mantengo que lo primero es combatir los ataques y dejar a ITECO en la mejor situación posible. Eso sí, os pido por favor —ruega con cansancio— que si alguno de vosotros tuviera algo que ver con esto, lo diga, porque, la verdad, no entiendo qué está pasando. Si solo algunas de las personas que estamos en esta sala conocemos la ubicación del servidor del TPV, solo se me ocurre una forma de que los hackers se enterasen, y creo que ya sabéis todos cuál es.

Torre de Cristal, sala de juntas de la planta de IT. Comité de crisis. 14:55

Fue un shock para Luis enterarse de que los ciberdelincuentes supieran el paradero del software TPV y la fecha de la próxima actualización por varios motivos. En primer lugar, porque él es una de las personas conocedoras de tal información, lo que en un momento dado podría volverse en su contra y apuntarle como presunto culpable. Al menos, sabe que no compartió esa información con nadie. Por otra parte, porque hay algo que no deja de revolotear por su mente, una teoría que cada vez va cobrando más fuerza y que le comentó a Andrés a raíz de la comunicación interceptada. ¿Y si alguien está ayudando desde dentro? Precisemos un poco más: alguien del comité.

¿Cómo habían podido saber cuándo y quién iba a realizar la comunicación que fue interceptada el día anterior? Y ¿cómo sabían dónde estaba alojado el software y que se iba a actualizar? Esto último reduce a los posibles culpables a cuatro personas: los socios y él mismo. Duda que puedan ser Andrés o Roberto, ya que parecen los más afectados; además, no sabe qué intereses pueden tener en que ITECO se arruine, sobre todo Andrés. Sin embargo, tampoco puede descartarlos.

Alfonso es el más entero. Es una persona retorcida y beligerante. ¿Y si tuviese alguna rencilla personal contra sus compañeros y decidiera arruinarles? Hasta donde él sabe, Alfonso es el socio que tiene la menor parte del accionariado de la compañía, y además cuenta con otros negocios fuera. Las pérdidas no serían tan importantes para él como para los demás.

Por último, está él mismo. Le podrían inculpar alegando que tiene los conocimientos y tal vez los contactos para cometer semejante agresión. ¡Pero no tendría nada que ganar! Más bien tendría todo que perder, empezando por su empleo y su reputación.

Isabel, de momento, está descartada de la ecuación. La pobre mujer tuvo que sentarse en una silla cuando el CISO le contó lo ocurrido. Además, es una de esas personas que, como él mismo, es metódica y transparente con su trabajo. En cuanto se enteró del incidente, ella misma y todo su equipo de programadores se pusieron a disposición de Luis para arrimar el hombro con cualquier tarea.

—Entonces hablaremos con los hackers, ¿no? —pregunta Andrés a Luis a la salida del comité.

—Sí. Hay que coger el toro por los cuernos —le apoya Roberto, que acaba de escuchar el comentario.

—Rober, ¿tú no te ibas a casa? —pregunta el CEO.

—¿Ahora? Ni hablar —responde indignado—. ¡Yo me quedo aquí hasta que me echen!

Andrés niega ante la cabezonería de su compañero.

—Está bien, está bien. Pero al mínimo susto, a tu casa. —El socio asiente, y a continuación Andrés se dirige al CISO—. Luis, convoca a la chica de CiberCrimm esta tarde. Tal vez pueda ayudarnos.

Capítulo 5

Torre de Cristal, planta de IT. 16:05

Tiene que estar seguro antes de dar la voz de alarma. Diego mira los documentos con el corazón latiendo a toda velocidad. Pasa las páginas y las cuenta una y otra vez. No hay duda: en el informe de medidas de seguridad del año 2020, realizado por los auditores externos, faltan cuatro páginas; las cuatro últimas, para ser exactos. Lo más extraño de todo es que esas páginas han sido arrancadas. Está bastante seguro, porque en una de ellas queda un minúsculo trozo de papel entre las anillas. Quien las arrancó debió de hacerlo con prisa, pero con el cuidado suficiente para no dejarse media hoja.

Es la segunda vez que revisa el volumen; en la primera vuelta este detalle le pasó desapercibido. Los documentos son tan extensos y hay tantas medidas de seguridad que la numeración y las páginas bailan en su cabeza. Quiso la casualidad que quien arrancase esos papeles se dejase las dos últimas del tomo, que, pese a estar casi en blanco, están numeradas. Esto le hizo darse cuenta de la falta. Sin embargo, la siguiente cuestión es: ¿cuál era el contenido de esas hojas? ¿Tendrá alguna relación con el ataque? Y, sobre todo, ¿quién se las habrá llevado?

Coge el libro y se dirige a la mesa en la que están sentados Elisa y Juan. Ve de refilón al becario, que parece controlar todos sus movimientos.

—Voy a saludar a unos amigos. Ya sabes, para despejar la cabeza —le explica.

En cuanto termina de pronunciar estas palabras, se reprende. ¿Por qué tiene que dar explicaciones a un becario?

Cuando llega hasta sus compañeros, hace un gesto con la cabeza a modo de saludo y coloca una silla a su lado. Ambos le miran intrigados.

—¿Ya estás aquí otra vez? —pregunta Juan con sorna.

Diego ignora el comentario de su amigo. Están en una mesa bastante alejados del resto del personal de IT.

—Creo que he descubierto algo —susurra.

—¿Tiene que ver con las páginas de los informes? —pregunta Elisa con cierto nerviosismo al ver que el chico lleva uno de los libros en sus brazos.

—Eso es.

—¡Eh! —se queja Juan—. ¿Qué está pasando que no me habéis contado? ¿Qué secretitos os traéis vosotros dos? Si es que no me puedo despistar ni un segundo.

Elisa y Diego se miran con complicidad. Diego es el primero en hablar.

—En el informe sobre medidas de seguridad del año dos mil veinte faltan cuatro páginas. Alguien las arrancó y, con las prisas, se dejó un trozo de papel —explica dirigiéndose al chico.

Juan arquea una ceja, pensativo.

—¿Has visto los informes de años anteriores? Por si se repite el epígrafe o algo…

—¡Pues claro! —replica con suficiencia—. ¿Con quién crees que estás hablando, chaval? Soy un ninja de las revisiones de documentos. Y, en respuesta a tu pregunta, he comparado los informes de todos los años y, si bien es cierto que hay epígrafes parecidos, en cada versión hay muchas variaciones. Es bastante… desconcertante.

—¿Y el índice? Así podríamos ver a qué capítulo corresponden las páginas que faltan —insiste Juan.

—Ese es otro punto curioso —responde el abogado—. En el informe de dos mil veinte no hay índice. Al principio no me sorprendió demasiado, quizá ese año habían cambiado la forma de presentación, pero ahora me resulta sospechoso…

Juan se frota la barbilla con la mano y dice:

—Una parte de mí piensa que esto es ridículo. Esas páginas pueden no estar ahí por cualquier motivo. —Ahora mira a Elisa—. Quizá os estéis montando películas. Nos ciberatacan, y ya está. ¿Por qué tenéis que buscar tres pies al gato?

—Porque todo esto es raro, Juan —contesta la chica—. Tú mismo lo dijiste.

—¿Y la otra parte? ¿Qué piensa? —presiona Diego, esbozando media sonrisa.

Conoce a su amigo lo suficiente para saber que no está cien por cien convencido de lo que dice.

—Por otra parte, no puedo evitar pensar que es extraño. Nadie toca esos informes de lo aburridos que son. Si os digo la verdad, da pereza solo mirarlos de lejos, por eso encargan a un abogado para revisarlos —responde pinchando a Diego.

Diego pone los ojos en blanco, encajando el golpe.

—Pues igual gracias al abogado tenemos una pista —replica con retintín.

—¿Dónde se guardan habitualmente? —pregunta Elisa, ignorando la discusión de sus compañeros.

—Que yo sepa, en esos armarios.

Juan señala unos armarios blancos al fondo de la sala de IT.

—¿No se cierran con llave?

—No —responde este—, porque la sala de IT tiene llave propia. Se cierra por la noche, si es que no hay nadie. Aunque la verdad es que suele haber gente aquí veinticuatro horas al día, aunque sea un par de personas —reflexiona.

—Entonces cualquiera pudo hacerse con estos libros. —Elisa se dirige al abogado—: Diego, dudo mucho que vayas a encontrar ahí la información sobre los servidores.

—¡¿Se lo has contado?! —pregunta Juan con más sorpresa que enfado. Elisa se encoge de hombros y sonríe a modo de disculpa.

—Los abogados tenemos secreto profesional —defiende Diego.

—Ya, claro, secreto profesional…

—De todas formas —continúa el abogado—, insisto en que no es casual que falten esas hojas. Deberíamos averiguar el contenido y quién se las llevó. Podíamos pedirle a Luis la copia digital del informe.

—¿Hola? La red está cifrada, ¿recuerdas? No tenemos acceso a su contenido —dice Juan.

—Pues entonces llamaremos a los auditores y les pediremos que nos envíen el PDF. En la portada aparece un teléfono y el nombre de la persona que realizó el informe. Estoy seguro de que tendrán una copia digital por ahí guardada. Podrían enviármela al correo del despacho.

—Genial, pero tendremos que avisar a Luis —sugiere Juan.

—Y a Rocío —apunta Diego—. Necesitamos la autorización de uno de ellos para pedirla.

Elisa niega.

—Propongo que se lo digas a tu jefa y que dejemos a Luis al margen hasta que tengamos algo sólido. Bastante tiene ya para preocuparle por unas páginas que faltan y que quizá no tengan relevancia.

Diego se levanta contento por su descubrimiento y por tener algo que hacer. Se despide de sus compañeros para poner rumbo a la asesoría jurídica.

—Os informaré en cuanto sepa algo.

Juan y Elisa se quedan solos de nuevo. El chico bebe un sorbo del café que tiene encima de la mesa. Ese día le toca turno de noche y presiente que va a tener que estar muy despejado. Ha avisado a su novia, Macarena, para que no le espere despierta… los próximos dos o tres días. Ahora su sitio está en ITECO, al lado de su jefe y de sus compañeros.

—Juan —prorrumpe de pronto Elisa—, hay algo que me ha llamado la atención mientras revisaba el código de los TPV.

—¿Tú también estás con eso? —pregunta sorprendido—. ¡Pensaba que estarías persiguiendo a los ciberdelincuentes por la red!

La chica sonríe.

—Habrá que ver si dejan rastro, ¿no?

—Cierto —asiente—. Y dime, ¿qué has visto?

—He comparado una parte del repositorio alterado con una copia antigua del original, que me han pasado tus compañeros, y ¿te has fijado qué forma tan curiosa de alterar el código? Entre otras cosas,

han metido distintas letras, mediante comentarios, a lo largo de todas las líneas.

—Lo he visto —contesta Juan—. Y es una putada, porque ahora tenemos que ir línea a línea revisando qué letra sobra. Se supone que tenemos que recuperar la versión aprobada por el cliente, la que se iba a actualizar, o al menos una versión que funcione para el día de hoy. Es un trabajo de chinos. Todo el backup está encriptado, y no tenemos más que piezas sueltas de distintas versiones. —Se pasa la mano por el pelo castaño—. Han ido a dar donde duele, joder.

—Supongo que lo que quieren es que estéis tan entretenidos arreglando el desaguisado de los TPV y que no haya tiempo ni medios para buscar la vulnerabilidad que permita romper el cifrado. —Elisa hace una pausa—. A propósito de los TPV, quizá tú hayas visto más que yo, pero, por lo que he comprobado en estas últimas horas, las letras intercaladas en el código siempre son las mismas: S, U, C, N, E, A, D.

—No me había fijado, la verdad —responde con sinceridad y cierta sorpresa, pensando en lo que acaba de decir la chica.

—¿Cuándo calculas que podréis tener terminada la revisión?

—Si todo va bien, hacia el final de la tarde. Hay mucha gente trabajando en ello.

—Si encuentras una letra diferente a estas…, ¿me lo dirás?

—Claro. A partir de ahora me fijaré yo también y lo apuntaré —responde—. Puedo comentárselo a alguno de mis compañeros también.

—Mejor que esto quede entre tú y yo —afirma Elisa, que, por el momento, prefiere que sus investigaciones queden entre Juan, Diego y ella—. A Luis tampoco se lo diremos… por ahora. Al igual que con los informes, cuando tengamos alguna pista sólida, la pondremos sobre su mesa. Hasta entonces, mejor ser muy discretos.

—Oído, cocina.

Torre de Cristal, sala de juntas de la planta de IT. Comité de crisis. 16:30

Andrés está sentado en uno de los laterales de la mesa del comité en mangas de camisa y con varios vasos vacíos de café a su lado. Escucha con interés a sus compañeros y, aunque parece cansado, no pierde ese rostro afable que Elisa le ha visto en otras ocasiones. Andrés le gusta. Le ha causado buena impresión desde el primer momento en que le vio por los pasillos de ITECO, y también le gusta el equipo que forma con Luis.

—Bienvenida, Elisa —dice el CEO—. Te agradezco mucho que vengas a ayudarnos.

—Gracias. Espero ser de utilidad —responde con timidez.

—¿Así que trabajabas en CiberCrimm? —pregunta Alfonso, que esa tarde ha tomado el asiento presidencial de la mesa.

A Elisa no le gusta el tono de la pregunta. Esa tarde ha dedicado un rato a investigar por internet a los miembros del comité, y sabe que ha de tener especial cuidado con él.

—Eso es. Trabajé allí cuatro años.

—¿Y luego decidiste dejar la ciberseguridad? ¿Por qué? —vuelve a preguntar con un tono que, aunque pretende sonar amable, resulta más bien amenazador.

—Como le expliqué a Ignacio —responde ella haciendo alusión a la breve entrevista de ese día con el director de Recursos Humanos—, el trabajo en CiberCrimm implicaba un grado de compromiso y sacrificio personal diario que comprendí que no estaba dispuesta a prolongar toda mi vida. Así que decidí volver a Madrid y cambiar de especialidad. Para eso me formé en Diseño UX, tal y como pone mi currículum.

Alfonso está a punto de volver a replicar cuando Andrés le interrumpe con un gesto cortante. No tiene ganas de prolongar el interrogatorio; confía en que Ignacio haya hecho su trabajo y puedan fiarse de la chica.

La puerta de la sala se abre sigilosamente y entra Rocío. Se disculpa por el retraso y toma asiento. Elisa calcula que Diego ha subido a la asesoría jurídica a hablar con ella para contarle lo de los informes y que, por eso, llega tarde. Se pregunta qué le habrá dicho, aunque sabe que tendrá que quedarse con la intriga hasta que termine la reunión.

—Bien. Ahora que estamos todos, abordemos el tema que nos ocupa —comienza Andrés—. La cuestión es que, en el mensaje recibido esta mañana, los atacantes han dejado un correo electrónico, no sabemos bien por qué, pero ahí está. Mi intención es utilizar ese correo para enviarles un mensaje; no un mensaje cualquiera, sino una oferta.

—A ver, Andrés —interrumpe Alfonso—. Si una de las teorías que barajamos es que está organizado por un competidor, ¿seguimos pensando en pagarles?

El CEO se encoge de hombros.

—Si eso hace que nos dejen en paz, quizá no sea mala idea.

Elisa arquea las cejas sorprendida y se atreve a preguntar:

—Perdonad, ¿qué os hace pensar que viene de un competidor?

—Seguramente no lo sabías. Esta semana estaba previsto que se cerrara la operación Assetive, por la que íbamos a facturar… muchos millones —explica Andrés—. ¿No es extraño que sea justo ahora? La fecha de cierre solo la conocen algunas personas de ITECO y nuestros abogados, y lo mismo por parte de WILDCORP. La cuestión es que tal vez alguien se fue de la lengua y esa información llegó a oídos de algún competidor. Quizá alguno al que no dejamos participar en la operación o que, por algo, nos tiene entre ceja y ceja.

—Puede ser —responde Elisa sin mucho convencimiento.

Pese a su apariencia tranquila, el cerebro de la chica vuela: que el atacante sea un competidor no es una teoría tan descabellada; sin embargo, le extraña. Le parece raro que un rival en el mercado monte tanta parafernalia. Solo alguien con verdadera tirria a la compañía haría algo así.

—A mí no sé si me convence esta idea de enviarles un email —sugiere de pronto Alejandra—. ¿Cómo nos dirigimos a ellos? ¿«Estimados»? ¿«Señores»? ¿«Amigos»? ¿Un simple «Hola»? —Algunas miradas cortantes se dirigen a la directora de Marketing. No es momento para bromas—. No es un comentario tan absurdo —se defiende sin evitar ponerse colorada.

—Andrés, si quieres mi opinión sincera, yo no tengo tan claro que sea buena idea enviarles ese mensaje —comenta Luis.

—A mí lo que me preocupa —añade Elisa con timidez— es que lo

cuelguen en las redes y aparezca en todos los periódicos. O que el día de mañana os lluevan los ataques porque saben que vais a pagar.

—Sí. Además, esto es un duelo de egos. Un pulso entre los hackers y nosotros. ¿No lo veis? —se exaspera Alfonso.

—Además —prosigue Elisa—, estoy al noventa y nueve por ciento segura de que tienen todo configurado. Es decir, todos los bichos que nos quieran meter ya están aquí. Solo falta activarlos, y por mi experiencia os diré que pagar no siempre garantiza que te vayan a dar el código de desencriptación o, en este caso, no seguir adelante con el resto de los ataques.

El CISO asiente, satisfecho, antes de intervenir:

—Es justo lo que yo comenté al principio —dice mirando a Andrés.

Los miembros del comité están algo decepcionados. El mensaje con la oferta económica podría ser el punto que pusiera fin a la crisis. No obstante, si los expertos lo desaconsejan, todos coinciden en que lo mejor será no arriesgarse y seguir trabajando como hasta ahora, contrarreloj, para poder romper el cifrado y con la esperanza de que ITECO tenga la fortaleza suficiente para sobrevivir a los cuatro ataques.

Torre de Cristal, planta de IT. 17:45

—¿Y bien? ¿Qué tal ha ido tu primera reunión importante? —Alba aborda a Elisa en cuanto la ve salir de la sala de juntas.

—Bastante bien.

—¿Qué se cuece?

—Pues poca cosa —responde Elisa, escueta—. Comprenderás que no van a darme grandes detalles de cómo se está llevando la gestión…

—Pero te han pedido tu opinión.

—Me han preguntado si debemos proponer una oferta económica. —Se encoge de hombros—. Les he dicho que no, claro.

Alba guarda silencio unos instantes, meditando en sus palabras.

—Pues yo no sé qué les hubiera dicho. Tal vez pagando se termine todo.

—Vamos, Alba. ¡Esto es de primero de ciberataque! Pagar no significa ganar la partida. Más bien, todo lo contrario.

Acompañada por su amiga, Elisa vuelve a la mesa que comparte con Juan. El chico, ataviado con unos grandes auriculares, se encuentra absorto en su monitor y tarda unos segundos en reparar en ellas.

—¿Lo has resuelto ya? —pregunta a Elisa en tono burlón.

Ella pone los ojos en blanco y le contesta:

—Dame tiempo…

—Oye, bonito pelo. Es muy… colorido —comenta el chico, reparando en Alba.

—Esta es mi amiga Alba —la presenta Elisa—. Nos conocemos desde la universidad, y da la casualidad de que la han llamado para echar una mano. Veníamos comentando si es conveniente pagar.

—¿Pagar? ¿Estamos locos? —sentencia Juan—. Pagar no garantiza nada.

—Quizá con unos milloncejos se ablande el alma de los atacantes —replica Alba con sorna.

—La mía se ablandaría fijo —bromea Juan—. Me iría al Caribe y no me volveríais a ver el pelo.

Elisa escucha la conversación divertida. Se le hace extraño volver a compartir oficina con Alba. Por un momento ha sentido un déjà vu de sus años en CiberCrimm. Echaba de menos esos chascarrillos frente al ordenador, imaginando qué pasaría por la cabeza de los cibercriminales.

—Pues yo creo que pagar es perder —sentencia.

—Sí, Elisa se muere si paga… o si pierde —le guiña un ojo.

—No es para tanto…

—¡¿Que no?! —Alba se dirige a Juan y le explica—: En la universidad,

Elisa ganaba todos los piques que hacíamos entre nosotros. No había cosa que la tía no supiera hackear. Llegó un momento en que hasta dejamos de hacer apuestas. No tenía sentido…

—Eso es verdad —responde Elisa soltando una carcajada.

—Y si eres tan buena, ¿por qué lo dejaste? —pregunta Juan.

—Es una larga historia, y no hay tiempo para contarla. Tenemos que ponernos a trabajar.

—Sí, yo también debería volver a mi sitio —comenta Alba.

—¡Eso! —bromea Juan—, que solo te he visto tomar cafés.

Ella le mira de forma intensa, le dedica una peineta, sonríe y se va.

—¡Me cae bien esta chica!

Torre de Cristal, planta de IT. 18:00

A Diego le parece increíble la larga espera para poder contactar con el responsable del equipo que realizó los informes de auditoría y medidas de seguridad. Lleva más de veinte minutos al teléfono y solo ha conseguido hablar con una secretaria, que le pasa con otra secretaria que no encuentra a la persona indicada. Típico de los despachos y consultoras grandes, piensa el abogado.

Está contento por su descubrimiento. Cuando se lo contó a Rocío, la mujer no daba crédito. De hecho, le había mirado con cierta incredulidad hasta que pudo comprobar por sí misma la ausencia de las páginas en el informe de 2020. Enseguida obtuvo su colaboración.

—Enviaré un correo a los auditores para que nos manden esos informes. En paralelo, Diego, tú les llamarás, ¿vale? Intentaremos conseguir algo esta misma noche.

Al cabo de un buen rato de espera telefónica, una voz responde. Diego se identifica y explica el motivo de su llamada; diez minutos más tarde cuelga frustrado. Le volverán a llamar. Tienen que buscar el informe. El chico les ha avisado de lo crítico de la situación y de la urgencia, por lo que espera que no se demoren más de lo necesario.

Consulta su reloj y recuerda la conversación mantenida con Pablo hace un buen rato. Su jefe también parecía más que satisfecho con su trabajo, y lo mejor de todo es que le ha dado luz verde para seguir investigando en IT, siempre que Rocío esté de acuerdo y siempre que no descuide a sus clientes del despacho, claro. De lo que ninguno de los dos tiene ni idea es de sus conspiraciones con su amigo Juan y ahora con la chica hacker.

Esa chica le inquieta y le gusta a partes iguales. A pesar de su aspecto de no haber matado una mosca, siente que detrás de un ordenador ella puede ser implacable. Aún no la ha visto en acción, pero reconoce que está moviendo unos hilos muy finos y sutiles para llegar al fondo del asunto. Al fin y al cabo, fue ella quien le dijo que se fijase en aquello que faltaba en el informe. Una casualidad bastante curiosa, reflexiona.

Una hora más tarde recibe una llamada de la empresa de auditoría.

—Hola, Diego, soy Carlos Santos, el auditor que coordinó el equipo para la realización de los informes de seguridad de ITECO —se identifica.

—¿Cómo estás, Carlos? ¿Habéis encontrado el archivo?

—Me temo que por eso te llamo… El archivo ha desaparecido.

—¡¿Cómo?! —responde el abogado y piensa que afortunadamente está sentado.

—Sí, que no está. Lo hemos buscado en todas las carpetas y copias de seguridad, y nada. Nuestro equipo de IT trabaja en ello, es posible que nos hayan hackeado a nosotros también. Nuestros compañeros de ciberseguridad están revisando qué pudo haber pasado.

—¿Os falta algo más?

—Que sepamos, no…, solo vuestro informe. Pero tenemos que comprobarlo todo.

—¿Y desaparece así sin más? ¿No nos dais alternativa?

—Podemos enviaros una copia física, aunque eso no podría ser hasta mañana. Enviamos toda la documentación en papel a nuestro archivo a las afueras de Madrid. Como comprenderás, no tenemos espacio suficiente en nuestras oficinas del centro para todo lo que hacemos.

—Tal vez mañana sea demasiado tarde —contesta Diego enfadado—.

¿No hay otra opción?

—Me temo que no… —responde Carlos.

El abogado pone los ojos en blanco.

—Está bien. Pero que sea a primera hora, no tenemos ni un minuto que perder.

—A las ocho, un mensajero estará en ITECO.

—De acuerdo.

El abogado, frustrado, cuelga el teléfono. Llama a Rocío para explicarle lo ocurrido y, una vez más, se dirige a la mesa en la que están sentados Juan y Elisa, que continúan trabajando en el código de los TPV. Les explica la conversación con el auditor y el supuesto hackeo a la empresa de auditoría. Los chicos se miran con ojos como platos.

Tienen que hablar con Luis, ya no puede haber más dilación.

Torre de Cristal, despacho de Luis. 19:00

El CISO está sentado en su despacho. Mira concentrado la enorme pantalla de su ordenador. Está «espídico». Demasiada presión, demasiados cafés. Las horas pasan, ya son las siete de la tarde y, a pesar de llevar casi doce horas en ITECO, aún no le ha dado el bajón de energía. Por fin ha llamado a sus hijas y, al menos, se siente mejor padre. Les ha explicado que hay un problema gordo en la compañía, pero espera que pronto se solucione. De todas formas, ¿a quién pretende engañar? Ya son lo suficientemente mayores para leer la prensa y enterarse del berenjenal en el que está metido. Probablemente, también tendrán una cuenta en Twitter. Necesitará mucho apoyo por parte de su familia cuando se quede sin trabajo, aunque será una buena ocasión para pasar más tiempo con ellas. Quizá incluso Alicia se alegre de que pueda estar una temporada en casa y mantener una relación con sus hijas más allá de llamadas telefónicas y un rato los fines de semana. Si le despiden de ITECO…

«No. ¡No pienses eso! —se reprende otra vez—. Actitud positiva, Luis. No puedes venirte abajo en medio de la crisis».

Oye unos golpecitos en la puerta y ve a tres personas pidiéndole permiso para entrar. Reconoce a Juan y a Elisa. Si bien el tercero le suena de vista, en ese momento no logra ubicarlo.

—¿Podemos hablar un momento contigo, jefe? —pregunta Juan asomando la cabeza.

Luis les hace una seña. Entran en la sala. El chico de la camisa colorida explica:

—A Elisa ya la conoces, y este es Diego, un abogado que está trabajando para nosotros.

El joven abogado le da la mano a Luis, que acaba de recordarle como el «abogado loco» de esa mañana. El CISO los mira a los tres, expectante. Tan jóvenes, tan llenos de energía, con cientos de posibilidades de reinventarse. Ojalá él pudiera retroceder veinte años, piensa.

Los jóvenes toman asiento. Es Elisa la primera en hablar:

—Hemos averiguado algunas cosas, y pensamos que, llegados a este punto, es mejor compartirlas contigo.

—No queríamos decirte nada antes porque no era plan preocuparte con teorías infundadas —añade Juan—. Las circunstancias han cambiado un poco…

—Bien, contadme —responde Luis intrigado.

Juan y Elisa miran a Diego.

—Vamos, Diego —le anima Juan—. Tú eres el descubridor.

El abogado mira a Luis, que le inspira una mezcla de respeto y lástima. Respeto porque ha oído que es una eminencia en España en su sector y por la entereza con la que está afrontando la situación, cuando otros en su lugar habrían hecho una «bomba de humo» o se habrían venido completamente abajo. Y lástima por el rostro demacrado, con enormes bolsas debajo de los ojos, y la pizca de desesperación con la que les está mirando. Diego está contento por estar ahí sentado, por tener un pequeño hallazgo e intentar aportar algo a la causa, así que explica:

—Me ofrecí voluntario cuando Rocío pidió que hiciéramos una revisión de los informes de auditoría y medidas de seguridad, para

verificar que podemos cumplir aquello a lo que, por contrato, nos comprometimos con los clientes. Por eso llevo desde ayer en vuestra área revisando los documentos de los últimos años. La cuestión es que esta mañana me he dado cuenta de que en el informe del año dos mil veinte faltan cuatro páginas —continúa el abogado. Luis arquea las cejas, incrédulo—. Alguien las arrancó, porque quedaron restos de papel entre las anillas y porque hay un salto en la numeración. Ahí no acaba todo —prosigue Diego—. Dado que no podía conseguir la copia digital de ITECO por la encriptación de los archivos, lo hablé con Rocío y llamé a la auditora que hizo los informes para que nos la remitieran.

—¿Y la tenemos? —pregunta Luis impaciente.

—Eso es lo grave, jefe —dice Juan—. Parece que han hackeado a la auditora y se la han robado.

—¡¿Qué?! —exclama el CISO.

—Sí. Y no solo eso —continúa Diego—: la persona con la que hablé me dijo que su equipo de cíber estaba revisando la incidencia, pero que, por lo que habían podido comprobar, solo falta ese fichero.

—Pero tienen una copia física —añade Elisa con rapidez al ver que el rostro de Luis se va poniendo lívido—. Nos la harán llegar mañana por la mañana.

—Somos conscientes de que es mucho tiempo, y que eso es justo lo que no tenemos —sigue Diego—. Por lo visto, el archivo está fuera de Madrid y tardarán en localizarla y traerla aquí. Les advertí que no tenemos un minuto que perder, pero era eso o nada.

—Gracias, Diego —responde Luis con sinceridad—. Has hecho un buen trabajo.

El CISO les mira con preocupación y se revuelve inquieto en la silla, como si su cabeza estuviera pensando en otras cosas al mismo tiempo que habla con ellos.

—Jefe, sospechamos que lo que pueden contener esas páginas es en qué servidor estaba cada activo y quién conoce esa información.

—Pero hay una cosa que no entiendo —dice Elisa—. Si esas medidas de seguridad son tan secretas, ¿por qué las guardáis en un armario sin llave?

Luis contempla a la chica y esboza una sonrisa amarga antes de contestar.

—El informe de dos mil veinte no se guardaba en la sala común, sino en mi despacho, bajo llave.

Los tres jóvenes se miran con gran sorpresa.

—Pero eso quiere decir…

—Justo lo que estás pensando, Juan —responde Luis—: alguien se tomó muchas molestias para entrar en mi despacho sin ser visto, coger la llave y arrancar esas páginas.

El silencio se hace en la sala unos segundos, mientras analizan la situación.

—Y mi pregunta es: ¿por qué un hacker se apropiaría de unos informes en papel si seguramente le es más sencillo robarlos de un ordenador? Sobre todo, teniendo en cuenta que tuvo que tomarse la molestia de entrar en tu despacho, buscar la llave… —pregunta Diego.

—Quizá no sea un hacker —elucubra Luis, sintiendo un escalofrío al pensar en su teoría sobre el topo en el comité.

—Hay otra cosa más —dice Elisa mirando a Juan. El chico asiente con la cabeza instándole a hablar—. Hemos descubierto algo raro en el código del software TPV. No sé si te lo han comentado: aparte de inutilizarlo, han añadido, mediante comentarios, una serie de letras aparentemente aleatorias en las líneas.

—¿Aparentemente?

—Sí, en principio parecían letras al azar. Luego descubrimos que siempre son las mismas: S, U, C, N, E, A, D. Juan me lo corroboró esta tarde en cuanto el equipo terminó de limpiar el código.

—¿Sabemos qué significan?

—Aún no —responde Elisa—, pero sospecho que es alguna clase de firma. A algunos cibercriminales les gusta dejar su sello, aunque aún no sé a qué puede hacer referencia. Sinceramente, no me suena ningún grupo que tenga una denominación con todas estas letras; seguiré buscando.

Luis analiza la información. Mira a los jóvenes que tiene sentados

enfrente. Llenos de emoción, le han contado sus descubrimientos de forma casi atropellada, y no es para menos. Ahora el CISO sopesa si compartir con ellos sus teorías. Juan es uno de sus mejores trabajadores, y los otros dos le parecen bastante competentes. Quizá no estaría mal tener un pequeño equipo de investigación. Siente que esta situación es demasiado compleja para una sola persona y tal vez haya llegado la ayuda que necesitaba, teniendo en cuenta que el comité de crisis se está convirtiendo más en un procedimiento formal que en una herramienta para aportar soluciones.

Al fin, el CISO, rezando por no equivocarse, les dice:

—Bien, os contaré las hipótesis que barajamos al respecto. Esta información no puede salir de aquí. No lo comentéis con nadie, ni siquiera de IT o vuestros departamentos. —Mira a Diego y a Elisa—. Hablaré con vuestros jefes y les diré que estos días trabajaréis para mí, ¿de acuerdo?

Los tres asienten en silencio con cierta emoción.

En primer lugar, el CISO les explica la teoría del ataque por parte de los competidores de ITECO. Teoría que ocupa el primer puesto en el comité y que Elisa ya conoce.

—¡Eso fue lo primero que yo pensé! —exclama Diego—. Es demasiado casual que sea la semana del cierre. Mi despacho dio soporte en la operación, por eso conozco la fecha —aclara ante la mirada de sorpresa que pone Luis.

Elisa interviene:

—Es cierto que todo encaja con esa teoría, salvo por dos pequeños cabos sueltos: en primer lugar, si confirmamos que las páginas del informe fueron arrancadas para preparar el ciberataque, significa que alguien de la compañía está implicado, y la cuestión es ¿quién es y qué relación tiene con los hackers? En segundo lugar, mi opinión es que es demasiado elaborado, demasiado… personal, para ser un simple competidor que quiere hacer daño a ITECO, no sé si me explico.

—Perfectamente —asiente Luis—. Yo estoy convencido de que es alguien de dentro.

El CISO suelta este comentario a bocajarro. De pronto le invade la sensación de haberse quitado un peso de encima al compartir en voz alta su opinión.

—¡Qué dices, Luis! —exclama Juan—. ¿Quién puede ser tan capullo? Si la empresa va mal, muchos compañeros podrían quedarse en la calle.

—Me duele decir esto, pero pienso que es alguien del comité —replica el CISO con seriedad.

—¿Del comité? ¿Por qué? —pregunta Elisa.

—Por la comunicación a los clientes. Solo los que estábamos allí sabíamos cuándo se enviaría y que lo haría Fernando, el compañero de Alejandra. Alguien le siguió hasta el Buen Café.

La chica mira al CISO y asiente. Eso puede tener sentido. Algunas de las personas del comité son también conocedoras de la ubicación de los servidores. Todo encajaría.

—¿Habéis revisado las cámaras de seguridad del Buen Café? —se aventura Elisa.

—No lo había pensado Quizá podríamos preguntar a Rocío cómo podemos conseguir esas imágenes, porque legalmente…

—Legalmente tardaríamos demasiado —responde Diego.

—¿Quién está hablando de pedirlas? —responde Elisa—. ¡No tenemos tiempo!

Mira a Juan, buscando su complicidad. Sabe que Luis es demasiado recto y que, de primeras, no estará de acuerdo con hackear la cafetería y entrar en su sistema para buscar las imágenes de las cámaras, que es muy probable que todavía estén guardadas. En una situación como esta, tanta rigidez y tanto protocolo pueden suponer su punto débil.

—¡Por fin un poco de acción! —exclama Juan, que apoya la iniciativa. A continuación mira a su jefe con gesto interrogante.

—No sé si me gusta demasiado ese plan —responde el CISO.

El chico responde:

—¡Vamos! No tenemos más alternativas ni tiempo. Sabes que no hay una forma más rápida de conseguir las imágenes. Elisa tiene razón. Imagínate que entramos ahí y vemos que casualmente… Alfonso está en la cafetería. Unir los puntos para encontrar al dinosaurio, jefe —afirma con el tono más convincente que puede.

—Esto no saldrá de aquí —confirma Elisa.

Le ha llamado la atención el comentario de Juan. ¿Alfonso? Ella también lo había pensado.

—Yo no he oído nada —responde Diego.

Luis comprende que no le queda otra opción, aunque teme las consecuencias. ¿Y si les descubren? ¿Y si encima de quedarse sin trabajo es acusado de cómplice de un delito? Es cierto que no sería la primera, ni mucho menos la última vez que comete una ilegalidad detrás de la pantalla de un ordenador, sin embargo, siempre ha sido a título personal, nunca en el ejercicio de su puesto como CISO.

Tras unos instantes de meditación, entiende que no tiene más remedio. Hay que tomar decisiones rápidas si quieren sacar ventaja a esos hackers. Finalmente, entre todos acuerdan que Juan se encargará.

—Pero recuerda, Juan —le dice—: entrar, copiar las imágenes y salir sin dejar rastro.

—Sí, jefe, descuida —responde—. No creo que el encargado del Buen Café tenga grandes secretos que nos interese descubrir. ¿Os imagináis? Fiestas nocturnas, disfraces…

Todos sonríen ante los comentarios de Juan, que aportan un poco de alegría.

—Y respecto a los miembros del comité —continúa Elisa seria—, también hay que hacer algo. Tenemos que entrar en sus correos electrónicos.

—¡¿Qué?! —exclama Luis aturdido.

Diego la mira entre divertido y sorprendido.

—¡Me encanta esta chica! —exclama Juan sonriente—. Porque yo ya he conocido al amor de mi vida, que si no… —comenta divertido y le lanza a Diego una mirada significativa.

Elisa sabe que sus métodos no son del todo ortodoxos y teme no estar causándole muy buena impresión al CISO, sin embargo, también sabe que, si realmente el hacker que está detrás del incidente es alguien de ITECO, la única manera de dar con él es utilizando una estrategia más… arriesgada. Y a ella siempre le ha gustado el riesgo.

Luis medita su respuesta.

—Está bien —responde al fin, derrotado—. Os daré autorización, pero esto no saldrá de aquí.

—Gracias, Luis. Yo lo haré —afirma Elisa—. Aunque será una tarea pesada, quizá encontremos algo.

—Esto podría llevar mucho tiempo —dice Luis—. Son varias cuentas las que habría que revisar. Los miembros del comité que conocen la ubicación de los servidores son Andrés, Alfonso, Roberto y yo mismo, claro. Sin embargo, y ya puestos a mojarnos, te diría que quizá también debamos revisar si alguno de los desarrolladores jefe de los activos tiene algo que ver. Cada uno de ellos conoce la ubicación de su activo. Dudo mucho que Isabel esté relacionada con el ataque de hoy, pero quedan aún otros dos en las próximas horas.

—Bien. Empezaré por los correos del comité, luego los otros.

—Yo te ayudaré —se ofrece Diego, a lo que la chica le responde con una sonrisa de agradecimiento—. Es mucho trabajo, y hasta que no recibamos el informe, poco más puedo hacer.

—Yo te daré mi contraseña. No tengo nada que ocultar, y lo justo es que en mi caso revises lo que tengas que revisar, igual que con los demás.

Elisa asiente impresionada por la integridad del hombre. Se lo agradece. Así le resultará menos violento inspeccionar su correo. Confía plenamente en que Luis no es más que otra víctima, pero sabe que no puede dejar pasar ni un detalle, ni dejar de sospechar de nadie si quiere hacer bien su trabajo.

—Muy bien. Manos a la obra.

Capítulo 6

Torre de Cristal. Sala de juntas de la planta de IT. Comité de crisis. 22:15

A las diez de la noche, los TPV vuelven a funcionar de nuevo. El equipo de IT celebra con vítores su primer éxito y, durante unos instantes, el ambiente en la planta es algo más amable y distendido. Ninguno se olvida de que les quedan cuarenta y ocho horas de lucha, si bien tienen un fallo menos del que preocuparse.

Andrés también está contento y felicita a Luis frente a los miembros del comité. Tendrán que pagar mucho dinero por ese día, pero es una cantidad que la empresa puede asumir y, en cuanto lo solucionen todo, buscarán alguna forma de limpiar la imagen de ITECO. Por el momento, Alejandra ha llamado a todos los periódicos para publicar una nota de prensa en la que se narre, con pelos y señales, ese pequeño triunfo. Eso calmará muchas voces de alarma y tranquilizará, en la medida de lo posible, a los clientes.

El comité se desarrolla con falsa normalidad, sin más noticias que la de los TPV. A esas horas solo quedan en el edificio el equipo de IT y los miembros del comité, y se ha dado la orden de que al día siguiente solo acudan a las oficinas las personas que trabajen allí de forma habitual. Entre todos han convenido que lo mejor será dar una imagen de tranquilidad, tal y como se indicaba en el mensaje que circuló esa mañana. Aunque aún no saben quién lo envió, coinciden en que en ese punto la idea era acertada…, excepto por haber duplicado el aforo del edificio, claro.

Luis sabe que Rocío es conocedora del descubrimiento de las páginas que faltan en los informes. Con una mirada cómplice, ambos acuerdan que ninguno dirá nada al respecto. Cuando se levanta la sesión, casi a las once de la noche, la abogada sigue a Luis a su despacho.

—He llamado personalmente a la empresa de auditoría —le dice la abogada—. Mañana a las ocho de la mañana tendremos aquí a un mensajero con los informes. Es inaudito que no puedan enviárnoslos antes.

—A mí lo que me parece peor es que les haya desaparecido nuestra copia digital —responde el CISO.

—Estoy segura de que es obra de los mismos hackers. —Rocío hace una pausa—. Luis, si necesitas algo, lo que sea, no dejes de decírmelo.

El tono amable de la abogada se vuelve repentinamente serio. El hombre se pregunta si Diego le habrá contado algo sobre sus planes. Sabe que está ocultando información a Andrés y a los miembros del comité…, todo impropio de él. ¿Qué le está pasando? Mira a Rocío y de pronto siente alivio porque en sus ojos no ve signos de reproche, sino afecto. La abogada continúa:

—Me imagino que esta situación estará siendo sumamente complicada para ti. Todos los demás estamos nerviosos, pero no tenemos sobre nuestros hombros el peso y la responsabilidad que tú estás soportando. No quisiera que te sientas solo en esto, así que, por favor, si puedo ayudarte a resolver cualquier problema, o si necesitas a alguien con quien hablar, cuenta conmigo.

—Te lo agradezco de verdad —responde Luis conmovido.

Acaba de darse cuenta de que Rocío es la primera de todos sus compañeros que se ha ofrecido a echarle un cable más allá de las instrucciones que se den en el comité. En ocasiones, reflexiona, la mejor ayuda, el mejor signo de generosidad, es que alguien dedique unos minutos de su tiempo a tomarse un café, escuchar e intentar ponerse en la piel del otro para que se sienta comprendido.

—Tú no crees que el autor sea un competidor, ¿verdad, Luis? Piensas que es alguien de dentro. —El CISO asiente con la cabeza, sin pronunciar una palabra—. Yo también lo creo —prosigue la abogada —. Desde lo de los servidores, concretamente. Bien, pues mi consejo es que hables con Andrés. No le cuentes todas las hipótesis que tengas, si no son sólidas y así lo estimas, aunque debería ir haciéndose a la idea de que puede tener al enemigo en casa, si es que no lo sospecha ya.

—Lo sé —responde Luis—, pero no quiero ir al despacho de Andrés solo con conjeturas. Tú mejor que nadie lo deberías saber.

Ella asiente.

—Avísame si necesitas algo, aunque creo que tienes un buen ayudante —dice en alusión a Diego.

—Sí. Tengo un gran equipo —responde Luis, que observa, a través de

la pared de cristal, a todos los chicos concentrados en sus pantallas.

En cuanto Rocío cierra la puerta tras de sí, Luis mira a través de la cristalera a Elisa, Juan y Diego trabajando en una mesa algo apartada del resto. El abogado y la chica tienen la vista fija en el monitor de esta. Están ensimismados, y solo de vez en cuando intercambian algún comentario. Deben de estar revisando los correos electrónicos. Hace unas horas que le dio su contraseña a Elisa. Está intrigado, y también preocupado. Tener un traidor en la compañía no es plato de buen gusto, y se pregunta cómo le sentará a Andrés cuando lo descubra. Además, tendrá que reflexionar cómo se lo explicará a su jefe.

Consulta su reloj y piensa que ese día tampoco verá a sus hijas, y que probablemente su mujer ya esté dormida cuando llegue a casa, pero no puede marcharse ahora, que por fin hay avances en la investigación. Sale de su despacho y se acerca a los jóvenes, que ni siquiera le sienten.

—¿Cómo va la búsqueda? —pregunta.

Elisa y Diego dan un respingo y le miran con ojos vidriosos debido a las horas que llevan absortos en la pantalla. El abogado tiene una libreta de notas a su lado.

—Nos está llevando mucho tiempo revisar los emails —responde Diego—. Son cientos de correos, y es muy difícil establecer un límite temporal, ya que lo más seguro es que todo se planease con bastante antelación.

Luis asiente con la cabeza y coloca una silla a su lado.

—¿Cómo estáis haciendo la búsqueda?

—Por palabras clave como «ataque», «hackers», y luego algunos términos más sutiles: «recompensa», «dinero», «horas», etcétera —responde Elisa—. Ya te imaginarás que con estas palabras los resultados aparecen por decenas.

—Por el momento hemos revisado el correo de Andrés y casi terminado el de Roberto. Están limpios.

—Dudo que Andrés esté implicado —comenta Luis.

Elisa se encoge de hombros y responde:

—Pensé que era el primero que debíamos revisar, ya no por su

implicación, sino porque si alguien tuviera algo contra él, quizá le habría enviado algún tipo de amenaza, algo que el CEO no hubiese querido contar.

—Es posible —responde, valorando esa teoría—. En ese caso, supongo que Andrés ya sabría hacia dónde dirigir los esfuerzos de búsqueda, y quiero pensar que me hubiera dicho algo.

—De todas formas, no hemos visto nada extraño, así que creo que, en principio, podemos descartar todo lo que tenga que ver con él.

El CISO asiente y piensa en el arduo trabajo que espera a los dos chicos, que aún tienen que comprobar las bandejas de entrada de varias personas, entre ellas la suya. Mira a Juan, que, en la mesa de enfrente, también parece concentrado en su ordenador.

—¿Y tú cómo vas, Juan? —le pregunta acercándose.

Sus dos compañeros levantan la vista hacia él.

—Pues esto me está resultando algo más complicado de lo que esperaba —contesta con el ceño fruncido.

—¿No has podido conseguir las imágenes?

El chico mira a su jefe y arquea una ceja.

—Por favor, jefe —contesta burlón—, como si no me conocieras. Hacerme con las imágenes ha sido coser y cantar. Lo que no esperaba es que el Buen Café estuviese tan lleno a esas horas. Sí que hacen negocio, sí…

—Era la una del mediodía —le dice Diego son sorna—. ¿Qué esperabas? ¿Que hubiese solo una persona además de Fernando y que incluso pudieras ver lo que estaba haciendo con su ordenador?

Juan le dedica una mueca a su amigo.

—Esperaba que fuese más fácil, la verdad. Esa cafetería tiene dos pisos y una terraza. Hay muchas personas. Varias decenas. Sabemos que unas cuantas son de ITECO porque llevaban la identificación, otras muchas pueden ser empleados que no conocemos o gente random que se tomaba un café.

Luis mira las imágenes que el chico le muestra en la pantalla. Está abarrotado, y el establecimiento es bastante grande. Resulta casi

imposible detectar quién puede estar manipulando la red wifi.

—Descarta a todos los que no lleven ordenador o dispositivo móvil —le dice a Juan—. Se me ocurre que, de entre los que queden, podemos cotejar con Ignacio quiénes son empleados.

—¿Por qué estamos dando por hecho que es un empleado? —pregunta Diego.

—Supongo que porque solo internamente se sabía que sería Fernando quien enviase la comunicación y a qué hora lo haría. Solo había que seguirle —responde Elisa sin mucho convencimiento—. De todas formas, opino que la manipulación desde el Buen Café la pudo hacer cualquiera. Quizá alguien de dentro sabía lo de Fernando, pero pudo llamar a un hacker e indicarle que fuese a la cafetería, porque solo desde allí sería posible interceptar la comunicación…

Los otros asienten y miran el lugar donde se encuentra sentado Juan en busca de respuestas. El chico está frustrado. Esperaba que con las imágenes del local pudiera descubrir quién impidió el envío de la comunicación, pero no solo hay mucha gente, sino que la resolución de las imágenes no es lo bastante buena para poder intuir lo que se ve en las pantallas de los ordenadores o en los teléfonos de los clientes.

—Un momento —dice de pronto Luis, señalando el monitor—. Juan, fíjate en esto.

El chico mira adonde Luis le indica y guiña los ojos como si así pudiera mejorar la resolución de la imagen. Diego y Elisa se intercambian un gesto, se levantan y se dirigen a la mesa de su compañero.

—Las cámaras no están bien colocadas —apunta Juan—. Hay una persona sentada en esta mesa a la que no podemos ver. Solo la parte de detrás del ordenador y una pierna…

—Sería muchísima casualidad —se aventura Elisa—. ¿Y si esa persona sabía que sentándose ahí pasaría desapercibida?

—Es una muy buena forma de protegerse —añade Diego—. Aún en el caso de que se descubriera quién es el autor del ciberataque, esa persona permanecería en el anonimato. No habría forma de relacionarla.

Los cuatro miran la pantalla de Juan y cómo retrocede y adelanta las imágenes esperando captar que la persona misteriosa llega a esa mesa

o se levanta de ella; en ningún momento se le ve la cara.

—Ya lo sabía —murmura Elisa—. El hombre que aparece en el vídeo, porque está claro que esa pierna no puede ser de una mujer, ya sabía que las cámaras no enfocan a esa mesa, que no están bien colocadas. Fijaos en cómo se sienta y qué postura corporal tan rara.

Sin separar la vista de la pantalla, Luis añade:

—Es como si bordease la mesa por detrás para colocar la silla justo en el ángulo ciego. Quien esté detrás de esto es un profesional.

—No tanto —dice Elisa—. ¡Mirad! En la pequeña parte que podemos apreciar de su portátil figura el logo de ITECO.

Los tres chicos se inclinan para poder visualizar la pequeña sombra en la que, efectivamente, se intuyen las inconfundibles letras naranja de la empresa.

—Eso solo nos indica que utilizaron un ordenador de la compañía. La mayoría de los empleados tiene una pegatina como esa en su portátil.

—Sí, pero nunca se sabe si este pequeño descuido podrá sernos de utilidad.

—¿Y si es una casualidad? ¿Y si simplemente las cámaras no están bien situadas y alguien se sentó ahí a trabajar? Quizá estemos sacando las cosas de quicio… —sugiere Diego.

Mientras el equipo sigue haciendo conjeturas y revisando las imágenes, alguien se acaba de dar cuenta de que su pequeño despiste puede llegar a delatarle. Baja la pantalla de su portátil y, cuando nadie le mira, arranca la pegatina. Las letras de la compañía caen en la papelera.

Bonita metáfora, piensa.

Torre de Cristal, planta de IT. 23:30

Andrés entra en la planta de IT. Se siente inútil. Ya es tarde y solo quedan Luis y los informáticos que están en el turno de guardia. Le gustaría poder ayudarles y aportar algo más, pero se recuerda que sus

conocimientos en informática han quedado desfasados hace tiempo. Dirige una mirada a la mesa en la que se encuentran los restos de la cena que ha encargado para su equipo. Aunque no es gran cosa, espera que lo disfruten: unos bocadillos, unos sándwiches, unos refrescos, algo dulce de postre…

Quedan cuarenta y ocho horas para que todo termine y se pregunta si esta será de las últimas veces que pasee por los pasillos de la imponente torre. Aún recuerda cuando se trasladaron al edificio: contrataron a unos excelentes decoradores e ITECO salió en todas las revistas de tecnología y de interiores. Parecía estar en la cima del mundo, y ahora…

Ahora todo se derrumba.

En el fondo de la sala, en unas mesas apartadas del resto, observa a Luis hablar con tres chicos: Elisa y otros dos a quienes no conoce. Están preocupados mirando la pantalla del ordenador, y hablan entre ellos mientras la señalan. De pronto, el corazón le da un vuelco. ¿Se habrán vuelto a estropear los TPV y nadie le ha avisado? No puede ser. Ya está paranoico. El ambiente está calmado. Los técnicos trabajan concentrados, pero ha desaparecido el alboroto que reinó en la planta todo el día. Se acerca a su CISO. Tras darle una palmadita en el hombro, este le mira sobresaltado. A Andrés eso le extraña.

—Pensaba que ya estarías en casa —le dice Luis.

—Dudo que pueda conciliar el sueño esta noche —responde—. He decidido pasarme para ver cómo iban las cosas por aquí y os he visto muy concentrados.

Los tres jóvenes se preguntan qué le va a decir Luis a Andrés. ¿Le va a contar lo que están tramando? Juan mira a Elisa con cierta preocupación. Por suerte, ha visto de refilón que Andrés se dirigía hacia ellos, justo a tiempo para minimizar la pantalla. Sabe que lo que están haciendo con las cámaras del Buen Café es ilegal y que si Luis les delata podrían despedirles.

Por su parte, Luis recuerda el consejo de Rocío. Tiene que alertar a Andrés y que empiece a valorar con seriedad diversas posibilidades sobre el origen del incidente. También sabe que, de momento, no puede ser totalmente transparente con él. Intenta convencerse de que las pequeñas ilegalidades que está cometiendo son por un fin mayor: salvar la empresa. Debe proteger a su pequeño equipo, que se está jugando el cuello por él, y no puede fallarles. Ha de ser muy cauto con

lo que va a contarle a su jefe.

—Andrés… —comienza midiendo sus palabras—, aún no tenemos nada sólido, y por eso no te he adelantado nada. Mi idea es acudir a ti con pruebas concluyentes.

—¿Pero? —pregunta el hombre con seriedad.

—Ya que estás aquí, quisiera compartir contigo nuestra sospecha, cada vez más fundada, de que esto viene de dentro de la empresa.

El CEO arquea las cejas sin poder disimular su disgusto.

—Reconozco que yo también me pregunto cómo han podido atacar al software TPV y cómo sabían que hoy habría una actualización, pero dudo que alguien interno esté implicado —comenta. Recuerda el mal trago que Isabel parecía haber pasado aquella tarde.

—Sí, yo también quiero pensar eso, Andrés. Estamos intentando tirar de las pistas que tenemos.

En pocas palabras y, omitiendo algunos detalles, el CISO le cuenta a Andrés que Diego ha descubierto que faltan páginas en los informes de auditoría y la sospechosa desaparición de la copia digital de la empresa. También le explica el hallazgo de las letras que se repiten en el código alterado de los TPV.

—¿Qué clase de ataque es este? Meter letras en un código fuente para…, ¿para qué? ¿Es que son estúpidos? —exclama Andrés enfadado —. Hacer eso les tuvo que llevar horas.

—También sospechamos, como te comentaba, que alguien desde dentro alteró el envío de la comunicación a los clientes de ayer, porque ¿cómo es posible, si no, que supieran quién, cuándo y desde dónde se iba a hacer? Todo encaja. Y todo nos lleva al interior de ITECO —concluye Luis.

Andrés no tiene respuestas y trata de atar cabos en su cabeza. En la compañía hay miles de empleados, es muy difícil descubrir quién se ha ido de la lengua y quién ha sido el responsable y, sobre todo, ¿por qué?

Luis, leyéndole el pensamiento, comenta:

—Estamos tratando de acotar la lista de sospechosos. Quien arrancó las páginas de los informes es alguien que sabía dónde se guardaban, y

lo de la comunicación…, ya te lo dije el otro día, solo lo sabíamos los que estábamos allí.

—Me niego a pensar que alguien de mi máxima confianza me traicionaría —dice Andrés—. Sin embargo, aunque me pese, veo que todo lo que me dices tiene una lógica aplastante. Así que te apoyaré en tus investigaciones. Dime qué es lo que necesitas.

—¿Sinceramente? —pregunta Luis armándose de valor. Los chicos contienen la respiración—. Necesito que me dejes vía libre. No reportaré al comité nada de lo que descubra mi equipo hasta tener algo concluyente.

—Pero me reportarás a mí —afirma Andrés con rotundidad.

—Me parece bien. Aunque quizá no todo te guste.

El CEO replica:

—Haz lo que tengas que hacer, confío a ciegas en ti, Luis. Estamos en una situación desesperada. Tienes un buen equipo. —Mira a los chicos —. Exprímelos y llegad hasta el fondo de este asunto.

El CISO asiente aliviado. Contar con el apoyo de su jefe le hace sentirse respaldado y menos solo.

—Yo intentaré hacer mis propias averiguaciones… —añade Andrés en voz baja, casi hablando para sí.

Luis vuelve a asentir. Sabe que camina por una línea muy fina, al borde del desastre. Mira a Juan, Elisa y Diego, y ellos le devuelven una sonrisa cómplice. Aunque los acaba de conocer, los jóvenes le inspiran confianza y seguridad. Por primera vez en dos días, siente que hay algo de luz en el camino. Siente que están cerca de conseguirlo. De parar el ataque.

Andrés se aleja. Juan vuelve a abrir las ventanas del ordenador.

—Continuemos. No hay tiempo que perder.

Inmediaciones de la Torre de Cristal. 03:30

Son más de las tres de la mañana cuando Elisa y Diego salen de las oficinas de ITECO. Es noche cerrada y por la zona no hay nadie más que los guardas de seguridad de las torres y algunos coches que pasan de vez en cuando. Han terminado de revisar los correos electrónicos de los miembros del comité y, aunque aún quedan algunos jefes de los desarrolladores, vuelven a casa para intentar dormir un poco antes del próximo golpe. Las últimas horas han sido importantes en la investigación: un buen rato después del hallazgo en las cámaras de seguridad, han descubierto quién es el responsable de la difusión del whatsapp para que todos los empleados fueran a las oficinas ese día.

—¿Sabes qué? Creo que no me sorprende demasiado —comenta Elisa.

—¿Que haya sido Alfonso?

—Sí. Si tuviera que señalar a algún miembro del comité que quisiera hundir a Andrés, sin duda sería él. No sé por qué, pero tengo esa intuición. Y después de leer los emails…

—Efectivamente, parece que algo pasa con él, aunque es muy difícil averiguar qué es —responde Diego encogiéndose de hombros.

Elisa replica:

—Creo que piensa que Andrés no es competente como CEO.

—¿Crees que estará detrás de esto? No tendría sentido.

—Tengo mis dudas —responde ella pensativa—. Por una parte, me parecería raro. Alfonso tiene mucho que perder si la compañía se va al garete. Él también es accionista.

—Ya, pero no sabemos qué parte del accionariado tiene. Tal vez una muy pequeña, y además tenga más patrimonio en otro lado. Quizá en su balanza pesen más sus ganas de ver a Andrés destituido que el dinero que pueda esfumarse de su cuenta bancaria.

—Puede ser.

Elisa se abrocha la cazadora hasta el cuello y saca un fular de su bolsa.

—¿Quieres que cojamos un taxi? —le pregunta Diego al ver que se pone una capa tras otra.

—No. No te preocupes. No vivo lejos.

—Te acompaño. Luego yo sí cogeré un taxi hasta mi casa, o llegaré

allí a las cinco de la mañana si voy andando.

—Alfonso es una de las personas que sabía dónde se alojaba el software de los TPV —comenta Elisa, que no puede parar de dar vueltas al asunto—. No sería raro que también supiera lo de la actualización. La verdad es que tiene todas las papeletas para estar involucrado.

—Sí, pero no podemos suponer nada. Necesitamos argumentos, pruebas sólidas… Además, ¿cómo puede un socio, que ya es un dinosaurio, organizar un golpe de estas características?

—Solo necesita aportar información —responde Elisa—. Seguro que alguien con tantos contactos como Alfonso conocerá a otro alguien, que a su vez conoce… En fin, que se puede contactar con bandas criminales por la Deep Web. No es tan difícil.

—Ya… Por cierto —comenta Diego cambiando de tema—, no me has dicho nada sobre mis grandes aportaciones de hoy. Tendrás que reconocer que para ser abogado y no tener ni idea de tecnología no está nada mal.

—Lo reconozco. Cuentas con toda mi admiración —se burla ella—. No sé si podré dormir de los nervios esperando el próximo descubrimiento que harás mañana.

—Si no puedes dormir…, también soy un buen compañero para las noches en vela. Es una de mis habilidades —dice con una sonrisa Diego, perdiendo la vista en el cielo estrellado para luego fijarla en ella.

Elisa suelta una carcajada.

—No creo que sea buena idea. No queremos que mañana te vean con el mismo traje. Eso dañaría mucho tu reputación.

—Tienes razón, pero el problema no es repetir traje, sino corbata —responde guiñándole un ojo.

—Veo que lo tienes todo muy bien estudiado. —Ella sonríe con malicia.

—Años de práctica.

—Será mejor que te reserves para esa Paula que te escribe tanto al WhatsApp.

Diego mira a Elisa con ojos como platos, y ella le sostiene la mirada con decisión y una sonrisa traviesa.

—¡¿Me has hackeado el móvil?!

—Y pensar que tenemos que estar en la oficina dentro de… —comenta ella mientras consulta su reloj e ignora la pregunta— cinco horas.

—No, no —protesta el abogado enfurruñado—. No cambies de tema. Cuando te dije que quería ver tus habilidades de hacker no me refería a esto.

Elisa sonríe.

—Hemos llegado a mi portal, y ahí tienes un taxi. El conductor te está esperando.

Diego ve que un coche blanco se dirige hacia ellos.

—¿Has entrado también en mi cuenta de MyTaxi? Esto es increíble…

Elisa suelta una carcajada y niega con la cabeza. Es justo en ese momento cuando Diego piensa que le gusta, que quisiera poder conocerla mejor…

—Diego, lo he pedido desde mi móvil —indica ella. Le enseña la pantalla de su teléfono y saca al chico de sus ensoñaciones—. Estabas tan ocupado hablando que no te has dado cuenta.

—¿Y lo del whatsapp? —Elisa le lanza una sonrisa indescifrable—. Vale, muy bien. Me quedaré con la duda. Cambiaré todas mis contraseñas por si acaso. No te lo pondré tan fácil. Seré un desafío para ti. Un desafío tecnológico. Nadie me creerá cuando lo cuente.

Ella le mira y sonríe. Quizá esa noche se duerma pensando en sus ojos verdes. Por un momento se asusta, pero se sorprende al descubrir que ese susto ya no duele, no como otras veces.

—Mañana nos espera un día largo —dice a modo de despedida—. Será interesante.

—Cierto. Pueden cambiar muchas cosas en veinticuatro horas…

El abogado hace un gesto con la mano y se sube al taxi. Elisa observa el coche que se aleja. No ha hackeado su móvil, aunque podría hacerlo. Sería francamente fácil. Piensa en la frase que acaba de pronunciar el chico. Tiene toda la razón.

En veinticuatro horas pueden cambiar muchas cosas.

Apartamento de Diego. 04:25

Cuando Diego llega a su piso, está destrozado. Aun así, saca fuerzas para darse una ducha y meterse en la cama para que no se repita la escena de sofá y sándwich del día anterior. Piensa en todas las cosas vividas ese día. Está satisfecho con su descubrimiento sobre los informes, aunque tiene que reconocer que parte del mérito se lo debe a Elisa. Al día siguiente les enviarán los originales y podrán comprobar el contenido que falta en las páginas que fueron arrancadas. Le parece increíble que se hayan molestado en robar el informe a la empresa de auditoría.

Mira su móvil, que se encuentra cargando en la mesita, y se pregunta cómo es posible que Elisa le pudiera haber hackeado. ¿En qué momento y cómo lo ha hecho? Todas esas cosas tecnológicas le parecen magia. Al día siguiente le preguntará. Sonríe al pensar en volver a verla. Quién sabe, quizá cuando todo esto acabe, podría pedirle salir. Aunque, primero, debe asegurarse de que no tenga novio, claro. Tiene que intentar averiguarlo para no meter la pata, si es que no lo ha hecho ya con su comentario sobre las noches en vela. Le pedirá ayuda a Juan.

Elisa le parece más interesante que Paula, que le ha vuelto a escribir pese a sus respuestas cortantes o, incluso, pese a la ausencia de respuestas. ¿En serio no pilla que no quiere nada más con ella?

Se le cierran los ojos; aun así, su cabeza sigue yendo a toda velocidad: los informes, los emails, las imágenes, la secuencia de letras que se repiten…

Un momento.

La secuencia.

La ha visto antes.

Coge su móvil y, deslumbrado por la luz de la pantalla, entra en la web de uno de los periódicos que han narrado la noticia. Ahí está. Tiene que contárselo a Elisa. Será lo primero que haga al día siguiente.

Tercera parte

Miércoles

Capítulo 1

Torre de Cristal, planta de IT. 07:00

A las siete de la mañana, Juan está profundamente dormido, envuelto en uno de esos sueños hondos que atrapan, que hacen perder la noción del tiempo y del espacio. Siente que, a lo lejos, muy lejos, unos golpecitos en el hombro quieren despertarle. Su novia, Macarena, ya se habrá levantado. Su subconsciente se extraña al no percibir el olor a café que suele inundar la casa por las mañanas. Qué bien le vendría un café, anoche estuvo en la oficina hasta la madrugada y…

Un momento.

¿No le tocaba guardia? ¿No debería estar en la oficina? ¿Por qué está durmiendo? ¿Y por qué siente que tiene un sueño tan pesado? ¿Por qué no puede despegar los párpados? Oye una voz a lo lejos. El timbre es demasiado grave para tratarse de Maca. ¿Qué está pasando?

—Tío, tío… ¡Que te has quedao sobao!

Juan levanta la cabeza entre sobresaltado y aturdido y se descubre en la mesa de la oficina.

—Mierda, joder… —maldice pasándose el puño por la boca para eliminar cualquier rastro de baba.

Mira, en primer lugar, los papeles sobre los que se ha quedado dormido para comprobar que no ha llenado de saliva su escritorio y, a continuación, a la persona que le acaba de despertar.

—Buenos días, bella durmiente. —Es una voz femenina.

Víctor y Sara, que forma parte de los informáticos de refuerzo, le miran divertidos.

—¿Qué hacías durmiendo en tu guardia?

—Eso mismo quisiera saber yo, pero gracias por despertarme. Si llega a ser Luis, igual me mata —les dice Juan aliviado.

—Pues tienes suerte. No ha llegado aún. Se fue a su casa a dormir, el muy cabrón —responde Víctor.

—¿Y tú, Víctor? ¿Qué haces aquí? ¿No hiciste guardia la noche de ayer? —pregunta Juan, a la vez que siente que su cerebro funciona con inusual lentitud.

—Sí, y hoy también, porque hay que estar al pie del cañón. ¿La empresa se hunde y el CISO se va a dormir? —responde con enfado mirando a su compañera, que asiente.

—Luis no puede permitirse hacer turnos —le defiende Juan—. Aún quedan dos días de ataques y él tiene que estar aquí casi de forma permanente. Es comprensible que descanse un rato.

Se levanta de la silla y observa el vaso de café que se tomó la noche anterior.

—Tienes razón, será que estoy cansado… Oye, ¿por qué ahora no estás con nosotros? —pregunta Víctor cambiando de tema—. ¿Por qué estás con esa chica y con el «abogado loco»?

—¿Por qué lo llamas así? —dice Juan.

Víctor se encoge de hombros.

—Supongo que porque nadie piensa que vaya a encontrar algo en esos informes, y ahí está el tío.

—Dicen que se ofreció voluntario para la revisión —añade la chica—. ¿Es verdad?

Juan sonríe al reflexionar sobre lo equivocado que está su compañero y que el «abogado loco» quizá no esté tan tarado en realidad. Al fin y al cabo, se dio cuenta de lo de las páginas que faltaban en los informes.

—Sí, es verdad, él se ofreció.

—Eso explica muchas cosas —se ríe Sara—, como que el mote ya se haya extendido por toda la planta.

Juan piensa en Diego y en cómo se tomará que le llamen «abogado loco».

—¿Y bien? —insiste la chica. Juan recuerda que no parecía llevarse demasiado bien con Víctor—. ¿Qué haces con ellos?

«¿Y qué te importa?», piensa Juan enfadado. No está de humor para discusiones, y pese a estar medio dormido, el chico procura medir sus palabras. El CISO les ha hecho prometer confidencialidad absoluta, incluso con los compañeros del equipo.

—Luis nos ha encargado revisar unos códigos y unos temas.

—Vamos, cuéntanoslo. ¿Qué estáis haciendo? Sabes que puedes confiar en nosotros —insiste Víctor.

—Todos remamos en la misma dirección —responde Sara.

—Lo sé… —Suspira—. No os puedo contar mucho. Estamos intentando averiguar quién está detrás de esto. Eso es todo. Más o menos como estáis haciendo vosotros.

—¿Y tenéis algo ya? —La chica no parece fiarse de la respuesta de Juan.

—Nada concluyente —responde escueto, harto del interrogatorio.

—No sé si me fío de la chica… Elisa, ¿no? —comenta Víctor.

—¿Por?

—No sé. Viene aquí de nuevas, hace preguntas. Enseguida le dan mucha importancia y nadie sabe bien de dónde sale… En fin, estamos en el mismo barco. Estaré cerca por si necesitas algo.

—Vale, tío. Voy a desayunar algo —responde Juan, que no tiene ganas de cháchara—. ¿Sabéis a qué hora llegan los cruasanes?

Antes de alejarse de su asiento, Juan observa con preocupación la pantalla de su ordenador, que ahora está bloqueada. No recuerda en qué momento se durmió. Supone que fue mientras revisaba las imágenes de las cámaras una y otra vez. La mesa se encuentra algo apartada de la del resto de sus compañeros. Se pregunta si le han visto quedarse dormido y, lo que es peor, si alguien ha visto lo que estaba haciendo.

Aunque espera que no, tiene un mal presentimiento.

Taxi camino de ITECO. 07:15

Es el segundo taxi que Diego coge en menos de cuatro horas. Necesita con urgencia un segundo café, pues tiene la sensación de haber dormido tan solo diez minutos. Se siente agotado. No es solo por el cansancio físico, sino también por la tensión del día anterior. Piensa que, como mínimo, le quedan otros dos días a ese ritmo.

Tiene que estar en ITECO a las ocho para conseguir los informes. A esa hora se supone que llega el mensajero. Consulta su reloj: las siete y cuarto. Va bien de tiempo.

Es demasiado temprano para llamar a Pablo. Le escribe un largo whatsapp resumiendo los acontecimientos de la noche anterior. Supone que Rocío ya les habrá informado por teléfono o por email sobre su hallazgo en los informes y les habrá explicado que ahora trabaja con Luis. Jaime estará contento, piensa. Un pequeño punto a su favor, a favor de Ros y Olavarría.

Mira su lista de contactos y decide enviar otro mensaje. Este es para Elisa: «Acabo de cambiar la contraseña de mi móvil. Ahora será imposible hackearme, ja ja». Lee el texto de nuevo y decide darle al botón de enviar. A los pocos segundos, su iPhone vibra. Es ella: «Entonces un reto más para esta semana: salvar ITECO, hackear tu móvil… No sé si tendré tiempo para tanto ;)».

A pesar del cansancio, el día promete, piensa Diego, contento por primera vez en mucho tiempo.

Veinte minutos más tarde llega a las puertas de la empresa. Los cristales relucen bajo el cielo azul de Madrid. Algunas personas ya están entrando en las instalaciones, como si fuese un día cualquiera en la compañía. Sube hasta la planta trece, donde se ubica la recepción, y allí se encuentra con Elisa. Está sentada en una de las mesas altas que hay en un extremo del hall. Tiene un gran vaso de café a su lado, y mira concentrada algo en su ordenador.

—Buenos días —saluda Diego—. ¿Con cuál de tus dos retos estás? ¿Con lo de ITECO o con mi móvil?

Ella sonríe.

—Aunque me cuesta valorar cuál de ellos es más importante en mi vida, en estos momentos estoy con lo de ITECO. Me he puesto a revisar de nuevo los correos de nuestro socio favorito en este rato de espera.

—Pensaba que habíamos terminado.

—Sí, pero quería volver a leer sus mensajes y algunos otros emails en general. Me preocupa que con el cansancio de ayer se nos pasase algo por alto.

—Claro, porque ahora, con tres reparadoras horas de sueño, estamos mucho más frescos —bromea Diego—. ¿Y bien? ¿Has encontrado algo?

—No me ha dado tiempo a mucho, si te soy sincera. Prácticamente acabo de llegar.

Diego coge una silla libre y se sienta a la mesa, frente a la chica, que mira ensimismada la pantalla de su ordenador y se aparta el pelo castaño de la cara. Siempre pensó que los hackers, a excepción de su amigo Juan, eran unos tipejos muy raros, unos frikis. Se los imaginaba como muchas de las personas con las que se cruza en el ascensor cuando visita la compañía: tipos obesos o flacuchos, como si evitaran el término medio, con camisetas de grupos de heavy metal y dibujos e imágenes de warhammer o manga como fondo de escritorio en el ordenador. Incluso Juan, aunque aparentemente es bastante normal, tiene su casa llena de muñecos de Star Wars y de cosas similares. Todos en su grupo de amigos se preguntan cómo Macarena lo aguanta. En cambio, mirando a Elisa, cualquiera diría que puede robar todos los datos de un ordenador en cuestión de minutos. Tiene un aspecto pequeño y frágil, ojos grandes, y la cara y los hombros salpicados con pecas. Y no viste con camisetas de heavy. Ese día lleva unos pantalones de flores azules y una sencilla camiseta blanca. Le gustaría conocerla más. Quizá esa pueda ser su otra misión para esos días, aparte de salvar ITECO, se recuerda. Sin darse cuenta, lleva un rato mirando fijamente a la chica, hasta que esta levanta la cabeza.

—¿Te pasa algo? —le pregunta—. ¿Se me ha caído café y no me he dado cuenta? —Revisa su ropa en busca de alguna mancha.

—¡No! —responde algo avergonzando—. Perdona. Solo me he quedado un rato pensando… —Ella arquea las cejas a la espera de que el chico continúe—. ¿Te gusta Star Wars? ¿Big Bang Theory? ¿Harry Potter?

Elisa suelta una carcajada.

—¿Cómo? ¿Te has quedado traspuesto pensando… en si me gusta Star Wars?

—Sí. Bueno, no. Quiero decir, me preguntaba si eres fan de esas cosas. O si tienes tu casa llena de cachivaches tecnológicos. Con eso de que eres una hacker, estaba pensando que quizá te parecerías más a esos tipos de ahí.

Diego hace un gesto con la cabeza y señala a la izquierda de ambos. Observan a un grupo de chicos ataviados con camisas de cuadros estilo leñador, camisetas con dibujos de anime, gafas, grandes cascos y, en general, un aspecto un poco desaliñado.

—No parecen los más populares del instituto —admite ella sin poder disimular una sonrisa—. De todas formas, seguro que con los abogados pasa igual. Tú estás acostumbrado a ir de punta en blanco con esos trajes, a ser como el abogado de esa serie…, ¿cómo se llama?, ¿Harvey Specter? Dudo mucho que todos sean así, con tanta gomina.

—Touché.

—El abogado más repeinado no tiene por qué ser el más listo, igual que el look friki.

—¿El look friki?

—Yes! Infalible. Ponerse gafas para aparentar ser listo. —Se ríe—. De todas formas, no hay que juzgar un libro por su portada. Estoy segura de que muchos de esos chicos harán cosas que ni te imaginas, y no hablo de hackear, hablo de diseñar, programar, hacer gráficos, crear software, aplicaciones… Cosas increíbles. Igual alguno incluso va al gimnasio o sabe jugar al fútbol —termina guiñándole un ojo.

—Eh, buscar jurisprudencia también es increíble —responde el chico con sorna—. Lo digo por enfatizar las cosas tan interesantes que hacemos los abogados.

—Sí…, seguro que sí —dice ella sonriendo—. Parece apasionante.

—Un día te hago una demostración. Vas a ver qué emociones fuertes tiene el Cendoj.

Ambos se miran divertidos un instante. De pronto, Diego aparta la vista de la chica y observa a un hombre vestido con una chaqueta azul con el logo de una agencia de transportes que avanza hacia la mesa de recepción con un gran paquete en la mano.

—Los informes. ¡Vamos!

Torre de Cristal. Ascensor. 07:45

Luis sube en el ascensor hasta la planta cincuenta, donde está situado el despacho de Andrés. Piensa que el papelón que tiene encima no le va a resultar nada fácil: tiene que decirle que fue Alfonso quien envió la comunicación para que todos los empleados acudiesen a la oficina el día anterior. Si bien es cierto que eso no le convierte en el responsable del ciberataque, sí es un gesto de deslealtad por parte del socio, por actuar por su cuenta, por ocultárselo al comité, por tomar decisiones que pueden afectar a todos y a la buena imagen de la compañía.

De alguna manera, es exactamente lo mismo que ha hecho él con los correos y las cámaras de seguridad.

Luis suspira. No ha sido plato de buen gusto revisar esos emails y, en especial, descubrir que, no solo no es santo de la devoción de Alfonso, sino que el socio ha enviado emails a distintos directores comentando su incapacidad y su falta de dotes de mando para lidiar con el asunto. «Id haciendo las maletas —decía en uno de los mensajes—. Con Luis como líder, y Andrés, un viejo que no sabe ni dónde tiene la mano derecha, no tenemos nada que hacer».

Luis todavía está valorando qué es peor, si saber que el socio tiene esa opinión sobre él o que los chicos de su equipo también leyesen esos correos. Ahora está camino del despacho del CEO. Podría vengarse de Alfonso enseñándole a su jefe el correo en el que le llama viejo, aunque ser un chivato no encaja con sus valores. Por otra parte, teme que, para contarle su descubrimiento, no le quede más remedio que confesar que ha husmeado en los correos electrónicos de unas cuantas personas, incluido el suyo. Quizá le despidan definitivamente.

Cuando llega al despacho, encuentra al hombre sentado en su enorme butaca, con el ordenador apagado y montones de papeles encima del escritorio.

—Estoy haciendo números —le dice el CEO a modo de saludo y con una inesperada sonrisa—. Ayer, la gente del departamento financiero se quedó hasta las tantas preparando unos cálculos estimativos de las pérdidas que hemos sufrido por el encriptado y por los TPV.

—¿Y bien?

—Estamos jodidos. Pero ITECO podrá con ello. Además, tenemos un buen seguro que nos podrá cubrir al menos parte del importe —responde con esperanza—. ¿Pregunto por la ruptura del cifrado?

—Mejor no —responde Luis cabizbajo—. Tengo a medio equipo trabajando en ello noche y día. Ya han realizado algunas pruebas, todo intentos fallidos, me temo.

—Lo suponía.

Andrés contiene un suspiro y posa la vista en su escritorio, donde descansan los informes elaborados por el departamento financiero. Esa mañana, después de unas escasas horas de sueño, se ha levantado optimista, con ganas de plantar cara a esos hackers, aunque sea revisando informes y preparando planes de contingencia.

—¿Sabemos algo de la operación Assetive? —pregunta el CISO interrumpiendo sus pensamientos.

—He estado hablando con Stephen, su CEO, intentando convencerle de que saldremos de esta más reforzados incluso, pero no se fía. Y lo entiendo, la verdad —afirma Andrés con sinceridad—. Honestamente, si yo fuera ellos, no invertiría toda esa pasta en ITECO dadas las circunstancias, pero…

—¿Pero?

—Estamos de suerte. Nos dan unos días. Quieren ver cómo salimos de esta. Comprobar si podemos aguantar las embestidas de los dos golpes que quedan y en qué situación acaba la compañía. En función del desenlace, veremos si la operación continúa o no.

—Parece una buena noticia. Al menos se les ve con intención de darnos una oportunidad —dice Luis sonriente.

—¿En qué condiciones crees que vamos a salir de esta? —pregunta Andrés, que se levanta de la silla y se sitúa delante del enorme ventanal—. Dímelo con sinceridad. Nos quedan dos ataques y, de momento, no tenemos ni una pista sobre cómo van a ser y cómo nos afectarán.

—Pues, Andrés, hablando de eso, hay algo que debo contarte, aunque me temo que no te va a gustar mucho.

El CISO intenta que su voz suene lo más firme y segura posible. Se siente como un niño teniendo que dar explicaciones a su profesor sobre por qué no ha hecho los deberes. Peor, incluso.

—Soy todo oídos —responde Andrés, que vuelve a sentarse de nuevo frente a su escritorio. Aprieta los labios y se convence de que debe mantener la filosofía positiva con la que se despertó. Luis busca las palabras adecuadas y, a continuación, explica:

—Recuerdas que ayer nos pediste que hiciéramos todo lo que estuviera en nuestras manos para encontrar algo.

—Sí…

Luis sabe que cronológicamente su historia cuelga de un hilo muy fino, pero espera que Andrés no se dé cuenta.

—Bien. Como sospechamos que esto está relacionado con alguien de la compañía por las razones que te conté ayer: la intervención de la comunicación, el envío del whatsapp, las páginas que faltan de los informes…

—Sí, sí —le apremia Andrés.

—… he autorizado a los chicos y hemos revisado los correos de los miembros del comité. —Luis termina esta frase con rapidez y estudia el rostro de su jefe.

—¿Y bien? Luis, por el amor de Dios, cuéntalo todo de seguido.

—Hemos descubierto que fue Alfonso quien envió el whatsapp de ayer, el que hizo que se duplicara el aforo del edificio. Como decía la comunicación, quería aparentar una sensación de normalidad, pero se le fue de las manos —responde encogiéndose de hombros.

—¿Cómo lo hizo? ¿Y por qué no me dijo nada?

Andrés se pasa la mano con nerviosismo por su cabello plateado, vuelve a levantarse de su asiento y camina en círculos por el amplio despacho.

—El primer mensaje salió de los teléfonos móviles de un par de directores de su área y luego circuló entre los empleados, que lo pasaron a sus compañeros, y así fue creciendo la bola de nieve. Me imagino que no contaría con que los consultores que trabajan fuera de nuestras instalaciones también lo recibieran y, pensando que era

oficial, acudiesen a la Torre de Cristal. Supongo que no te dijo nada porque la afluencia se le fue de las manos y no quiso reconocer su error. Diría que es sencillamente eso. Sabes que Alfonso es bastante orgulloso.

—Dios mío, ¿qué le pasa a la gente? ¡A nuestros empleados! ¿Nadie se cuestiona si es una comunicación oficial o no? ¿Desde cuándo ITECO envía mensajes al móvil personal de sus trabajadores? En fin, no demos más vueltas sobre esto.

Luis observa sentado en una de las sillas de cuero del despacho. Andrés pasea de un lado a otro con el ceño fruncido. Aún se siente intranquilo y a la espera de que su jefe le reprima por haber revisado los correos sin informarle; sin embargo, está orgulloso de sí mismo por haberse contenido. Pese a sus ganas, no ha puesto verde a Alfonso delante de su jefe, aunque, en su opinión, se lo merezca. Espera que el karma le recompense en algún momento con la solución de la crisis.

—¿Sabemos si Alfonso tiene algo que ver? —pregunta Andrés poniéndose en lo peor. No quiere desconfiar de su socio, pero está claro que Alfonso no está haciendo más que entorpecer la situación.

—En los correos no había nada más. Ni por su parte ni por la del resto de los miembros del comité. Aunque aún nos faltan algunos de los jefes de los desarrolladores.

—Bien —responde aliviado—. Hablaré con Alfonso y…

—No sé si es buena idea —interrumpe Luis—. O al menos no creo que sea buena idea que le digas que lo sabes por los correos. Lo de la comunicación ya está solucionado, y no queremos que nadie sepa que andamos buscando en correos ajenos.

—Sí, eso no está muy bien… —responde Andrés recapacitando—. Me sorprende viniendo de ti, Luis, siempre tan correcto, tan… legal. Ese es precisamente uno de los motivos por los que te contraté. —Luis mira al suelo avergonzado. Ahora es cuando llega la represalia—. Sin embargo —continúa el CEO—, aunque seas el hacker de sombrero más blanco que conozco, el conocimiento es poder y me alegra que lo hayas utilizado para defender a la compañía. Esto no saldrá de aquí.

—Te lo agradezco —responde el CISO con sinceridad—. Y, ya que estamos, hay otra cosa. Quizá este sea el mejor momento para contártela —dice armándose de valor.

«Dios mío, ¿quién es este hombre y qué habrá hecho con Luis? ¿Qué

me irá a contar ahora?», piensa Andrés, que arquea las cejas y se sienta en su silla.

—Te escucho. Esta mañana no paras de sorprenderme.

—La comunicación a los clientes fue interceptada desde el Buen Café, como sabes. Nos hemos hecho con las imágenes de las cámaras de seguridad de la cafetería y hemos visto algo sospechoso. Bueno, mejor dicho, algo que no se ve…

En los siguientes minutos, el CISO relata a Andrés su descubrimiento de la misteriosa persona oculta en las grabaciones.

—¿Y eso de qué nos sirve?

—No de mucho. Pero refuerza la teoría de que es alguien de ITECO. Una persona que se ha tomado muchas molestias.

—Y, además de saber que la comunicación se haría desde el Buen Café, ¿también sabían que hay un punto ciego en las cámaras? —pregunta Andrés—. Ciertamente, son muchas casualidades.

—Quizá entre que averiguaron esa información y Fernando llegó a la cafetería, el hacker pudo entrar en las cámaras de seguridad y comprobar si había algún lugar en el que pasar desapercibido.

El CEO se queda pensativo.

—Podría ser, aunque es rocambolesco, reconócelo.

Luis se encoge de hombros.

—¿Y no es rocambolesca la situación que estamos viviendo?

—¡Vamos! —exclama de pronto Andrés—. No voy a quedarme en mi despacho revisando números mientras bombardean ITECO. Quiero ver esos vídeos y los correos que han descubierto tus chicos.

—De acuerdo.

—Y Luis… —añade Andrés con media sonrisa—, la próxima vez que te plantees hacer algo ilegal en mi compañía, por favor, avísame antes.

Torre de Cristal, planta de recepción. 08:00

En cuanto el mensajero deposita el paquete en recepción, Elisa y Diego se abalanzan sobre él. «¡Es muy urgente!», le explican al sorprendido recepcionista, que se lo entrega como si quemase.

Mientras suben en el ascensor hasta la planta de IT, Diego abre el sobre y extrae el volumen, idéntico al que él ha estado revisando, pero con las páginas que faltan o, al menos, eso espera. Se sientan a una mesa y revisan el contenido.

—Faltaban las cuatro últimas páginas —prorrumpe el abogado en voz alta y abre el tomo.

—¿Qué dicen? —pregunta Elisa observando cómo pasa las hojas hasta llegar al final.

—A ver… Son listados de medidas de seguridad, me temo. Como una recopilación. —Suspira desanimado—. ¡Un momento! En la tercera hoja aparece la ubicación de los activos, entre ellos el software TPV.

—¡Mira! —exclama Elisa—. En esta página también se indica dónde se aloja Softpital.

—¿Qué es eso? —pregunta Diego.

—Es un software médico que tenemos implantado en algunos hospitales de Madrid —responde la voz somnolienta de Juan, que se sienta a la mesa.

—¡Juan! ¿Has pasado buena guardia?

—Sin comentarios… —responde poniendo los ojos en blanco y alzando el café que sujeta con la mano derecha.

El chico se pregunta si debe contar a sus compañeros que se ha quedado dormido, aunque quizá eso suponga preocuparles de manera innecesaria. Espera que a nadie le diera por acercarse a su ordenador para ver qué estaba haciendo tan apartado del resto de los informáticos. Así que decide no hacer ningún comentario y seguir como si nada:

—¿Qué más tenemos?

—Acabamos de sentarnos a revisar los documentos —responde Elisa —. ¿Qué hace Softpital?

—Si no recuerdo mal, sirve para monitorizar y analizar los electrocardiogramas de los pacientes, todo con algoritmos. Así los médicos pueden hacer diagnósticos y dar tratamientos más certeros —responde Juan.

Diego comenta:

—Si atacasen este software, la compañía podría verse en una situación muy complicada. No sé qué contratos habrán firmado, pero si se considera un producto sanitario, la responsabilidad será altísima. Eso por no hablar de otro tipo de daños que se puedan dar como resultado de un mal diagnóstico.

—Joder…

—Sería un roto muy grande para la compañía —añade Elisa—. En mi opinión, el riesgo no lo veo en que invaliden el software como con los TPV y no funcione, sino que lo alteren y los cálculos sean erróneos. Podría suponer un problema gravísimo para los pacientes y para el hospital. No quiero ponerme en lo peor, pero podría morir gente —concluye con un hilo de voz y la mirada perdida.

—Podría ser la ruina de ITECO —interviene Diego—. No habría forma de recuperarse de un golpe como ese. Económicamente sería un verdadero desastre. Eso por no hablar de los daños reputacionales y de otras responsabilidades más graves.

—A ver, a ver, aflojad un poco —interrumpe Juan, que llevaba un rato en silencio—. En primer lugar, no sabemos si este va a ser el ataque de hoy o el de mañana, ni si tienen previsto reventar ese software o cualquier otra cosa que haya en esas cuatro páginas. Igual simplemente querían eliminar su rastro en relación con lo de los TPV, vete tú a saber. Eso para empezar.

—Humm.

—Y, en segundo lugar —añade el informático—, quizá hoy los ciberdelincuentes nos dejen algún tipo de pista. Y vamos a ser realistas. Son las ocho y media de la mañana. El ataque debe de estar más que preparado. Es una posibilidad muy remota que consigamos averiguar qué van a atacar y solucionarlo en apenas dos horas.

Los tres compañeros están nerviosos. Comienza el tercer día de crisis y sienten una mezcla extraña entre agotamiento y excitación. Antes de que les dé tiempo a continuar con sus especulaciones, escuchan una voz familiar a lo lejos y ven a Luis con Andrés a su lado.

—Buenos días, chicos —saluda—. Vengo con Andrés, que está al tanto de las últimas noticias.

Luis hace una mueca que quiere ser un gesto cómplice, pero tan exagerado que los chicos le miran extrañados. El CISO les pregunta:

—¿Tenemos el informe?

Ellos le observan con intriga. Luis parece contento. Está claro que Andrés no le ha despedido, así que o bien no le ha contado gran cosa o el CEO se ha tomado muy bien las pequeñas irregularidades que han cometido. Suponen que no tardarán en averiguarlo.

—Sí —responde Diego—. Justo ahora estábamos revisando las páginas que faltan, a ver si nos anticiparnos a los hackers.

—Será mejor que vayamos al despacho de Luis —sugiere Andrés—: estaremos más tranquilos.

El equipo se levanta y se dirige a la estancia. Mientras, en el área de IT se está produciendo el cambio de turno y algunas personas continúan desayunando. Es un momento raro. Tranquilo y tenso a partes iguales. Como un cambio de guardia en un castillo bajo asedio.

Capítulo 2

Torre de Cristal, despacho de Luis. 08:30

—Luis ya me ha puesto al día —comienza Andrés con una sonrisa tranquilizadora—, así que, por favor, sentíos libres de hablar con total confianza. Esta es una situación excepcional para la compañía, y digamos que no tendremos en cuenta ciertas prácticas.

Los tres chicos, sentados enfrente de Andrés y Luis, se revuelven en sus asientos con inquietud y luego dirigen la vista al CISO, que les devuelve una mirada tranquilizadora.

—Bien. Creo que hay un par de asuntos que tratar esta mañana. —Luis rompe el silencio—. En primer lugar, como le comentaba a Andrés, hemos descubierto que fue Alfonso, a través de dos de sus directores, quien circuló la comunicación a los empleados. La cuestión es saber hasta qué punto esto está relacionado con el ciberataque o es algo circunstancial.

—No hemos visto en su bandeja de entrada nada que tenga que ver con ello —comenta Elisa—. Y nosotros no conocemos a Alfonso lo suficientemente bien para saber qué interés puede tener en que se hunda la compañía.

Andrés se encoge de hombros y lanza una mirada fugaz a Luis.

—Sinceramente, creo que lo del mensaje ha sido un error. Uno grave, tal vez sin mala intención. Alfonso no tiene motivos para desearle ningún mal a ITECO, especialmente ahora.

—¿Ahora?

—¡Claro! Es el cierre de Assetive. —Todos miran al CEO con expectación. ¿Qué tiene que ver la operación Assetive con Alfonso? El hombre continúa con su explicación—. Esto nadie lo sabe, y tal vez no debería comentarlo, pero dadas las circunstancias extraordinarias y, confiando en vosotros, os lo diré: Alfonso tiene un bonus adicional por las operaciones que se realicen con el activo Assetive, ya que él

participó activamente en su desarrollo y consiguió que fuera una mina de oro para la compañía. Eso le da una buena compensación, claro. Y cuando se cierre esta operación…

—Se llevará un pico tremendo —murmura Diego.

—No tenía ni idea —comenta Luis—. Quizá por eso se muestra tan agresivo en los comités. Tiene mucho que perder.

—Claro. Solo Roberto, Alfonso y yo lo sabemos; al fin y al cabo, ser socio tiene algún que otro privilegio…

—Entonces está claro que no le interesa en absoluto que a ITECO le vaya mal en este momento —afirma el abogado—. Quizá se puso nervioso y por eso envió la comunicación, para no quedarse de brazos cruzados mientras ve que su dinero se esfuma —elucubra. Luis piensa que, después de leer los comentarios sobre él en los correos, el socio no le da ninguna lástima.

—Creo que lo mejor será que, por ahora, no le digamos nada a Alfonso —sugiere Andrés—. No es buen momento para herir egos, y lo último que nos interesa es potenciar conflictos internos. Además, seguramente, y en vista del éxito de su último movimiento, no volverá a hacer nada. Es perro ladrador, pero poco mordedor. —El CEO sonríe con convicción.

Los demás asienten. Dejar a Alfonso tranquilo, pero vigilado, supone aparcar un problema por el momento. Cuando pasan a la parte de los informes de seguridad, Diego explica lo que han averiguado sobre las últimas páginas y su preocupación por Softpital.

—Es imposible proteger todo —afirma Elisa—. Además, como os dije, lo más probable es que todo esté preparado desde hace tiempo.

Luis asiente y añade:

—En cualquier caso, deberíamos revisar que los códigos de Softpital y los demás activos de esas páginas arrancadas del informe estén correctos, sin modificaciones ni cosas raras. Y no estaría de más hacer una revisión al resto de activos.

Cuando Luis termina de hablar, mira a Juan, que está en una evidente lucha por mantenerse despierto. Se sorprende de que la guardia le haya dejado tan cansado. Sabe que Juan pasa noches jugando al LOL y viene de doblete a la oficina. Es una persona que no necesita dormir demasiadas horas. Elisa interrumpe sus pensamientos:

—Si el modus operandi es el mismo que en la ocasión anterior, atacarán los entornos que están a punto de ser actualizados.

—Juan, ¿te suena que haya alguna actualización pendiente? —pregunta Luis.

El chico da un ligero salto en su silla al escuchar su nombre. Por suerte, ha captado toda la frase.

—No, que yo sepa. Al menos para hoy. De todas formas, preguntaré a la gente del equipo por si tienen algo en mente.

—Y, Juan —añade Luis con seriedad—, en cuanto acabe esta reunión, te vas a dormir.

—Tus deseos son órdenes, jefe —responde el chico con una sonrisa amarga.

—Me preocupa en particular el tema de Softpital —recalca Elisa—. Creo que es uno de los activos que más daño nos puede hacer, y es muy jugoso atacarlo. Si el golpe de hoy va dirigido a él, lo llevamos claro. Si no, quizá sería interesante migrarlo o reforzar su seguridad de alguna forma. Imaginaos que por nuestra culpa cientos de pacientes reciben diagnósticos equivocados.

—Sería una auténtica catástrofe —murmura Andrés.

El CEO piensa que la chica tiene toda la razón. A ITECO le ha costado mucho entrar en el mercado sanitario, un campo donde se requiere especial rigor y en el que un daño puede suponer pérdidas terriblemente cuantiosas para la compañía, no solo económicas, sino reputacionales. Si fallan ahí, teniendo en cuenta la trascendencia de la bomba mediática, recuperarse sería casi imposible. Le entran escalofríos solo con pensar que alguno de sus productos sanitarios pueda ser atacado.

Diego interrumpe sus pensamientos.

—Y no os olvidéis de la multa de la Agencia de Protección de Datos, que, os puedo asegurar, no sería una cantidad nada desdeñable. Si encima es porque no hemos cumplido alguna medida de seguridad, ni os cuento. Ah, y además de la multa, habría que tener en cuenta la indemnización al cliente, los daños a terceros…

—No lo quiero ni pensar —responde Andrés intentando no ponerse más nervioso de lo que ya está—. Las medidas de seguridad las

cumplimos, ¿no? —Mira a Luis, que no sabe qué contestar.

—En teoría, sí las cumplimos, Andrés. Pero es evidente que algo no funciona bien si se están colando en nuestros sistemas. Mis chicos están estudiando cómo es posible que nuestro proveedor de seguridad no detectase el phishing y se pudiera descargar el archivo de cifrado; lo mismo ocurre con la segmentación de la red, medida que según nuestros registros…

—Y según los informes de auditoría —completa Diego.

—… estaba correctamente implementada —concluye Luis, que sonríe agradecido al chico.

—¿Y qué me decís de los TPV? —pregunta Elisa—. Si se han vulnerado medidas, han sido muchas. Empezando por las de confidencialidad.

—Además, se han vulnerado con alevosía —dice el abogado—. Alguien entró en este despacho, se molestó en buscar la llave, coger los informes, arrancar las hojas y, luego, por supuesto, chivarse a los hackers o cometer él mismo el ataque.

—¿Han entrado en tu despacho, Luis? —salta de pronto Andrés. Intenta hacer memoria. No le suena que le hubiese dado esa información.

—Sí, el informe de dos mil veinte se guardaba bajo llave en uno de estos armarios —contesta Luis y señala los muebles grises cerrados con llave—. Si recuerdas, es la primera vez que decidimos poner en un informe, por escrito, dónde se ubican los activos y quién lo sabe. Por eso, los informes de años anteriores se guardan en la sala común, mientras que este estaba aquí, en mi despacho. Alguien tuvo que entrar sin que yo me diera cuenta. Rebuscar entre mis cosas y conseguir la llave —se lamenta.

Lo peor de todo, piensa el CISO, es que esa persona ha tenido que hacer todo eso mientras él estaba en la oficina, porque siempre que se va de ITECO deja la puerta cerrada con llave. Solo tiene dos copias: una que lleva consigo y otra que guarda en su casa. La situación se está poniendo complicada para él. ¿Y si piensan que es el culpable? Al fin y al cabo, tiene toda la información, ha estado en todas las reuniones y, sobre todo, conoce los puntos débiles de la empresa.

Elisa observa el gesto de Andrés, que se ha quedado blanco; también la cara de apuro del CISO, que casi no se atreve a dirigir la mirada a

su jefe, y se compadece de él. Algo le dice que quizás quien está detrás de todo quiere que parezca culpable.

—Luis, ¿cuánta gente pasa por tu despacho? —pregunta la chica.

—¿A diario? Mucha. Tengo reuniones allí casi todos los días con personas de otros departamentos o con mis chicos. Mi puerta siempre ha estado abierta para todos. Aunque quizás no ha sido muy buena idea.

—Que alguien entrase y te robase las llaves del armario o hiciera una copia no es algo tan difícil… —comenta Juan.

Todos se quedan en silencio hasta que Andrés sugiere que después, el CISO y él, se quedarán un rato en el despacho para ver dónde tenía esas llaves y cómo se las pudieron robar. Conformes, pasan al siguiente asunto de la mañana.

—Las imágenes de la cámara de seguridad. ¿Podemos verlas, Juan?

El chico lleva un rato trasteando con su portátil con cierto nerviosismo.

—Luis —dice con un hilo de voz y los ojos inyectados en sangre—, no las encuentro.

—¿Cómo?

—No paro de pasar las imágenes, y ese fragmento no está. No lo entiendo.

Luis sabe que Juan está cansado; no quiere presionarlo en exceso.

—Haremos una cosa, Juan: cuando acabe la reunión, las buscamos con calma, ¿te parece?

—Nosotros le ayudamos, Luis —ofrece Elisa, fijándose de reojo en su compañero, que sigue pasando, desesperado, los minutos de la grabación sin poder encontrar la parte que falta—. Juan necesita descansar un poco…

—Os lo agradezco —responde él.

Se maldice por haberse quedado dormido. Está en un lío bien gordo. «¿Cómo se puede ser tan idiota?», piensa. Si esas imágenes han desaparecido, no es por casualidad, y él lo sabe.

Torre de Cristal, planta de IT. 09:30

Cuando salen de la reunión y se despiden de Luis, Juan por fin puede confesar a sus amigos la verdadera razón por la que piensa que las imágenes han desaparecido.

—Estoy en un problema —confiesa muy nervioso. Los otros dos le miran con expectación—. Anoche, en mi guardia, me dormí —reconoce—. Por suerte, Víctor y Sara me despertaron a las siete de la mañana, antes de que llegase Luis, pero no puedo recordar cuánto tiempo estuve durmiendo, ni sé si es posible que alguien manipulara mi ordenador sin que yo me enterase. Maca siempre dice que tengo un sueño muy ligero…

Elisa y Diego se miran preocupados.

—Quizá es algo descabellado, de película de ciencia ficción, pero…

—¿Pero?

—¿Y si te pusieron algo en la bebida? —sugiere Diego.

Elisa tiene los ojos como platos.

—Pero ¡¿qué dices, Diego?! —exclama.

—Vamos, mira la cara de Juan —replica—. Está claro que el sueño que tiene no es normal.

—Es verdad —corrobora el aludido—. Noto como si tuviera una resaca de la leche, los párpados me pesan, el cerebro me va lento. En la reunión me estaba quedando frito. No me suele pasar, tengo bastante aguante por lo general.

Diego continúa su explicación.

—Pensadlo, llevamos desde ayer sospechando que el responsable está dentro de la compañía. Quizá sabía qué es lo que estabas revisando en el ordenador o sospechaba que era algo importante.

—¿Y le han metido un somnífero en el café? —cuestiona Elisa con cierta reticencia—. ¿Se os ocurre alguna forma de que podamos

comprobarlo?

—El café me lo terminé, y el vaso está en la basura —responde Juan, compungido y con muy mala cara—. Joder, joder… ¿Cómo puedo ser tan imbécil? Sea como sea, por mi culpa se ha perdido una de las pocas pistas que podíamos tener. ¡Me han robado las putas imágenes en mi cara!

El chico se desploma en una silla, agotado. Sus compañeros le miran con tristeza. ¿Qué le dirán a Luis? Tras unos instantes de silencio, Juan vuelve a hablar.

—Tengo una idea, pero necesito un poco de tiempo. Necesito que me cubráis delante del jefe unas horas. Quizá, parte del día.

—No te preocupes —le tranquiliza Diego—. Le diremos que seguimos buscando las imágenes. Creo que incluso podré fingir que reviso las grabaciones.

—Con los informes de auditoría lo has hecho muy bien —bromea Elisa.

—¿Eso que capto en tu voz es un tono de burla?

Ambos se miran con complicidad hasta que Juan les interrumpe.

—¡Vale ya! Dejaos de risitas hasta que terminemos esto. ¿No os dais cuenta de que estoy en la mierda y de que tenemos un problema gordo? ¡Los tres! —exclama exaltado—. Si descubrimos que es cierto que me han robado las imágenes y que me han echado algo raro en el café, significa al cien por cien que el back hat está en la compañía, aquí y ahora, que sabe demasiado bien qué nos traemos entre manos y que nos va a boicotear.

—Tienes razón —asiente Elisa de pronto, muy seria, al comprender el alcance de la situación—. Si está dentro…, lo encontraremos. Quizá está mucho más cerca de lo que pensamos, y aunque eso nos pone en peligro, él corre el riesgo de dar un paso en falso.

Torre de Cristal, planta de IT. 10:00

Diego y Elisa se encuentran sentados en una de las mesas de IT. Elisa

continúa revisando correos electrónicos. Diego comprueba que Juan no se equivocaba al afirmar que un pedazo de grabación ha desaparecido. Hay un salto en el tiempo en las imágenes, justo en el momento en el que deberían aparecer la pierna y el ordenador con el logo de ITECO parcialmente ocultos de las cámaras de seguridad. El abogado cada vez está más seguro de que esa persona debe estar relacionada con el ataque, con la extraña somnolencia de su amigo y con la desaparición de las imágenes. Con fastidio avanza la grabación, primero hacia delante y luego hacia atrás; no encuentra nada.

Lo siente mucho por Juan. Esta situación parece de película; sin embargo, no puede evitar pensar que un Lexatin o algo similar se puede conseguir en cualquier farmacia. Una dosis un poco más alta de lo normal y Juan no se habría enterado ni aunque le hubiesen desvalijado allí mismo. Será mejor que, a partir de ahora, Elisa y él anden con mucho cuidado. Jamás pensó que en su lugar de trabajo tuviera que vigilar sus pertenencias, incluso el café que está a punto de beberse.

Alza la vista y ve a Elisa concentrada en su ordenador. Por un momento, ella se siente observada y le devuelve la mirada. Le sonríe con complicidad para luego volver a centrarse en sus tareas. Parece que ha pasado una vida desde que el lunes llegó a ITECO y se ofreció a revisar los informes para poder desconectar de su día a día. Quién le iba a decir que se iba a ver envuelto en semejante intriga. Siente un cosquilleo. Quizá es miedo, puede que emoción. Quizá es que se siente feliz de estar donde está, de sentirse útil, de ayudar a resolver un problema. Un problema de cuya resolución dependen miles de puestos de trabajo. Tiene que esforzarse al cien por cien y, cuando todo esto termine, ya pensará en qué hacer con su vida.

De pronto nota una vibración en su maletín y saca su teléfono móvil. Es Jaime.

—Hola, Jaime.

—¡Diego! ¿Qué tal andas?

—Bien —responde—. Ya te habrás enterado por Pablo de las últimas novedades, ¿verdad?

—Sí, sí, por eso te llamo. Quería decirte que estamos muy contentos. Rocío nos ha llamado para informarnos del buen papel que estás haciendo en ITECO. ¡Si es que todo lo que tocas lo conviertes en oro, chaval! —Jaime suelta una carcajada. Diego se alegra de que su jefe

esté contento, pero intuye que esa llamada no es solo para felicitarle —. Quería aprovechar para decirte que ha entrado una operación nueva en el despacho.

—Ah, ¿sí?

—Sí. El cliente es una importante cadena hotelera. Están teniendo algunos problemas financieros y estructurales y han decidido fusionarse con otra cadena. —Diego escucha los antecedentes del caso —. Te enviaré la documentación para que la vayas estudiando esta semana. Aunque nos han dado unos plazos muy ajustados, contamos contigo.

—¡Claro! Estaré encantado —responde el chico con un fingido tono de entusiasmo a la par que piensa que su jefe está más entusiasmado por la fusión que el propio dueño de la cadena de hoteles. Tan fingido que incluso Elisa levanta la vista de su ordenador y arquea las cejas.

Por suerte, Jaime parece no haberse dado cuenta de su tono. En realidad, es como si le hubiese caído un jarro de agua fría: estudiar tediosos contratos, analizar montañas de documentación, reuniones con ricachones y muchas horas de trabajo. ¿Esa va a ser su vida? Se despide de su jefe, frunce el ceño y cuelga el teléfono.

Joder. ¿Por qué será tan cobarde? ¿Por qué no es capaz de coger las riendas y hacer algo que realmente le apasione? Ve al equipo de personas de IT que trabajan concentradas delante de sus ordenadores. Se pregunta si alguien se sentirá como él, si alguno de esos chicos se levantará por las mañanas cuestionando si esas líneas de código son todo lo que puede esperar de la vida.

Seguro que no, piensa. Seguro que, pese a su apariencia friki, no son ni remotamente tan raros como él. No debería tener tantos prejuicios, se reprende.

—¿Estás bien? —Oye una voz que le saca de sus pensamientos. Es Elisa, que lo mira con preocupación.

—Sí, sí, es solo… Era mi jefe —explica—. Me llamaba para decirme lo bien que lo estoy haciendo aquí en ITECO.

—Eso es genial, ¿no?

—Sí. Sería genial si no me hubiera endosado un marrón con el que voy a estar liado todo el fin de semana. —Elisa arquea las cejas—. Una nueva operación —aclara Diego.

—Eso se supone que también es bueno. Tendrás más visibilidad, demuestra que tus jefes te aprecian y…

—Y es todo lo que cualquier abogado de M&A querría: participar en una superfusión de dos cadenas hoteleras que probablemente saldrá en todos los periódicos.

—¿Pero?

—Pero yo no. —El chico hace una pausa solemne antes de continuar —. Dime, esto que haces en ITECO, el diseño…

—¿UX?

—Eso. El diseño UX. ¿Es algo que de verdad te apasiona? ¿A ti te encanta levantarte por las mañanas y venir a diseñar o lo que sea que hagas?

Elisa sonríe.

—Si el trabajo fuese un hobby y a todo el mundo le encantase, no se llamaría trabajo.

—¡Vamos! Esperaba más de ti. Esa es una respuesta totalmente manida.

—¿Me vas a contar tú lo de «trabaja en lo que te gusta y nunca más volverás a trabajar»? Eso sí que es manido —se jacta ella.

—No. Solo digo que el trabajo o, mejor dicho, la profesión, tiene que dar un mínimo de sentido a tu vida, de satisfacción. Si no, ¿qué sentido tiene estar tantas horas en la oficina?

—Hay que pagar las facturas —contesta Elisa escueta. Diego la mira fijamente hasta que ella se rinde—. Está bien. No, no me encanta mi trabajo. Ojo, tampoco me disgusta, pero sí sé cómo es cuando algo te apasiona, y yo, si fuera tú, intentaría probarlo al menos una vez en la vida.

—¿Estás hablando de tu trabajo de hacker?

—Sí —responde ella con una sonrisa triste.

—¿Qué pasó?

La chica, en tono suave, le dice que no es momento ni lugar, que tienen mucho trabajo, y que ya, si eso, se lo contará en otra ocasión.

No quiere desenterrar antiguos recuerdos ni abrir viejas heridas en un momento en que tiene que estar concentrada. Entiende cómo se siente Diego, al menos en parte. Durante un momento de su vida ella pensó que el hacking y la ciberseguridad en concreto le habían dado todo, pero de repente el sueño dorado que había construido encima de cientos de líneas de código se esfumó como una nube de humo.

De esa antigua vida solo le queda su amiga Alba. Alza la vista y la observa conversar con Víctor a unas cuantas mesas de distancia. Se siente afortunada por volver a coincidir con ella, aunque no puede evitar que la chica le produzca sentimientos agridulces; al fin y al cabo, ella estaba allí cuando aquello sucedió, cuando la carrera de Elisa en ciberseguridad se fue a pique. Con un profundo suspiro, decide volver a sus tareas.

Torre de Cristal. Sala de juntas, planta de IT. Comité de crisis. 10:26

En la sala de IT hay un momento de déjà vu. De nuevo ese silencio, los nervios a flor de piel, la calma antes de la tempestad. Faltan menos de cinco minutos para las diez y media de la mañana. La compañía se prepara para una nueva embestida. Por orden de Luis, a toda velocidad, se ha revisado el código y las actualizaciones de los distintos activos de la compañía, en especial de Softpital. Se han intentado reforzar varias medidas de seguridad, y un equipo continúa trabajando para romper el cifrado, a sabiendas de que es una misión casi imposible.

También las redes sociales están que arden y hacen un seguimiento constante de lo que sucede en ITECO con base en la información que obtienen a través de distintas fuentes, algunas de ellas de dudosa índole. Alejandra e Ignacio hacen todo lo posible para parar las filtraciones, pero siempre aparece algún mensaje, algún nuevo perfil falso, y, después de casi tres días, resulta imposible determinar la vinculación de las cuentas de Twitter con los empleados o exempleados de la compañía.

Andrés, sentado al lado de Luis y enfrente de la enorme pantalla donde se proyectará el nuevo mensaje, intenta esperar las noticias con serenidad y procura que no se le note alterado para transmitir una sensación de calma a su equipo. Sin embargo, a falta de dos nuevos

ataques, fingir ser una balsa de aceite le resulta cada vez más difícil. Aunque la red sigue cifrada, la incidencia de los TPV ha sido sofocada. Están en tablas en la partida contra los ciberdelincuentes, lo que resulta esperanzador. Nada indica que no puedan superar este nuevo golpe minimizando los daños, se anima.

A las diez y media, el reloj programado por los hackers ilumina la enorme pantalla y les recuerda que la pesadilla continúa. Todos en la sala contienen la respiración hasta que aparece el mensaje de letras blancas sobre fondo negro:

/* Hola, ITECO.

Tercer día. Tercer ataque.

Andrés RDA, ahora sabrás lo que se siente.

Quedan 24 h.

Continúa la partida. */

Andrés ve, con el corazón en un puño, cómo se cumplen sus peores presagios. Otra vez se vuelven a dirigir a él; en esta ocasión, de forma mucho más clara y agresiva: «Ahora sabrás lo que se siente».

Nadie en la sala se atreve a romper el silencio. El CEO, por un momento, siente sus fuerzas flaquear. Un escalofrío recorre su columna vertebral, y nota una fuerte sensación de mareo. Luis está igual de consternado que él. De pronto empieza a preguntarse seriamente si sus propios compañeros, en vez de creer en su inocencia, tal vez comiencen a elucubrar sobre qué habrá podido hacer para que alguien se quiera vengar de esa forma, que tal vez sus estrategias para dirigir la compañía nunca han sido, en realidad, tan limpias como él siempre ha hecho ver. Le tranquiliza no percibir muestras de reproche, sino rostros tan desconcertados como el suyo propio.

—Andrés —le interpela Rocío con suavidad—, te lo tengo que preguntar: ¿crees que puedes tener algún enemigo? ¿Alguien que te odie por algún motivo? Este mensaje, y en especial esa amenaza tan directa, hace dudar de si tratan de hundir ITECO o… —la abogada, siempre clara y directa, vacila unos segundos antes de terminar la frase— de hundirte a ti.

El CEO responde con un evidente tono de angustia.

—No tengo ni idea, Rocío. Ni idea de quién me puede odiar tanto, ni qué pude haber hecho ni a quién. Os lo digo con total sinceridad. Es cierto que el mundo de los negocios es duro y no siempre he acabado a las mil maravillas con todos mis clientes o trabajadores, pero de ahí a querer hundir a la empresa…, a mí —se corrige—, hay un trecho. Esto es una muerte lenta y dolorosa —admite derrotado.

—Quizá lo que comentabas de los competidores pueda tener sentido —sugiere Inés.

Andrés dirige la mirada a Luis y se da cuenta de que ambos están pensando lo mismo: no es un competidor, ni un socio comercial descontento; está claro que se trata de alguien más cercano. Alguien que está dentro de la compañía o que tiene una relación muy próxima con Andrés, y eso es, precisamente, lo que más le duele. Antes que hombre de negocios se considera persona, y el hecho de haber causado tanto daño a otro para que actúe así contra él no solo le desconcierta, sino que, a sus sesenta y muchos años, le duele en el alma.

—Ahora sabrás lo que se siente —murmura Alejandra citando el texto de la pantalla, que resuena en la mente de todos—. El próximo ataque debería darnos una pista. Si te dice «ahora sabrás lo que se siente», significa que van a replicar algo que tú hayas hecho a otro. Tiene sentido, ¿no?

Los miembros del comité asienten, mostrando su acuerdo con las palabras de Alejandra, y vuelven a mirar la pantalla. Aún no hay noticias del golpe más allá del mensaje. A través de los cristales se puede ver al equipo de IT concentrado en su trabajo y, aunque se respira cierto nerviosismo, no hay rastro del alboroto que se formó en anteriores ocasiones al comenzar la incidencia. Algunos técnicos levantan la vista para intentar captar algo de lo que ocurre en la sala del comité.

Pasan los minutos. Media hora después, aún no se sabe nada. La tensión se acrecienta. Ni siquiera la prensa parece tener información filtrada por las redes sociales o por los propios hackers. Nada. Los miembros del comité discuten sobre la responsabilidad de Andrés y sus potenciales enemigos, pero resulta imposible identificar a un culpable. El CEO sabe que esa conversación es inútil porque no tienen toda la información. Solo él mismo y Luis conocen los detalles sobre el robo del informe de la auditoría y la persona que se entrevé en las

imágenes del Buen Café, y así seguirá siendo hasta que puedan descartar que alguien del comité les esté traicionando. En un gesto silencioso, Andrés y Luis acuerdan hablar sobre esto más tarde.

—Bien —concluye Luis—. Lo mejor será que cada uno vuelva a su trabajo. Nos reuniremos en cuanto haya noticias.

—Quizá no lo hayan programado bien —sugiere Roberto esperanzado—. Quizá han querido atacar a uno de los activos cuya protección hemos reforzado y les ha resultado imposible.

Luis le mira con media sonrisa.

—Ojalá tengas razón. Eso nos daría unas cuantas horas de ventaja, y quizá ITECO no estuviera condenada después de todo… Pero, si te soy sincero, amigo mío, y en especial después de ver este mensaje, me extrañaría mucho que hubiesen cometido un solo fallo.

—La esperanza es lo último que se pierde.

Capítulo 3

Torre de Cristal, planta de IT. 10:55

—Estoy flipando…

Diego y Elisa acaban de leer en la prensa el mensaje de los ciberdelincuentes. Tienen muchas preguntas. Elisa se atrevería a decir que esto es una sorpresa relativa. Orquestar una venganza contra ITECO es demasiado general, sin embargo, un acto personal contra Andrés cobra mucho más sentido. Eso lo sabían desde el principio, y ahora no hacen más que confirmar sus sospechas. La pregunta de oro es: ¿quién le puede odiar tanto y por qué?

Lleva toda la mañana revisando correos y más correos, por si acaso se le escapa algún detalle, y nada. Andrés tiene buena relación con todo el mundo. En su bandeja de entrada ha encontrado algunos emails quizá un poco más acalorados con ciertos clientes, ninguna situación en la que la sangre haya llegado al río. Ha chequeado correos de hace cuatro y cinco años, pero el volumen de documentación que tiene que revisar es ingente, así que ha tenido que continuar filtrando por palabras clave. Está claro que todo lleva planeado desde hace algún tiempo: meses, quizá años. ¿Cuál ha sido el desencadenante?

Tal vez ese día logren alguna pista contundente de la que poder tirar, pues el hacker ya lo anuncia: «Ahora sabrás lo que se siente». El ataque de ese día probablemente será contra algún activo valioso de ITECO. ¿Qué atacaría ella si fuera una black hat? Quizá intentar cargarse Softpital o incluso Assetive y truncar la operación que, en teoría, están a punto de concluir. Debe darse prisa y seguir investigando. Tal vez se esté perdiendo muchas cosas en los correos electrónicos, y eso le preocupa. Al fin y al cabo, no conocía, por ejemplo, el detalle de que Alfonso gana una comisión por cada operación de Assetive que se lleve a cabo con éxito. Por un momento comienza a dudar de sus capacidades, y le pone nerviosa pensar que el tiempo corre en su contra.

«Vamos Elisa, piensa», se alienta.

—Andrés debe de estar subiéndose por las paredes —comenta Diego —. ¿Tú crees que ha hecho algo? Alguien tiene que odiarle mucho para montar semejante pifostio.

—Nunca se sabe. Reconozco que los hombres de su posición no tienen un papel fácil. Son de una pasta especial. No sabemos qué clase de cosas habrá tenido que hacer. Quizá cosas poco éticas o ilegales, o algún chanchullo para llegar a ser CEO de ITECO. —La chica suspira —. Si te soy sincera, quiero pensar que Andrés no es más que una simple víctima de unos cibercriminales. Al fin y al cabo, siempre me ha parecido un hombre bastante transparente, ¿sabes?

—Quizá esa sea la imagen que vende de sí mismo. En realidad, no lo conoces.

Elisa se encoge de hombros.

—Le he investigado por internet para tener un poco de contexto al revisar los correos.

—¿Y bien?

—Una fachada perfecta. Quizá Luis esté detrás de eso. No lo sé. Todo lo que sale sobre su persona en las redes o en prensa es positivo. Se cuentan las bondades sobre su gestión de la empresa, y poca cosa sobre su vida personal. Sinceramente, por lo que hemos visto en los correos, parece un buen hombre. Quizá pienses que es una tontería, pero, por ejemplo, Alfonso es bastante más desagradable, a veces diría que incluso maleducado. Por otra parte, Roberto es un vendehumos. Es un tipo comercial, y así se refleja en su forma de expresarse en los emails. Sin embargo, Andrés es educadísimo, es claro y conciso, transparente. Quizá demasiado…

—Quizá tanta corrección sea una cortina de humo. ¿Y si trata de ocultar algo? ¿Y si realmente le ha hecho algo a alguien? Por muy educado que sea en sus correos electrónicos. ¿Y si ese alguien busca justicia porque se vio sometido por el CEO de una gran corporación? Y si son…, ¿cómo los llamáis?, ¿«hacktivistas»?, y luchan por proteger al pequeño, al trabajador, de la tiranía de las grandes corporaciones —elucubra el abogado.

—Podría ser —responde Elisa pensativa—. Pero ITECO no se caracteriza precisamente por ser una compañía que trate mal a sus empleados o por ser tirana. Hasta donde sé, sale en los mejores puestos de los rankings de empresas deseables para trabajar…

—Sabes que muchos de esos rankings son de pago, ¿verdad?

La chica pone los ojos en blanco y responde:

—Intentemos conseguir pruebas objetivas, y a partir de eso juzgaremos a Andrés y a todos los demás.

—Estoy de acuerdo —responde el abogado.

Elisa vuelve la vista a su pantalla y, de pronto, siente una presencia a su lado.

—¿Vamos a por un café?

Torre de Cristal, planta de IT. 11:20

—Alba, te van a despedir como te vean tomarte tantos cafés —bromea Elisa.

—¿Tú crees que alguien se da cuenta? Están todos demasiado ocupados… Cuéntame cómo van las cosas —comenta al entrar en el office. Se dirigen a la máquina expendedora.

Elisa se encoge de hombros. Aunque le gustaría, no puede revelar nada a su amiga de las averiguaciones y sospechas que Juan, Diego y ella tienen en relación con el ciberataque. Se lo prometieron a Luis y no puede faltar a su palabra, así que responde escueta:

—Sin mucha novedad.

Alba enarca una ceja.

—Vamos, os he visto reunidos con Andrés y Luis esta mañana. Algo gordo ocurre.

—No puedo decirte nada, Alba.

La chica la mira contrariada, pero no replica. Ambas se sientan a una de las mesas de la sala y echan un vistazo a su alrededor. A través de la cristalera pueden ver a decenas de personas trabajando concentradas. También observan a Luis, que está en su despacho y mira fijamente la pantalla de su ordenador con gesto de preocupación.

—Lo debe de estar pasando muy mal, el pobre —murmura Alba.

—Sí. No me gustaría estar en su piel.

—Aunque dudo que le cueste encontrar otro trabajo después de esto…, peor lo tienen los de abajo.

Elisa se extraña.

—¿No crees que ITECO vaya a salir adelante?

—Tengo serias dudas, la verdad —afirma.

—Pues yo empiezo a pensar que en realidad no son tan buenos. Solo juegan con ventaja.

—¿Ah sí? Ya estabas tardando en sacar a relucir tu ego…

Elisa mira a su amiga sorprendida.

—¿A qué viene eso?

—Simplemente te recuerdo qué fue lo que te llevó a dejar la ciberseguridad. —Alba suaviza el tono—. Te creíste la mejor.

—Era la mejor —protesta Elisa—. Solo… cometí un error —murmura.

—¿Ves? Siempre te has creído invencible. Superior a los demás. Te aconsejo que no hagas lo mismo esta vez. La última le salió caro a mucha gente.

Elisa pone los ojos en blanco.

—Estoy decidida a resolver esto.

—Solo digo que tengas cuidado. Vale más una retirada a tiempo…

—Una retirada a tiempo —bufa—. Eso es lo que tú haces: te acobardas, te paralizas, te vuelves un cero a la izquierda. Yo cometí un error, pero alguien tenía que tomar una decisión, cosa que los demás no hicisteis.

Elisa se levanta enfadada y deja a Alba sola en el office sin opción a réplica. Se imaginaba que algo así terminaría ocurriendo. Que discutirían por aquello que ninguna de las dos puede olvidar. Quizá, piensa Elisa, hay heridas que tardan mucho tiempo en curarse.

Torre de Cristal, planta de IT. 12:30

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Diego cuando ve llegar a Elisa con el ceño fruncido.

—He discutido con mi amiga.

—¿Con la del pelo rojo? No para de tomarse cafés. Antes la he visto con Víctor. Cualquiera diría que ha venido a trabajar… —Elisa sonríe por la observación del chico—. ¿Qué os ha pasado?, si se puede saber.

—Rencillas del pasado —dice ella—. Supongo que hay heridas que nunca se curan.

—Qué profundo. Si me lo quieres contar…

—Mejor en otro momento. Ahora pongámonos a trabajar.

Al cabo de un rato, el silencio del departamento de IT se ve alterado por una voz de alarma.

—¡Nuestros activos están en internet!

—¿Cómo? —preguntan varias voces al unísono.

—¡Han subido el código de varios de nuestros activos a repositorios de código públicos! Ahora cualquiera puede tener acceso a ellos. —El chico que ha dado la noticia está nervioso, pálido, le tiemblan las manos—. Yo… lo he visto por casualidad —balbucea—. Un amigo me ha avisado y…

Alguien ha ido a buscar a Luis. Este sale corriendo de su despacho como alma que lleva el diablo. Mientras se reúne con sus chicos para que le den información, Diego y Elisa observan la escena expectantes.

—Elisa…

—No sabes lo que es un repositorio de código, ¿verdad? —adivina ella. El chico sonríe como confirmación—. Son plataformas de desarrollo colaborativo de software —explica—. Como una red social. Alguien cuelga el código de forma pública, salvo que tengas una cuenta de pago, y los demás usuarios pueden contribuir a mejorar el

desarrollo. Es una forma de realizar proyectos comunitarios y libres, y de enriquecer y enriquecerse del conocimiento de otros.

—Entonces, subir el código de los activos de ITECO significa que cualquiera se los puede quedar —añade Diego con gravedad, atando cabos—. Y, entonces, ¡perderán todo su valor!

—Exacto.

—Sería como si ITECO regalase todos sus productos. Como si alguien pusiera a tu disposición todas las series de Netflix. ¿Por qué ibas a pagar por ellas?

Elisa medita el ejemplo antes de responder.

—Más o menos es así, sí, pero ITECO también presta otros servicios, recuerda. Voy a ir a hablar con Luis —afirma y se levanta de su asiento.

Se dirige adonde se encuentra el CISO con su equipo. Comprueba con desolación las caras de los desarrolladores, que ven su trabajo colgado de forma gratuita en internet. Es un desastre.

—¿Qué sabemos? —pregunta con timidez.

—De momento hay que ver qué activos son los que se han subido a estos repositorios —responde Víctor, que aparece a su lado.

—Pero ¿cómo han podido dar con el código fuente? ¿Lo secuestraron en el momento de la encriptación? ¿Han atacado los servidores otra vez?

—Aún no lo sabemos —responde Luis—. Hay que ver qué versión de código está subida en la plataforma. En cualquier caso, hay que intentar borrar todo de esas webs antes de que sea demasiado tarde. —Ahora se dirige a su equipo—: Chicos, rastread todas las páginas de desarrollo colaborativo que conozcáis. Por favor, hacedme un listado. Necesito saber qué activo y qué versión han colgado en cada una. Cuando lo hayáis registrado, contactad con los administradores para que lo eliminen de la plataforma.

—Deberíamos intentar averiguar quién lo ha subido —sugiere Sara al lado de Luis.

—A ver si encontráis alguna pista, aunque lo más probable es que sea un usuario con una cuenta de correo y un perfil falsos. Quizá incluso

solo se ha utilizado para esto. Dadas las circunstancias, lo más importante es borrar los archivos; luego veremos si podemos hacer un rastreo, aunque lo veo francamente difícil.

Elisa asiente pensando que es muy probable que Luis tenga razón y sea imposible rastrear la subida del código, pero seguro que hay una puerta abierta. Tiene que haberla.

Torre de Cristal. Planta cincuenta, despacho de Rosa. 12:30

Sentada frente a su pantalla, Rosa lee una y otra vez el último mensaje de los ciberdelincuentes. No dice mucho, en realidad, pero esa frase contra su Andresiño le ha dolido. Mucho. Se le ha clavado como si fuese su propio nombre el que se dibuja con letras blancas sobre ese fondo oscuro que utilizan los programadores. A ella no le cabe duda de que Andrés está pagando a título personal por un daño que quizás ni siquiera sabe que ha causado.

«Ahora sabrás lo que se siente». Esa frase le da escalofríos. Solo puede presagiar algo muy malo.

Desde que leyó la noticia en el periódico no puede parar de dar vueltas a la historia de Andrés. A los más de cuarenta años que llevan trabajando juntos. Necesita hacer memoria. Necesita recordar algún fleco, algo que haya podido hacer su jefe y por lo que se quieran vengar de él, pero no se le ocurre.

Se siente inútil.

Mira a través del cristal a un hombre venido a menos y sumido en sus pensamientos. Es probable que Andrés intente hacer el mismo viaje en el tiempo que ella: recordar a quién hirió, quién puede odiarlo tanto como para querer hundir su empresa. Rosa aún no sabe cuál será el tercer embate. Casi ni le importa, porque el ataque más importante, el que puede mermar la seguridad y destruir al CEO, ya está en ese mensaje.

Unos minutos más tarde llega Luis. Con un gesto, Rosa le indica que puede pasar al despacho de Andrés. Tiene que confiar en que Luis sea lo bastante fuerte para aguantar sobre sus hombros el peso de esta crisis. Si el CEO se derrumba, la empresa está en sus manos.

Luis entra en el despacho de Andrés, que lleva desaparecido un rato, y se lo encuentra con la mirada perdida en las preciosas vistas a la sierra que se pueden contemplar desde su ventanal. El CEO se vuelve en su silla. Luis observa su rostro, viva imagen de la derrota.

—Ya me he enterado de lo de los activos —confirma el hombre—. Lo he leído en la prensa.

—He venido en cuanto he podido —se disculpa Luis—. Tenía que dar instrucciones a mi equipo. Aún tenemos que ver cómo han conseguido el código y cuántos de nuestros activos están subidos a estas páginas.

—¿Qué es lo que he hecho tan mal, Luis? —pregunta Andrés con un tono de abatimiento que hasta ahora no le había oído—. ¿Qué tienen esos malditos contra mí?

Andrés odia mostrarse débil. En ese momento se siente como un niño que solo quiere llorarle a su madre. ¿Qué es lo que pudo haber hecho tan mal? Cuando hace un rato leyó en las noticias que la mayoría del código fuente de sus activos estaba colgado en internet, el alma se le cayó a los pies. Ante sus ojos se desvanece el trabajo de años, no solo suyo, sino de decenas de empleados que invirtieron esfuerzo y ganas de hacer de ITECO una de las empresas más potentes del sector. Mira a su alrededor acongojado. Quizá ya no tenga derecho a ocupar ese puesto. Quizá… La voz de Luis capta su atención.

—Nada, Andrés, nada, no has hecho nada. Yo confío en ti, y estoy tan perplejo como tú sobre por qué te atacan tan directamente. No lo entiendo, la verdad —responde el CISO con sinceridad—. Tú me contrataste cuando solo era un chaval, y me diste la oportunidad de aprender y de formarme para hacer de mi pasión, que siempre fueron los ordenadores y la informática, mi trabajo. Por ello te estaré eternamente agradecido. —Andrés sonríe con tristeza—. ¡Vamos! ITECO va a resistir —le anima con todo el convencimiento del que es capaz—. Al menos, mientras yo esté aquí, haremos lo imposible. Bucearemos y limpiaremos una por una todas las páginas de software colaborativo que haya en la web, en la Deep Web y en el más allá. Limpiaremos todos los equipos infectados por el cifrado, y la empresa volverá a ser un ejemplo de profesionalidad. Ya verás, le daremos la vuelta a la situación y…

—Sí —interrumpe Andrés con una sonrisa cansada—, lo haréis, pero… puede que lo mejor para todos sea que yo abandone el barco. Quizá podamos llegar a un acuerdo con los ciberdelincuentes: presentaré mi dimisión. ¿No es eso lo que quieren? Y les ofreceremos un precio por

el rescate, por el código. Si la ofensiva es algo personal contra mí, debería servir. No quiero arrastrar a ITECO, arrastraros a todos, a una muerte segura.

Luis mira a su jefe con una tristeza infinita. De pronto parece tener diez años más. Las ojeras se marcan en su rostro cansado, en el que ya se han asentado unas cuantas arrugas, y su pelo blanco, habitualmente brillante, hoy luce lacio y apagado. Por primera vez en toda su vida, Luis no ve frente a sí al hombre fuerte que levantó una de las compañías más potentes del mercado español, sino a un anciano que está cansado y se siente perdido en medio de una extraña batalla entre hackers.

—Dame veinticuatro horas —pide el CISO—. Si mañana por la mañana la situación continúa siendo insostenible, les escribiremos, prepararemos un comunicado y se hará lo que decidas. De momento, que esto quede en secreto entre tú y yo. ¿Conforme?

Andrés lo sopesa unos minutos y al final asiente con la cabeza.

—Conforme.

Torre de Cristal. Sala de juntas de la planta de IT. Comité de crisis. 12:55

Un par de horas después, los miembros del comité vuelven a sentarse en torno a la mesa. Todos tienen rostros intranquilos y cansados y aún les quedan unas cuantas horas de tensión y trabajo por delante. Miran con expectación a Andrés y a Luis. Este último es quien más información les puede facilitar, al menos, información verídica. De nuevo los medios digitales se ensañan con la consultora, y decenas de rumores circulan por la red; por ejemplo, que todo es una estrategia comercial de la compañía.

—¡Esto es absurdo! —exclama Alfonso enfadado—. Por el amor de Dios, ¿es que la gente no tiene trabajo? ¿Cómo es posible que haya personas con tanto tiempo libre para inventarse semejante mamarrachada?

—Creo que ese es el trabajo de algunos —dice Alejandra con amargura—. Jodernos la vida. Desde el departamento hemos escrito a

cientos de perfiles, la mayoría de ellos falsos, y también a medios de comunicación, ofreciéndonos a colaborar y a mantenerlos actualizados de forma oficial, pero no hay manera. Simplemente, no les interesa. —Se encoge de hombros y niega con la cabeza, frustrada. Mira a Ignacio, que le ha ayudado en esa ardua labor y aparenta estar igual de derrotado que ella.

El CISO, de pie, al lado de la pizarra blanca, está pensativo. Las últimas novedades que le ha contado su equipo no lo han dejado indiferente. Se dirige al comité, cuyos miembros siguen elucubrando.

—Bien —comienza—, como todos sabéis, el código fuente de una parte muy importante de los activos de la compañía ha sido subido a varias páginas públicas de desarrollo colaborativo, lo cual supone un problema grave para ITECO, porque cualquiera podrá copiar nuestro código y utilizarlo, transformarlo o hacer lo que quiera con él. Si no paramos esto rápido, perderemos años de mucho trabajo, porque nuestros activos, su código, es lo que hace que tengamos un factor diferencial en el mercado.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunta Roberto, que respira con fuerza y se abanica con una hoja de papel.

—Para empezar, estamos rastreando todas las páginas que conocemos, con el fin de borrar todo rastro del código. Mis chicos me acaban de comunicar que ya se ha eliminado por completo todo lo que se había subido sobre software TPV, Softpital y Sotfteco, y yo mismo he eliminado Itware, lo que tengo que comunicarles para que lo apunten en su listado —comenta más bien para sí—. Sin embargo, nos queda bastante tarea por delante.

—¿Crees que podréis tener terminado el trabajo hoy? —pregunta Alfonso.

—Lo dudo —responde Luis con sinceridad—. Será más bien cuestión de días o, incluso, semanas. Rastrear toda la web en busca de nuestro código es complicado, sobre todo porque quien lo haya copiado puede volver a subirlo en cualquier momento, con lo que tendremos que estar alerta los próximos meses.

—Los clientes no están nada contentos —afirma Roberto.

—Me lo imagino.

—Hemos recibido varias llamadas con amenazas sobre cancelar los servicios. Nos dicen que esto es una tomadura de pelo —explica el

socio acalorado, quitándose la americana. Luis le mira preocupado—. Al menos con el Banco Español vamos a tener bastantes problemas: ayer, el fallo de los TPV, y hoy ven su producto, por el que pagan religiosamente una buena pasta cada mes, colgado gratis en internet…

—Ojo —interviene Andrés, que había estado callado hasta el momento—, no pagan solo por la licencia, pagan por la customización, por la integración, por el soporte… Entiendo que estén enfadados, pero tampoco hay que perder el norte. Aunque ellos mismos copiasen y guardasen el código de esas páginas, no sabrían adaptarlo para que les dé el servicio que nosotros les facilitamos. Esa es la respuesta que tenemos que dar a los clientes, ¿estamos?

Luis mira a su jefe con orgullo. Por su parte, Alfonso y Roberto asienten y miran a Rocío, que será quien les preste apoyo si fuera necesario realizar una comunicación más formal o si recibiesen una amenaza seria de cancelación de servicios o alguna reclamación.

—Hay otra cosa más —continúa el CISO—, algo que me resulta extraño: por lo que hemos visto hasta ahora, la versión del código que se ha subido a internet no es una versión actualizada, sino de hace unos tres meses. Lo que significa que, de alguna manera, los ciberdelincuentes ya se habían colado dentro de ITECO.

Alfonso frunce el ceño y comenta enfadado:

—No me lo puedo creer. ¿Qué coño pasa con nuestras medidas de seguridad? ¿Cómo se han infiltrado?

—Aún no lo sabemos. Voy a revisar personalmente todas las incidencias de seguridad que hayamos tenido en los últimos meses. Quizá algo se nos ha pasado por alto, quizá ha habido una negligencia, no lo sé, sinceramente. Siento no poder daros más respuestas.

—Sabes que tú eres responsable, ¿verdad? —replica Alfonso.

—Soy muy consciente —responde Luis con dureza, harto de las acusaciones del socio—. Y si algo de lo que ocurre es responsabilidad mía, no te preocupes, presentaré mi dimisión. Hasta entonces me veo en el deber de llegar al fondo de este asunto.

—Espero que tengas un buen seguro —amenaza el socio por lo bajini.

Luis siente que se pone rojo de ira. Le apetece decir delante de todos que sabe que fue él el artífice de la enorme metedura de pata al

duplicar el aforo de la Torre de Cristal, y que todas las sospechas le apuntan. Decide callarse y no ponerse a su altura.

—Hablaré con mi aseguradora, no te preocupes —se limita a responder.

Con un bufido, Alfonso da la conversación por zanjada. Luis se apunta un tanto por no dejarse amedrentar. No sabe por qué, pero, a pesar de que Andrés le defiende, él está plenamente convencido de que Alfonso está de alguna manera inmiscuido. ¿Y si fue él quien entró en su despacho y robó las llaves? Podría tener sentido, piensa.

—Luis —la voz de Rocío interrumpe sus pensamientos—, ¿sabemos si de entre los activos que se han colgado en internet está Assetive?

—En principio, no —responde el CISO—. Lo cual es una muy buena noticia, porque así no damos más razones a nuestros partners para que se caiga la operación, ¿verdad? —finaliza dirigiéndose a Andrés.

—No lo tengo tan claro —responde escuetamente ante los miembros del comité.

El CEO prefiere no hacerse ilusiones ni alentar con falsas esperanzas a su equipo. Sabe que tarde o temprano recibirá una llamada de su homólogo de WILDCORP, y no tiene buenas sensaciones. Si se cae la operación de Assetive, la imagen y los estados financieros de ITECO quedarán por los suelos, y no puede permitir que se derrumbe ninguno de los dos. Piensa en su conversación con Luis. Quizá estas sean sus últimas veinticuatro horas al frente del gigante tecnológico.

Inmediaciones de la Torre de Cristal. 13:30

Elisa y Diego se dirigen al Buen Café para echar un vistazo a la ubicación de las cámaras de seguridad. Sería interesante intentar averiguar si la persona que se entrevé en las grabaciones ya sabía de antemano que hay un punto ciego o si tuvo que hackearlas justo antes para ver dónde tendría que colocarse.

—Estoy seguro de que quien interceptó la comunicación ya sabía que se enviarían las imágenes desde aquí —comenta Diego.

—¿Cómo es posible? Fue algo que se decidió de forma espontánea.

Aunque supongamos que el culpable forme parte del comité; piensa que Fernando podría haber decidido enviar la comunicación desde su propio teléfono móvil utilizando sus datos, o desde cualquier otro lugar; su casa, por ejemplo.

—Salvo que Fernando también forme parte del complot —elucubra el abogado.

—Veo que ya sospechas absolutamente de todo el mundo, ¿no? De todas formas, si tú te quedas más tranquilo, vamos a comprobarlo —responde la chica—. Aunque yo tengo mi propia teoría.

—¿Y cuál es?

—Que, en realidad, lo que quieres es un bocadillo de tortilla de esos tan buenos que hacen en el Buen Café.

Diego suelta una carcajada.

—Cómo me vas conociendo.

El edificio de ITECO y sus inmediaciones están mucho más vacíos y con menos bullicio de lo habitual. La mayoría de los trabajadores han acudido a la oficina por orden de sus jefes. Se encuentran cruzados de brazos y con caras de preocupación. Elisa ha intercambiado unos pocos whatsapps con Santi y Carla, que le han informado de que no tienen novedades y de que Álvaro no ha dado parte al resto del equipo sobre por qué ella no está esos días. Lo más emocionante, lo que más preocupa a su amiga Carla, aparte de la posibilidad de perder su empleo, es… Diego. «Si te lo ligas, me alegraré por ti», le había dicho después de un interrogatorio vía WhatsApp de media hora sobre el chico. Elisa, aunque le ha quitado hierro al asunto, tiene que reconocer que la chispa entre ellos dos es más que evidente.

—No hay duda de que en las grandes crisis nacen las grandes fortunas —dice Diego, que observa que el dependiente de la cafetería no da abasto ante la enorme cola de personas que acuden para comprar un bocadillo y un café.

—¡Diego! —Escuchan una voz femenina a su espalda.

El chico se vuelve y encuentra a Carolina. Es tan guapa que siempre le impacta verla. A juzgar por la cara de Elisa, a ella le ocurre lo mismo. La abogada les saluda con una blanca y radiante sonrisa, aparentemente sin ser consciente de todas las miradas que provoca a su alrededor. Es imposible no volverse cuando ella pasa o cuando

suena su voz melodiosa.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta.

—Venimos a comprobar unas cosas —responde Diego con aire misterioso.

—¿Si los bocadillos siguen sabiendo igual de bien? —Se ríe ella.

—Eso también. ¿Cómo os va en la asesoría? ¿Mucho trabajo?

—Un poco caótico, por aquello de volver a la era analógica. —La chica se encoge de hombros—. Revisar contratos en papel no tiene mucho encanto. Oye, Diego…

—¿Sí?

—Deberíamos volver a salir —suelta ella a bocajarro.

Diego arquea las cejas sorprendido, sintiéndose algo incómodo por ese giro inesperado de la conversación. Carolina continúa:

—Ya sabes, como en los viejos tiempos. Quizás cuando todo esto termine podríamos quedar, volver a aquel sitio donde me llevaste aquella noche, ¿recuerdas? —La abogada utiliza una voz melosa y pasa de forma disimulada una mano por la espalda de Diego, que da un respingo.

El abogado, que no ha olvidado que Elisa está a su lado, siente que se le suben los colores. No se atreve ni a mirarla, y no quiere ni imaginarse qué cara estará poniendo. Carolina siempre fue un poco así: su presencia acapara tanto protagonismo que está acostumbrada a ignorar a los que tiene a su alrededor. Ese es, precisamente, uno de los motivos por los que la cosa no salió bien.

—Creo que no es el mejor momento —responde Diego al fin con una sonrisa amable, y toma algo de distancia de la abogada.

En su cogote siente la mirada de algunos tipos, que hacen cola en la cafetería y que deben de estar pensando que es idiota por rechazar a semejante bombón.

—¿Has conocido a alguien? —pregunta ella intentando, con un tono casual, disimular que le ha dolido el inesperado rechazo.

—Tal vez —replica él con firmeza.

El chico ve de reojo a Elisa ¿Se habrá dado por aludida? Seguramente no, se acaban de conocer y… Un momento. Elisa está mirando a Carolina, que le saca una cabeza; de hecho, mira fijamente su…, ¿su pecho? Diego de pronto se siente confundido. Sabe que Carolina siempre atrae a hombres y mujeres, pero ¿a Elisa?

—Carolina, ¿verdad?

La aludida mira a Elisa como si hubiera reparado por primera vez en ella.

—Sí —responde amable, pero irritada por interrumpir su conversación con Diego.

—¿Dónde has conseguido ese USB que llevas colgado junto a tu tarjeta de identificación?

—¿Este? —responde cogiendo el pequeño pendrive con sus manos de manicura perfecta—. Lo regaló ITECO. Lo repartieron un tiempo después de la fiesta de Navidad. Se supone que debía contener las fotos de esa noche, y que vinieron defectuosos. Lo conecté al ordenador y estaba vacío.

Elisa mira a Diego con nerviosismo.

—Diego, una de las medidas de seguridad de la empresa es que tiene bloqueados los puertos USB. No se puede conectar ningún dispositivo externo al ordenador. Te suena haberlo leído en los informes, ¿verdad?

—Es cierto.

—¿Por qué iba a repartir ITECO lápices de memoria a sus trabajadores si no los pueden conectar a sus portátiles?

—Quizá porque eran lápices fake.

—¡Exacto! —responde Elisa triunfal—. Hay que hablar con Luis, no hay tiempo que perder.

—Un momento —interrumpe Carolina escuchando la conversación—. Mi ordenador sí que puede leer USB, también el de Martín. En la asesoría a algunos nos funciona y a otros no.

—Eso es raro. Las funcionalidades de los ordenadores deben ser las mismas para todos, salvo que se hubiesen concedido permisos

especiales. Seguramente necesitaremos que vengáis a IT. Os avisaremos —afirma Elisa con seguridad—. Diego, seguro que tú sabrás cómo contactar con Carolina, ¿verdad?

—¿Eh?… Sí, claro —responde el chico, preguntándose si Elisa ha empleado un tono burlón o si solo son imaginaciones suyas.

Se despiden de la abogada, que les ha prestado el USB. Desde luego, para ser supuestamente falso, está muy logrado: tiene el logotipo de ITECO, sus colores y una frase con la tipografía de la empresa. No le falta detalle.

—Oye, Elisa, lo de Carolina fue hace mucho tiempo —explica Diego cuando vuelven al edificio—. Estuvimos juntos una temporada cuando estuve de in-plant; no funcionó demasiado bien y…

—No tienes que darme explicaciones —le corta ella con tranquilidad.

—Quería dártelas —responde encogiéndose de hombros.

—Carolina, Paula… —bromea Elisa—. Tu vida es como First Dates en versión sofisticada.

El chico suelta una carcajada.

—Soy un romántico, qué le voy a hacer.

—Sí, ya…, romántico. Ahora se dice así.

—En búsqueda continua del amor. Nunca se sabe dónde se va a encontrar, quizá en las situaciones más insospechadas. —La mira con intensidad.

Elisa sonríe. ¿Diego le está tirando fichas o son imaginaciones suyas? Alza la vista y mira de nuevo los ojos verdes del chico, esos ojos que, no sabe por qué, la reconfortan. Tiene que volver a ser valiente, como antes. Antes de que su vida diera una sacudida.

—Entonces habrá que intentarlo, ¿no? —concluye el abogado.

—¿Te refieres a resolver el ataque?

—Sí, a eso también.

Diego mira al frente sonriente, y ella…, ella siente en el pecho algo que creía haber olvidado.

Capítulo 4

Torre de Cristal. Planta de IT, despacho de Luis. 15:05

Luis ha tenido que comer un sándwich a toda prisa en su sitio. Tampoco le ha importado en exceso, porque lleva tres días con el estómago cerrado. Por fin ha sacado un hueco para llamar a su mujer, contarle cómo van los avances y hallar un poco de consuelo en su voz dulce.

—Sé que está siendo una semana horrible, cariño, pero piensa que solo quedan unas horas para que se termine esta pesadilla —afirma Alicia en un intento por consolarle.

—No sé si serán solo unas horas. ¿Quién recogerá lo que quede de la compañía cuando terminen de cargársela? —responde con desesperación.

—Estás cansado y tienes mucha presión encima, pero no te pongas en lo peor. Estás haciendo un buen papel. Tienes a un gran equipo trabajando para ti. Confía en tus habilidades y en esos chicos. ¡No puedes rendirte ahora!

—Ya…

—¡Eres el CISO! Llevas toda tu carrera preparándote para esto, Luis. Este es el rol que te toca, y lo sabías cuando aceptaste el puesto. —La voz de Alicia suena amable y firme a través de la línea telefónica—. Es el momento de que des tu do de pecho y le demuestres a Andrés que hizo muy bien en contratarte y que, aunque él esté en un momento bajo, puede contar contigo.

—Gracias. Esto es lo que necesitaba.

Luis cuelga el teléfono. Piensa que todavía hay muchas preguntas sin respuesta. Desde la reunión del comité de esa mañana, Andrés parece haber desaparecido en combate. Cuando ha llamado a Rosa para hablar con él, esta le ha dicho que estaba en una llamada muy importante y que sería el propio Andrés quien se pondría en contacto.

Luis siente un escalofrío al imaginar que el CEO pueda estar preparando su carta de dimisión. En parte, le resulta extraño que su jefe esté pensando en rendirse sin haber terminado la batalla; por otro lado, quizá Andrés se siente culpable o amenazado al ver su nombre en el mensaje, y esa es mucha presión, incluso para una persona con tantos años de experiencia.

El CISO fue totalmente sincero esa mañana. No cree que Andrés sea responsable de lo que le está pasando a ITECO, será más bien un daño colateral, o quizá detrás de esto hay alguien resentido que quiera hundir no solo a la empresa, sino a su CEO.

Un mensaje de Elisa le saca de sus pensamientos; le pide que se reúna con ellos, así que sale de su despacho de inmediato. Cuando llega a la mesa que comparten Elisa y Diego, los encuentra saboreando el bocadillo que han comprado en el Buen Café. Su aroma a tortilla se puede percibir incluso a metros de distancia.

—¿Qué habéis encontrado? —pregunta acercando una silla al lugar donde están sentados los jóvenes.

Elisa le tiende el USB que les ha prestado Carolina. El CISO lo mira y frunce el ceño.

—Estos USB los regaló ITECO —explica ella.

—No puede ser —responde Luis—. Nuestros puertos están capados. Los ordenadores simplemente no los leerían, no…

Elisa y Diego se miran.

—No todos están capados, Luis —le corta Diego con suavidad—. Carolina, una compañera de la asesoría jurídica, nos acaba de decir que a ella le funcionan. Lo mismo que a Martín, otro compañero.

—Pero todos los portátiles tienen instalada la misma imagen y, sencillamente, está desactivada esa opción. ¡Es imposible!

—Perdonad, ¿imagen?

—A veces se me olvida que eres abogado —dice Elisa. El chico se encoge de hombros—. Cuando entras en ITECO y te dan un ordenador, viene con una «imagen» que instala la compañía. Esto es, básicamente, el paquete de Office y otras aplicaciones que a nivel corporativo la empresa quiere que tengas, y una serie de medidas de seguridad incorporadas, como el bloqueo de los puertos, que te pidan

una serie de contraseñas, etcétera.

—Entonces ¿por qué en unos portátiles funciona y en otros no?

—Quizá haya un error en alguna actualización —sugiere Luis.

—Yo creo que alguien modificó la imagen a propósito —apunta Elisa—. Es demasiada coincidencia que de repente aparezcan unos pendrives sospechosos justo —hace especial énfasis— cuando hay ordenadores con los puertos activos.

—Todo esto es muy rebuscado —comenta Diego—. Quien modificó la imagen ¿también se encargó de enviar los USB? ¿Cómo es posible que en una compañía como esta se repartan estos lápices de memoria así como así y sin que nadie se entere?

Luis niega con la cabeza angustiado, sin saber muy bien qué decir.

—A mí se me ocurren varias formas de colar estos lápices de memoria. Por ejemplo, simplemente dejándolos a la vista. A la gente le pirran las cosas gratis —dice Elisa.

—Hemos dado formación al personal para que no cojan dispositivos cuyo origen se desconoce —responde Luis recordando los cursos que prepararon en su equipo y que se exigieron a todos los empleados.

—Pero sí que conocían el origen: se supone que los regalaba ITECO. Era una campaña de marketing para difundir las fotos de la fiesta de Navidad, por eso a nadie le pareció sospechoso.

Luis reflexiona sobre las palabras de Elisa. Tiene que hablar con Alejandra. Si estos USB fueron supuestamente un regalo para los empleados, ¿cómo es posible que hace meses estuvieran circulando por la compañía sin que él se hubiese enterado? El CISO está desesperado y se levanta nervioso de la silla. ¿Cómo ha podido estar tan ciego? Son demasiadas cosas: la red no segmentada, los USB, los puertos desactivados… ¿Cómo se le ha podido escapar todo eso? No sabe si tendrá que presentar su dimisión. Lo que piensa es que merece ser despedido.

—No los habías visto antes, ¿no? —pregunta Elisa. El CISO niega con la cabeza, desolado.

—No. Me hubiera extrañado. Tampoco me suena haberlos visto por IT ni ser consciente de ninguna incidencia con los USB. Le preguntaré a Juan. —Hace una pausa y mira a su alrededor—. Por cierto, ¿dónde

está?

Diego y Elisa cruzan una mirada.

—Volverá enseguida —responde el chico con rapidez—. Estaba un poco cansado por la mañana y se ha ido a echar una siesta, como le dijiste. Yo estoy revisando las imágenes, pero seguro que él no tardará en volver.

Luis tuerce el gesto. Juan le hace mucha falta en ese momento. Si alguno de estos USB pasó por IT, seguro que él lo sabe. Es bastante probable que varias personas fueran a quejarse de que no funcionan, bien por desconocimiento de que los puertos de los ordenadores están desactivados o bien porque los lápices de memoria, por lo que dicen los compañeros de Diego, están vacíos. Es imposible que algo así no quede registrado por ninguna parte en su departamento.

—Una cosa más —añade mirando a Diego.

—En el informe de auditoría se indica que los puertos están capados, ¿verdad? —El abogado asiente con la cabeza—. Bien.

Luis se aleja con el USB. Los jóvenes se preguntan por qué Juan está tardando tanto. Son más de las tres de la tarde y no solo no llega, sino que ni siquiera contesta a los mensajes del móvil ni a las llamadas.

—Estará durmiendo —sugiere Elisa—. Sigo pensando que me resulta raro que alguien le echase algo en el café, pero eso explicaría por qué aún no ha aparecido. Tal vez le esté costando mucho despertarse.

—Pues espero que no se duerma todo el día. Si sigue sin presentarse, Luis comenzará a pensar que algo raro pasa.

—Démosle un tiempo, y si no, trataremos de localizarle por otros medios —responde la chica con voz misteriosa.

Luis vuelve a su despacho con intención de convocar de nuevo al comité. Quizá debería hacerlo en una hora para acudir a la reunión con más respuestas que preguntas. Mientras Juan aparece, necesita que otra de sus manos derechas le ayude.

—Víctor

—¿Sí, jefe?

—¿Te suena haber visto estos USB? —pregunta mostrándole el

pendrive.

El chico niega sorprendido.

—Creo que no; tendría que hacer memoria.

—¿Podrás buscar si tenemos abierta alguna clase de incidencia al respecto?

—¡Por supuesto!

—Avísame en cuanto sepas algo, y pregunta al resto de tus compañeros. Es muy importante que sepamos de dónde han salido estos lápices de memoria y si han pasado por nuestro departamento en algún momento.

—Cuenta con ello —responde nervioso—. Iré a verte en cuanto haya averiguado algo.

—Gracias.

Luis sonríe satisfecho. Se pregunta dónde estará Juan, pero se alegra de contar con Víctor, que, además, está muy involucrado en el asunto. No le ha dicho nada aún, aunque le ha visto doblar turnos de guardia y trabajar como el que más. Se siente orgulloso de sus chicos. Pase lo que pase, se recuerda, debe darles la enhorabuena cuando todo esto termine.

Y ojalá termine bien, porque si no, además de la enhorabuena, tendrá que darles el finiquito.

Torre de Cristal, planta de IT. Comité de crisis. 17:00

Una sensación de modorra invade la sala del comité. Luis nota que el personal está cansado. Los socios presentan rostros preocupados, y lo entiende. Son los de más edad y se juegan mucho dinero, además de su reputación. Son conscientes de que están en una carrera de fondo, que quizá no tengan fuerzas para terminar. La pregunta que sobrevuela la mente de todos es: ¿qué pasará cuando esto termine? Si las cosas no salen bien, tendrán que dar la cara ante los clientes, y la situación puede ponerse muy desagradable. Incluso Andrés, que siempre tiene todo bajo control, tiene aspecto de estar a punto de

desmoronarse.

—¿Estás bien? —pregunta Luis en cuanto le ve aparecer cinco minutos tarde.

—Sí, sí —responde el CEO con voz apagada y ojos hundidos—. Solo estaba arreglando algunas cosas, no te preocupes. Tengo que poner mis asuntos en orden por si acaso ocurriese lo peor, ya sabes.

—Vamos, Andrés —le susurra—. Nada de venirse abajo. Dijimos veinticuatro horas. Hasta entonces, se lucha hasta el último aliento.

El CEO le mira conmovido y le da una palmada en el hombro justo antes de sentarse. Ese día se siente como en un carrusel de emociones: por la mañana se despertó optimista, asimiló con serenidad el desliz de Alfonso y el hecho de tener un posible traidor entre sus filas; sin embargo, al ver sus activos, el corazón de ITECO, colgados en la red, se vino abajo. Una caída de la que no sabe si se recuperará.

En la sala, todos guardan silencio. Empieza el comité.

—Muchas gracias, de nuevo, por venir —comienza Luis cuando todos están listos para escucharle; la mayoría, pertrechados con una taza cargada de café—. Hay algunas novedades que quisiera comentar con vosotros.

El CISO comienza a explicar el descubrimiento de los USB que acaban de hacer Diego y Elisa.

—El departamento de Marketing no ha tenido nada que ver —se apresura a defenderse Alejandra, nerviosa—. Superviso personalmente todas y cada una de las campañas antes de que se lancen.

—Ya está Marketing involucrado otra vez —bufa Alfonso—. Empieza a parecerme demasiada casualidad.

La directora le fulmina con la mirada y replica:

—Jamás hemos lanzado ninguna campaña relacionada con fotos de Navidad, y además, como sabéis, antes de dar cualquier paso contactamos con los departamentos que pudiesen estar implicados, como en este caso sería IT. Así es el procedimiento establecido por la compañía, y siempre lo cumplimos.

—En recepción nos han dicho que recibieron un email de vuestro departamento informando de que se recibiría el envío —explica el

CISO.

—Pero…

—Era una dirección falsa, Alejandra. —Luis tranquiliza a la mujer—. En lugar de ser «marketing.iteco» era «markting.iteco», y esa diferencia, demasiado sutil, evidentemente pasó desapercibida a los recepcionistas.

—¿El dominio era el mismo? ¿Era el de ITECO? —pregunta Roberto.

—Sí —contesta Luis apretando los labios—. Eso es lo grave, que la dirección se creó dentro de la compañía. Por eso no fue detectado como un correo externo.

Los miembros del comité están sorprendidos. Alejandra se encarga de dejar claro, con pelos y señales, que ni ella ni su equipo han tenido nada que ver en esto.

—Gracias, Alejandra, por las aclaraciones. —Luis pone el USB encima de la mesa y lo desliza hasta Andrés—. Como podéis ver, los pendrives son muy realistas. La tipografía de la letra e incluso el pantone de color son los de ITECO. Podrían inducir a error a cualquiera.

—Incluso a mí —dice Andrés observando detenidamente el dispositivo —. Efectivamente, parecen hechos por nosotros. Quien hizo esto se tomó muchas molestias.

—Cierto, en la misma línea que todas las molestias que se llevan tomando estos días para hacernos la vida imposible.

Luis les explica, además, una teoría que cada vez va cobrando más forma en su cabeza: los lápices de memoria se repartieron en el mes de febrero, fecha que coincide con las versiones de código de los activos que han subido a internet. Por tanto, es más que probable que, a partir de uno o varios de esos USB, los cibercriminales entrasen en los ordenadores de la compañía y buceasen en la red interna que no estaba segmentada, hasta dar con el código de los activos. Así solo tendrían que copiarlo y esperar el momento adecuado para atacar a la empresa.

—Es una teoría bastante acertada —comenta Ignacio—. Y no quiero que esto suene en absoluto como una acusación, Luis, es solo por ponerlo encima de la mesa. —El CISO de pronto contiene la respiración, sabe que Ignacio no hará nada a mala fe, pero siente todas las miradas del grupo clavadas en él y se imagina por dónde va

a ir su comentario—. ¿Cómo es posible que esos USB hayan pasado por la compañía, que las medidas de seguridad hayan sido modificadas y nadie se enterase? Quiero decir que… Además, se supone que pasamos una auditoría. ¡Tenemos los informes!

Luis se encoge de hombros.

—Cómo es posible que no me haya dado cuenta, sinceramente, no te lo sé decir —responde avergonzado, pues sabe que se está poniendo en evidencia delante de todos—. Sin embargo, sí sé decirte que la auditoría y los informes se hicieron en el mes de enero. Yo estuve supervisando personalmente todo el proceso, y lo que más me llama la atención es que la pasamos con éxito. Cumplíamos perfectamente con todas las medidas; solo se nos dieron algunas recomendaciones, en las que hemos estado trabajando en los últimos meses.

—Alguien tuvo que desactivar esas medidas de seguridad —afirma Rocío—. Si no, es imposible.

—Luis, ¿y si fue alguien de tu equipo?

—¿De mi equipo? —pregunta el CISO sorprendido y notando que rompe a sudar—. No sé, no lo había pensado.

Ni quiere pensarlo, aunque no sería una idea del todo descabellada. Si el topo que están buscando fuese alguien de IT, no solo tendría los conocimientos técnicos, sino que conocería las vulnerabilidades de la empresa. Pero sus chicos… Conoce perfectamente a todos y cada uno. Aunque imaginar que uno de ellos le ha traicionado de esta forma tan burda le duele en el alma, tiene que hacer su trabajo.

—Realizaré investigaciones —indica al comité—, pero pongo la mano en el fuego por mi equipo.

—¿Y por ti? —pregunta Alfonso con tono desafiante.

Los miembros del comité se revuelven en sus asientos, nerviosos. La situación se está poniendo cada vez más fea. Resulta muy desagradable ver como un compañero es puesto entre la espada y la pared.

—No voy a tener esta conversación en cada reunión, Alfonso —replica Luis—. Durante todos estos días os he demostrado que soy el primer interesado en que esta situación se resuelva con éxito para ITECO. Me estoy dejando la piel, y lo hago lo mejor que puedo.

Alfonso está a punto de replicar. Andrés le corta.

—Es suficiente.

Luis espera que su jefe diga algunas palabras en su defensa, pero Andrés no vuelve a abrir la boca, cosa que le extraña. ¿Y si también sospecha de él? Ese pensamiento le pone nervioso. Por pura cuestión de supervivencia, su cerebro le ordena que continúe haciendo su trabajo lo mejor que sabe, así que se dirige a Rocío.

—Rocío, por favor, ¿podrías pedir a tus abogados, a los que les funcionan los puertos USB, que me traigan sus equipos?

—Por supuesto —afirma la aludida—. En cuanto termine la reunión, les diré que te los suban.

—Luis —interrumpe Andrés—, sé que no es tarea fácil, pero te pediría que las comprobaciones de los equipos e indagaciones las hagas tú a título personal, al menos en la medida de lo posible, y que realices un informe que después compartirás solo con nosotros. Además, ante la duda, te pediría que te abstengas de comentar demasiadas cosas con tu equipo.

—Lo entiendo, Andrés. Haré lo posible, aunque no puedo tener a mis chicos a oscuras. Tienen que saber en qué trabajan.

—Pues procura que sepan lo menos posible.

El CISO asiente con la cabeza, pensando que lo que le pide Andrés es casi imposible. En primer lugar, no tiene horas suficientes en el día para revisar todos los equipos, hacer informes y guiar la situación de crisis, además de investigar, claro. De nuevo siente sobre él una presión que cada vez le resulta más difícil soportar. Aunque reducirá al máximo sus comentarios y la información que comparte con el equipo, al menos piensa seguir contando con la colaboración de Elisa, Diego y Juan. Espera no equivocarse y que ninguno de ellos sea un traidor.

Torre de Cristal, planta de IT. 18:15

Cuando Juan llega a la oficina, lo hace con una lata de Red Bull en una mano y ojeras grises que sombrean sus ojos claros. Incluso su

camisa, que habitualmente suele ser de algún color chillón o dibujo hortera, es de un gris apagado, a juego con su ánimo. Algunos de sus compañeros, sorprendidos, se vuelven para preguntarle qué le ha pasado, pues el cambio es notable. El chico le quita importancia y dice que la guardia de anoche le dejó exhausto. Al llegar a su sitio, mira a sus amigos con preocupación.

—No podía despertarme —explica—. No sé qué mierda me han echado o si son solo imaginaciones mías, pero no puedo con mi alma. Hubiera dormido dos días seguidos.

—Quizá deberías contárselo a Luis —sugiere Diego.

—¿Contarme el qué? —El CISO aparece por detrás, con cara de preocupación, sorprendiendo al trío.

—Será mejor que vayamos a tu despacho.

Cuando Juan le explica a su jefe lo ocurrido, no puede evitar sentir vergüenza y temor por decepcionarle. Lleva, durante el tiempo que ha aguantado despierto, preguntándose si realmente alguien le habrá echado algo en el café o si se estará volviendo loco. Quizá esta situación de crisis le esté afectando más de lo que pensaba.

—Lo siento, yo…

—No te disculpes —le dice Luis con suavidad mientras intenta asimilar la situación.

—Quizá es que estoy muy cansado, Luis. O que esto me está afectando… Ya no lo sé.

El CISO le mira sombrío.

—No es descabellado, Juan. Puede que efectivamente alguien te echara algo en el café. Ya nada me sorprende.

—Es increíble. ¡¿Que alguien te drogue en tu propio lugar de trabajo?! —exclama Diego. Elisa se encoge de hombros.

—De todas formas —prosigue Luis pensativo—, esto cuadra con la teoría que se ha barajado hoy en el comité y que quizá no debería contaros, pero sois mi única salida.

—¿Qué ha pasado? —dice intrigada Elisa.

—Sugieren que alguien de IT es responsable de esto.

Elisa se anticipa con los ojos brillantes.

—Eso podría dar una explicación a muchas cosas. Por ejemplo, a la ruptura de medidas de seguridad, a lo de la actualización del software de los TPV y a lo de los USB.

—¿Qué USB?

Elisa, Diego y Luis ponen al día a Juan sobre el asunto de los pendrives. El chico se queda pensativo. Enseguida comienza a recordar, a atar cabos, y se delata con una inmensa expresión satisfecha. Luis, que conoce esa mirada, sonríe. Por algo Juan es uno de sus mejores trabajadores. Juan recuerda vagamente que unos USB estuvieron por el departamento de IT hace unos meses. Reconoce que no prestó demasiada atención. Eso sí, las incidencias tienen que estar registradas, afirma. De hecho, recuerda que durante algún tiempo hubo un pequeño botecito en alguna parte con algunas unidades defectuosas.

—¿Nadie comprobó que los USB estaban infectados? ¿Ni se llamó a Marketing para preguntar si tenían algo que ver? —pregunta Luis con tono de desesperación.

Juan se encoge de hombros.

—Yo no estaba asignado a las incidencias por aquel entonces, pero, como más o menos recuerdo la fecha, creo que podré ver en nuestro calendario quién lo gestionó.

—Si tenéis un calendario interno, tal vez podrías comprobar también lo de las imágenes de los ordenadores —sugiere Elisa—. Quizá podamos preguntar a Carolina y a Martín cuándo, aproximadamente, los llevaron a IT o si se acuerdan de quién les atendió.

—¿Carolina? —pregunta Juan mirando a Diego.

—La misma. —El chico hace un gesto para que corte la conversación.

—Seguro que alguien de IT se acuerda de su visita. Esa chica es difícil de olvidar… —contesta Juan. Elisa pone los ojos en blanco.

Aunque no se considera celosa, empieza a cansarse de la tal Carolina, que esta tarde ha aprovechado para pasearse tres veces, tres, innecesarias todas ellas, por la planta de IT.

—Estamos en el punto de mira. El comité, y en especial Andrés y

Alfonso…

—Alfonso es un tocapelotas —interrumpe Juan en voz baja.

Luis continúa, haciendo caso omiso al comentario.

—Sabíamos que el trabajo de IT iba a ser revisado con lupa, pero que se sospeche de alguien del equipo…

—Es increíble —responde Juan—. No me imagino a ninguno de los compañeros haciendo algo así.

—Yo sigo pensando que Alfonso tiene algo que ver —aporta Elisa.

—Alfonso parece bastante tranquilo de momento —replica Diego—. Y ya veis lo que dijo Andrés: le interesa que la operación Assetive salga bien. Por cierto, ¿no es curioso que al activo más importante de la compañía no lo hayan atacado? Ni subido a ninguna de las plataformas. No le han hecho nada.

—Es curioso, sí —responde Elisa pensativa—. Y una suerte para ITECO. Sin embargo, piensa que aún nos queda un último golpe. Mañana a las diez y media, y no sé por qué, pero me temo que va a ser monumental, el redoble final, salvo que consigamos pararlo, claro.

—No sé si lo conseguiremos —añade Luis desanimado.

—La esperanza es lo último que se pierde.

Torre de Cristal, planta de IT. 19:00

Juan está enfadado. Enfadado consigo mismo por haberse quedado dormido y por haber dejado que le robaran las imágenes de las cámaras del Buen Café. Pero las cosas no van a quedar así. Tiene una duda y una certeza sobre la noche anterior. La duda es si le echaron un sedante en el café o si, simplemente, se durmió. La certeza es que alguien entró en su ordenador y le robó las imágenes. Y, con base en esa certeza, tiene un plan. Aunque es poco ortodoxo, dadas las circunstancias y sus habilidades de hacker, está dispuesto a hacer lo que sea.

Decide no contar nada a sus amigos por el momento, solo les explica

que necesita silencio y concentración para seguir trabajando y que va a meterse en una de las salas de cristal de la planta de IT. Elisa y Diego le miran extrañados, ya que al chico, incluso en medio de la crisis, le gusta hacer comentarios y soltar algún chascarrillo mientras trabaja.

Juan llega a la sala y se sienta de espaldas a la única pared que no es de cristal para que ningún curioso pueda ver la pantalla de su ordenador. Sabe que por lo que va a hacer podrían despedirle. ¡Ay, si se enterase Maca! Ella, que es la responsabilidad en persona. Pero un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer para que no le tomen por idiota, se anima.

Cuando lleva un rato, levanta la vista y observa a Elisa y Diego sentados en su mesa. Se nota que hay complicidad entre ellos. Diego siempre le pareció un poco estirado con su pose de abogado de éxito, pero es un buen tío. Y Elisa…, esa chica le da buen rollo. Han decidido que, cuando todo esto termine, si es que termina bien, harán una competición para ver quién es capaz de hackear más rápidamente el nuevo BMW de Andrés, que es, básicamente, un ordenador con ruedas. Juan nunca ha hackeado un coche, y la idea le emociona, aunque quizá tenga que estudiar un poquito antes. Y Elisa o va de sobrada o es realmente buena, mucho más de lo que está dejando ver esos días. Quizá en algún momento les sorprenda.

Enciende su ordenador y se pone manos a la obra.

* * *

El cansancio comienza a hacer mella en Diego. Ha visto a Juan meterse en una sala y ha pensado que, de no ser porque son transparentes, podría echarse ahí a dormir una pequeña siesta. En un momento de desesperación podría ir a dormir brevemente al baño, reflexiona, como ha hecho alguna vez en el despacho. Sacude la cabeza y piensa en lo patético de la situación, con su traje de Hugo Boss espatarrado encima del retrete y la baba colgando. Sonríe solo con imaginárselo.

Cuando el día anterior llegó a casa, la excitación por los acontecimientos de la jornada hizo que tardara en dormirse. ¡Qué precioso tiempo de sueño había perdido! Se había puesto a pensar en las cosas de ITECO y en que…

—¡Hostia!

Elisa, sobresaltada, hace una mueca de disgusto.

—¿Qué pasa? —protesta.

—¿Cómo he podido olvidarme? Soy gilipollas —se maldice enfadado. Ella le dedica un gesto con la cabeza para que continúe hablando—. Ayer tenía algo que decirte, y lo he olvidado.

—Entonces no sería tan importante.

—Yo creo que sí lo era —afirma abriendo el navegador de Google en su teléfono móvil—. ¿Qué letras eran las que se repetían en el código de los TPV?

—Pues… —Elisa comprueba sus notas— S, U, C, N, S, A y D.

—¡Mira! —El chico le enseña la pantalla de su móvil, en el que aparece el último mensaje que han dejado a ITECO, el mismo en el que amenazan a Andrés.

Elisa mira la pantalla con los ojos como platos.

—¡El email! ¡Las letras que se repiten son las que figuran en el dominio!

—¡Eso es!

—¡Bien, Diego!

La chica mira a Diego con una sonrisa y admiración infinita. Ese detalle está muy bien visto. Las letras del dominio de la dirección de correo electrónico que han dejado, @sucdans, coinciden con las que han aparecido alterando el código de los TPV. Parece una firma. Una firma peculiar, aunque firma al fin y al cabo. Quizá sea un nuevo grupo de hackers, o la firma de alguna persona concreta. No lo sabe, pero tienen otro hilo del que tirar.

—Esa dirección tan rara con los números y esas letras después de la arroba, pensé que no tenían ningún significado —admite Diego—. Ayer por la noche, recordando los acontecimientos del día y volviendo a leer las noticias, se me iluminó la bombilla.

—Esa conexión podría llevarnos a que les identifiquemos. Si esos sucdans son un grupo de cibercriminales, tenemos que encontrarlos.

Mientras Elisa vuelve a concentrarse en la pantalla de su portátil, Diego se acerca a la sala donde está Juan para contarle el hallazgo. El informático, de tan absorto que está en su pantalla, se sorprende cuando ve entrar al abogado, que tiene tiempo para ver cómo minimiza la imagen. Diego arquea una ceja, interrogante.

—¿Qué pasa, tío? ¿Algo que no me quieres contar?

Juan está sofocado.

—No. Es que… es la tensión, la falta de sueño, ya sabes; me pongo nervioso.

—¿Tan nervioso como me has puesto hoy mencionando a Carolina en la reunión? Ya te vale…

Juan se relaja.

—Vamos, tío, no seas exagerado.

—No exagero. Hoy he tenido un momento muy incómodo con esa mujer.

—Piensa que muchos desearían estar en tu pellejo.

—Puede, pero no estoy interesado. De hecho, me interesa otra. ¿Crees que tengo posibilidades con Elisa? —pregunta, cierra la puerta tras de sí y baja el tono.

—¡Lo sabía! —exclama Juan.

—¿Tan evidente soy?

—Lo sois los dos. Invítala a cenar cuando todo esto termine y podamos recuperar nuestras vidas.

—Tienes razón, iré pensando en un restaurante.

—¿A qué habías venido? —pregunta el informático.

Diego le cuenta a Juan el descubrimiento de las letras y le pregunta si a él le puede sonar alguna banda que pueda tener un nombre similar.

—No me suena para nada —confiesa—. Y mira que leo noticias y artículos sobre cibercriminales, ataques, etc., pero ¿con esas letras? No sé, creo que me habría fijado la primera vez que vi el email, y ya ves, nada. Luego se lo comentáis a Luis a ver si se le ocurre algo.

Cuando Diego abandona la sala, Juan vuelve a centrarse en su trabajo. Maximiza la pantalla y observa imágenes de las oficinas de ITECO. En concreto, de la planta de IT. Ni corto ni perezoso y decidido a averiguar qué sucedió la noche anterior, ha accedido a las grabaciones de las cámaras de seguridad de ITECO, algo en lo que, gracias al Buen Café, ya tiene cierta experiencia. Luego borrará los logs y, con ellos, todo rastro de su entrada. El lema de todo buen hacker: entrar, salir y nadie se entera.

Juan analiza la grabación, concentrado. Mira su mesa, alejada del resto del equipo. Aparece perfectamente enfocada, y allí está él trabajando. Acelera las imágenes hasta el momento en que se levanta para ir al servicio. Ahí tiene que ser, piensa nervioso frunciendo el ceño. Petrificado delante de la pantalla y con la respiración entrecortada, observa con ojos como platos que una figura conocida se acerca, mira a su alrededor y en solo unos segundos saca algo de su bolsillo y lo vierte en el café.

No puede ser…

Las imágenes no mienten. El informático se ve quedándose profundamente dormido en su mesa después de vaciar el contenido del vaso. El chico vuelve a acelerar las imágenes. La figura aparece de nuevo y manipula el ordenador.

Cuando termina la grabación, Juan siente que la ira le invade.

¡Maldito idiota!

Capítulo 5

Torre de Cristal, despacho de Luis. 20:05

Desde los enormes ventanales del despacho de Luis pueden verse las carreteras a rebosar. Son las ocho: termina la jornada laboral y la gente vuelve a casa. El sol de primavera poco a poco va bajando para, finalmente, esconderse detrás de las montañas. Aunque no están en una planta muy alta, desde la torre de ITECO uno se siente en la cima del mundo. Eso es lo que piensa Elisa mientras trabaja codo con codo con Luis para revisar los informes sobre las imágenes de los ordenadores y las incidencias de seguridad que se han abierto en IT. A la chica le gusta trabajar con el CISO. Por una parte, siente lástima, porque cuando todo esto termine, volverá a su departamento de diseño UX, bajo la dirección de Álvaro, que no es ni por asomo tan competente y buen jefe como él. Le han contado al CISO la competición que quieren hacer para hackear el coche de Andrés y no ha dudado en apuntarse, siempre y cuando este dé su consentimiento, claro.

—Elisa, ¿has pensado en volver a dedicarte a la ciberseguridad? —pregunta de pronto el hombre.

—Mentiría si dijera que no —responde ella con sinceridad—. La verdad, creo que es una época de mi vida que ya dejé atrás. Descubrí que puede ser mucho más peligroso de lo que yo esperaba, y… supongo que no me compensa el riesgo.

Luis la mira extrañado.

—Bueno, es cierto que si te metes de cabeza en ello puedes encontrarte situaciones no especialmente agradables como…, como esta. Sinceramente, a mí me ha merecido la pena. Es decir, ahora estamos viviendo un momento malo, catastrófico, más bien. Puede que se hunda mi carrera —comenta con amargura—, pero he disfrutado tanto a lo largo de estos años que creo que compensa. Siempre he pensado que la programación es como magia. Quizá esto te suene muy raro. —Luis sonríe. Por un momento, parece relajado y más joven.

—En absoluto. Yo también lo pienso. Escribes un código que solo unos pocos pueden comprender y, ¡paf!, magia: aparece una web o una aplicación como de la nada. ¿Y qué me dices sobre poder entrar en los teléfonos de otros, ver su vida a través de la cámara de su ordenador o su tablet, por ejemplo? Como decían en no recuerdo qué película, «un gran poder conlleva una gran responsabilidad». —El CISO asiente con la cabeza ante el comentario.

—Fue en Spiderman —aclara Luis sonriente.

—Es verdad. Nos creemos inmunes detrás de una pantalla, pensamos que somos intocables, y todo es como un juego de ciencia ficción… hasta que la realidad se impone —dice la chica con tristeza.

Luis está a punto de intervenir porque la curiosidad le invade. De pronto sienten unos golpecitos en la puerta. Es Víctor. El CISO le hace un gesto, y el chico entra en la sala con cierto nerviosismo.

—Jefe, tal y como me pediste, he estado indagando sobre los USB y las incidencias —explica.

—¿Y bien?

—Este tema lo gestionó David Gómez, ¿te acuerdas?

—¿David? Se fue de la compañía hace unos meses —pregunta Luis contrariado.

—Lo sé. Parece que se le asignó vigilar el tema de los USB defectuosos, ya que fue él quien atendió a las primeras personas que vinieron con quejas. El problema es que dejó todo a medias cuando se marchó. Hay algún registro de entrada de la incidencia, pero no hay reporte ni detalles de análisis. Nada.

Luis mira al chico sorprendido.

—Qué raro —murmura—. David siempre me pareció una persona muy ordenada y cumplidora. Nunca tuvimos ningún problema con él, ni quejas sobre su trabajo.

—¿Por qué se fue? —pregunta Elisa.

—Destinaron a su mujer a trabajar a Francia y se mudó toda la familia —explica Luis—. ¿No podemos contactar con él? —pregunta a Víctor.

—Lo he intentado varias veces. Le he llamado al móvil y le he puesto

un mensaje por LinkedIn, pero no me contesta. Quizá se dé cuenta de mis intentos dentro de un rato y me devuelva la llamada. Te avisaré si consigo algo.

Víctor dedica un gesto de despedida a Luis y abandona la sala.

—Es muy extraño —comenta Elisa en cuanto Víctor cierra la puerta—. Este tema de los USB ¿lo ha gestionado alguien que casualmente ya no está en la compañía? Luis, sé que es una acusación terrible —dice con suavidad—, pero tal vez tenga sentido que alguien de tu departamento esté de alguna forma involucrado.

—Me resulta muy duro sospechar de mi equipo —contesta el CISO—, de mis chicos, con los que llevo trabajando codo con codo desde hace meses e incluso años. A quienes yo mismo contraté. Sin embargo, tienes razón, lo mejor será que seamos cautos y compartamos la mínima información posible.

—Y no solo eso, Luis: deberíamos revisar muy bien ese registro de incidencias o lo que haya dejado el tal David.

—Vamos a ello.

Torre de Cristal, sala de juntas de la planta de IT. Comité de crisis. 20:30

Cuando se celebra el último comité del día, Luis vuelve a relatar las novedades. Que los USB fueran revisados por un antiguo empleado no ha sentado nada bien a algunos de los presentes.

—¿Qué nos estás ocultando, Luis? —pregunta Alfonso malhumorado.

—No estoy ocultando nada. Precisamente, en cuanto me informaron de esto llamé a Ignacio para intentar localizar a David Gómez lo antes posible. —El director de Recursos Humanos asiente con la cabeza ante la afirmación de Luis—. Estoy investigando, estoy haciendo todo lo posible para…

Unos golpecitos en la puerta interrumpen al CISO, que ve a Juan, quien se abre paso en la sala con cara de preocupación. Luis no sabe qué pasa, pero al ver al chico presiente que no es nada bueno. Todos los presentes le miran expectantes.

—Lo siento —se excusa Juan—, no interrumpiría si no fuera urgente.

—¿Qué ocurre? —pregunta Andrés.

—Luis, quizá sea mejor que salgas un momento…

El CISO se dirige hacia el joven cuando la voz de Alfonso le interrumpe:

—¡No! Lo que le tengas que decir a Luis mejor será que nos lo cuentes a todos.

Juan duda. Luis mira a Andrés, que frunce el ceño y asiente. Ante un gesto de su jefe, cuenta delante de todos lo que le pretendía trasladar en petit comité.

—Todo el código que habíamos borrado de las páginas a lo largo del día de hoy… se ha vuelto a subir.

—¡¿Qué!?

—En una de las comprobaciones del equipo de IT, se han vuelto a revisar una por una todas las páginas de donde se había borrado el código: desde un usuario distinto, los hackers lo han vuelto a subir. Tenemos que volver a contactar con los administradores de las distintas páginas —explica Juan desolado.

Aunque él no realizó el hallazgo, comprobar que el trabajo de todo el día se ha ido al garete ha causado tanta conmoción en IT que nadie se atrevía a interrumpir. Por su buena relación con Luis, varios compañeros han sugerido que fuera Juan el portador de las malas noticias. Así que ahí está, en medio de la sala de juntas, sintiéndose pequeño y sin saber cómo ayudar a su jefe, que en ese momento quiere que la tierra se lo trague.

—Lo comento —continúa Juan— porque es posible que pronto salga en la prensa o se enteren los clientes, y hay que estar prevenidos. —Luis se sienta en una silla, derrotado—. Sin embargo, hay una cosa que me llama la atención. Es como si ya supieran de dónde lo habíamos borrado, como si hubiesen ido a tiro hecho. Por las horas, parece que lo hubiesen ido subiendo de nuevo a medida que nosotros íbamos borrando, teniendo en cuenta el lapso de tiempo que el código tarda en cargarse, claro…

—Eso significa… —murmura Luis.

—Que de alguna forma han tenido acceso a nuestros registros, al listado que nos pediste hacer, indicando página web y activo subido y borrado.

El cerebro de Luis comienza a trabajar a toda velocidad. Se disculpa con un murmullo sin prestar atención a las protestas de los miembros del comité, en concreto, de Alfonso, y sale de la sala con grandes zancadas, seguido por Juan. El chico le confirma que la lista que han estado elaborando está en una enorme pizarra blanca al fondo del departamento.

—¿Y si hubiesen pinchado las cámaras de nuestros ordenadores? —sugiere Luis situándose frente al tablón.

—Jefe, yo creo que nos habríamos dado cuenta —responde Juan a su lado. Elisa se aproxima a ellos.

—Hay un activo más. Un activo que han vuelto a subir y que no se encuentra en esta lista —afirma la chica.

—ITware —murmura Luis.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta ella sorprendida.

—Porque ese activo lo borré yo —responde—. Y no llegué a reportarlo. Con todo el trabajo que tenía, lo olvidé…

Elisa reflexiona unos instantes.

—Si alguien se basó en esta lista para saber qué código volver a subir y hacerlo rápido, ¿cómo sabía lo de ITware?

—¿Se lo dijiste a alguien? —pregunta Juan.

—Solo lo comenté en el comité. —Al CISO le tiembla la voz y tiene que sentarse en una silla—. Estábamos hablando de que ya se había borrado una parte de los códigos, entre ellos ese, que fue el que yo personalmente rastreé y eliminé.

Elisa y Juan se miran. Ella piensa que si Luis lo comentó en el comité, vuelven a tener una fuga de información. Igual que con la interceptación de la comunicación a los clientes, por ejemplo. En su cabeza se abre un interrogante que no le gusta nada: solo hay una persona que tienen en común el comité y el departamento de IT, y esa persona es Luis.

Torre de Cristal, sala de juntas de la planta de IT. 21:00

Cuando el CISO vuelve a la sala del comité, solo encuentra a Andrés. El CEO ha pedido a todos que regresen a sus tareas o a sus casas hasta el día siguiente. Se está haciendo tarde. Al anochecer, una nube aún más negra se cierne sobre ITECO.

—Quiero hablar contigo —dice muy serio. Luis, con un mal presagio, cierra la puerta y toma asiento enfrente de su jefe—. No me gusta andar con rodeos: Luis, si eres tú quién está detrás de todo esto, es el momento de que me lo digas. Ya me conoces; las tiritas, mejor quitarlas de golpe, porque, aunque no lo parezca, duelen menos.

Luis se queda paralizado. ¿Por qué Andrés desconfía de él de esa forma? No le ha dado ni un solo motivo para dudar de su honorabilidad.

—Yo no…

—Todas las pruebas apuntan a ti, ¿no te das cuenta? Entenderás que es normal que te haga esta pregunta. Es todo demasiado sospechoso: las irregularidades con las medidas de seguridad de IT que permitieron que se cifrase toda la red y que se descargase un archivo malicioso… Tú sabías desde dónde se iba a enviar la comunicación a los clientes —continúa—; también sabías dónde se aloja el software de los activos y cuándo iban a ser las próximas actualizaciones. Tienes conocimiento de qué código se ha ido borrando de las webs de desarrollo colaborativo; también pudiste crear el correo falso de marketing para los USB, y además has entrado en los correos de algunos de los cargos más altos de la empresa… Todo ha sido diseñado a medida por alguien que conoce a la perfección las vulnerabilidades en ciberseguridad de lTECO. ¿Qué explicación puedes dar a eso?

—Yo no he sido —se defiende Luis en tono serio—. Es posible que todo apunte a mí, ya me he dado cuenta, pero no tienes ni una sola prueba de que yo haya podido hacer algo así. Solo conjeturas. Si conozco toda esa información es porque soy el CISO. Tú mismo me elegiste para el cargo. Durante todos estos años me he dejado la piel por esta empresa. Sabes que soy un hombre respetable y nunca te he fallado. ¿Y ahora dudas de mí así? ¡Ni siquiera tienes pruebas, no me

jodas!

Luis jamás ha hablado a su jefe en esos términos, pero no puede más. Y tampoco puede consentir esas acusaciones. Andrés intenta contener una mueca de tristeza. Tal vez se haya confundido en su acusación, aunque todo apunta a Luis.

El CISO frunce el ceño y continúa hablando:

—Han sido casi veinte años de lealtad, pero, sinceramente, no estoy dispuesto a continuar trabajando en una empresa que no confía en sus empleados.

—¡Ni siquiera te has defendido! —protesta Andrés.

—¿Defenderme? Yo no tengo que defenderme, he cumplido con mi trabajo, y tengo un informe de auditoría que así lo demuestra.

—El informe es de enero, y estamos en mayo. Tiempo suficiente para romper medidas e infiltrar los ataques.

—¿De verdad piensas que no tengo mejor cosa que hacer? ¿Qué gano yo con esto?

—Yo qué sé, Luis. Entiéndeme. Todo apunta a ti.

—No. Entiéndeme tú a mí. Cuando encuentres una sola prueba sólida que me relacione, entonces acúsame, no antes.

—Que no te quede duda de que vigilaré todos tus movimientos y los de tu equipo.

El CISO lanza una carcajada amarga.

—Adelante. No tengo nada que ocultar. Y…, por cierto —añade dándose la vuelta antes de salir de la sala—. Si yo fuera tú, vigilaría mis compañías. Enseguida te has lanzado a acusarme a mí, cuando sabes que es uno de tus socios quien ha estado actuando a tus espaldas. Tú sabrás; al fin y al cabo, eres el jefe.

El CISO sale con la cabeza bien alta. Se ha mostrado muy agresivo con Andrés, pero no quiere que le vea como a alguien débil. Está cansado de que se confunda la nobleza con la debilidad. De hecho, se siente tan desconcertado como el propio CEO. Lo que le preocupa es que, tal y como están las cosas, tiene que reconocer que todo apunta en su contra. Quizá tenga que hablar con Diego y confiarle sus

preocupaciones. ¿Y si le llevan a juicio por esto? ¿Y si verdaderamente hay una acusación formal contra él? ¿Y si no tiene forma de demostrar que él no ha sido? Son demasiadas preguntas y muy pocas respuestas. La tónica de estos días.

Entra en el lavabo de caballeros y, después de comprobar que todas las cabinas están vacías, cierra con llave la puerta principal. Se echa agua en la cara y se mira al espejo, que le devuelve un rostro demacrado. De pronto, la adrenalina que acaba de sentir en la sala de juntas se esfuma para dar paso a la desolación. La empresa se hunde, y Andrés piensa que él tiene la culpa. Quizá de alguna forma es verdad: todas esas irregularidades en su departamento…, y él ni se ha enterado. ¿Cómo es posible? ¿Cómo ha podido estar tan ciego? ¿Cómo ha hecho tan mal su trabajo? Él, que siempre ha pensado que ha nacido para esto. Que hace unas horas estaba contándole a Elisa las bondades de dedicarse a la ciberseguridad.

Sin poder controlarse, derrotado, Luis se echa a llorar.

Torre de Cristal, despacho de Andrés. 21:30

Andrés vuelve a su despacho todavía con el corazón encogido tras la acusación a Luis. A él también le ha dolido. Llevan muchos años trabajando juntos. El CISO es como un hermano pequeño para él, y, continuando con el símil, ITECO es como un hijo. Tal vez se haya equivocado con Luis, pero todo apunta a él, ¿cómo negarlo?, y ¿cómo es posible que el CISO esté tan ciego? Por otra parte, Andrés piensa que, de algún modo, él también es responsable de lo que está sucediendo. Quizá debería haber prestado más atención a las reuniones de seguimiento de IT y a las auditorías. Quizá no tendría que haber dejado tan solo a Luis a la cabeza de un departamento tan grande e importante. Tiene que hablar con él y arreglar las cosas. Volver a revisar todo, punto por punto. Lo hará al día siguiente, cuando ambos estén más calmados.

Andrés se maldice por no haber buscado pruebas sólidas y acusar con meras conjeturas a Luis, que siempre ha sido fiel como un mastín. Si es que, cuando se le calienta la boca, nada puede salir bien, piensa.

Al llegar a su despacho sonríe al ver a Rosa aún sentada a su mesa. No sabe qué habrá pasado, pero la mujer no tiene mejor cara que él.

Quizá haya leído alguna noticia en el periódico sobre la nueva subida del código a las webs, y ya sabe cómo es Rosa de sensible con los asuntos de ITECO. Malditos medios de prensa, piensa el CEO, ya podrían encargarse de otras noticias.

—¿Todavía estás aquí, mujer? —pregunta con un intento de voz afable.

La mujer le devuelve media sonrisa. Solo con mirarle sabe que algo no anda bien. Es decir, que algo nuevo ha ocurrido desde la última vez que se vieron, pues los ojos de Andrés no solo están cansados, sino muy tristes. Le gustaría reconfortarlo de alguna manera. Decirle que todo va a salir bien, darle una buena noticia, pero se teme que las nuevas que tiene para su jefe son de todo menos esperanzadoras.

—Ha llamado Stephen Smith —informa casi con un susurro. Andrés cierra los ojos con disgusto.

—Le devolveré la llamada —responde el CEO con seriedad, pasa a su despacho y cierra la puerta tras de sí.

Esa llamada no presagia nada bueno. Andrés se sienta, respira hondo y marca el teléfono de su homólogo en WILDCORP. Tras unos tonos, se oye un saludo en inglés.

—¿Cómo estás, Stephen? —pregunta Andrés con tono jovial mal simulado.

—Probablemente, mejor que vosotros —responde secamente el hombre, de forma que al CEO le resulta bastante desagradable.

—¿A qué debo tu llamada? —pregunta empleando un tono más duro que el de su saludo. Se recuerda que está en clara desventaja.

—Te dije que la operación Assetive pendía de un hilo. Pues bien, ese hilo se ha roto. Queremos cancelar el deal. No tenemos nada firmado, así que supongo que no habrá mucho papeleo que hacer.

—¿Cómo? ¡¿Por qué?! —exclama Andrés.

—¿En serio me estás preguntando por qué? La mayoría de vuestros activos están en internet, a disposición de cualquiera, y eso no lo podemos pasar por alto.

—Pero Assetive no está —defiende el CEO.

—No está hoy, pero quizás esté mañana. Además, ¿quién dice que no han robado también el código de Assetive y hay otra empresa por ahí que lo esté replicando o esté haciendo sabe Dios qué con él? Habéis perdido todo vuestro valor, Andrés.

—Stephen, creo que deberías pensar un poco más en ello. La oportunidad que teníamos, que tenemos —se corrige—, encima de la mesa es muy buena. Los números ya están hechos.

—La oportunidad era buena antes de todo esto, Andrés. —El CEO de WILDCORP relaja el tono—. Venga, hombre, no me lo pongas tan difícil. ¿Qué harías si estuvieras en mi lugar? ¿De verdad dejarías que alguien totalmente infectado hiciera negocios con ITECO, la niña de tus ojos? Sabes, tanto como yo, que no lo permitirías.

Al otro lado del teléfono, Andrés se tapa los ojos con la mano que no sujeta el auricular. Por mucho que le duela reconocerlo, sabe que Stephen tiene razón. En estos momentos, ITECO es un virus en sí mismo. Se han convertido en unos indeseables en el mercado, y eso no va a haber quien lo levante.

—Danos un tiempo —continúa el americano—, quizá dentro de unos meses os hayáis recuperado y podamos volver a retomar la operación o plantearnos otros proyectos, pero ahora no. No es el momento —finaliza tajantemente.

Unos minutos después, sin más recursos ni argumentos, Andrés cuelga el teléfono vencido. No hay nada que hacer. Aunque los seguros cubran parte de los daños, la empresa quedará muy dañada. La operación Assetive era la palanca que necesitaban para obtener el impulso económico y promocional que les ayudaría a recuperar su esplendor, pero está claro que Stephen no piensa lo mismo.

Ahora sí. Están acabados.

Torre de Cristal, despacho de Luis. 21:45

—¡A Andrés se le ha pirado la olla! —exclama Juan cuando Luis les cuenta lo sucedido—. ¡ITECO no sería nada sin ti! Todos lo sabemos.

—Puede. El caso es que ahora estamos en el punto de mira. Sobre todo yo. Un paso en falso y a la calle.

Juan abre los ojos como platos y mira con desesperación a sus compañeros, esperando que alguien diga algo. Luis, sentado a la mesa de su despacho, les observa con infinita tristeza.

—Luis, vamos a pensar con mente fría —dice Elisa—. Danos una última oportunidad. Solo esta noche. ¡Estamos muy cerca!

Juan mira a su compañera, pensando que no sabe la razón que tiene. Quizá sea el momento en que él deba pronunciarse y decir lo que ha visto en las cámaras de seguridad. El problema es que sabe que su acusación es muy grave y aún no ha terminado de revisar todas las imágenes que necesita para terminar de relacionarlo con el ciberataque. Las palabras de Elisa interrumpen sus pensamientos.

—Pensemos —reflexiona ella—. Si Andrés te acusa, es porque ve un nexo común entre los fallos de seguridad y las fugas de información que hay en las reuniones del comité. La cuestión es averiguar quién es el responsable y por qué.

—Y cómo —añade Diego.

—Exacto. El cómo es muy importante. Hemos revisado los correos electrónicos de todos los miembros y de los jefes de los desarrolladores, y, aparentemente, nadie tiene implicación.

—¿Y si no son tan tontos de hacerlo con el correo de empresa y han utilizado el personal? —apunta Luis.

—Pues estamos jodidos —afirma Diego.

—Sería perfectamente posible —apunta Juan encogiéndose de hombros.

—Hay otra posibilidad —comenta Elisa—. ¿Habéis pensado que quizás hayan hackeado algo de la sala? El televisor, el proyector, los altavoces…

—No se me había ocurrido —reflexiona el CISO sorprendido—. ¿Lo has comprobado, Elisa?

—Aún no. La posibilidad se me ha ocurrido cuando nos has dicho lo de ITware y la sala del comité ha estado ocupada hasta ahora.

—¡Claro! Han tenido que pinchar algo —exclama Juan—. Qué genio. Eso tendría todo el sentido.

La chica se queda pensativa un momento; a continuación se levanta como una exhalación.

—¿Dónde vas?

—A la sala del comité, claro —responde ella—. Si es una persona que está dentro de la empresa, quizá ni siquiera sea necesario hackear nada. Hay tácticas mucho más sencillas y discretas.

Elisa entra con decisión en la sala, enciende la luz y revisa todo a su alrededor: los botes de lápices, las clavijas de los enchufes; destapa los rotuladores, mueve las sillas, mira debajo de la mesa…

—Se ha vuelto loca —comenta Diego, sorprendido al ver a la chica gateando por debajo de la enorme mesa de la sala.

De pronto, la chica les mira triunfal mientras sostiene un objeto minúsculo entre sus dedos.

—¿Qué es eso? —pregunta Diego.

Ella pone un dedo sobre los labios.

—Nada, un bolígrafo —responde y vuelve a dejar el objeto donde estaba. En silencio, les insta a abandonar la sala. Cierra la puerta tras de sí y se alejan.

—Es un micrófono —afirma— pequeño como una lenteja.

—¿No era un bolígrafo? —pregunta Diego confuso.

—Lo más seguro es que alguien nos estuviera escuchando, así que es mejor dejarlo todo como estaba. —Se dirige a Luis—: Me temo que vais a tener que cambiar la ubicación de las reuniones del comité.

Capítulo 6

Torre de Cristal, despacho de Luis. 22:15

Diego, Elisa, Juan y Luis se encuentran en el despacho de este último comentando el hallazgo del micrófono, que se encontraba pegado debajo de la mesa de la sala de juntas, donde se celebraban todos los comités. Es probable que haya más, sin embargo, no tienen tiempo para comprobarlo.

—Estoy alucinando con lo del micrófono —comenta Diego—. Es una forma perfecta para conocer de primera mano de qué se estaba hablando en el comité y, en base a eso, adelantarse o bloquear los movimientos de la empresa para parar el ataque. Esos tipos lo tienen todo muy bien pensado.

—Sí, pero parece que «esos tipos» es, en realidad, uno de los nuestros —reflexiona Luis con amargura.

—O unos —señala Elisa.

Tras unos instantes de silencio, Juan es el primero en hablar. Es el momento perfecto para encubrir su plan.

—Luis, ¿podrías darme autorización para revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad de la compañía?

—¿Las nuestras?

—Sí, las que están por los pasillos.

El CISO medita unos segundos. La idea es perfecta: así podrán ver quién entró en la sala y colocó el micrófono. Las paredes de cristal no dejarán lugar a dudas. Podría autorizar a Juan. A pesar de su discusión con Andrés, aún continúa siendo el CISO, aunque no sabe por cuánto tiempo.

—Vamos, Luis —insiste Juan—. Es una manera infalible para demostrar tu inocencia. Veremos al tipo que puso ahí la lenteja, le interrogamos y fuera.

—Esa es otra —interrumpe Diego—. Supongamos que tenemos las imágenes. ¿Y luego? Quizá eso no nos valga para inculpar a alguien. ¿Y si el micrófono fuera una especie de broma y en realidad no tuviera que ver con el ataque?

—¿Una broma? Venga ya, Diego. A estas alturas está claro que están relacionados —responde Elisa.

—Hay que barajar todas las posibilidades, colocarse en todos los escenarios, incluso en el peor.

—Ya está el abogado —bromea Juan. Diego se encoge de hombros—. ¿Y por qué no buscamos otras situaciones relacionadas? Situaciones que puedan incriminar a esa persona o personas. Por ejemplo —comenta—, quizá exista una coincidencia entre la persona que me ha echado sedante en el café, la que ha puesto el micrófono y quien ha entrado en el despacho de Luis a robar la llave.

Juan mira decidido a su jefe. Sabe que le ha dado donde le duele, porque si atan todos esos cabos, Luis podrá probar que no ha tenido nada que ver. El CISO titubea.

Elisa observa unos instantes a su compañero, que le devuelve una mirada significativa. «Juan ya ha hackeado las cámaras y sabe quién es», intuye repentinamente mientras el corazón le da un vuelco. Tiene que apoyarle. Juan necesita el permiso de Luis para obtener esa información de forma legal. De lo contrario, aunque ITECO supere la batalla, el chico podría buscarse un problema por haberse metido en las cámaras de seguridad de la compañía sin permiso, cosa que, sospecha, ya ha hecho.

—Vamos, Luis —insiste Elisa—. No hay otra. Estamos muy cerca. ¡Casi los tenemos!

El CISO ha decidido.

—Está bien. Acabemos con esto. Hablaré con Andrés, no quiero más problemas.

Elisa y Juan se miran con aire triunfal.

Luis abandona el despacho con evidente nerviosismo y se dirige a hablar con el CEO. No cree que vaya a ser una conversación muy agradable, pero debe intentarlo, no solo por la empresa, sino por él mismo, por su reputación y sus años de trabajo.

Un último esfuerzo, piensa. Mejor dicho, otro más.

En cuanto los tres se quedan solos, Elisa pregunta a Juan si ha entrado en las cámaras de seguridad de la empresa sin el permiso de Luis. El chico a duras penas puede contener su hallazgo.

—Está en mi naturaleza de hacker —responde con una ligera sonrisa y se encoge de hombros—. Me cabreé mucho por haberme quedado dormido. Quería saber si había sido culpa mía o alguien me estaba haciendo una putada. Y lo que estaba claro es que las imágenes habían sido robadas, así que, teniendo las herramientas, ¿por qué iba a quedarme con la duda? ¿No hubierais hecho vosotros lo mismo?

—¿Nos vas a decir ya a quién viste? —insiste Diego.

—Vamos a revisar juntos las imágenes relacionadas con el micrófono —responde con una repentina mueca de tristeza—. Luego os enseñaré lo que he visto. Quiero comprobar que la persona de las grabaciones que me ha dado tiempo a revisar esta tarde coincide con la que ha puesto el micro y ha robado en el armario de Luis.

—Está bien, Juan. Lo haremos como tú prefieras —afirma Elisa, apretándole el brazo con cariño.

Juan se levanta de su asiento y abandona la sala. Tiene que hablar con Macarena. Necesita desahogarse, y es posible que su novia aún continúe despierta. Sospecha que las próximas horas van a ser bastante duras, especialmente para él, que quizá se vea en la situación de tener que delatar a alguien que aprecia.

Torre de Cristal, planta de IT. 22:30

—«Está en mi naturaleza de hacker», dice el tío —comenta Diego sorprendido, una vez que Juan se ha marchado—. ¿También está en tu naturaleza hacer lo que te apetezca sin pensar en las consecuencias legales? —pregunta a Elisa.

La chica sonríe con tristeza.

—Es posible, pero el hacking ha quedado atrás para mí, así que no habrá más cosas ilegales, como tú dices. Esto es solo… un impasse en mi carrera de diseñadora.

—¿Qué es lo que pasó? —pregunta el abogado con seriedad.

Elisa consulta su reloj. Hasta que Luis vuelva con la autorización de Andrés, puede pasar un buen rato. Tienen tiempo. Fija la mirada en Diego y en sus intensos ojos verdes, que le resultan cada vez más familiares, más cercanos. Algo le dice que puede confiar en él. Quiere confiar en él.

—No sé si quieres saberlo, ni si yo quiero contártelo. Quizá tu imagen sobre mí cambie.

—Me arriesgaré —responde rotundo—. Por lo que conozco hasta ahora, algo muy grave tendría que ser para que cambie mi opinión sobre ti.

Elisa niega con la cabeza sin poder evitar una sonrisa amarga. Tras soltar un profundo suspiro, decide contarle su historia.

—Está bien.

—Soy todo oídos.

Diego acerca su silla a la chica y se acomoda.

—Lo mejor será empezar por el principio —explica Elisa—. Siempre he tenido cierta facilidad con los ordenadores y la informática. Desde que mis padres instalaron internet en casa, decidí que todos esos aparatejos electrónicos y su funcionamiento no podían tener secretos para mí. Así que de forma más o menos intuitiva, y a base de cargarme algún que otro ordenador para disgusto de mis padres, fui aprendiendo los entresijos de la red y, por supuesto, sin yo saberlo, a hackear. A veces nos reímos, pero es cierto que el hacking tiene algo de magia, como me decía Luis esta mañana, algo que tú puedes hacer y los demás no. Mi primer experimento fue colarme en la red de la biblioteca del colegio. Luego comencé a habituarme a entrar en los sistemas para saber mis notas antes que nadie. Evidentemente, sus sistemas de seguridad, en especial en esa época, eran muy endebles. Con dieciséis años comencé a darme cuenta de que tenía un superpoder, que podía hacer algo que al resto de mis compañeros no le interesaba. También empecé a entender que esas intrusiones no eran del todo legítimas.

Diego asiente en silencio. No quiere interrumpir el relato. Elisa continúa:

—Sabes que la tecnología en los años noventa y en la década del dos

mil avanzó muy deprisa. En unos pocos años pasamos de tener un modem, que hacía mucho ruido, para poder conectarnos a internet, a estar todos enganchados a un smartphone. Imagínate la cantidad de posibilidades que eso me abría. Quería hacer las cosas bien y aprender, así que estudié ingeniería informática; después hice un máster en ingeniería de software y ciberseguridad. Bueno, en realidad, fueron dos al mismo tiempo —aclara—. Fui el número uno de mi promoción, tanto en la carrera como en los másteres. Cuando terminé la carrera, tuve muchas ofertas y me decanté por la ciberseguridad. De esa forma podría utilizar mi don para poder ayudar a otros, ya fueran personas o empresas. Buscar vulnerabilidades y puertas abiertas es lo que más me gusta. Date cuenta de que, desde niña, me pasaba horas intentando entrar en sistemas ajenos, encontrar su punto débil.

—Tu trabajo perfecto —sonríe Diego—: hacer lo que más te gusta y que te paguen.

—Exacto. Me pagaban una pasta, además —matiza ella—. Cuando entré en CiberCrimm, quería ser la hacker de sombrero más blanco que alguien hubiese visto. Por eso admiro mucho a Luis, porque él es lo que a mí me hubiera gustado llegar a ser.

Elisa contiene la respiración un momento. Si ahora para de hablar, no sabe si podrá continuar. Está a punto de llegar a la parte más difícil.

—En Londres tuve una vida de ensueño. Me encantaba mi trabajo, se me daba francamente bien, y le conocí a él. Mike era mi compañero de mesa en CiberCrimm. A los dos nos unía la pasión por la informática, y enseguida congeniamos, nos hicimos grandes amigos y comenzamos a salir. Creo que fueron los años más felices de mi vida. —A Elisa le tiembla la voz al pronunciar esta última frase. Diego podría jurar que una lágrima está a punto de rodar por su mejilla; ella logra contenerla. La deja continuar—. Nuestro trabajo consistía en perseguir cibercriminales y averiguar su modus operandi. También había algunos equipos que intentaban crear códigos de desencriptación para sus virus; por ejemplo, el ransomware que ha entrado en ITECO. La cuestión es, y esto es algo en lo que no había caído hasta que sufrí las consecuencias, que detrás de una pantalla de ordenador nos sentimos invulnerables. Pensamos que nada ni nadie nos puede atacar, que nuestros actos tienen unas consecuencias casi ficticias, y que lo peor que te puede pasar es que infecten tu equipo y tengas que comprarte uno nuevo.

—¿Y qué ocurrió?

—¿En resumen? Me pasé de lista —dice suspirando—. Estábamos trabajando en un caso que pretendía identificar a los hackers de un nuevo grupo que causaba estragos en algunas empresas estadounidenses. Sospechábamos que se encontraban a punto de atacar una conocida central nuclear. Casualmente, mi jefe estaba de viaje y nos había dejado instrucciones precisas sobre los protocolos que debíamos seguir. Sin embargo, la situación se complicó. Pensaba que lo tenía todo controlado y, en un momento crítico, tomé una decisión sobre la marcha.

—Y esa decisión…

—La cagué —confirma Elisa—. Decidí, por mi cuenta y riesgo, tender una trampa a los hackers, y para ello creé como cebo una vulnerabilidad. Era una estrategia arriesgada, sí, pero era la única opción para pillarlos. ¡Llevaban meses trayéndonos de cabeza, y estábamos muy cerca! Sin embargo, no actuaron como yo esperaba, y no solo consiguieron aprovecharse de mi trampa, sino que les sirvió para acceder al sistema de centrifugadoras de uranio de la central. Modificaron algunos valores de funcionamiento y consiguieron inutilizar muchas de ellas, por lo que el uranio quedó inservible, no solo para el uso militar, sino que dejó sin electricidad a unas cuantas ciudades durante bastantes horas.

—Madre mía…

Elisa suelta una carcajada amarga y replica:

—Ojalá la historia se hubiera terminado ahí.

—Te escucho.

—Una de las particularidades que tienen los ciberataques es que la gente piensa que no van a tener grandes repercusiones, que probablemente será una cuestión económica, se perderán unos archivos, se estropearán unos ordenadores y poco más. En este caso, lo más grave fue que el corte de electricidad afectó a un hospital infantil. Así que ya te puedes imaginar.

—Los hospitales tienen generadores eléctricos para estos casos —replica el abogado con un hilo de voz.

Intuye los derroteros que va a tomar la historia y, por un momento, se siente como cuando ves una película, cuyo final trágico ya conoces, y piensas, inútilmente, que ojalá esta vez no termine así.

Elisa continúa:

—El hospital no tenía presupuesto para el mantenimiento de los generadores y, cuando fueron necesarios, no funcionaron. Tuvieron que evacuar a los niños y trasladarlos a otros hospitales cercanos. Cuatro de ellos murieron en el trayecto.

—Lo siento muchísimo —susurra Diego conmovido.

Elisa le mira con ojos acuosos y, no sin esfuerzo, continúa.

—Todo ocurrió muy deprisa, en menos de cuarenta y ocho horas. Desde ese momento, mi vida dio un giro de ciento ochenta grados.

—No fue culpa tuya. —Ella le fulmina con la mirada—. Quiero decir, no al cien por cien. Cuando tomaste esa decisión, ¿estabas sola? ¿No tenías un equipo?

—El trabajo en equipo en ese momento resultó inútil. Algunos simplemente no abrieron la boca, no quisieron mojarse, y tampoco me contradijeron, como fue el caso de Alba.

—¿Tu amiga de pelo rojo? ¿Por eso discutisteis?

—Sí. Es muy fácil decir que yo soy una soberbia mientras miras desde tu asiento que otros toman decisiones para intentar resolver problemas.

—¿Y el resto?

—No se pusieron de acuerdo, y yo estaba al mando. Alguien llamó por teléfono a mi jefe. No contestó. Así que tuve que decidir, correr el riesgo. Era nuestra oportunidad para poner fin al trabajo de meses. Supongo que confié demasiado en mis habilidades…

—Todos nos equivocamos, Elisa. Somos humanos.

Elisa ignora el comentario. Lo ha oído tantas veces que suena vacío en sus oídos.

—En la agencia asumieron que la situación era extremadamente compleja. Dijeron que mi estrategia era buena y estaba bien ejecutada, pero que fue mala suerte. Lo mismo que con los generadores. Intentaron consolarme diciendo que no había sido todo culpa mía. El hospital no tenía sus instalaciones a punto, y eso fue lo que causó el desastre. Eso alegaron nuestros abogados. Reconozcámoslo, cometí un

error, y esos pobres niños y sus familias lo pagaron muy caro. Viviré siempre con esa culpa. —Cierra los ojos un segundo y una lágrima salada rueda por su mejilla.

—¿Y qué pasó con Mike? —pregunta Diego.

Elisa sonríe con amargura.

—La versión corta te la podrás imaginar…

—Puede. Pero quisiera conocer la larga.

Ella asiente.

—Poco después del incidente decidí dejar el trabajo. No quería volver a tener ese tipo de responsabilidades y que nadie sufriera las consecuencias de mis errores. Traté de explicárselo a Mike, pero no fue tan comprensivo. Discutimos. «¡Tienes un don!», me dijo enfadado. «Eres la mejor hacker que he conocido hasta el momento. ¿Cómo puedes ser tan egoísta y querer dejar de compartirlo, de utilizarlo? ¡Solo cometiste un error! Nos puede pasar a cualquiera». Mi decisión ya estaba tomada. No iba a volver a poner en peligro la integridad de nadie. La convivencia se volvió insostenible. Él no me entendía. Así que, con todo el dolor de mi corazón, me despedí de mi trabajo, me despedí de Mike, hice las maletas y volví a Madrid, esperando empezar una nueva etapa. Tenía bastantes ahorros, por lo que pude pagarme el curso de diseño UX y vivir sin trabajar durante ese tiempo. Además, necesitaba un pequeño descanso. Un tiempo después, la suerte me volvió a sonreír y me contrataron en ITECO. Eso sí, no he vuelto a hackear ni a saber nada sobre temas de ciberseguridad desde que me fui de Londres… Hasta ahora.

Elisa termina su historia con un intento de sonrisa y dejando a Diego sin saber muy bien qué decir.

—Siento que hayas tenido que dejar un trabajo que te gustaba tanto y una vida que adorabas, y, por supuesto, siento la muerte de esos niños. —La mira compungido—. Fue una desgracia. Aunque sé que no hay palabras para consolarte, no creo que debas atribuirte exclusivamente la culpa.

—Ya no molo tanto, ¿verdad? —contesta ella con gesto torcido. Saca un pañuelo de su bolso.

—Todos cometemos errores, Elisa. No cometerlos es lo grave: significa que no estás viviendo, que pasas por la vida de puntillas.

—Diego, mi error hizo que paralizasen una central nuclear y murieran personas. Es una cagada épica.

—Sí, lo sé. Suena a ciencia ficción, pero estoy seguro de que antes de eso contribuiste a parar ataques, y ¿quién sabe si a salvar a otra gente?

—Tal vez —reflexiona—. El caso es que, a pesar de todo, a veces me replanteo si he tomado la decisión correcta, ¿sabes?

Diego le corta y la mira fijamente.

—Has decidido lo que quieres y lo que no quieres en tu vida. No podías vivir para siempre pensando que volverías a hacer daño a alguien con tu trabajo, con un trabajo que te gustaba, por cierto. ¡Le terminarías cogiendo manía y serías infeliz! Supongo que yo habría hecho lo mismo.

—¿Tú crees? Tú, que andas buscando tu vocación casi con desesperación.

—Bueno, quizá no con tanta desesperación —reconoce—. Siento que me he dormido en los laureles y que me he acomodado por culpa o, más bien, gracias a un buen sueldo. Pero no estamos hablando de mí ahora. Además —añade—, después de conocer tu historia, te admiro todavía más por tener el valor de involucrarte con ITECO. Podrías haber hecho la vista gorda y buscarte otra empresa donde trabajar. Sin embargo, has decidido rescatar tu ordenador y volver a enfrentarte a tus miedos y a tus recuerdos.

—Y no ha sido tan malo —confiesa ella—. Cuando el primer día me senté a la mesa con Juan, pensé que no sería capaz de encender el portátil; sin embargo, vosotros me lo habéis puesto muy fácil.

—Seguro que Juan empezó a contarte alguna de sus tonterías y te olvidaste de la parte mala.

—Más o menos fue así, sí. Eso y ver lo mal que lo estaba pasando Luis. Creo que esa fue la clave.

La chica se encoge de hombros algo más tranquila. Siente que se ha quitado un peso de encima al haberle contado a Diego parte de su pasado. Al contrario de lo que esperaba, se siente bien, contenta, sin temor.

—Soy feliz aquí —añade escuetamente.

—Me alegro. La cuestión —continúa el abogado— es tener presente que los sueños cambian, que no tienes por qué tener el mismo objetivo que cuando tenías diez años. Es lógico que no lo tengas. Y lo importante es el camino, lo que aprendes mientras peleas por lo que, en el momento presente, piensas que es lo que te va a hacer más feliz.

—Es un buen consejo.

—Consejos vendo que para mí no tengo.

—Bueno, nunca es tarde para empezar.

—Por eso vamos a solucionar esto, Elisa —afirma Diego—. Vamos a demostrar que sigues teniendo ese don y a cazar al desgraciado que está detrás de todo. Después continuaremos con nuestras vidas y… veremos si hay sueños nuevos por los que luchar.

Diego y Elisa se miran fijamente. Saltan chispas en el aire. Ambos saben que están cerca, muy cerca, y no solo de encontrar al culpable del ataque.

Torre de Cristal, despacho de Andrés. 22:31

Andrés continúa inmóvil delante del teléfono. La llamada que está a punto de realizar no le resulta nada fácil. En cuestión de horas, su vida ha dado un giro demasiado brusco que no ha sido capaz de controlar. La situación se le ha ido de las manos por completo, y ahora, con ITECO a punto de irse al garete, no le queda otra que reconocer su incompetencia.

El domingo era un hombre en la cima del mundo, envidiado y admirado a partes iguales, o quizá no tanto. Al fin y al cabo, alguien tenía muchas ganas de acabar con él, y lo ha conseguido: al día siguiente llamará a los medios y anunciará su retirada. Los hackers han ganado: en tres días han reventado el trabajo de los últimos cuarenta años. ITECO quedará en una situación muy precaria. No solo tendrán deudas por doquier, sino que ahora el código de la mayoría de sus activos es público, casi toda su red está encriptada y, aunque el seguro cubra la suma que el Banco Español les reclame por los daños causados por la incidencia con los TPV, los daños reputacionales son difícilmente reversibles. Todo es un desastre.

Piensa en los trabajadores, en sus familias, y se maldice y maldice a los desalmados que han planeado el ciberataque. Si esto es algo personal contra él, ¿por qué perjudicar a tantas personas? ¿No se les ocurrió otra forma de joderle la vida que no tuviera efectos colaterales para terceros inocentes? Está seguro de que habrá más de uno que disfrute viéndole caer. Ya puede imaginarse a todos los cuervos sobrevolando sobre los restos de su amada empresa.

Y ahora, para colmo, tiene que llamar a su exmujer. Tiene que explicarle que quizá sea hora de bajar su ritmo de vida, que su pensión se verá notablemente reducida y que tal vez el pequeño Jairo no pueda tener la educación que ambos esperaban. Eso es lo que más le duele. Se consuela pensando que, al menos, a partir de ahora tendrá más tiempo para estar con él.

—¿Diga? —contesta una voz femenina al teléfono.

—Lola, soy Andrés. Me temo que no tengo buenas noticias, supongo que habrás leído la prensa esta semana… —explica sin rodeos.

En los siguientes minutos, Andrés le cuenta a Lola, que escucha en silencio, todo lo que ha ocurrido en los últimos días: desde el primer ataque, pasando por la interceptación de la comunicación, las sospechas contra Luis y finalizando con la caída de la operación Assetive. Andrés y Lola no tienen una gran relación. En los últimos años de matrimonio las discusiones eran constantes, y el CEO tiene más que sospechas de que le fue infiel en más de una ocasión, y eso es algo que le cuesta mucho perdonar. Para él la lealtad es un valor fundamental. Delante de su hijo menor intentan mantener una relación cordial, guardar las apariencias; fuera de escena procuran evitarse a toda costa. Hasta el momento, Andrés le ha pagado a Lola una más que generosa cuantía mensual, una especie de pacto para evitar discusiones, para verse lo menos posible y, en definitiva, para vivir tranquilo. Una tranquilidad que le cuesta un ojo de la cara.

Cuando termina de contar su historia y le explica a Lola que sus ingresos se verán reducidos, guarda silencio a la espera de la tormenta. Al otro lado de la línea, la mujer hace una pregunta, la pregunta que Andrés menos espera:

—¿Has dicho Assetive? ¿Ese es el activo que robasteis?

—¡¿Cómo?! —exclama Andrés sorprendido—. ¿Que robamos? ¡Yo no he robado nada! ¡Que me acuses así es lo último que esperaba de ti, Lola!

—Pero Andrés…

—¡Parece mentira! —continúa enfurecido—. Tú y yo, que hemos vivido tantos años juntos, que has estado tan cerca del negocio y me has visto trabajar de primera mano. Sabes que soy trigo limpio y he llegado hasta aquí sin juegos sucios, que me he dejado la piel…

—Espera, espera, Andrés. No te lo digo con ánimo de ofenderte. Aunque no lo creas, la empresa me importa casi tanto como a ti. Al fin y al cabo, mi sustento depende de que a ITECO le vaya bien. He estado siguiendo las noticias con amargura, no te vayas a creer, pero hasta ahora, que he hablado contigo y me has contado que se ha caído la operación de Assetive, no me he dado cuenta.

—¿Cuenta de qué? —pregunta irritado—. Vamos, Lola, no me jodas, que no estoy de humor.

—Es posible que haya algo que no sepas, y tal vez yo sí… —confiesa casi en un susurro.

Andrés podría jurar que el tono es de arrepentimiento, y sospecha que, a continuación, no viene nada bueno.

—Soy todo oídos, Lola —replica cortante—. Y más vale que me digas la verdad.

—Quizá sería mejor que hablases con Alfonso —responde ella nerviosa.

—¡No! No quiero hablar con él, probablemente ahora mismo ni siquiera esté en las oficinas. Necesito que me cuentes lo que sepas, y que me lo cuentes ya.

A Andrés le tiemblan las manos, y el tono de su voz de repente se ha transformado en gélido y agresivo, poco habitual en él. Necesita respuestas de inmediato.

Ante su insistencia, Lola se aclara la garganta y comienza a hablar.

—Está bien, te contaré lo que sé. Fue hace muchos años, quizás quince. Tú estabas de viaje en Londres y yo acudí a las oficinas a dejar unos papeles en tu despacho. Ya sabes que siempre me gustó pasearme por ITECO. —Andrés percibe su sonrisa al otro lado de la línea—. Acababais de mudaros a ese edificio tan bonito en Castellana, ¿recuerdas? Por aquel entonces la compañía comenzaba a despegar, ya casi rozaba los dos millares de trabajadores, y tú no cabías en tu

traje de satisfacción. En aquella época viajabas mucho, casi todas las semanas. Recorrías España en un abrir y cerrar de ojos, y no había país de Europa que no hubieras pisado en busca de nuevas oportunidades de negocio.

Andrés carraspea al otro lado de la línea, indicando a Lola que vaya al grano. Esa parte de la historia ya la sabe. Ella pilla la indirecta y continúa su relato.

—El caso es que yo tenía unos sobres para entregar a Alfonso, por lo que un día cualquiera me dirigí a su despacho. Al llegar, la puerta estaba entreabierta y pude oír un pedazo de conversación. Había un hombre muy enfadado, parecía un trabajador de la compañía. Supuse que sería uno de los asuntos con los que Alfonso tenía que lidiar en su día a día, quizá algún problema con un proyecto. Sin embargo, algo me llamó la atención: el hombre hablaba de un robo. Decía que ITECO le había robado algo. Eso me extrañó. Tú siempre has sido una persona muy honrada, en lo profesional y en lo personal. Una cualidad difícil de encontrar. Me acerqué un poco más a la puerta porque quería saber de qué estaban hablando.

—¿Y bien? —pregunta Andrés impaciente. Recuerda que a Lola siempre le ha gustado mucho ser el centro de atención, recrearse en sus historias y convertirse en protagonista, incluso en un momento como ese.

—No pude reconocer quién era el hombre porque nunca le había visto; sí sé decirte que estaba realmente enfadado. Gritaba algo así como… «¡No podéis quedaros con Superbank! Es mío. Yo lo diseñé, yo lo desarrollé. No puedes venir ahora diciendo que ITECO lo ha registrado como si fuera de su propiedad sin mi permiso». Alfonso le pedía calma y le hablaba con voz tranquila. Le decía, eso sí que lo recuerdo bien: «Yo no soy responsable de que Andrés haya hecho registrar el activo a nombre de ITECO, pero te prometo que me aseguraré de que tengas una buena compensación. Tu futuro garantizado, y el de tu familia también». Sin embargo, el hombre no quería hablar de dinero. Solo quería recuperar lo que según él le pertenecía. Antes de abandonar el despacho amenazó a Alfonso: «¡Sois unos hijos de puta! ¡Esto no va a quedar así!». Alfonso nunca se ha dejado amedrentar y le replicó que no tenía nada que hacer contra ITECO, que ni lo intentase, que la compañía estaba protegida por los mejores abogados del país y que, como le tocase las narices, se encargaría personalmente de joderle la vida.

—No me lo puedo creer… —murmura Andrés.

—Bueno, ya sabes cómo es de agresivo.

—¿Y qué ocurrió?

—Oí unos pasos dentro del despacho y me aparté de la puerta justo a tiempo para ver al hombre, cuya expresión era una mezcla entre ira y desolación. Siento decirte que no sabía quién era, y a día de hoy tampoco lo sé. Cuando después entré en el despacho, Alfonso ya se ajustaba la corbata y me sonrió como si nada hubiera ocurrido, como si hubiera estado hablando del tiempo con un viejo amigo.

Andrés no da crédito a lo que acaba de escuchar. Si lo que dice Lola es cierto, ha vivido engañado los últimos quince años. Alfonso fue quien le habló del activo, no como Superbank, sino como Assetive. Le dijo que se trataba de un proyecto que se estaba desarrollando en la compañía, en un equipo bajo su dirección, y que por tanto la propiedad, indudablemente, pertenecía a ITECO. ¿Quién fue realmente el desarrollador de Assetive/Superbank? ¿Cómo se enteró Alfonso de la existencia del activo? ¿Y por qué hizo que la compañía registrase algo que no era suyo y que, encima, pareciera una decisión del CEO?

—¿Por qué no me lo contaste entonces? —le pregunta Andrés a Lola, visiblemente decepcionado.

—Alfonso me hizo prometer que no te dijera nada. Me dijo que sería mejor así, que a veces hay que hacer algunas cosas poco agradables por el bien de la compañía.

—Vamos, que te debías a tu amante antes que a tu marido, ¿verdad? —Ese comentario coge a Lola por sorpresa.

—¿Lo sabías? —pregunta con un hilo de voz.

—Desde el principio, Lola. ¿Crees que soy tan estúpido para no saber lo que ocurre en mi propia casa? ¿Piensas que no sabía que te estabas tirando a mi socio, a uno de mis mejores amigos? —Andrés suspira cansado—. No sé qué pude hacer tan mal para que no confiaras en mí y me contaras esa información crucial que tenía que ver con mi empresa, por la que siempre me he desvivido, la misma que mantiene a toda nuestra familia y a la de miles de personas. Si descubrimos que el motivo de todo tiene que ver con Assetive, espero que sepas aceptar tu parte de culpa.

Enfadado, Andrés cuelga el teléfono, alza la vista y, a través de la puerta de cristal de su despacho, observa a Luis. Un sentimiento de

emoción le invade. El CISO llega justo a tiempo, como siempre.

Torre de Cristal, área de IT. 23:10

Desde su asiento, Elisa observa que Alba comienza a recoger sus cosas para irse a casa. Se siente mal por la discusión que han tenido esa tarde. Quizá ha reaccionado con demasiada brusquedad cuando su amiga solo quería darle un consejo y recordarle en qué no debe volver a equivocarse. Como si no lo supiera ya…

Ha perdido la cuenta de la cantidad de veces que ha rememorado el momento del incidente: cómo comenzó el día, cómo se torcieron las cosas y qué hizo y qué dijo cada uno de los presentes, incluida ella. Sin embargo, grabada a fuego en su memoria permanece la conversación que mantuvo con Alba un tiempo después del incidente. Su amiga le había reprochado su actuación sin ningún tipo de filtro. Le había dicho que no tenía que haberse arriesgado, que sabía que era casi imposible pillar a esos black hats, que debía haber consultado sus decisiones.

¡Su jefe no contestaba al teléfono! ¿Qué quería que hiciera? Fue la propia Alba quien hizo la llamada y verificó que el móvil del hombre no hacía más que comunicar. Entonces, Alba había vuelto a la carga diciéndole que sus actos tenían consecuencias, que debía haber sido más cauta estando al mando.

Las siguientes palabras de la conversación no se borrarán jamás de la mente de Elisa. Recuerda con total claridad que le había replicado: «¿Qué habrías hecho tú? ¿Encogerte y esperar que otros te saquen las castañas del fuego? Esa siempre ha sido tu táctica, Alba. Aprendiste bien en la universidad, cuando me copiabas todos los trabajos». Alba la había desafiado: «No necesito copiarte nada. Soy mejor que tú, y algún día lo verás».

Al escuchar esto, Elisa había soltado una carcajada y replicado: «Te espero impaciente».

Después de aquello estuvieron más de dos años sin hablar, hasta que Alba regresó a Madrid y, tras un encuentro fortuito en una cafetería, hicieron las paces. Ambas comprendieron que habían estado sometidas a mucha presión y que no merecía la pena poner en jaque

su amistad por una disputa de trabajo.

Ahora Elisa siente que se encuentran en la misma situación, y si algo se ha prometido, es no volver a cometer los errores del pasado. Decide que lo mejor será disculparse, así que se levanta y, tragándose el orgullo, se dirige a su mesa.

—¿Ya te vas? —le pregunta con cautela.

Alba la mira; el enfado se percibe en sus ojos.

—Sí. Ya es tarde y quisiera dormir unas horas antes de la próxima brecha.

—Oye, lo de antes… Te pido disculpas. Reaccioné desproporcionadamente. Sé que solo querías ayudarme.

—Toqué fibra sensible —reconoce la chica—. No quería que te vieras en la misma situación.

—Tranquila. Esta vez es diferente. Sin decisiones precipitadas, sin errores y con la supervisión de los jefes. Todo controlado —dice sonriente—. Mañana acabaremos con ellos y podremos celebrar nuestra victoria.

—Sí, mañana habrá mucho que celebrar —dice Alba con cansancio, se pone la mochila y hace un gesto de despedida con la mano.

Elisa la ve alejarse. Aunque reconfortada por haber hecho las paces, siente que algo no anda bien con su amiga. El jueves, cuando todo termine, hablará con ella.

Torre de Cristal, área de IT. 23:40

Juan recibe una llamada: es Luis. Levanta la mirada hacia sus amigos y alza el pulgar con gesto afirmativo.

—Vamos a entrar en esas cámaras de seguridad.

—Por fin un poco de emoción —añade Elisa, que comienza a teclear en su ordenador.

—Esta vez será más fácil que con el Buen Café —comenta Juan—.

Accederemos directamente al registro de grabaciones. Tenemos la autorización de Andrés y Luis.

—Perfecto —corrobora ella—. Eso nos ahorrará tiempo.

—Creo que el contenido os va a gustar tan poco como a mí —dice Juan. Elisa y Diego intercambian una mirada de preocupación—. Vamos allá.

Juan y Elisa comienzan a trabajar a toda velocidad, pues el tiempo corre en su contra. Diego, a su lado, los contempla algo frustrado por no poder aportar nada en ese momento. Los tres están sentados en una sala con las pantallas ubicadas hacia la única pared que no tiene cristal, para evitar así miradas indiscretas. El área de IT está bastante tranquila, el personal de guardia continúa con sus tareas, y de vez en cuando echan un vistazo poco disimulado a sus relojes. Un tic que se ha contagiado entre el personal de ITECO.

Cuando por fin Juan y Elisa acceden a las grabaciones, Diego pregunta:

—Supongo que hay miles de horas ahí. ¿Por dónde vais a comenzar a buscar?

Elisa mira a Juan y responde:

—Creo que lo mejor será empezar por lo más cercano en el tiempo: el micrófono en la sala de juntas. Dudo mucho que lleve demasiado ahí colocado, pues correría el riesgo de que, por ejemplo, el personal de limpieza lo encontrase, o que dejara de funcionar en algún momento.

—Buena idea —apoya Juan—. Mientras revisáis la cámara de la sala de juntas, yo haré lo mismo con la del despacho de Luis. Dividamos esfuerzos.

Elisa asiente con un nudo en el estómago. La advertencia de Juan no presagia nada bueno. Desde que anticipara que lo que había visto no les iba a gustar, teme que, realmente, lo que ha descubierto es que Luis anda detrás de todo.

—Iré a por unas Coca-Colas —comenta Diego en un intento por resultar útil—. Algo de cafeína nos vendrá bien.

* * *

Casi dos horas más tarde, Elisa y Diego observan petrificados la pantalla de la chica. Llevan un buen rato viendo pasar imágenes a cámara rápida. Cientos de personas pasan por la sala de juntas. Hay reuniones, empleados que acuden a realizar llamadas, pequeños grupos que se encierran allí buscando silencio para trabajar… Hasta el momento, nada extraño.

—¡Ahí! —exclama Diego.

Elisa ralentiza las imágenes. Juan, intrigado por lo que han descubierto, aparta la mirada de su ordenador y la desvía a la pantalla de sus compañeros.

Los tres chicos ven que alguien entra en la sala de juntas solo unos cuantos días antes, a las siete de la mañana. La estancia está casi en penumbra, iluminada simplemente por la luz del corredor y la del amanecer que se cuela por los enormes ventanales. Es muy temprano, y lo más probable es que a esas horas no hubiera nadie o casi nadie en las oficinas. La figura se dirige decidida hacia la mesa, se agacha y se mete debajo. Solo pueden ver su sudadera verdosa.

—Debe de estar colocando el micrófono que encontré —murmura Elisa.

—¿Quién será? No le reconozco… Esa sudadera… la he visto antes… Vamos, vuélvete —suplica a la pantalla.

Unos segundos más tarde, ven que se levanta, se dirige hacia la cristalera y coloca algo en el suelo, justo detrás de las patas de la pizarra.

—Está colocando otro —comenta Diego. La figura busca lugares clave en la sala para esconder más.

Cuando ha terminado, se da la vuelta hacia la salida y su rostro se ilumina bajo el fluorescente del pasillo.

—¡No me lo puedo creer! —exclama Elisa—. ¡Es Víctor!

Los tres amigos se quedan en silencio y con el corazón encogido. Elisa es la primera en hablar.

—Juan, ¿también es Víctor el que te ha robado las imágenes?

El chico asiente compungido.

—Sí —responde—, y me da la sensación de que va a ser la misma persona que voy a encontrar robando la llave del armario del despacho de Luis. Os lo confirmaré en un rato.

—¿Qué le habrá llevado a hacer eso? —pregunta Diego.

—No tengo ni idea —responde Juan—. Me lo hubiera esperado de otro, pero ¿de él? A Luis le va a dar algo cuando lo sepa.

—¿Está ahora en las oficinas? —pregunta Elisa.

—No, se ha ido. Mejor. Que duerma. Porque mañana se le va a caer el pelo.

—No quisiera verme en su pellejo —dice Diego.

—¿Sabes que te llama el «abogado loco»? —pregunta Juan para intentar quitar un poco de hierro al asunto.

—¡¿Qué?! ¡¿Víctor?! Pues se va a cagar…

Apartamento de Alfonso. 23:45

Alfonso está cómodamente sentado en el sofá de su salón. Se ha preparado una buena cena, con una copa de Rioja y una película de Netflix. Necesitaba desconectar de ITECO y de la tensión que se está viviendo allí esos días. La pantalla de su móvil se ilumina. Es Lola. La llamada no le extraña. Siguen teniendo una buena relación y se ven para algún escarceo esporádico. Quizá es lo que quiera proponerle esa noche. Contento, descuelga el teléfono.

—¿Qué tal, Lolita? —le pregunta con voz alegre.

—Alfonso, se lo he tenido que contar —suelta ella a bocajarro—. Lo de Assetive. El secreto ya me quemaba, y he pensado que podría estar relacionado con el asunto.

Alfonso cierra los ojos con disgusto.

—Vamos a ver, Lola, ¿qué te hace pensar que esa información pueda ser relevante? Tú dedícate a tus cosas y deja a los mayores. No tienes

ni idea de lo que hablas.

—No me tomes por tonta, Alfonso. Llevo décadas al lado de los dos hombres con los cargos más altos en la compañía, conozco el negocio y lo que se cuece en ITECO perfectamente. De hecho, tengo más información de la que me gustaría.

—Lola… —dice el hombre con voz cansada.

Lola odia ese tono, odia cuando Alfonso la trata como a una niña.

—¡Vamos! —exclama ella—. No me digas que no lo has pensado ni por un momento, que no te ha sorprendido que el ataque se produzca justo la semana en la que se cierra la operación más importante de ITECO en los últimos años, la que tiene que ver con Assetive, el activo que robasteis. ¡Qué casualidad! —suelta una risotada ácida y burlona, cada vez más convencida de su teoría.

—Puede ser. Eso fue hace muchos años. Ni siquiera sé qué fue de ese hombre. Enrique… Enrique no sé qué. Se marchó de la empresa y nunca volvimos a saber nada más. Ni siquiera aceptó la compensación económica que le propusimos. Pobre diablo, supongo que lo acojoné. Podría habernos demandado y habríamos tenido, como mínimo, un problema reputacional. Además, Andrés, que, de enterarse, nunca habría tolerado lo que hice, quizá me habría echado, pero Enrique jamás hizo nada. Por suerte para todos.

—Más bien por suerte para ti, que te has forrado a su costa todo este tiempo —apunta Lola en tono de reproche—. Y si la operación con WILDCORP se llega a cerrar, te llevarías otro buen pico. Estás donde estás gracias a ese pobre hombre.

—No me vengas ahora con remilgos, Lola. Conmigo siempre has vivido a todo tren gracias al furor que Assetive causó en el mercado, los beneficios que reportó a la compañía y los bonus que yo me llevaba. Por otro lado, Andrés te ha tenido a cuerpo de rey: cenas, viajes, vacaciones, ropa, bolsos de marca… Y todo sin que tú pegases un palo al agua. Entre los dos te hemos proporcionado una vida de lujos con la que no habrías podido ni soñar. Reflexiona a ver quién se aprovecha de quién —sentencia Alfonso con dureza.

—No debería haberte guardado el secreto —murmura ella.

—El caso es que lo hiciste. Me elegiste a mí en lugar de al hombre al que un día prometiste amor y fidelidad. Así que, como puedes ver, eso no te hace mejor que yo. Estamos los dos hechos de la misma mierda.

Al otro lado del teléfono, a Lola se le escapa una lágrima.

—¡Vete al infierno! —exclama justo antes de colgar.

En su casa, aún en shock por las dos conversaciones que acaba de mantener, Lola se sienta en una butaca y, sin poder contenerse, se echa a llorar. El pequeño Jairo duerme en la habitación de al lado, ajeno al pesar de su madre. El corazón le duele. No solo ha traicionado a Andrés, el hombre más noble que ha conocido, sino que ha ido a darle donde más duele: le ha engañado con su mejor amigo y ha contribuido a la destrucción de ITECO, la empresa por la que ha trabajado toda su vida.

En medio de la oscuridad, Lola se pregunta si algún día Andrés podrá perdonarle y, sobre todo, si será capaz de perdonarse a sí misma.

En cuanto Alfonso cuelga el teléfono, entra otra llamada. Es Andrés. Estaba claro que le iba a llamar en cuanto se enterase de lo del activo. Intenta disimular, contestando con tono afable. La voz del CEO es fría como el hielo.

—En cinco minutos tendrás un taxi en la puerta de tu casa. Ven a mi despacho inmediatamente.

Inmediaciones de la Torre de Cristal. 03:10

Elisa, Diego y Juan salen del edificio de ITECO. Luis les ha pedido que se vayan a casa. Solo han podido hablar unos minutos con él para contarle lo que han visto y darle las grabaciones de las cámaras de seguridad mientras los miraba con el rostro desencajado. Juan puede intuir la pena que siente su jefe. Él también le tiene cariño a Víctor. Llevan trabajando juntos varios años, y siempre se han caído bien. Es cierto que el chico tiene algunas rarezas y en el departamento tiene fama de trepa, pero de ahí a querer cargarse la empresa media un abismo.

Un sentimiento agridulce domina el ánimo de los chicos. Deberían estar contentos por su descubrimiento, ya que quizá eso les permita impedir el golpe del día siguiente; por otra parte, se sienten tristes y confundidos al haber averiguado que un compañero está involucrado en la destrucción de ITECO. ¿Por qué lo haría?

—¿Alguien quiere recenar? —pregunta Diego a sus compañeros—. El bocadillo que me he comido a las nueve se tiene que haber desintegrado ya.

—Yo no, tío. Me voy a casa. Necesito dormir algo, y Maca debe de estar pensando que he decidido cambiarla por Luis.

Diego mira expectante a Elisa.

—Está bien —responde ella—. Después de tantas emociones, no tengo sueño. Busquemos algún lugar abierto.

Elisa y Diego se despiden de Juan, que le guiña un ojo a su amigo. Caminan por las calles de Madrid buscando, con poco éxito, algún local abierto.

—Tengo pizzas en el congelador —sugiere ella con timidez después de un buen rato de búsqueda frustrada.

—Perfecto…, siempre y cuando tengas presente que esto no cuenta como primera cita.

—¿Cómo? —dice ella.

—Cuando tengamos una cita de verdad, alucinarás.

—¿Una cita de verdad? ¿Me vas a pedir salir?

—Quizá… —responde él con un tono enigmático—. Si me decido, podrás disfrutar de una cena en un sitio bonito, un romántico paseo, quizá una copa en un rooftop… Me lo suelo montar bien —dice orgulloso.

—Será la práctica —se mofa ella.

Diego se encoge de hombros.

—Toda la vida practicando para llevarte a cenar a ti. —Los dos se miran fijamente sin poder contener una sonrisa—. De momento —continúa el abogado—, vamos a ver qué pizzas tienes en ese congelador, porque si eres de las de pizza con piña, quizás no quiera salir contigo.

Cuarta parte

Jueves

Capítulo 1

Apartamento de Luis. 06:30

Luis se despierta después de haber dormido solo un par de horas. Pese al cansancio, le resulta imposible conciliar y mantener el sueño. Mira al techo. En la penumbra, los ojos le escuecen. Siente las dos pesadas bolsas que se sitúan debajo de sus cuencas oculares y le confieren un aspecto demacrado, cadavérico. Demasiadas emociones en muy poco tiempo, piensa; no hay cuerpo que lo resista. Consulta su reloj y decide que es hora de salir de la cama y ponerse en marcha. Andrés le ha pedido que acuda muy temprano a ITECO. Luis sonríe aliviado al pensar en la reconciliación. La noche anterior, el CEO le pidió disculpas por sospechar de él, por acusarlo sin pruebas y por haber traicionado su confianza. Por su parte, Luis reconoció que todos los indicios le apuntaban y que, de haber estado en el lugar de Andrés, él también habría sospechado. Con un abrazo amistoso habían dado por zanjada la discusión. Tampoco hubo tiempo a más, debido a los acontecimientos de última hora de la tarde.

Luis coge de su armario una camisa al azar. Piensa en cómo han cambiado las cosas en cuestión de horas. Han pasado de no tener nada a, gracias a Juan, Diego y Elisa, dar, con un noventa y nueve por ciento de seguridad, con el responsable; al menos, con uno de ellos. El CISO está triste, decepcionado, y no le faltan motivos para ello. En primer lugar, le duele sentirse traicionado por Víctor, que parecía un buen chico, con quien ha compartido grandes momentos en los últimos años. Podría decir que, junto con Juan, Víctor es uno de sus mejores discípulos. Era un newbe, un hacker novato, cuando aterrizó en ITECO, y ahora, en detrimento de la compañía que ha contribuido notablemente a su formación, se ha convertido en un auténtico black hat con un sombrero negro como la noche. A Luis le cuesta mucho justificar el daño que ha causado no solo a la empresa, sino a todos sus compañeros. ¿Qué motivos podría tener para querer hundir la compañía? Esta mañana hablarán con él. No será una situación agradable, pero han de hacerlo, y conseguir parar el cuarto ataque, el golpe final, previsto para las diez y media.

Finalmente han descubierto que sus sospechas y malos presagios sobre Alfonso eran, en parte, ciertos. Quizás el socio no es responsable directo, sin embargo, les ha ocultado información de vital importancia para la compañía. La cara de Andrés la noche anterior era todo un poema. Al parecer, llevaba años engañado: ITECO había registrado un activo a su nombre, nada menos que Assetive, sin saber que en realidad fue desarrollado y pertenecía a un exempleado, a un tal Enrique. Habían robado un producto y un plan de negocio magistral, y lo peor de todo es que Andrés, que dio su visto bueno al registro, desconocía la trama que había detrás. «¿¡Cómo he podido ser tan inútil, tan incompetente!? ¿Cómo he podido estar tan ciego?», se lamentaba la noche anterior, cuando Rosa trataba de consolarle con escaso éxito. En el despacho del CEO, Alfonso había estado muy nervioso, algo nunca visto en él. Quedaban muchas lagunas en su historia: había divagado, se había contradicho en diferentes ocasiones, había balbuceado, y lo peor de todo es que aún les seguía ocultando información. Por ello, harto y agotado, a altas horas de la noche, Andrés los había mandado a casa, no sin antes pedirle a Alfonso, con un tono glacial, que aprovechara esas horas para hacer un examen de conciencia. «Si no lo haces por ITECO, hazlo por mí, por los años de amistad que has traicionado no solo con Assetive, ya sabes por qué más». A Luis se le puso la piel de gallina al escuchar estas palabras en boca de Andrés. Podía imaginarse por dónde iban los tiros y no le quedó más remedio que admirar, de nuevo, la entereza de su jefe al tener que compartir cada día los pasillos de ITECO con un Judas, con alguien que le había prometido su amistad y le había engañado de la forma más vil. No en una, sino en dos ocasiones.

Luis se despide de su mujer con un beso, que aún sigue dormida, y le susurra que espera volver para cenar. Ella responde de forma ininteligible. Él sonríe. Ojalá esa noche puedan sentarse en familia, y así Luis podrá contarles lo sucedido: que alguien quiso boicotear su trabajo, que ha estado a punto de ser despedido, o más bien, a punto de renunciar a una empresa que le encanta debido a la falta de confianza de su jefe, que finalmente, gracias a un equipo maravilloso y a un golpe de suerte de última hora, se ha resuelto la crisis y que su vida volverá a la normalidad. Que solo tendrán que reconstruir un poco la compañía debido a los destrozos, pero saldrán adelante, más fuertes y sabios.

Consulta su reloj, como tantas veces ha hecho en las últimas horas, y, sereno, con este pensamiento reconfortante, sale de casa.

Apartamento de Elisa. 06:45

Lo primero que Diego siente al despertar es un intenso dolor en el cuello. Abre un ojo a medias y se siente desubicado. No está en su apartamento, confirma. Le da la sensación de que todo es demasiado… colorido. Aunque le parece haber dormido solo cinco minutos, su cerebro tiene que hacer recapitulación de los últimos acontecimientos, que transcurren por su mente como una película de las de antes, en blanco y negro: ITECO, el ciberataque, los informes, las cámaras de seguridad, acudir a la oficina temprano… «Joder», piensa al recordar que no ha llamado a Pablo ni a Jaime, ni les ha enviado un mísero mensaje sobre los últimos acontecimientos. Le van a matar. Se maldice por su despiste. De pronto recuerda que tiene una buena razón para haberse distraído. Abre los ojos por completo. Se encuentra en un pequeño salón, decorado con muebles de colores y cuadros alegres.

Gira la cabeza y observa a Elisa dormida a su lado, en el sofá. La noche anterior habían salido muy tarde de ITECO, y aun así habían decidido cenar unas pizzas en casa de la chica. Demasiadas emociones para irse a dormir. Estaban contentos por su hallazgo, aunque apesadumbrados por haber descubierto que Víctor, a quien sus compañeros de IT tienen bastante aprecio, podría estar involucrado.

En medio del silencio del pequeño salón, Diego reflexiona sobre qué podría haber llevado a ese chico a cometer semejante canallada y, sobre todo, a meterse en ese berenjenal. Eso mismo había estado comentando con Elisa la noche anterior, durante los primeros minutos de la cena. Después, la conversación se alejó totalmente del trabajo y, por un momento, consiguieron olvidar el contexto que les había unido. Se convirtieron, simplemente, en dos amigos que cenan pizza y hablan de la vida. Se sintió muy a gusto con ella; lo mejor es que parecía recíproco. Todo apunta a una segunda cita, una de verdad. Una en la que no se queden dormidos antes del postre por culpa del agotamiento. Diego sonríe ante su torpeza. Si Josemi se enterase, se le caería el mito.

Una alarma comienza a sonar. El abogado observa a Elisa, que abre los ojos. También parece desubicada. Por un momento le mira sin saber bien qué decir, intentando recordar la noche anterior.

—No te di ni un beso —dice Diego sonriente—, así que reitero que esto no cuenta como cita.

Elisa le devuelve la sonrisa. El chico hubiera jurado que podría despertarse con ella el resto de sus días.

—Ayer te quedaste dormido —comenta somnolienta, todavía envuelta en una manta.

—No se lo cuentes a nadie, o mi reputación se verá por los suelos —bromea el abogado—. Al menos espero no haber roncado.

—No más de lo que roncas de día. —Se ríe ella—. Aunque si te soy sincera, ni me enteré. Creo que no aguanté despierta mucho más.

—Espero que no te quedases contemplando cómo me caía la baba al dormir.

Elisa suelta una carcajada.

—No, hice algo mucho mejor. —Lanza una mirada a su ordenador portátil, que descansa a los pies del sofá—. Antes de quedarme frita encontré algunas cosas interesantes sobre nuestro amigo Víctor.

—¿Te dedicaste a cotillearle antes de dormirte?

Ella se encoge de hombros y replica:

—Se me da muy bien averiguar cosas en internet. Es una de mis facetas ocultas.

—Estoy deseando saber más.

—Te lo contaré mientras tomamos un café.

La chica se levanta del sofá, seguida por Diego. Ya en la cocina, en la que apenas caben los dos juntos, comienza a preparar una cafetera.

—Bien cargada, por favor —dice el abogado mirando su reloj—. ¿Y bien?

—Pues ayer la pregunta estaba bastante clara. ¿Por qué alguien como Víctor querría hundir la empresa en la que trabaja? ¿Qué gana?

—Quizá haya un motivo económico. Quizá robó los manuales para vendérselos a un grupo de hackers, por ejemplo; aunque viendo cómo se han desencadenado los acontecimientos, no lo tengo nada claro.

—Pues yo creo que es algo personal —afirma ella—. ¿Sabías que su padre también trabajaba en ITECO?

Torre de Cristal, despacho de Luis. 08:00

El despacho de Luis se encuentra abarrotado. Los miembros del comité, Elisa, Juan y Diego están sentados y apiñados en la pequeña sala.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta Roberto.

—Ahora os lo explicaremos —responde Luis con gesto de preocupación al ver que el socio está algo fatigado por culpa de los nervios.

El CISO observa a Andrés, que se sienta delante de su mesa y mira irritado a Alfonso. El hombre tiene aspecto demacrado y se encoge en su silla, en un intento inútil por volverse invisible. Probablemente no habrá podido conciliar el sueño en las escasas horas de descanso que han tenido; se revuelve en su asiento con inquietud. Va a tener que dar muchas explicaciones delante de todos, lo sabe.

Rocío, muy seria, apoya las manos sobre una carpeta en cuyo interior se encuentra la escritura de registro del activo Assetive a nombre de ITECO. A su lado está Diego, que revisa la copia que la abogada le acaba de facilitar. Aún no le han explicado qué está pasando, pero sospecha que esos papeles son importantes.

A su izquierda está Elisa, como siempre absorta en la pantalla de su ordenador. Teclea a gran velocidad y escribe unos códigos imposibles de entender. De vez en cuando mira con complicidad al abogado, gesto que no pasa desapercibido a Juan, a quien se ve algo más descansado que el día anterior, aunque con un ademán de preocupación muy inusual en él. Sin embargo, sus ánimos han mejorado, porque ese día ha vuelto a ponerse una de sus típicas camisas de colores chillones, esta vez con flores hawaianas, atuendo que, junto con la blusa amarilla de Alejandra, aporta un tono de color en la sala. Ignacio, que ha llegado el último, también está absorto en su portátil. Después de la conversación con Andrés esa mañana, en la que le ha puesto al día de lo sucedido la noche anterior, tiene que realizar algunas averiguaciones a toda prisa.

Andrés se aclara la garganta y comienza con una breve recapitulación.

—Las últimas doce horas han sido de vital importancia. Quiero que

todos tengáis en cuenta que este es el momento clave, que nuestras decisiones en las próximas dos o tres horas determinarán el futuro de la compañía. —Todos en la sala asienten y miran al CEO con expectación—. Bien. Lo mejor será realizar una exposición breve de la situación.

Andrés mira a Luis y le da paso para que hable.

—Bueno, en primer lugar, os preguntaréis por qué estamos reunidos en mi despacho de esta forma tan incómoda. —Luis dirige la mirada a Roberto, que había sido el primero en preguntar—. En las últimas horas hemos confirmado que el motivo por el que pudieron romper nuestras medidas de seguridad es que alguien desde dentro de la compañía les ayudó de forma muy activa.

El CISO hace una pausa para que los presentes puedan asimilar la información.

—¿¡Cómo?! —exclama Roberto con disgusto—. ¿Y cómo lo habéis descubierto?

—Ha sido gracias a estos tres chicos que tenéis aquí sentados. —Los señala Luis con orgullo—. En resumen, descubrieron que alguien puso un micrófono en la sala de juntas. Por eso estamos aquí reunidos, porque todas las conversaciones del comité fueron escuchadas. También averiguaron que esa misma persona robó el informe de auditoría de mi despacho. Debido al contenido de ese informe, tenían a su disposición todos nuestros puntos débiles.

—¡¿Y quién coño es?! —salta de nuevo Roberto sin poder contenerse.

Luis agacha la cabeza, pues no puede evitar sentir cierta responsabilidad y responde:

—Fue Víctor, un chico de mi equipo.

Rocío mira con lástima a Luis. Entiende que se sienta traicionado. No quiere ni pensar el disgusto que se llevaría si descubriera que alguno de sus abogados, con los que comparte tantas horas de trabajo cada día, estuviera conspirando para hacer daño a la empresa.

—¿Por qué crees que lo ha hecho, Luis? —pregunta la abogada.

Es Andrés quien anticipa la respuesta.

—A eso vamos. Hay algo más que algunos aún no sabéis. —Los rostros

son de preocupación. Alfonso rehúye el contacto visual.

Andrés sabe que podría hacer pasar a su socio un mal rato, pero respira hondo y valora que es mejor actuar de la forma más honrada y humana posible y contar él mismo la historia de forma aséptica. Quizá eso facilite la colaboración de Alfonso. Toma aire.

—En las últimas horas hemos descubierto que Assetive en realidad no fue creado por ITECO. Me explico: Assetive es un activo que desarrolló un empleado de la compañía en su tiempo libre, sin formar parte de ningún proyecto y sin utilizar nuestros medios o materiales. Por algún motivo que no terminamos de esclarecer —lanza una mirada significativa a Alfonso que no pasa desapercibida por nadie—, Assetive terminó siendo registrado por ITECO.

—¡¿No lo sabíais?! —Roberto se pone de pie, mirando a la par al CEO y a Alfonso.

Por un momento, el socio se marea y tiene que volver a sentarse.

—Tranquilízate, Rober —sugiere Alejandra, que le acerca una botella de agua.

—Claro que no lo sabíamos —continúa Andrés—. Jamás habría dado mi consentimiento para apropiarnos del trabajo de otra persona.

Todos guardan silencio. Diego, Elisa y Juan se miran sorprendidos. Lo que está contando Andrés es una bomba. Pero ¿qué tiene que ver con el ciberataque? Diego se percata de que Elisa vuelve a estar inmersa en la pantalla de su ordenador. Parece nerviosa. A pesar de ello, juraría que una ligera sonrisa asoma a sus labios. ¿Qué estará pensando?

—Bien —continúa Andrés—. Llegados a este punto, tenemos que esclarecer qué relación hay entre Víctor y Assetive. Esa puede ser la clave.

—¿Sabemos cómo se llamaba la persona que desarrolló Assetive? —pregunta Alejandra, que hasta ese momento había permanecido en silencio.

—¿Alfonso?

—¡Andrés, ya te he dicho que no me acuerdo! —exclama el socio con furia.

—Tranquilízate, Alfonso —murmura Rocío.

El hombre la mira con el rostro desencajado. Se nota que no ha dormido, y las manos le tiemblan.

—¡Haz memoria! —exclama Roberto—. Ya sabía yo que algo tendrías que ver con esto…

Alfonso lanza una mirada cargada de ira al socio, que se abanica con una hoja y le replica.

—Memoria, dice… Para memoria frágil la vuestra, que habéis olvidado el dineral que he traído a esta compañía.

—Dinero que has conseguido aprovechándote de otros. Ese siempre fue tu estilo —replica Roberto.

—¡Ya está bien! —corta Andrés con frialdad—. No tenemos tiempo para estar echándonos mierda en la cara. ¿Os recuerdo que en dos horas nos van a volver a atacar?

Alfonso, con tono de derrota, afirma:

—Se llamaba Enrique, no recuerdo el apellido. Quizá nunca me lo dijo.

—Hay muchos Enriques en ITECO —murmura Ignacio—. De hecho, tenemos una lista de cincuenta Enriques que han pasado por ITECO en los últimos quince años. He estado revisándolo esta mañana.

—¿Tantos? —se sorprende Alejandra.

—Claro. ITECO tiene miles de empleados.

—Además —continúa Ignacio—, ¿qué vamos a hacer? Llamar a estos señores para preguntarles… ¿qué?

La sala se queda en silencio. Todos miran a Andrés en busca de respuestas. El CEO se sienta en la silla, bloqueado. Están tan cerca… Y ahora, ¿cómo seguir? ¿Y si están en un callejón sin salida? ¿Qué relación pueden tener Víctor y ese tal Enrique?

—Elisa. —Diego rompe el silencio—. Esta mañana me has comentado que has descubierto que el padre de Víctor trabajaba en ITECO. ¿Cómo se llamaba?

La chica levanta la cabeza de la pantalla.

—Enrique.

Torre de Cristal, despacho de Andrés. 08:25

—Anoche, cuando descubrimos que era Víctor quien estaba detrás de todo esto, no pude evitar preguntarme qué motivos podrían llevarle a participar en el ciberataque —explica Elisa.

—¿Participar? —interrumpe Juan—. Parece más bien ser el protagonista, el promotor, el artífice…

—Bueno, no sabemos aún su papel —responde Ignacio conciliador.

—El caso es —continúa Elisa— que no hay casi nada sobre él en internet. Como buen hacker, cuida bastante de su imagen. Su LinkedIn, sus redes sociales…; no muestran nada que él no quiera. Pero siempre, siempre hay algo que se escapa, un descuido, un dato inocente que te lleva a una caída absoluta. —La chica mira un instante a Diego, que le hace un gesto de comprensión con la cabeza—. Y ese dato, en nuestro caso, es una foto en su perfil de Facebook.

—¿Puedes proyectar? —pregunta Luis mientras le acerca a Elisa un cable.

La chica conecta su portátil y ahora todos en la pantalla del despacho de Luis pueden ver la imagen a la que ella se refiere. Aparece Víctor, muy joven, casi niño, con una amplia sonrisa. Abraza a un hombre que debe de ser Enrique, su padre.

—La foto está tomada justo delante del antiguo edificio de ITECO, porque al fondo se ven unas letras naranja que todos conocemos perfectamente —explica Elisa—. Además, como aparecen de cintura para arriba, se puede ver que su padre lleva colgada la tarjeta de la compañía.

Los presentes en la sala guardan un silencio sepulcral. De pronto, todo encaja: el padre de Víctor fue el verdadero creador de Assetive.

—¿Cómo sabías que se llamaba Enrique? —pregunta Alejandra.

—Pues con un método muy simple —responde ella—. He utilizado un programa para ampliar las imágenes y he podido descifrar el nombre

que figura en la identificación de ITECO.

—Buen trabajo, Elisa —la felicita Andrés, que ahora se dirige a Alfonso—: Alfonso, ¿te suena este hombre? ¿Es él?

—Sí, es él —confirma el socio sin ánimo para más discusiones.

—¡No entiendo cómo has podido hacer esto, Alfonso! —exclama Roberto, que sigue visiblemente enfadado.

—Lo hecho, hecho está —responde el aludido.

—¿Y no se te ocurrió contarnos este chanchullo con Assetive cuando estábamos en medio de una vorágine de ciberataques? ¿No se te ocurrió que podía tener algo que ver? —insiste Roberto.

—Pues la verdad es que no. ¡Vamos! Esto fue hace más de quince años, y nada podía hacernos pensar que estaría relacionado con Assetive.

—Bueno, casualmente era la semana de cierre de la operación, es el único activo que no han dañado… ¿No se te encendió la bombilla?

Roberto respira agitadamente. Su rostro se ha vuelto rojo, parece que se va a ahogar de un momento a otro. Todos le miran preocupados. Andrés piensa que jamás había visto al hombre tan enajenado.

Aprovechando el segundo de silencio en el que Alfonso prepara su réplica, Rocío interviene:

—Disculpad. No conozco de la historia de Assetive más de lo que se ha contado aquí, pero… si el «responsable» es Alfonso, ¿por qué esa referencia personal a Andrés, que, en realidad, no sabía nada?

—Y yo tengo otra pregunta —añade Alejandra—. Este muchacho del que habláis, Víctor, ¿es tan bueno para poner en jaque a toda la compañía? Creo que nos estamos perdiendo algo.

Andrés asiente.

—Lo mejor será que nos dejemos de rodeos y hablemos con él.

Justo en ese instante, el CEO levanta la vista. Su rostro se convierte en una mueca al ver a Víctor a través de las paredes de cristal.

¿Cómo puede un simple peón poner en jaque al rey?

Capítulo 2

Torre de Cristal, despacho de Luis. 09:05

Víctor siente un pálpito cuando mira hacia el despacho de Luis. Algo no anda bien. ¿Por qué los miembros del comité no están en la sala de juntas como cada mañana? Se maldice por haberse ido a dormir la noche anterior; estaba agotado. Quizá no debería haber tomado ese pequeño descanso. ¿Y si han encontrado los micrófonos? Esa chica, Elisa, es demasiado lista. Desde el primer momento le dio mala espina, no debería haber permitido que se metiera en IT. La tarde anterior advirtió, inquieto, que ella y sus compinches entraban en la sala del comité. Al menos en apariencia, se habían ido sin encontrar nada.

De reojo, Víctor ve a Andrés, que se acerca a la puerta del despacho sin dejar de mirarle. El corazón le da un vuelco. Está claro. Lo sabe. Observa al resto de los presentes. Está claro, también lo saben.

Tiene que salir de la torre cuanto antes.

Con apariencia tranquila da media vuelta y comienza a caminar en dirección al ascensor. Antes de que Andrés pueda terminar de exclamar «¡no dejéis que se vaya!», Diego se ha levantado de la mesa y, tras abrir la puerta del despacho de forma violenta, echa a correr detrás de él. Juan le sigue.

—¡Ehhh! —le grita—. Solo queremos hablar contigo.

Los técnicos de IT contemplan la escena aturdidos. Víctor corre hacia la escalera de incendios. Antes de que llegue a abrir la puerta, Diego le agarra por el cuello de la camisa. Víctor, que intenta defenderse, lanza un par de golpes al aire. Uno de ellos le da en la cara al abogado. Tras un segundo de desconcierto, Diego le devuelve el golpe, justo cuando Juan hace su aparición.

—Eso por llamarme «abogado loco» —le susurra al oído con frialdad. El chico le mira con la ira reflejada en sus ojos.

—¡Buen directo, tío! —le elogia Juan por lo bajini nada más llegar.

Entre los dos consiguen sujetar a Víctor, que, con el labio hinchado, se sigue revolviendo a pesar de todo.

—¿Vamos a tener que atarte o qué? —pregunta Diego de mal humor. Con la mano que no sujeta al chico se palpa las huellas del golpe que acaba de recibir en la mejilla.

—¡Maldita sea! —El grito de Víctor retumba ante el desconcierto de las personas que están en la planta y que comienzan a rodearles.

Andrés se acerca a ellos. En su rostro no se dibuja ni enfado ni rencor, sino una profunda pena, una mirada de lástima que a Víctor le duele más que el golpe que acaba de recibir.

—Chico, será mejor que hablemos.

Le conducen al despacho de Luis, en el que no cabe ni un alfiler. El ambiente está muy cargado. Todos los presentes le observan en silencio sepulcral. Elisa señala la mejilla inflamada de Diego con preocupación; este, con un gesto, le resta importancia. Luis le acerca una silla a Víctor. El abogado y Juan se sitúan a ambos lados de la puerta, como si fueran guardaespaldas. Además, tras una rápida llamada de Andrés a Rosa, unos guardas de seguridad se han colocado estratégicamente a las puertas de la planta de IT. No hay escapatoria posible.

El CEO coloca un vaso de agua enfrente de Víctor, que le observa con profundo odio. Aún sigue jadeando después de la carrera, la adrenalina y el intercambio de golpes.

—Creo que tienes bastantes cosas que explicarnos —comienza Andrés con tono tranquilo y muy serio. Está de pie y pasea por el escaso espacio de la sala, intentando disimular su inquietud.

—No diré ni una palabra —responde Víctor con tono desafiante—. Falta algo más de una hora para las diez y media. No tenéis nada que hacer. Tú y tu empresa habéis perdido.

Andrés ni se inmuta. Luis sonríe para sí y piensa que su jefe tiene mucha experiencia en negociaciones con los clientes más duros y, aunque quizá por dentro está lleno de ira, su cara de póker no refleja ni un solo sentimiento, lo cual desconcierta a su interlocutor, desde luego mucho más joven y con menos experiencia.

—Víctor —continúa con parsimonia—, creo que todo esto es un malentendido. Me imagino que tus motivos tendrán que ver con algo

que ocurrió hace años con tu padre. —La mirada dolida del joven confirma las sospechas de Andrés y del comité—. Pero créeme si te digo que yo no he robado ningún activo, ni a tu padre ni a nadie. Es más, me acabo de enterar de toda esta historia hace solo unas pocas horas. Por eso necesito que me expliques qué ocurrió, porque si no lo haces, no solo no voy a poder ayudarte, sino que me veré obligado a denunciarte, y estos dos señores trajeados de aquí —señala a Rocío y a Diego— te acompañarán a la comisaría.

Al oír la palabra «comisaría», Víctor abre mucho los ojos, aunque con gran rapidez vuelve a intentar mostrarse sereno.

—No.

—¿No qué?

—Que no puedo contaros nada.

Andrés se acaricia la barbilla y deja pasar unos segundos antes de volver a hablar. Un gesto meticulosamente estudiado que Roberto ya le ha visto en otras ocasiones.

—Yo creo que sí puedes contarnos algunas cosas —insiste el CEO—. Por ejemplo, qué ocurrió con tu padre. Si me dices qué sucedió, podré buscar la forma de ayudarte, de reparar el daño.

—¿Y por qué ibas a querer ayudarme?

Andrés provoca una pausa antes de responder:

—Porque, tal y como están las cosas, Víctor, si no nos ayudamos, ambos tenemos mucho que perder.

Víctor mira al hombre y suspira resignado.

—Está bien. Os lo contaré.

Por un instante, el chico parece mucho más joven. Todos en la sala guardan silencio. Solo se escuchan las respiraciones entrecortadas de Roberto. Elisa piensa, apenada, en la foto que acaba de ver, en la que tan solo era un niño, y no puede evitar preguntarse qué le habrá llevado a esa situación. De pronto ve que en el suelo, a solo un metro de donde está sentada, hay un teléfono móvil. Se ha caído de la mochila de Víctor. Mira nerviosa a su alrededor. Los presentes están tan concentrados en la conversación que no se dan cuenta cuando ella, con un movimiento rápido y silencioso como el de un felino, se agacha

y coge el smartphone.

«Bien, Víctor —piensa—. Vamos a ver con quién y qué has estado haciendo las últimas semanas».

Torre de Cristal, despacho de Luis. 09:35

—Mi padre se llama Enrique González y trabajó para esta compañía hace más de quince años. Era un buen empleado, y lo mejor de todo es que le encantaba su trabajo. Era el mejor programador que he conocido nunca. Pasaba tardes enteras enfrente de su ordenador, creando sus propios proyectos, por pura diversión. Cuando mi padre comenzó a desarrollar lo que vosotros conocéis como Assetive, su proyecto estrella, yo era muy pequeño, no tendría más de diez años. Le llevó mucho tiempo pensar la idea y, sobre todo, construirla. Tal era su obsesión con ese activo que casi termina con el matrimonio de mis padres. —Suelta una carcajada amarga—. «¿No lo ves?», le decía a mi madre. «Si consigo venderlo, ¡nos sacará de pobres! Tendremos una vida mejor», y ella, una vez tras otra, confiaba en él. —Sonríe Víctor con tristeza—. Ese proyecto era su ilusión, no solo porque pasaba su tiempo haciendo algo que le entusiasmaba, sino porque pensaba que era la oportunidad para que nuestra familia pudiera progresar. Él soñaba con venderlo a ITECO, o a otra empresa similar, y conseguir algún tipo de comisión o, por lo menos, más reconocimiento, y que eso le permitiera ascender con rapidez. Él valía mucho, y quería una oportunidad para demostrarlo. Por eso, cuando lo tuvo todo listo, le pidió a su jefe, con quien tenía confianza, que le recomendase alguien con quien poder hablar de su activo, de los proyectos que tenía para Superbank, como él lo había bautizado, y de su visión para el futuro de la compañía. Así, unos días después concertó una reunión con Alfonso, que parecía interesado en escuchar su propuesta.

Todos los presentes se vuelven para mirar al socio, que se hace cada vez más pequeño en su asiento. Víctor continúa absorto en su propia narración.

—Aquel día, mi padre volvió a casa entusiasmado. Por fin su trabajo daba sus frutos. Recuerdo aquella noche con especial alegría porque le trajo unas flores a mi madre y un jamón que disfrutamos como si fuera el día de Navidad. Nos contó que le había expuesto su proyecto a Alfonso, que era un hombre muy importante en la compañía, y que

este parecía encantado. Solo quedaba hablar con Andrés, explicarle el plan de negocio y las funcionalidades del activo, y así podrían comenzar a preparar la comercialización.

»Casualmente, esas semanas Andrés estaba de viaje, por lo que transcurrieron unos cuantos meses en los que fue imposible reunirse con él. Alfonso le daba largas a mi padre porque, según decía, en esa época parecía que era muy difícil pillar al CEO en su despacho, pero en ese tiempo sucedió una cosa curiosa. Mi padre quizá pecó de ingenuo. La cuestión es que metió una licencia de demostración y alguna que otra documentación en su ordenador de ITECO con el fin de enseñárselo a Andrés en cuanto tuviera ocasión. Lo que mi padre no esperaba es que alguien fuera a hackear su ordenador y a copiar su archivo más valioso. Meses más tarde conocimos las consecuencias: Andrés había mandado registrar el activo de mi padre a nombre de la compañía.

Unos murmullos se escuchan en el despacho. Todos observan a Andrés, que niega compungido con la cabeza.

—¿Cómo se enteró tu padre? —pregunta Rocío con un hilo de voz.

—Muy sencillo: el boca a boca. ITECO aún era una empresa relativamente pequeña y no era difícil conocer a alguien que supiera qué persona se había encargado de hacer el registro, tanto del código fuente como del plan de negocio.

—¿Y no dijo nada? —pregunta Roberto justo antes de lanzar una mirada fulminante a Alfonso.

—Lo intentó. Mi padre fue corriendo al despacho de Andrés. ¿Cómo se atrevían? ¡Le habían robado su proyecto! Sin embargo, al llegar, vio que la estancia estaba vacía. Su secretaria le informó de que estaba de viaje en Londres. Entonces acudió al despacho de Alfonso. —Todos miran al socio—. Alfonso le explicó que Andrés personalmente se había encargado de registrar el activo a nombre de ITECO porque él había considerado, por su cuenta, que había sido desarrollado durante el tiempo y con medios de trabajo de la compañía y que, por tanto, no había lugar a dudas sobre su pertenencia a esta. Alfonso ofreció una compensación económica que mi padre no aceptó. Sinceramente, no sé cuánto dinero era, ni me importa, porque nunca volvió a ser el mismo. Había pasado años trabajando en un proyecto que le arrebataron de la noche a la mañana. Ya no podría vendérselo ni a ITECO ni a nadie. Le habían robado su sueño, sus esperanzas. ¿Iba a enfrentarse él solo a un gigante de la tecnología? —Víctor sonríe con

evidente ironía—. Además, Alfonso se lo había dejado bien claro: no tenía nada que hacer contra su ejército de abogados. Mi padre se fue de ITECO y cayó en una profunda depresión de la que nunca se recuperó. Comenzó a beber más de la cuenta, y mi madre, que decidió que no aguantaba más, lo dejó.

—Así que, por ese daño que ITECO le causó a tu padre, tú decidiste preparar el ciberataque. Querías vengarte —afirma Andrés con una mezcla de sentimientos encontrados en su pecho.

—¿Y tú no querrías? —le reprocha Víctor—. Esta empresa destruyó a mi familia, se llevó mi infancia. ¡Tú lo hiciste!

El CEO replica:

—Yo no tengo nada que ver con el registro del activo de tu padre. Me engañaron, me ocultaron información, y ese señor de ahí —señala a Alfonso— afirmó por activa y por pasiva que el activo había sido desarrollado por un equipo de trabajo que estaba bajo su dirección y que teníamos total legitimidad para hacer ese registro. Es más —añade enfadado—, Alfonso lleva cobrando un generoso fee por cada venta que se ha hecho de las licencias de Assetive. No sé si sabes hacer números, pero puedo asegurarte que es mucho dinero.

Víctor, cargado de rabia, mira ahora a Alfonso, que tiene la vista perdida en algún punto de la sala para evitar el contacto visual.

—Me da igual —comenta el chico al fin—. Al final sois todos iguales. Unos ricachones empoderados en la cúspide de sus torres de cristal.

Andrés niega y apoya las manos en los reposabrazos de la silla de Víctor. Sus cabezas quedan separadas solo por unos centímetros. El hombre intenta controlar su ira, y las palabras salen de su boca con un tono tan gélido que eriza la piel de todos los presentes.

—¿Sois todos iguales? No seas infantil. A mí no me conoces. Te has dejado llevar por la ira todos estos años, y te has dedicado a buscar vulnerabilidades en mi empresa. Me has atacado desde la protección de una pantalla de ordenador y, sin embargo, no has tenido el valor para poner un pie en mi despacho y reclamarme lo que dices que por derecho es de tu padre.

—Yo…

—Y una cosa más: a Enrique nada le impidió venir y contarme lo ocurrido. Solo tenía que insistir. Quien me conozca mínimamente sabe

que valoro el trabajo de mis empleados. Habría cancelado ese registro o llegado a un acuerdo con él. ¡Lo habríamos arreglado, por el amor de Dios! Pero si las versiones que me han llegado son ciertas, él solo habló con Alfonso y después tiró la toalla.

—¡Le amenazasteis! —se defiende Víctor—. Él no tenía nada que hacer contra vosotros. Alfonso le amenazó con echarle encima a vuestros abogados.

Diego pone los ojos en blanco y mira a Rocío al escuchar el comentario. Ambos piensan lo mismo: odian cuando se refieren a los abogados en esos términos, como si fueran perros de presa.

Andrés mira al joven con una sonrisa triste, sentimiento que predomina en el abarrotado despacho.

—Lo siento, no puedo darte la razón —concluye Andrés—. Cuando quieres algo de verdad, peleas por ello, luchas con uñas y dientes, te caes y te vuelves a levantar, aunque sea lo último que hagas. ¿Tú sabes la cantidad de veces que me han dado con la puerta en las narices, que me han dicho que no lo conseguiría? ¿Sabes cuántas veces en estos cuarenta años hemos estado a punto de quebrar, y yo a punto de perderlo todo? ¡Todo! ¿Sabes cuántos amigos se han quedado por el camino? Que, por perder, he perdido hasta a mi mujer; aunque no por ello me he rendido. Sigo aquí, aunque de mi empresa —consulta su reloj— en una hora no queden más que las cenizas. Así que te voy a decir una cosa, y escúchame muy bien, porque esto no va a ser una negociación —el CEO se sienta ahora en la mesa, a muy escasa distancia del chico, y le mira fijamente—: dinos cómo preparaste el ataque y cómo lo detenemos.

—No puedo, ya te lo he dicho.

Andrés cierra los ojos y emite un profundo suspiro en un intento de no perder los estribos. Víctor, con el cuerpo rígido, está conmocionado por las últimas palabras de Andrés. Desde su asiento, no mucho más lejos, Elisa detiene sus investigaciones en el teléfono móvil y ve al chico flaquear. Tiene que aprovechar el momento.

—Víctor —interviene ella con voz suave—, tienes que contarnos cómo lo has hecho y quién te ha ayudado. Es la única opción para salir de esta con la cabeza relativamente alta.

—No p…

—Sé que tienes miedo —le corta—. Que a veces los hackers no están

solo detrás de una pantalla. Que te preocupa el futuro. Créeme, hablo por experiencia si te digo que sé lo que asusta que haya un grupo de black hats persiguiéndote; quizá podamos encontrar una solución para eso. Eso sí, ten en cuenta que, si no nos ayudas, nosotros tampoco podremos ayudarte. Terminarás en prisión, y allí no tendrás el favor de Andrés para interceder por ti.

Elisa mira al CEO. Espera no haberse excedido con sus palabras. El hombre asiente, conforme. Víctor medita unos instantes y afirma:

—Está bien. Os contaré lo que ocurrió, pero tenéis que prometer que me ayudaréis a salir de esta.

—Te doy mi palabra. Lo haremos lo mejor que podamos —afirma Andrés, que mira a Luis.

El CISO también asiente a toda velocidad. Lleva en shock desde que Víctor comenzó su historia. Él, que se jactaba de conocer bien a todos los miembros de su equipo, en realidad no sabía nada de la vida del joven, de su tragedia familiar. Quizá, de haberlo sabido, hubiera podido ayudarle, hubiera evitado esta situación… No es momento de pensar en esto, se recuerda. Casi no queda tiempo.

—¿Cómo lo hiciste, Víctor? —pregunta Luis con el tono de voz más neutro que es capaz de emplear.

—En realidad no fue tan difícil —responde al fin—. Saqué muy buenas notas en la carrera, y me resultó francamente fácil comenzar a trabajar en ITECO. Yo quería estar aquí para poder aprender desde dentro cuáles eran los puntos débiles de la empresa. Evidente, ¿no? Y con un apellido como González era imposible que se me relacionara con mi padre. Hace algo más de un año conocí a un grupo de hackers dispuestos a ayudarme. El plan era sencillo: yo solo tenía que facilitarles información, y juntos prepararíamos el ciberataque perfecto. En cuanto pasamos las auditorías del mes de enero, con ayuda del grupo, comencé a desactivar algunas medidas básicas de seguridad poco a poco, para no levantar sospechas. Sin que nadie se enterase, fui estableciendo conexiones para modificar la red, eliminar la segmentación y que el ransomware afectase a la mayor cantidad de archivos posible. Esto me llevó un par de meses, quizá se notó alguna cosa rara. Lo cierto es que nadie se dio cuenta de que la red ya no estaba como antes. Preparé el correo con el enlace falso para que pudiera entrar el virus; además, conocía a unos cuantos becarios y sabía que estarían en época de exámenes. Era muy probable que alguno de ellos picase.

Luis se tapa la cara con las manos al escuchar a Víctor. ¿Cómo pudo no darse cuenta de nada? Ni él ni su equipo se percataron de que había medidas alteradas. Mira a Andrés con una mueca de disculpa. El CEO le devuelve un gesto, restándole importancia. Luego lo hablarán.

—Mientras Luis estaba en una reunión, conseguí robar la llave de su despacho para poder abrir los armarios y así acceder al informe de auditoría del año dos mil veinte —continúa Víctor—. Quise grabar un vídeo del libro entero, pero sentí pasos cerca y terminé por arrancar las últimas hojas y el índice. Como sabéis, en los informes se indicaba dónde estaban alojados los activos y sus entornos, por lo que, conociendo las fechas de las actualizaciones, resultaría relativamente sencillo poder atacarlos.

—¿Y no te preocupó que Diego estuviera revisando el informe al que estuviste arrancando páginas? —pregunta Juan.

—No. El informe de dos mil veinte no se parecía a los anteriores, que no indicaban nada sobre alojamientos, entornos… Al haberme llevado el índice, era imposible que Diego se diera cuenta.

—Pero se dio —murmura Diego triunfal y lanza una mirada a Elisa—. Hacker, cero; abogado loco, uno.

Ajeno al comentario del abogado, Víctor continúa.

—También modifiqué las maquetas de decenas de ordenadores para que admitieran la entrada de USB. Yo mismo envié los lápices de memoria a la empresa como si fueran un encargo del departamento de Marketing. De esa forma, con los pendrives hackeados, pudimos acceder al código de los activos y subirlos a las páginas de desarrollo colaborativo.

Alejandra, sentada, respira tranquila. Con la confesión de Víctor, queda claro que ni ella ni su departamento tuvieron nada que ver con el ataque ni con los lápices de memoria.

—¿Y lo del micrófono? —pregunta Elisa.

Víctor ve que no le queda otra que rendirse a la evidencia de que la chica es muy muy lista.

—Lo encontrasteis.

Ella asiente.

—Lo descubrimos ayer. Primero pensábamos que habrías pinchado la televisión o unos altavoces. Luego pensé en los informes a los que les faltaban páginas. Es curioso, porque has intentado ser lo más analógico posible. Quizá para reducir las posibilidades de que te pillasen.

Víctor asiente.

—Quería saber cómo iba actuando el comité de crisis, así que coloqué unos diminutos micrófonos en la sala de juntas. Mucho más seguro que pinchar nada, como bien dices. Gracias a eso, pude interceptar la comunicación a los clientes. Fue francamente fácil —explica.

A medida que avanza la conversación, el tono de voz del chico cada vez tiene más notas de orgullo. Por un momento, Víctor siente que está dando una masterclass a los altos cargos de la compañía, demostrando que sabe más que todos ellos, que un simple peón puede poner en jaque al rey y a todo su séquito.

Víctor mira a Juan.

—Sí, fui yo quien aparecía en las imágenes de las cámaras de seguridad del Buen Café. Persuadí a Fernando para que decidiera ir a ese lugar para enviar el correo; conozco perfectamente la cafetería y sus puntos ciegos.

—Y fuiste tú quien me echó algo en el café, capullo.

—Sí, y lo siento —reconoce el aludido—. No podía permitir que os quedaseis con esas grabaciones. Eso sí, yo no fui responsable del whatsapp que hizo que todos los empleados vinieran al edificio el martes. Que, por cierto, hay que ser idiota.

Roberto, Rocío, Ignacio y Alejandra miran a Andrés.

—¿Quién fue? —pregunta Roberto.

—Fui yo —reconoce Alfonso, que siente que ya no tiene nada más que perder ese día.

—¡¿Tú?! —exclama Roberto—. ¿Por qué no nos lo dijiste?

El socio se encoge de hombros.

—No quería admitir mi error —reconoce.

No queda ni rastro del tono duro que el hombre lleva empleando toda

la semana. Es más, en ese momento es un anciano a punto de echarse a llorar. Con voz débil continúa:

—Os juro que lo hice con la mejor de mis intenciones. Todos estabais tan ocupados, haciendo tantas cosas, y yo simplemente quería aportar algo. No lo hice bien.

Roberto le mira con cierta lástima. Aun así, le cuesta mucho asimilar y perdonar todas las faltas del socio que están saliendo a la luz.

El grupo guarda silencio, intentando asimilar la información que les acaba de soltar Víctor. Ahora todas las piezas encajan. Elisa tiene que admitir que se siente admirada por la excelente planificación del crimen. Todo hubiera funcionado con la precisión de un reloj suizo si no fuera, precisamente, por los errores humanos de Víctor, quien olvidó que en los pasillos de ITECO hay cámaras de seguridad que registraron todos sus movimientos y que no borró la foto de Facebook con su padre. Quizá estaba tan concentrado con el ataque que se olvidó de que ni siquiera el mejor hacker puede confiarse y que dejarse una puerta abierta es realmente fácil.

La batalla aún no ha terminado. Falta una respuesta importante.

—¿Cuál es el último ataque? —pregunta Luis con seriedad.

—Si os lo digo, será mi ruina —responde Víctor nervioso, retorciéndose las manos—. Ya he ayudado bastante. Os he resuelto la intriga, ¿no?

—Pues yo creo que no —responde tajante Andrés—. Te recomiendo que dediques unos instantes a pensar qué te conviene hacer a continuación.

—Víctor —interviene Luis con calma—, piénsalo bien. Sé que eres buena persona. Llevamos años trabajando juntos, y sé que todo esto lo has hecho por el amor que sientes por tu padre, porque querías vengar su nombre. Escúchame: ¿tú crees que él querría este futuro para ti? —El CISO hace una pausa. Al chico están a punto de saltársele las lágrimas.

Víctor se revuelve nervioso. Juan le mira con compasión. Parece mucho más joven sentado y encogido en esa silla negra. Lo de su padre tuvo que haberle dolido mucho, tanto como para querer echar un pulso al gigante ITECO y juntarse con unos black hats que a saber quiénes son. Juan intenta recordar si el chico le ha hablado alguna vez de su familia. Ahora que lo piensa, recuerda con vaguedad que le

contó los problemas con el alcohol de su padre. Víctor no habrá tenido una infancia ni juventud fáciles, sin embargo, no puede justificar sus actos. Muchas personas podrían perder su empleo por algo que ocurrió hace más de quince años.

Mientras están concentrados en la conversación, Elisa continúa analizando el teléfono móvil de Víctor, quien todavía no se ha dado cuenta de su pérdida. Debe ser muy rápida. Cuando por fin consigue desbloquearlo, lo primero que hace es ver cuáles son las últimas llamadas y conversaciones de WhatsApp y otras aplicaciones similares. Revisa varios chats intrascendentes de la noche anterior con su madre y con algunos amigos. Continúa con su revisión. En la aplicación de Signal ve que hay chats que aún no se han borrado. Debe faltar poco tiempo para que expiren. De pronto, su corazón da un vuelco, no solo por la foto de perfil que acaba de reconocer, sino por el mensaje que aparece justo al lado:

«El cuarto ataque está preparado».

Torre de Cristal, despacho de Luis. 10:05

Elisa mira con ojos vidriosos a su alrededor. Siente un sudor frío, y una repentina sensación de mareo la invade. Se agarra a la silla tratando de serenarse y de no llamar la atención, pues no quiere que Víctor se percate de que tiene su smartphone. Respira hondo y vuelve a revisar los mensajes. Quiere pensar que lo que está viendo en ese chat es una simple casualidad o un producto de su imaginación, pero algo le dice que acaba de dar con la clave.

Vuelve a mirar la foto. «No puede ser», piensa.

Alba, con su característico pelo rojo, sonríe a la cámara y alza un botellín de cerveza.

Elisa intenta hilar pensamientos a toda velocidad, pero lo único que obtiene son interrogantes: ¿Alba y Víctor? ¿Qué relación tienen? ¿Por qué iba a estar Alba involucrada? ¿Qué motivos puede tener contra ITECO? Además, ¿cómo puede ser tan tonta de utilizar su teléfono personal para hablar con Víctor?

No sabe si habrá otros implicados, pero está claro que Alba y Víctor, pese a haber diseñado un ataque no solo imaginativo, sino, en

principio, sin cabos sueltos, han cometido los errores más básicos. Ahora Elisa debe aprovecharse de ellos.

Y por eso tiene un plan.

Después de realizar algunos pequeños ajustes en el móvil de Víctor, vuelve a dejarlo en el bolsillo abierto de su mochila. Cuando lo hace, Elisa observa a su alrededor. Nadie parece darse cuenta.

—¿Cuál es el próximo ataque y cómo lo paramos? —continúa insistiendo Andrés.

Víctor responde con cansancio:

—Es una fuga de información de Softpital. Cientos de datos de pacientes y sus informes médicos serán colgados en unas horas en la red.

En cuanto Víctor termina de pronunciar sus palabras, una sensación de pánico colectivo empieza a invadir el despacho de Luis.

—¿Cómo lo paramos? —pregunta el CISO.

—Eso no os lo puedo decir —replica el chico.

Juan, a su lado, pone los ojos en blanco.

—Tío, te repites más que la morcilla. Esa parte ya nos ha quedado clara, y Andrés te ha dicho que si colaboras te va a ayudar. Ahora tienes que explicarnos cómo parar el puto ataque.

—No se puede.

—¿Cómo que no se puede? —pregunta Andrés nervioso.

—Ya tienen los datos, ¿no os dais cuenta? Los robamos hace meses, ahora solo falta subirlos a la red.

—¿Y qué quieres a cambio de no subirlos? —pregunta Elisa ante la sorpresa de los demás. Víctor la mira perplejo, por lo que ella continúa —: Pon un precio para parar esta situación. ¿Queréis información? ¿Dinero, tal vez? ¡Vamos! Habéis llegado hasta aquí, la mayor parte del daño está hecho. Nos rendimos, pagamos… y todos ganamos.

—¿¡Qué coño estás diciendo, Elisa!? —exclama Andrés desquiciado.

—Andrés, confía en mí —le responde muy seria mientras mira al CEO

y a Luis de hito en hito.

—¿Qué gano yo? —pregunta el chico.

—Pues lo más importante: ¿no te das cuenta de que ya te hemos pillado? ¿Que toda esta sala puede testificar contra ti y que encima tenemos pruebas? Colabora y seguramente Andrés podrá interceder por ti.

Andrés y Luis se miran sin comprender qué está haciendo Elisa, quien hace solo dos días había descartado por completo la opción del pago. Delante de Víctor, la chica no puede explicarles lo que ha visto. Tampoco puede decirles que cree que esa es la única salida. Ha recordado que Alba comentó que, si ella fuera la black hat, pararía el ciberataque por dinero. Además, pagar supone rendirse, supone perder, eso es lo que hablaron. Elisa tiene una corazonada: para ganar, primero tiene que rendirse.

Torre de Cristal, despacho de Luis. 10:15

—Vamos, Víctor —insiste Elisa, sabedora de que el tiempo corre en su contra—. Llama a tus contactos, poned un precio y acabemos con esto. Recuerda que si nos ayudas, nosotros te ayudaremos. Le diremos a la policía que has colaborado con nosotros. ¿Qué te queda si no?

Víctor se muerde el labio inferior, nervioso. Intenta tomar una decisión. Los presentes en la sala miran sus relojes y contienen el aliento. Luis dirige la vista a Elisa, la observa casi con súplica. Espera que sepa lo que está haciendo.

De pronto, Víctor se levanta y coge su teléfono móvil de la mochila.

—Está bien. Haré una llamada a ver qué puedo hacer.

—Lo harás aquí —afirma Andrés, interrumpiendo su paso hacia la puerta. El chico le mira con gesto contrariado.

—Podemos dejar que vaya a otra sala. Necesitará algo de intimidad —le contradice Elisa, que le guiña un ojo a espaldas de Víctor.

Andrés, resignado, tiene la sensación de que la situación se le está yendo definitivamente de las manos. Más vale que la chica sepa lo que

está haciendo.

—Está bien.

Juan y Diego se apartan de la puerta y dejan pasar a Víctor, que no se atreve a mirarlos a la cara. El chico se encierra en una sala contigua y teclea en su smartphone.

—¡¿A qué viene todo esto, Elisa!? No entiendo nada —exclama Andrés.

—El teléfono de Víctor estaba en el suelo —explica de forma apresurada—, así que me he tomado la libertad de investigar sus últimos pasos. Creo que he descubierto con quién ha estado planificando el ataque. Ahora lo averiguaremos. He pinchado el móvil y vamos a escuchar la conversación.

Elisa sube el volumen de su ordenador justo cuando comienzan a sonar los tonos de la llamada. Todos escuchan con atención.

—¿Qué pasa, Víctor? —dice Alba al otro lado de la línea.

¿Alba? Juan y Diego se miran sorprendidos. Elisa cierra los ojos con disgusto. Acaba de confirmar sus sospechas.

—Me han pillado —responde Víctor.

—¿¡Cómo!?

—Han entrado en las cámaras de seguridad de ITECO. Me han visto robar los informes, poner el micro…

—¡Mira que te dije que borrases esas grabaciones! —exclama ella.

—No pude acceder a las cámaras, y pensé que no se darían cuenta. Todo debía estar sumido en el caos. Yo… no contaba con Elisa y Juan.

—Elisa —murmura Alba—, ¡cómo no! Lo has jodido todo, Víctor —bufa—. A ver cómo explicamos al resto del equipo lo que ha sucedido.

—Quieren negociar. Ofrecernos dinero. Por eso te llamaba. Se rinden —explica Víctor con rapidez.

—¿Cuánto? —pregunta Alba con desconfianza.

—Nos han dicho que pongamos una cifra.

—No sé…

—Ya les hemos hecho daño, y mi futuro está muy negro —argumenta Víctor, utilizando las mismas palabras que Elisa ha pronunciado hace un rato—. Quizá al menos podamos llevarnos un pico, y a mí me vendrá bien decir que he colaborado. Todos ganamos. Vamos, Alba…

—Puede ser… No nos queda mucho tiempo. Con ese dinero podríamos pagar al resto y olvidarnos del asunto. —Alba lo medita unos segundos—. Eso sí. Quiero que ITECO se rinda formalmente. Que todos los periódicos informen de que hemos ganado, que la empresa no ha podido parar los tres primeros ataques y que han tenido que pagar doce millones de euros para detener el último.

—¡¿Doce?! Eso es una barbaridad.

Al escuchar esto en el despacho del CISO, Andrés siente que se marea y tiene que sentarse. ¡¿Cómo van a pagar doce millones de euros?! Luis, pálido, a su lado, mira a Elisa, que, curiosamente, no se inmuta. Eso le extraña.

—Pero ¿qué tienes contra ITECO? —continúa Víctor.

—Contra ITECO, no. ¡Contra Elisa!

—¡¿Elisa?!

Ahora todos en el despacho miran a Elisa, que tiene los ojos abiertos de par en par. No entiende nada. ¿Qué tiene Alba contra ella? Aunque es cierto que hace años que hay algunas rencillas, jamás habría sospechado que su rencor pudiera llegar a ese grado.

—Era mi vendetta. ¿No te has parado a pensar qué gano yo con todo esto?

—¿Tú? ¿Qué se supone que tenías que ganar? Me dijiste que formabas parte de una banda de hackers que querían tocar las narices a las grandes corporaciones. Se supone que defendías la lucha del trabajador contra el empresario tirano… Y yo me lo he tragado. Manda huevos —responde enfadado.

Al otro lado de la línea, Alba suelta una carcajada.

—Eres tan inocente, Víctor. Yo quería demostrar que soy mejor que Elisa, que doña Perfecta. La que mejor hace todo, la que siempre tiene razón, el número uno de la clase y de la agencia. Los jefes la

adoraban. Dan ganas de vomitar.

A Elisa se le humedecen los ojos al escuchar la conversación. No sabía que su amiga tuviese tanto rencor acumulado hacia ella. Siente en su hombro la mano cálida de Diego infundiéndole ánimo. Todos en la sala continúan atentos a la conversación, en especial Andrés, que aún no se ha recuperado tras oír el precio del rescate.

—Siempre estuve relegada a un segundo plano —continúa Alba—, en la sombra. Era ella quien se llevaba los premios, quien dirigía el equipo. El modelo del que se supone que yo tenía que aprender. Siempre que competíamos, yo perdía. Por eso, cuando estábamos en CiberCrimm y ella se quedó liderando un proyecto en ausencia de nuestro jefe, no dudé en ponerle la zancadilla. Le dije que John no estaba disponible y, en un momento de crisis, tuvo que tomar decisiones. Se arriesgó y, pese a las consecuencias catastróficas, ella quedó como una heroína, porque fue la única que tomó las riendas. Se fue de la agencia como una hacker muy bien considerada.

—¡Pero Elisa había dejado la ciberseguridad! ¿Por qué coño la has metido en esto? ¿No te valía con lo de CiberCrimm?

—No. En mi opinión, Elisa se fue por la puerta grande, y a mí unos meses después me invitaron a irme. Según ellos, no daba la talla. ¡Yo! ¿Te lo puedes creer? —resopla.

—Estás loca… —murmura Víctor—. ¿Y qué pasa conmigo? ¿Qué pinto yo en todo esto?

—Me viniste como anillo al dedo. En cuanto descubrí que Elisa trabajaba en ITECO, ya sabía cuál sería el objetivo. Pensando que estaría en el departamento de IT, investigué a todo el equipo, y dio la casualidad de que encontré unos cuantos ficheros en tu nube sobre el activo SuperBank. Eran recortes de periódicos antiguos. Luego averigüé que, en las mismas fechas, tu padre estuvo en un centro de rehabilitación. Solo tuve que sumar dos más dos. Como ya puedes suponer, no nos conocimos por casualidad.

Víctor frunce el ceño.

—¡Me utilizaste! Pensaba que éramos amigos —responde visiblemente decepcionado. Al otro lado de la línea no se escucha más que el silencio. Víctor prosigue—. Yo tenía una razón legítima para atacar a ITECO, pero tú…, tú estás fatal.

—Piensa lo que quieras, a estas alturas ya me da igual.

—Tenemos que acabar con esto —afirma Víctor.

—Lo sé —responde Alba de mal humor—. Ve al despacho de Luis y diles que tienen que pagar, que no hay otra salida. Aunque las cosas no hayan salido como esperábamos, al menos nos llevaremos un pico. Yo me encargaré de detener el cuarto ataque. Si se ejecuta, no habrá vuelta atrás.

—De acuerdo.

—Dales dos horas, que lo gestionen con su banco y nos paguen en bitcoins. Si en ese tiempo no tenemos noticias, atacamos.

—Alba —dice Víctor—, ¿te volveré a ver?

Al otro lado de la línea, Alba esboza una sonrisa.

—Lo dudo —responde antes de colgar.

Víctor lanza un profundo suspiro. Todos sus planes se han ido al traste, se siente utilizado, y su futuro pinta muy mal. Se echaría a llorar, pero será mejor que ahorre energía. La va a necesitar…

Elisa se seca los ojos con rapidez. Víctor no puede ver que ha estado llorando. Además, no tiene tiempo que perder. Tiene menos de un minuto para explicar su plan antes de que él llegue a la sala.

—He ajustado el teléfono de Víctor para que grabe las llamadas telefónicas. De esta forma, cuando lo llevéis a comisaría, la policía podrá revisar el móvil y encontrará esta conversación; así podremos implicar también a Alba.

—¿Y los doce millones? —pregunta Roberto.

Elisa sonríe.

—De ninguna manera los vamos a pagar, pero debemos ser rápidos.

Torre de Cristal, área de IT. 10:29

—Doce millones en bitcoins —informa Víctor entrando en el despacho

de Luis—. Aplazamos el ataque dos horas para que lo podáis gestionar. Si en ese tiempo no realizáis la trasferencia, ya sabéis lo que ocurrirá.

—¡¿Doce millones?! —exclama Andrés con fingida sorpresa. El resto comienza a murmurar con rostros de preocupación.

—Ni uno menos.

—Bien. Iré a mi despacho para hablar con el banco. Ve diciendo a tus amigos que en dos horas lo tendréis.

Torre de Cristal, área de IT. 12:25

—Relájate, Juan. No podemos hacer más. Solo nos queda confiar en que Andrés y Elisa saben lo que hacen.

—Lo sé, pero me frustra estar aquí sin poder hacer nada.

—Estamos todos igual —responde Diego.

En el despacho de Luis, los miembros del comité continúan sentados a la espera de instrucciones. Solo Rocío, después de haber recibido una llamada del CEO, se ha ido acompañada por Víctor y no les han vuelto a ver. El tiempo ha transcurrido muy lento, pero ahora solo quedan cinco minutos para que todo termine. Todos miran nerviosos la pantalla en la que Juan ha proyectado los mensajes de los días anteriores. ¿Podrá conseguir Andrés los doce millones? ¿Tendrá que pagar esa suma finalmente?

Sea como sea, ITECO no puede salir sin pena ni gloria del asunto. Ha perdido millones, se ha caído la operación Assetive y su reputación está muy dañada.

A las doce y media en punto, el silencio en la sala es sobrecogedor. Pasan los minutos y no hay rastro de ningún mensaje adicional.

—Odio no saber qué está pasado —comenta Roberto—. ¿Hasta cuándo vamos a estar aquí?

—Andrés nos dirá algo tarde o temprano —le tranquiliza Luis.

El CISO, desde su despacho, observa a través de las paredes de cristal al equipo de técnicos. Sabe que están intranquilos y extrañados por no tener noticias de los hackers, pero, de momento, no tiene ninguna indicación que darles.

De pronto, un nuevo mensaje en la pantalla. Todos alzan la vista con el corazón encogido, saben que este es el movimiento final.

Andrés RDA:

Te ha costado doce millones, pero la partida queda en tablas.

Nos vemos en la siguiente.

Epílogo

Islas Canarias. Lanzarote, playa de Papagayo. Agosto

La brisa del océano Atlántico acaricia el rostro de Andrés, curtido por el sol y el aire del mar. Observa tranquilo al pequeño Jairo, que juega con sus hermanos en la arena. Sus carcajadas resuenan por toda la playa. Nunca le había visto tan feliz.

Lleva tres días en la isla con todos sus hijos. Por fin se siente en paz. Los meses anteriores han resultado frenéticos: había muchos daños que reparar, demasiados. Algunas noches, todavía se despierta empapado en sudor recordando aquellos cronómetros que les atormentaron tres eternos días.

—Entonces ¿no te jubilas? —pregunta su hijo mayor, Tomás, que se encuentra sentado a su lado en la arena.

—Creo que voy a esperar un poco —responde Andrés—. Quisiera irme con la tranquilidad de dejar una empresa fuerte y sólida, y a sus empleados, seguros.

—Vamos, que aparte de ser un workaholic, no te quieres ir sin cerrar Assetive. A mí no me engañas, papá…

El hombre sonríe. La operación Assetive no llegó a buen puerto por la desconfianza que mostraron en WILDCORP. Andrés tampoco les culpa, él habría hecho lo mismo; sin embargo, tiene esperanzas de comenzar a renegociar algún tipo de acuerdo en los próximos meses. La compañía americana y su CEO, Stephen Smith, quedaron muy impresionados por la gestión y por cómo se resolvió la crisis. Aunque desde ITECO procuraron ser muy discretos con la prensa y las redes sociales, los rumores sobre la excelente capacidad de negociación de Andrés para frenar a los hackers corrieron como la pólvora en el sector.

—¿Y ese chico, Víctor? —continúa Tomás—. ¿Qué será de él?

—Bueno, te imaginarás que tuvimos que dar parte a la policía, y ha

pasado a disposición judicial. Supongo que, por su colaboración con nosotros, le rebajarán algo la pena. Me quedé muy afectado por todo lo que ocurrió con su padre.

—Ya, pero eso no justifica el ataque.

—No, no lo justifica. Pero la empresa le ha causado un tremendo daño y me siento responsable. Tal vez debí haber vigilado más a Alfonso, o pedir evidencias sobre el desarrollo de Assetive, y no lo hice… El caso es que he puesto en marcha un proceso para crear una fundación. La Fundación Enrique González.

Tomás observa a su padre impresionado.

—¿Y Víctor lo sabe?

—Sí. Fui a visitarle el otro día y se mostró bastante agradecido, pese a todo. Además, la fundación nos vendrá bien: ayudaremos a todo trabajador de ITECO que quiera desarrollar un proyecto. Les orientaremos, les daremos formación para que no vuelva a ocurrir lo que le pasó a Enrique, y nos dará buena imagen corporativa.

Andrés se levanta para acercarse a la orilla y mojar los pies en la fría agua del Atlántico. Su hijo le acompaña. Permanecen de pie contemplando el enorme océano azul, de color solo un poco más oscuro que el cielo.

—Quizá —comienza Andrés—, cuando volvamos, te apetezca trabajar conmigo.

—¿Contigo?

—Podrás formarte allí unos años, y luego Dios dirá… Si te quieres quedar… Necesitamos caras nuevas en la empresa. Creo que los de mi generación, que cada vez quedamos menos, no tardaremos en retirarnos.

—¿Roberto se jubila?

—Quizá no este año, pero no creo que tarde mucho más. Además, necesita llevar una vida más tranquila, su salud no aguantaría muchos más sobresaltos. —Tomás asiente con la cabeza, pensativo—. Y Alfonso se ha jubilado —continúa Andrés.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Ha sido una jubilación más bien forzosa. Era lo mejor para todos. Como te decía, la empresa tiene que renovarse. Los dinosaurios que estamos en la dirección debemos dejar paso a las siguientes generaciones.

—¿Y quién te sucederá cuando te jubiles?

—Aún no lo sé, pero mientras Luis continúe en ITECO puedo estar tranquilo.

—Anda que… casi la lías con Luis.

—No me lo recuerdes… —Andrés hace una pausa—. Entonces ¿te lo pensarás?

—¿Otro Rodríguez del Álamo dirigiendo ITECO?

—Eso tendrás que ganártelo. Por ahora iremos viendo qué tal se te da poner cafés —bromea y le guiña un ojo.

Tomás hace una pausa y mira con orgullo a su padre antes de afirmar:

—Que se preparen los hackers del mundo. ¡Hay un nuevo Rodríguez del Álamo en las filas de ITECO!

Madrid, restaurante La Tita. Agosto

Elisa lleva el pelo suelto y un bonito vestido de flores de tirantes hasta las rodillas. Cuando Diego la ve en la terraza del restaurante, iluminada por pequeñas bombillas de luz cálida, piensa que tiene toda la suerte del mundo con su chica. El último día del ciberataque, después de un beso más que esperado en el ascensor, seguido de lo que Diego llamaría «una cita de verdad», decidieron que hacen muy buen equipo juntos, y ¿por qué cambiar lo que funciona bien?

La crisis ha supuesto un antes y un después en sus vidas; en primer lugar, por haberse conocido, y en segundo porque…

—Tengo una noticia —afirma Diego en cuanto les sirven el vino—. Alza tu copa y prepárate para brindar.

—¡Vamos! No me tengas en vilo.

—Me voy del despacho.

—¡Lo sabía! —exclama Elisa, que se acerca y le da un beso—. Enhorabuena, por fin has tomado la decisión. ¿Y qué vas a hacer?

—Me voy al departamento legal de una ONG —responde—. A pesar de que es un trabajo duro, me reconfortará saber que estoy contribuyendo a un fin mayor.

—¡Vaya! Los ricachones te echarán de menos.

—Puede, pero seguro que no tardarán en reemplazarme. Eso sí, a partir de ahora tendré que vivir más modestamente, aunque tendré más tiempo para pasar contigo. —Le guiña un ojo.

—Eso será si la que tiene tiempo soy yo —responde ella—. Luis me tiene muy ocupada. Todavía quedan muchas cosas por arreglar en ITECO.

—Si es que… ¡Estaba claro que te irías con él! Ya le tenías entusiasmado, pero desde que ganaste la competición para hackear el BMW de Andrés…

La chica suelta una carcajada.

—Les dio mucha envidia que me dejase conducir a mí.

—Bien, pues brindemos: ¡por esta noche!, que espero que sea larga, y por todas las que nos esperan.

Elisa alza su copa y brinda con Diego. Mira feliz sus ojos verdes y le escucha parlotear sobre su nuevo trabajo, sobre su familia… De pronto, él se detiene.

—Elisa…

—¿Sí?

—Aún no me has contado qué ocurrió con Alba.

Elisa se encoge de hombros y sonríe al abogado de forma misteriosa.

—Bueno. Digamos que la partida no quedó en tablas exactamente…

Último día del ciberataque. Paseo de la Castellana, Madrid.

13:30

Con doce millones en un monedero virtual, Alba siente que empieza una nueva vida. Se encuentra sentada en uno de los restaurantes más elegantes de la Castellana, con una buena botella de Rioja encima de la mesa. Al día siguiente cogerá un avión y desaparecerá una buena temporada. No quiere arriesgarse a que algo se tuerza y la policía termine buscándola. El plan ha salido mejor de lo que esperaba: la compañía ha sufrido grandes pérdidas y, gracias a Elisa, han conseguido una buena cantidad de dinero que repartirá con el resto de los miembros de Sucedáneos, la pequeña banda que ha ayudado a perpetrar el ataque. Lo siente por Víctor. Es un buen chico, aunque sus descuidos le han conducido a un callejón sin salida. Lo más seguro es que Andrés dé parte a la policía y que las autoridades judiciales se encarguen de él. Quizá hasta tenga que pisar la cárcel. Da un sorbo a su copa. Recuerda que todos en el equipo sabían a lo que se arriesgaban, incluido Víctor, que iba a estar en primera línea de combate.

Mira por la ventana el inmenso cielo azul de Madrid y se pregunta, con una enorme sonrisa, cómo estará Elisa en esos momentos: después de haber ganado la confianza de Andrés y Luis, les ha hecho perder una barbaridad de dinero. Además, la información se ha filtrado y las redes y los medios arden con la noticia del pago. «ITECO se ha vendido», comenzaron a rezar los titulares. Después de los últimos cuatro días, la confianza de los clientes en la empresa estará por los suelos.

Lo único que siente la chica es que no puede contarle a Elisa que ha sido ella la verdadera artífice, la cabeza pensante. Arde en deseos de restregárselo por la cara, decirle que esta vez ha ganado. Cuando esté lo suficientemente lejos, buscará la forma de hacérselo saber.

De pronto, Alba siente una vibración en el bolsillo. Revisa su teléfono móvil y descubre un SMS de un número desconocido. Le extraña. Se le pone la piel de gallina en cuanto lee el mensaje:

«¿Estás segura de que puedes permitirte esa botella de vino?».

Con el corazón latiendo a toda velocidad, la chica mira a su alrededor. Los camareros y comensales continúan a lo suyo y nadie parece

reparar en ella, pero sospecha que algo está ocurriendo y no le gusta nada. Siente un pálpito y decide entrar en su monedero virtual, donde hace una hora tenía el equivalente a doce millones de euros en bitcoins. Los segundos que tarda en cargar la pantalla se le hacen interminables. Cuando por fin ve los dígitos, solo encuentra ceros.

El dinero se ha esfumado.

¡¿Cómo es posible?! No tiene tiempo para pensar en una explicación, porque, para su disgusto, dos agentes de policía acaban de llegar y hablan con el camarero que está en la entrada. Este señala en dirección a su mesa. Alba quisiera echar a correr, pero solo hay una salida y sabe que no tiene escapatoria.

—¿Alba Ortiz? Será mejor que vengas con nosotros —afirma uno de los agentes con rotundidad en cuanto se coloca frente a ella.

—Pero yo…

—Las explicaciones nos las das en comisaría.

Sentada en una mesa alejada del campo de visión de Alba, Elisa ve que abandona el restaurante flanqueada por los agentes. Es plenamente consciente de que ahora la chica sabe que ha sido ella quien la ha delatado. Gracias a la información obtenida en el teléfono móvil de Víctor, y con la ayuda de la policía, han logrado simular la recepción de los doce millones de euros en un monedero virtual que, supuestamente, Víctor había creado para la causa. Después, solo era cuestión de localizarla antes de que decidiera salir del país, algo más que probable teniendo en cuenta que era posible que el propio Víctor la traicionase.

Elisa cierra la pantalla de su portátil. Hacía años que no se sentía así de satisfecha. Quizá es hora de volver a darle una segunda oportunidad a la ciberseguridad y tiene que agradecérselo a Alba, que pensó, ilusa, que por una vez podría vencerla. Decide teclear un último SMS. Una despedida:

«La reina vuelve a ganar la partida.

¿Lo dudabas?».

Glosario

Abogado in house: Un abogado de empresa o abogado in house (como se conoce en inglés) es aquel que trabaja únicamente para una empresa de cualquier sector que necesite asesoramiento legal. Desarrollan su labor en el propio departamento jurídico interno.

Bitcoin: Criptomoneda que fue creada en 2009. Se trata de dinero electrónico (virtual) y no oficial que puede utilizarse como medio de intercambio en operaciones comerciales.

CEO: Sigla de la lengua inglesa que procede de la expresión Chief Executive Officer (que puede traducirse como oficial ejecutivo en jefe). El concepto alude al cargo que ostenta la persona que tiene la mayor responsabilidad directiva en una empresa.

CISO: Sigla de la lengua inglesa que procede de la expresión Chief Information Security Officer, o director de seguridad de la información. Es un ejecutivo de alto nivel, responsable de alinear las iniciativas de seguridad con los programas corporativos y los objetivos de negocio, garantizando que los bienes y tecnologías de la información están adecuadamente protegidos.

Deal: Negocio. Un big deal es una gran oportunidad de negocio.

Deep Web: La Deep Web es todo el contenido de la World Wide Web que no forma parte de la Surface Web, es decir, no forma parte de los sitios que pueden ser indexados por los buscadores y a los que cualquier usuario puede tener acceso desde un navegador corriente.

Hacker: También conocido como pirata informático, es una persona con grandes habilidades en el manejo de ordenadores que investiga un sistema informático para avisar de los fallos y desarrollar técnicas de mejora.

Hacker de sombrero blanco: También conocido como hacker ético, se dedica a la investigación y notifica vulnerabilidades o fallos en los sistemas de seguridad.

Black hat / Ciberdelincuente: Este hacker accede a sistemas o redes no autorizadas con el fin de infringir daños, obtener acceso a información financiera, datos personales, contraseñas e introducir virus. Dentro de esta clasificación existen dos tipos: Cracker y Phreaker. El primero modifica softwares, crea malwares, colapsa servidores e infecta las redes, mientras que el segundo actúa en el ámbito de las telecomunicaciones.

Grey hat: Su ética depende del momento y del lugar. Presta sus servicios a agencias de inteligencia, grandes empresas o gobiernos; divulga información de utilidad por un módico precio.

Newbie: No tiene mucha experiencia ni conocimientos, ya que acaba de aterrizar en el mundo de la ciberseguridad. Es el novato del hacking.

Hacktivista: Utiliza sus habilidades para atacar una red con fines políticos.

In-plant: Se refiere a la subcontratación de trabajadores por una empresa para que desarrollen una tarea específica, integrados funcionalmente en la propia entidad.

LOL: Las siglas LOL corresponden a las iniciales del popular videojuego League of Legends, un juego online que cuenta con gran cantidad de seguidores desde que se lanzara en 2009.

Partner: Socio.

Phishing: Es el delito de engañar a las personas para que compartan información confidencial, como contraseñas y números de tarjetas de crédito. Como ocurre en la pesca, existe más de una forma de atrapar a una víctima, pero hay una táctica de phishing que es la más común. Las víctimas reciben un mensaje de correo electrónico o un mensaje de texto que imita (o «suplanta su identidad») a una persona u organización de confianza, como un compañero de trabajo, un banco o una oficina gubernamental. Cuando la víctima abre el correo electrónico o el mensaje de texto, encuentra un recado pensado para asustarle, con la intención de debilitar su buen juicio al infundirle miedo. El mensaje exige que la víctima vaya a un sitio web y actúe de inmediato o tendrá que afrontar alguna consecuencia.

Ransomware: Es un programa de software malicioso que infecta un ordenador y muestra mensajes que exigen el pago de dinero

para restablecer el funcionamiento del sistema. Este tipo de malware es un sistema criminal para ganar dinero que se puede instalar a través de enlaces engañosos incluidos en un mensaje de correo electrónico, mensaje instantáneo o sitio web. El ransomware tiene la capacidad de bloquear la pantalla de un ordenador o cifrar archivos importantes predeterminados con una contraseña.

Red segmentada: Es un método de organización simple que persigue la rápida redistribución de los recursos de redes para prevenir el entorpecimiento de las labores y los cuellos de botella generados por las demandas de todas las estaciones de trabajo.

Spectrum: El Sinclair ZX Spectrum es un ordenador de 8 bits basado en el microprocesador Zilog Z80A, fabricado por la compañía británica Sinclair Research y lanzado al mercado el 23 de abril de 1982.

Startup: Término utilizado para definir a aquellas empresas que se encuentran en edad temprana o nueva creación y presentan grandes posibilidades de crecimiento. A diferencia de una pyme, una startup se caracteriza por ser un negocio escalable y crecer de una forma mucho más rápida y eficiente.

Techie: Término derivado de la palabra «tecnología» para referirse a toda persona que muestra un gran interés, a veces obsesivo, por la tecnología, así como por dispositivos de alta tecnología, particularmente ordenadores.

UX Design/Diseño UX: El término UX viene de User Experience, o experiencia del usuario, que básicamente es cómo se siente una persona mientras usa cualquier producto o servicio digital que una empresa ofrece.

Agradecimientos

Dicen que el de escritor es un oficio solitario, sin embargo, durante el extraordinario viaje que ha supuesto Jaque al rey me he sentido muy acompañada. Por eso quisiera dar las gracias a todos aquellos que, de una forma u otra, han caminado conmigo a lo largo de estos últimos dos años. Por orden de entrada en escena:

En primer lugar, mis padres, que leyeron todos los borradores de la novela, escucharon cientos de elucubraciones sobre giros y posibles finales e hicieron suyo el sueño de verla algún día publicada. Ellos, muy especialmente mi padre, siempre supieron lo feliz que me hace escribir, me animaron a perseverar y, una vez más, acertaron.

Gracias a Alberto, mi mayor fan y crítico más duro, por apoyarme en cada nuevo reto, por su paciencia infinita y por los paseos literarios en los que gastamos la suela de las zapatillas y exprimimos las neuronas. De tu mano ojalá nos esperen muchas más aventuras.

Para escribir esta novela, que tiene una parte técnica importante, he necesitado la ayuda de varias personas que saben mucho más que yo. Por eso quiero dar las gracias a Fran, que me ayudó con el diseño de los ataques y respondió a todas mis preguntas sobre ciberseguridad, que no fueron pocas. A Álex y Carlos, que después de leer la primera versión de Jaque al rey me regalaron un informe técnico y literario excelente. Y a Ángel (o a pesar de Ángel, como él mismo dijo una vez), por sus correcciones, consejos, ideas y tiempo.

Si en la novela hay alguna incorrección, es solo culpa mía.

Quisiera dar las gracias también a mis jefes, Ainhoa y Javier, a Aitana, y al equipo de Business Legal. Por su comprensión y generosidad, por facilitarme el camino para compaginar una profesión tan exigente como la nuestra con mi pasión, que es escribir.

Especial agradecimiento a Santi Baró, mentor y a quien ya considero amigo, por confiar en mí desde la primera página, por encender de nuevo mi pasión por la escritura y porque en sus clases, por primera vez en mucho tiempo, sentí que por fin había encontrado el lugar adecuado, el que llevaba mucho tiempo esperando.

Agradecer también a Adelaida Herrera, editora de Click, no solo el maravilloso trato, sino esta oportunidad, que para mí significa tocar un trocito de cielo.

En penúltimo lugar, y no menos importante, dar las gracias a los lectores cero: Cris, Luis, María José, Julia, Irene e Ignacio, que dedicaron un buen rato de su tiempo a leer Jaque al rey cuando solo era un borrador y me trasladaron comentarios, opiniones, teorías y, sobre todo, ánimo en una carrera de fondo en la que no siempre se atisba la meta.

Y, finalmente, gracias a ti, lector, que has llegado a la última página y contribuido a que lo que para mí es un sueño se haga un poquito más real. Espero que lo hayas disfrutado y que nos volvamos a encontrar en la siguiente.

Biografía

Carmen García-Gancedo (Asturias,1991) es licenciada en Derecho por la Universidad de Oviedo. Actualmente reside en Madrid, donde trabaja como abogada. Es una ávida lectora desde que descubrió las aventuras de Los Cinco y, desde niña, su pasión es escribir, por eso se ha vuelto experta en estirar las horas del día para poder compaginar su profesión con la escritura y su blog Punto y leído. Cuando no está escribiendo busca inspiración en un buen café, largos paseos en buena compañía o una tarde con las agujas de tejer o un pincel.

Jaque al rey es su primera novela.

Notas

1. Siglas de Chief Executive Officer.

2. Departamento de informática.

1. Kbits por segundo.

2. Apretón de manos.

1. Un Service Level Agreement (SLA) es un contrato que describe el nivel de servicio que un cliente espera de su proveedor. Si estos niveles de servicio se incumplen, el cliente puede imponer penalizaciones económicas al proveedor.

Jaque al rey

Carmen García-Gancedo

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Carmen García-Gancedo, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2023

ISBN: 978-84-08-27207-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html

Otros títulos de Click Ediciones

La caja dormida

Javier Jiménez Medina

El mañana nos pertenece

Jaime Pérez de Sevilla y Bautista

En la venganza, como en el amor

Juan Gallardo y Rafael Avendaño

Lágrimas de ceniza

Rubén Aído Cherbuy

Las dos caras de la venganza

Francesc Marí

El báculo y la serpiente

Osvaldo Reyes

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!
¡Síguenos en redes sociales!